Sin querer, nosotros

MARINA COTANDA



SUMA de Letras

Marina Cotanda

Sin querer, nosotros

SUMA de letras

A mamá y papá,
por enseñarme lo que es el amor.
Y a mi amor, mi marido,
por quererme incondicionalmente

1

Olivia
71 días para cerrar el círculo

Siento las manos frías y húmedas mientras recorro la terminal. El nudo de mi estómago se acentúa a cada paso que doy hacia la puerta de embarque. Por eso intento aferrarme a lo que me ha dicho Sienna: no pasa nada, todo está bien, los aviones son seguros. Es una lástima que mi ansiedad no opine igual.

Qué ganas tengo de volver a Roma y, a la vez, qué mal momento para quedarme allí una semana entera. Chiara se ha empeñado en celebrar por todo lo alto sus veintiséis años en la capital italiana con sus amigas y familia y, aunque me hace mucha ilusión regresar y pasar estos días con ella, no puedo evitar pensar en lo inoportuno que me resulta. Sin saber aún dónde voy a vivir, con las gatitas todavía pequeñas y en una época de tantísima carga de trabajo en la editorial, mis ánimos están por los suelos y no sé cómo hacer para disfrutarlo.

Además, odio los aeropuertos. Mejor dicho, odio los aviones, pero los aeropuertos son el preámbulo que desencadena todas esas

sensaciones horribles en mi cuerpo. Mientras camino con el piloto automático puesto, los nervios me recorren el cuerpo como una corriente eléctrica, el sudor frío me empapa la nuca y mi corazón late tan rápido que siento que se me va a salir del pecho en cualquier momento. Noto la respiración entrecortada, como si mis pulmones no se pudieran llenar.

La vibración de mi teléfono en el bolso consigue devolverme al presente. En la pantalla leo el nombre de mi amiga, Sienna Oliu. Soy de esas que tiene a todos sus contactos guardados con nombre y apellido, aunque sean mis mejores amigas desde hace años. Supongo que son cosas de ser virgo.

Descuelgo la llamada de FaceTime justo al llegar al control de seguridad del aeropuerto de Barcelona.

—¡Olivia! —grita Sienna al otro lado de la pantalla, ilusionada. Por suerte, ella sí tiene tantas ganas de emprender este viaje como la situación merece—. Veo que ya estás en el aeropuerto, ¿cómo te sientes? —me pregunta, impaciente.

—Como si fuera a desmayarme de un momento a otro. —No me escondo, con ella puedo ser vulnerable.

—Lo siento muchísimo, Liv. No sabes lo que me ha costado reestructurarlo todo para conseguir una semana entera. Me hubiera encantado volar hoy contigo, pero mi jefe me matará cuando vuelva y…

—No pasa nada, ¡de verdad! No te preocupes, voy a estar bien —y lo digo con una emoción que no siento, más para convencerme a mí misma que a ella.

Desde que terminó el máster, Sienna trabaja en una multinacional como abogada. Es buenísima en su trabajo, así que cada vez tiene más responsabilidades y menos tiempo para su vida personal. Además, ahora lo compagina con un segundo máster para

especializarse en nulidad, separación y divorcios. Su jefe siempre dice que ha tenido mucha suerte de encontrarse a una persona tan resolutiva y eficiente. Aun así, eso implica priorizar el trabajo, algo que entra en conflicto con pasar tiempo de calidad con la gente a la que quiere.

—¿Seguro? ¿Puedo hacer algo, aunque sea desde la distancia? —Sabe lo muchísimo que detesto los aviones desde lo de mi padre —. Voy a buscar a Kira, es la mejor en soporte emocional.

Se levanta del escritorio y la veo dirigirse al comedor dando saltitos hasta que se planta delante de su perra, que nos mira adormilada. Le acaricia la cabeza y le pone el teléfono delante. Tan pronto como Kira me ve, se pone a mover la cola y a intentar dar lametazos al móvil mientras yo le susurro arrumacos. Sienna y yo nos reímos y, por un momento, mi cabeza deja de lado el avión y los 1400 kilómetros que me separan de Roma en este mismo instante.

«Última llamada para los pasajeros del vuelo VY6106 con destino a Roma, diríjanse por favor a la puerta de embarque», se escucha por megafonía.

—Es el mío, Sienna, tengo que irme —le digo con un hilo de voz —. Adiós, perrito bonito. —Sonrío. Después me dirijo a mi amiga, que ya ha dejado de enfocar a Kira y vuelve a aparecer en pantalla —. ¡Nos vemos mañana! Te quiero, gracias por todo.

—¡Te quiero, Olivia! Enseguida estaremos juntas en Roma. No va a pasar nada, ¿vale? Piensa en lo de la gelatina, la presión atmosférica y todo eso.

Intento esbozar una sonrisa, pero siento que los músculos de mi cara están rígidos y soy incapaz de mostrar una expresión genuinamente relajada.

Lo de la gelatina es algo que le salió a Sienna en TikTok hace un tiempo y que me mandó por todos los canales posibles (incluso por

e-mail, con un artículo adjunto de un científico americano para darle credibilidad a la fuente original). Se trata de una prueba que demuestra por qué el avión no va a caer: porque la presión atmosférica es igual por los cuatro lados y esto lo sostiene, como ocurre con una bolita de papel dentro de un vaso con gelatina.

Tiene su lógica, pero no soy capaz de centrarme en eso ahora mismo.

Cuelgo y me quedo mirando el teléfono un momento mientras trato de recordar cómo se respira con normalidad. No es la primera vez que vuelo, pero sí la primera vez que vuelo sola desde el accidente en el que murió mi padre. El nudo de mi estómago se tensa y me doy cuenta de que estoy apretando los dientes con tanta fuerza que la mandíbula empieza a dolerme.

El accidente de mi padre ni siquiera sucedió en un avión comercial, pero me produce pánico el simple hecho de estar suspendida en el aire. No quiero recordarlo ahora, que me espera un vuelo de casi dos horas y me resulta imposible distraer mi mente. Lo haré sola, sin mis mejores amigas para darme la mano y compartir anécdotas graciosas.

Hago tres respiraciones lentas, procurando coger aire a conciencia y sacarlo del todo, como me han enseñado en terapia, y prosigo mi camino.

Paso el control de seguridad sin ningún percance. A pesar de mi aparente calma, siento el sudor acumulándose en la parte baja de mi espalda. Mis manos están temblando ligeramente mientras guardo mis cosas y me pongo los AirPods con dedos torpes, como si la coordinación de mi cuerpo estuviera desconectada de mi cerebro. Le doy al Play en Spotify. Espero que la música ahogue los latidos incontrolables de mi corazón que ahora retumban en mis oídos. Suena «You’re on Your Own, Kid», de Taylor Swift, una de mis

favoritas de *Midnights*, y no puedo evitar tararearla mientras me dirijo a la puerta de embarque. Ya ha sonado la última llamada para mi vuelo y, aunque me está ganando la ansiedad, tampoco quiero quedarme en tierra, así que aumento el ritmo de mi paso.

La siguiente que suena es «The Alibi», de Dylan, y me emociono un poco. Me vengo arriba. Me concentro tanto en la canción que consigo olvidarme de dónde estoy por un momento. Empiezo a caminar más y más rápido, sin prestar atención a la gente que se mueve a mi alrededor. Estoy recordando la última vez que bailé y canté a pleno pulmón esta canción con mis amigas y de repente…

—*Cazzo!*[1] —grita el chico con el que he impactado, poniéndose la mano en el costado y girándose hacia mí, confuso.

No solamente he llegado a la puerta de embarque, sino que mi maleta y yo hemos chocado con la última persona de la cola, que se había parado para enseñar su DNI.

—¡Dios! Perdón, perdón, perdón… —murmuro, mordiéndome el labio y contrayendo el rostro—. ¿Estás bien?

No ha sido un golpe tan fuerte, pero él sigue frotándose el costado, como si realmente le doliera.

Unos ojos azules me observan, tiene el ceño fruncido y por un segundo temo que realmente esté enfadado y vaya a gritarme aquí en medio. Lo que me faltaba. Pero entonces suspira y relaja el semblante, restándole importancia con la mano.

—Sí, no te preocupes. —Se pasa una mano por el pelo castaño claro—. Justo me has dado en una herida, pero estoy bien.

Baja la mirada hacia mis pies y se agacha para recoger algo. Este gesto da paso a una oleada de café que proviene del termo que lleva en la otra mano.

—Creo que esto es tuyo. —Me extiende la mano con el AirPod que, por lo visto, se me ha caído con el impacto. Ni siquiera me

había dado cuenta de que la música había dejado de sonar en mis oídos.

—Gracias. —Le sonrío apartándome el pelo cobrizo de la oreja para confirmar que, efectivamente, se me había caído—. Lo siento, de verdad.

Esta vez esboza una media sonrisa, negando con la cabeza para quitar hierro al asunto. Aprovecho estos instantes para observarlo mejor: mandíbula marcada, ojos infinitamente azules, barba de dos o tres días, piel ligeramente tostada por el sol, más alto que yo. No puedo negar que es atractivo, tanto como para que ese pensamiento flote por mi mente durante unos cuantos segundos, justo los que tarda en apartar la vista de mí.

Acto seguido, se gira y lo veo desaparecer entre la gente con su mochila negra colgada en el hombro y su maleta azul cielo rodando junto a él.

Le enseño a la azafata mi billete y mi DNI y me apresuro a subirme al autobús, que cierra sus puertas detrás de mí. Mis manos tiemblan y el espacio a mi alrededor parece más claustrofóbico de lo normal. El aire es denso, con una mezcla de olor a combustible y perfume barato. Necesito salir de aquí cuanto antes.

Reproduzco de nuevo la música, cierro los ojos y apoyo la frente en la barra metálica que tengo cerca, intentando calmar mi respiración por segunda vez en menos de media hora. Escucho mi propio latido y eso me produce aún más ansiedad. Me siento demasiado consciente de mi propio cuerpo y me asusta tener una crisis en el avión. Me concentro en la letra y me vienen a la cabeza esos ojos infinitos de hace apenas unos minutos. Lo busco con la mirada, pero no lo veo cerca, así que me enfoco en la canción mientras tarareo las últimas frases.

Un par de notificaciones de WhatsApp me borran al chico guapo

de la cabeza: mi madre y mi hermana pequeña. Las dos intentan sonar despreocupadas en el grupo que tenemos las tres. Les contesto rápidamente, sin ganas.

CENTRAL PERK

Mami, Emma, Tú

Mami
Que tengas buen vuelo! Avísanos
cuando llegues, te queremos ♥

Emma
Nos vemos pronto, sister. Y
tráeme algo de Roma!

Os quiero, gracias por los ánimos

También tengo otro mensaje, aunque a este no respondo.

Aarón
Hoy te vas a Roma, ¿verdad? Te
echaré de menos en la oficina.

Bloqueo el móvil y al segundo me llega otro mensaje.

Aarón
Sabes que solo me importas tú,
Olivia.

Lleva semanas mandándome mensajes a los que no suelo

responder, pero sigue intentándolo. Pongo el modo avión, vuelvo a bloquear la pantalla y me pierdo de nuevo en la música.

Bajo del autobús distraída, siento el sol en la piel y avanzo con la vorágine de gente hasta las escaleras del avión. Asiento 29A. Genial, por lo menos tengo ventanilla. Aunque parezca contradictorio, porque implica ver el mar infinito que me recuerda lo alto que volamos, el hecho de mirar afuera reduce mi sensación de claustrofobia.

En menos de cinco minutos estoy en medio del pasillo del avión, maleta en mano. El compartimento de arriba parece burlarse de mí desde su altura imposible. Tengo muchas cualidades, pero la fuerza no es una de ellas, y menos cuando estoy nerviosa. Por otro lado, puede que mi maleta esté al límite del peso permitido en cabina. Resoplo. Agarro la maleta y, con un impulso monumental, intento levantarla por encima de mi cabeza. Parece pesar una tonelada más que cuando la metí en el maletero del taxi esta mañana. Mis brazos tiemblan bajo el esfuerzo. Me desequilibro y la maleta se me resbala. Por un segundo, me invade el terror absoluto: me veo aplastada por mi propio equipaje, haciendo el ridículo delante de todo el avión. «Lo que me faltaba», pienso.

Pero entonces, justo cuando estoy a punto de perder mi dignidad, una mano se adelanta y sostiene la maleta.

—Cuidado, muchacha, vas a hacerte daño —dice una voz profunda y amable, paternal.

Miro hacia mi derecha y me encuentro con los ojos cálidos de un hombre alto y sonriente que podría perfectamente ser mi padre. Me mira con una combinación de paciencia y humor que solo posee la gente buena.

—Oh, gracias, muchas gracias —balbuceo sintiendo cómo el color me sube a las mejillas.

—No me las des, estoy acostumbrado. Mi hija nunca puede subirla sola, para eso estamos los padres. —Me guiña un ojo y, como si no pesara nada, coloca mi maleta en el compartimento.

Me quedo observándolo con el corazón encogido. Me recuerda a mi padre y a todas esas veces que nos ayudaba a mis amigas y a mí con pequeñas cosas como bajar los cereales del estante de arriba de la cocina o quitarme la bufanda cuando se me enganchaba en los pendientes. Mi padre era el hombre más bueno que he conocido nunca y lo echo terriblemente de menos.

Ocupo mi sitio y el señor que me ha ayudado sigue avanzando hacia el final del avión. De repente me siento un poco menos asustada por el vuelo que tengo por delante, como si un pedacito de mi padre estuviera conmigo.

Me pongo los auriculares, lista para seguir escuchando a Taylor Swift mientras leo *Love & Other Words* e intento no tener una crisis durante las dos próximas horas.

2



Nico
84 días para volver a empezar

La veo nada más entrar al avión. Está unas cuantas filas por delante de mí, sentada en su sitio con los auriculares puestos. Voy a hacer lo mismo en cuanto llegue a mi sitio, porque ahora mismo lo que menos me apetece son dos horas de vuelo solo con mis pensamientos. Si el avión se cae durante el trayecto, casi que sería un alivio. No lo pienso en serio, pero es comprensible después de los días que he pasado.

Las últimas semanas han sido una mierda. El dolor que me han dejado los puntos en el costado ni siquiera está en la cima de mi lista de preocupaciones; aunque, gracias al choque con la pelirroja, ahora sube algunos puestos. Aun así, no es nada comparado con lo que me espera en Roma: ver a mi madre después de tanto tiempo y con estas noticias. Esto sí que es un golpe que no sé si puedo esquivar.

A medida que avanzo por el pasillo, algunas personas me miran fijamente, otras me señalan con discreción y otras me saludan como

si me conocieran de algo, aunque sabemos que no es así. Sienten que me conocen, pero solo conocen la versión de mí que sale en la prensa, el Nico centrado en el hockey, que lo da todo por su equipo y que teme al compromiso. Esto último puede que sea cierto, pero eso no es lo importante. Mi fama me persigue y, aunque no soy lo suficientemente conocido como para no viajar en un vuelo comercial, cada vez la gente se me acerca más e invade mi espacio privado sin pensarlo dos veces. Por eso no suelo volar con compañías *low cost* y mucho menos en turista, pero dejar las cosas para el último momento implica tener que conformarse con lo que queda.

Desde que lo dejé con Ágata y se hizo viral su vídeo en TikTok contando mentiras sobre nuestra relación, la prensa rosa me tiene en el punto de mira. Ha llegado un momento en el que no solo soy conocido por ser el capitán del equipo, cosa que me permitiría tener una vida bastante corriente, sino que soy famoso por haberle roto el corazón a una chica que cayó en gracia en internet.

Cuando llego a mi sitio, me doy cuenta de que mi asiento está en la misma fila que la pelirroja. Ella tiene la nariz metida en su libro, completamente aislada del mundo que la rodea. No puedo negar que es muy guapa, con esa nariz pequeña salpicada de pecas, los labios carnosos rosados y su pelo ondulado cayendo en cascada sobre los hombros. Vista así, tan sumida en su lectura, concentrada, no parece el desastre andante que he conocido minutos antes. Tenemos solamente una persona entre nosotros, una mujer mayor que me sonríe al verme llegar. Esto se pone interesante.

Algo brilla en su regazo y me fijo en que la pelirroja tiene dos bombones Lindt sobresaliendo del bolso. Los dulces centellean a causa de la luz del sol que entra por la ventanilla. ¿Cuánto tiempo hace que no me como uno? Desde que, a los dieciocho años,

empecé a regular el azúcar, no me compro chocolate y mucho menos bombones. Sin duda, los Lindt eran y siguen siendo mis favoritos.

Una de las cosas que más me fastidian últimamente es no poder comer lo que me da la gana. Cuando comencé con el hockey, fue uno de esos sacrificios que valían la pena, como levantarme a las cinco de la mañana cada día de mi vida, renunciar a salir de fiesta cuando quería, ver a mis amigos regularmente o disfrutar de cierta privacidad. Y después de tantos años, estos meses han sido el detonante para detestar mi falta de libertad.

He dedicado los últimos diez años de mi vida a este deporte. He entrenado para ser el mejor y ganar la liga, pero ya no quiero eso. Siento que, si sigo viviendo así, terminaré odiando el hockey, y no puedo permitírmelo, porque es lo único que tengo y lo que me quedará de mí mismo cuando vuelva a empezar.

Sigo absorto en mis cavilaciones y a la señora de detrás de mí se le termina la paciencia. Me grita en italiano que me siente o avance, pero que lo haga ya. Esto llama la atención de la pelirroja, que levanta la vista y me descubre con los ojos fijos en ella. Por inercia abro la boca y ella se quita un AirPod para escucharme, a la vez que coloca un marcapáginas en su libro. Parece ser de resina y tiene una margarita prensada, lo que me llama la atención porque mi abuela siempre utilizaba flores para marcar sus libros. Era algo muy característico suyo, secar las flores para darles otros usos cuando ya no quedaban tan bonitas en el jarrón. La chica está esperando a que hable, así que tengo que inventarme cualquier excusa.

—Vaya, si hubiera sabido que esta sería la disculpa, habría dejado que chocaras conmigo una segunda vez —le digo señalando los bombones. La broma me sale más seca de lo que esperaba, pero intento suavizarlo con una sonrisa.

Ella se sonroja de inmediato y pone cara de desconcierto. Luego se pone las manos en los muslos como para cubrirse y me percato de lo corta que es su falda. Mierda.

—Oh —balbucea.

—Perdona, yo… —titubeo señalando los bombones.

—Sí, los Lindt. Lo he entendido, aunque no negaré que un poco tarde. —Sus mejillas siguen coloradas y una sonrisa avergonzada asoma en sus labios.

Nos quedamos quietos unos segundos, atrapados en ese pequeño silencio tenso, hasta que, de repente, estallamos los dos en una carcajada cómplice. Es como si el aire se volviera más ligero de golpe. La tensión entre nosotros se desvanece y una inesperada sensación de alivio recorre mi cuerpo.

La gente se me da bien. Es lo que tiene haber vivido tantos años rodeado de fans, de inversores y de ruedas de prensa. Aunque no seamos el equipo más famoso de la liga, haber crecido en el mundillo del deporte me ha obligado a entender a la gente que me rodea y a saber cómo dar mi mejor cara para agradarles y evitar las críticas. Con las chicas no es distinto. Lo admito: a veces flirteo incluso sin darme cuenta.

La pelirroja no parece haberme reconocido, cosa que me gusta y me ofende a partes iguales: ¿vive debajo de una piedra o simplemente odia el deporte y no le importa tener al lado al capitán del equipo de hockey sobre hielo del momento? Su indiferencia hace que me llame aún más la atención porque no es un reto al que suela enfrentarme.

Me acomodo en mi asiento, todavía con una sonrisa dibujada en los labios, me pongo los AirPods y le doy al Play en Spotify. Apenas suenan los primeros acordes cuando la azafata se acerca y se dirige a la mujer mayor sentada a mi lado.

—Señora, al final hay un asiento libre al lado de su nieta. ¿Quiere sentarse con ella?

A la mujer se le iluminan los ojos, se levanta y se dirige hacia el fondo del avión mucho más rápido de lo que podría suponerse en alguien de su edad. La pelirroja y yo nos miramos fugazmente, atónitos por la agilidad de la señora.

Cuando ella aparta la vista, vuelvo a concentrarme en la música mientras la gente sigue embarcando en el avión. Justo antes de despegar, miro una última vez la pantalla del móvil, a la espera de un mensaje que sé que no llegará. Un poco decepcionado, pongo el modo avión y cierro los ojos. Roma me espera y en ella está todo lo que llevo meses esquivando, pero es ahora o nunca.

3

Olivia
71 días para cerrar el círculo (II)

Cuando terminan de sentarse todos los pasajeros, el avión empieza a moverse, a las 10:30 en punto. No tengo ni un minuto más de los estipulados para mentalizarme. Tan pronto como la aeronave coge carrerilla, mi corazón comienza a latir cada vez más y más rápido hasta que siento que se me va a salir del pecho. Cierro los ojos y dejo el libro sobre mis muslos. Me mareo levemente durante el despegue. Como me suele ocurrir, un sudor frío me recorre la espalda y me pone la piel de gallina.

«Piensa en tu lugar seguro, el vuelo va a valer la pena solo por volver», me digo.

Mi lugar seguro, Roma. Concretamente, ese ático pequeñito en el Trastevere donde pasamos uno de los mejores años de nuestra vida. Sienna y yo llegamos a la ciudad para hacer un Erasmus y fue gracias al azar —y a una anfitriona con muy buen ojo— que terminamos compartiendo piso con Chiara, una estudiante de arquitectura romana que, en cuanto nos abrió la puerta, decidió que

las dos seríamos su familia ese año.

Vivimos juntas los doce meses que duró la estancia y nos hicimos inseparables desde la primera semana. Entre Sienna recitando leyes de derecho civil en italiano —sufriendo lo suyo—, Chiara llenando el salón de planos y maquetas, y yo enterrada entre libros de arte y literatura, convertimos ese ático en nuestro hogar.

Cuando terminó el curso y Sienna y yo tuvimos que volver a casa, no tardó mucho en llegar la gran noticia: Chiara se trasladaba a Barcelona con su novio, Víctor, que era de aquí. Chiara es medio española, por lo que no le costó nada el cambio: hablaba perfectamente el idioma y había estado en Barcelona varias veces.

Desde entonces, no hemos pasado ni una semana sin vernos.

Qué irónico pensar que ahora mismo estoy muerta de miedo dentro de un avión que me está transportando a mi lugar favorito del mundo, el que siento como casa, aunque no lo haya pisado en años.

—Ey, ¿estás bien, *rossa*?[2] —Una voz masculina me hace regresar a la realidad. Abro los ojos de golpe y me encuentro frente a una sonrisa ladeada que intenta desdramatizar la situación—. No quiero entrometerme, pero ese libro no tiene la culpa de nada y lo estás estrujando tanto que vas a doblarlo del todo.

Destenso un poco las manos, que efectivamente están rígidas con mi libro en ellas.

—Espera, ¿qué me has llamado? *Rossa*? —Caigo en que acaba de llamarme pelirroja en italiano y levanto las cejas. Si lo pienso bien, no es tan extraño: estamos en un avión lleno de italianos camino a Roma.

Creo que se piensa que me ha molestado, porque inmediatamente frunce el ceño ante mi respuesta.

—Bueno, sí, eh…

—Ja, ja, ja. No me lo he tomado a mal, no te preocupes. —Hago un movimiento con la mano para restarle importancia—. Soy pelirroja, aunque realmente creo que mi pelo es más cobrizo que rojo, pero estoy acostumbrada a que me identifiquen por el color.

—¿Cómo te llamo entonces? —Una sonrisa pícara aflora en sus labios—. Para no perder la originalidad, digo.

—Prefiero Olivia.

Le tiendo la mano sobre el asiento vacío para presentarme oficialmente y pongo mi mejor cara.

—Encantado, Olivia. —Me estrecha la mano—. Yo soy Nico. ¿Qué te lleva a Roma? ¿Vacaciones, escape emocional, ganas de perderte un poco?

Un mechón de pelo le cae en la frente y se lo aparta sin prisa mientras gira el cuerpo hacia mí recostándose en su asiento. Yo hago lo mismo para quedar de cara a él, sin pensarlo demasiado.

—Un poco de todo, supongo. Sobre todo una semana de reencuentros con mis amigas, la excusa perfecta para cambiar de aires.

—Buena elección. Roma es experta en eso: excusas, reencuentros y cambios de aire.

Asiento, divertida.

—¿Y tú? ¿Vuelves a casa o estás huyendo de algo?

Nico abre la boca para decir algo, pero se interrumpe cuando el avión se sacude bruscamente, como si hubiera tropezado con algo en pleno despegue. Suelto un pequeño chillido y me agarro con fuerza al reposabrazos del asiento.

Mi corazón late en el pecho con una intensidad demasiado alta. Se me cierra la garganta y no me entra aire suficiente en los pulmones. Mi visión se nubla y el mareo provoca que a mi alrededor el mundo se desdibuje. Cierro los ojos con fuerza para estabilizarme.

Intento no hiperventilar, centrarme en mi respiración, pero lo único que consigo es que vaya aún más rápido. Doy grandes bocanadas de aire sin lograr controlarlo.

De repente, noto una mano en mi brazo, acompañada de una voz suave que me pide que imite su respiración. Me concentro en eso: el calor que irradia sobre mi piel, la suavidad de sus dedos alrededor de mi antebrazo, la presión ligera que ejerce, su tacto eléctrico.

Al final, sin entender cómo, lo consigo. Me aferro al ritmo que me marca como si fuera la única cosa que me mantiene viva en este avión. Sigo notando los músculos tensos y rígidos, pero parece que la ansiedad disminuye poco a poco. Inspiro de forma más pausada y por fin dejo de sentir que me falta el aire.

En unos minutos el avión se estabiliza. Ya no da bandazos constantes y vuela recto. Mi estómago regresa a su sitio. Ya no me noto el corazón latiendo tan fuerte, aunque prosigue el leve mareo y siento un hormigueo en las extremidades. Si ahora mismo intentara levantarme, estoy segura de que me caería al suelo.

Abro los ojos y me encuentro a mi compañero de vuelo con los suyos clavados en mí. Ahora que lo observo de cerca, por segunda vez, es incluso más guapo de lo que había pensado antes: sus ojos más azules que cualquier océano me hipnotizan en cuestión de segundos. Tiene pinta de ser el típico tío ligón con miedo al compromiso, pero aun así hay algo en su sonrisa que me atrapa.

—¿Estás mejor? —pregunta, con una mezcla de cautela y preocupación, sin apartar la mirada de mí ni un segundo.

Procuro volver a la realidad. Aún siento el eco de la ansiedad en mi cuerpo, pero sus ojos infinitos parecen anclarme a este momento.

—Eh… —Una especie de sonido sale de mi garganta, a medio camino entre un gemido y un suspiro.

No sé cómo responderle a esta pregunta. Abro la boca y la vuelvo a cerrar un par de veces, pero nada me convence. «Sí, gracias, mucho mejor». Mentira. «No, en realidad estoy hecha un desastre porque mi padre murió en un accidente de avión y, desde entonces, vuelo con el miedo incrustado en los huesos, pero no te preocupes, cuando las turbulencias pasan lo gestiono mejor». Demasiada información para alguien que no conozco. «Más o menos. No me gustan los aviones». Creo que esto puede deducirlo él solito sin que yo se lo explique.

Al ver que no respondo, me observa unos segundos más, como si intentara leerme el pensamiento. Me siento vulnerable, pero hay algo en él que me tranquiliza. Su mano sigue sobre mi brazo y no puedo evitar notar cómo el calor de su piel sigue atravesando la tela de mi blusa.

—No te gustan los aviones, *vero*?[3] —pregunta, esta vez con una sonrisa más suave, más cálida.

Le devuelvo una sonrisa tímida, aún avergonzada por el momento tan intenso que le he hecho pasar. Intentando aparentar normalidad, asiento levemente.

—No mucho, no… —murmuro, aunque sé que eso es quedarse corta.

Nico asiente y retira la mano lentamente de mi brazo, como si me estuviera dando espacio.

—Mi hermana solía odiarlos también —dice—. Cada vez que volábamos, yo tenía que distraerla para evitar que me clavara las uñas. —Ríe soplando por la nariz—. Mi tía le decía que los aviones eran como montañas rusas, que si te los imaginabas así, no eran tan malos. Ahora a Izzy ya no le dan tanto miedo, pero sigue poniéndose nerviosa las horas previas al vuelo.

Me río un poco, más por el esfuerzo que está haciendo por

tranquilizarme que por lo que me cuenta.

—No soy muy fan de las montañas rusas tampoco —bromeo, sorprendentemente relajada—. Mi amiga Sienna los compara con gelatina, pero no me ha servido de mucho tampoco. Sigo aterrada y solo quiero que termine ya el vuelo.

—¿Ni montañas rusas ni gelatina? —Frunce el ceño, como si realmente fuera increíble lo que estoy diciendo—. Vaya, entonces va a ser complicado distraerte…

No sabemos muy bien qué viene a continuación. ¿Vuelvo a abrir mi libro como si nada? Solo está siendo amable, imagino que lo típico cuando tu compañera de avión está aterrorizada. Pero yo quiero conocer un poco más a mi salvador.

Antes de que pueda abrir la boca, Nico se recuesta en su asiento con una expresión despreocupada, pero con un brillo en los ojos que me deja claro que tiene algo en mente.

—Te propongo un trato.

—¿Un trato?

—Bueno, no es algo que te obligue a firmar un contrato ni nada así —dice, con esa sonrisa pícara que ya empiezo a identificar como parte de su personalidad—. Ya sabes, un juego tipo «conoce a tu compañero de vuelo».

—Claro, el típico juego —me burlo un poco de él, pero me pica la curiosidad.

—Exactamente —continúa—. Cuatro preguntas cada uno. Sin reglas, puedes preguntar lo que quieras. No importa si la respuesta es larga, y, si es demasiado personal, puedes pasar.

Claramente intenta distraerme, aunque también podría estar buscando una forma de continuar la conversación. Apenas sin darme cuenta, estoy asintiendo.

—De acuerdo, pero empiezo yo. —Me enderezo en mi sitio y me

coloco un mechón de pelo detrás de la oreja.

Pienso un segundo antes de lanzar mi primera pregunta. Él parece relajado, casi expectante.

—¿A qué vas a Roma? ¿Negocios o placer?

Sonríe, como si hubiera estado esperando algo mucho más complicado.

—Un poco de ambos. —Entrelaza las manos detrás de la nuca y se estira un poco en el asiento, poniéndose cómodo—. Voy a ver a mi madre y a mi tía y aprovechamos para celebrar el cumpleaños de un amigo, pero también tengo un compromiso de trabajo.

La respuesta es breve, pero me quedo con la sensación de que hay algo más detrás de esas palabras. Decido no gastar mi segunda pregunta en indagar por ahora.

—Mi turno. —Sus ojos se clavan en los míos—. ¿Por qué te da tanto miedo volar?

Las palabras escapan de mi garganta sin mi permiso.

—Mi padre murió en un accidente de avión —mi voz es apenas audible— y desde entonces me da pánico subirme a uno.

—Lo siento mucho, Olivia. —Su voz suave me reconforta.

—Gracias.

Respiro profundamente antes de levantar la vista de mis manos y esforzarme en sonreír, aunque no quede muy convincente. No quiero hablar de eso ahora; por eso, cambio rápidamente el tono.

—Segunda pregunta para ti. ¿Cuál es tu mayor manía? Algo raro y que me sorprenda.

Nico suelta una risa antes de responder y el ambiente se aligera un poco.

—Esta es muy fácil. Tengo el armario más ordenado del mundo. Todas mis camisas están colocadas por colores, colgadas en degradado, de la más clara a la más oscura. —Se encoge de

hombros, divertido—. Y esto no solo se aplica a camisas, también a pantalones y hasta a ropa interior.

Suelto una sonora carcajada e inmediatamente me cubro la boca con las manos.

—¿Y qué pasa si un día te confundes? ¿O si algún ligue duerme en tu casa, te coge una camisa y al devolverla no la cuelga en su sitio?

—¿Seguro que quieres gastar tu tercera pregunta en esto, Olivia? —me pregunta enarcando una ceja.

—No creo que pueda vivir sin saber qué les pasa a las pobres personas que no conocen tu orden de armario; así que sí, esta es mi tercera pregunta. —Intento sonar seria, aunque me es imposible.

¿Qué me está pasando? ¿Estoy coqueteando con un desconocido?

—Si una chica hace eso, amablemente la invito a marcharse de mi casa y a no volver —suelta sin inmutarse, y yo abro mucho los ojos—. ¡Es broma! —se apresura a añadir—. No pasa nada, la ordeno después y ya. —Levanta la mano derecha y se pone la izquierda en el corazón, como si de un juicio se tratara—. Juro solemnemente que nunca he echado a ninguna chica de mi casa por eso.

Vuelve a arrancarme otra carcajada y esta vez él también se ríe, pasándose las manos por el pelo.

—Me toca mi segunda pregunta. Si pudieras estar en cualquier lugar del mundo ahora mismo, ¿dónde estarías?

No dudo ni un segundo, lo tengo muy claro.

—En Roma. No en este avión, por supuesto. —Él finge un gesto de disgusto—. ¡Ya me entiendes! No, pero ahora en serio: estaría en Roma, en el ático donde vivía con mis amigas cuando estábamos de erasmus.

—Por suerte para ti, entiendo que se va a cumplir pronto tu deseo —responde suavemente, con esa sonrisa de lado que ya me parece su marca personal.

—La parte del ático, no; pero la de Roma, sí. Es lo único que me consuela. Bien, me toca hacerte la última pregunta. ¿Qué te ha pasado en el costado? —Nico parece sorprendido—. Cuando he chocado antes contigo, me has dicho que justo te había dado en una herida. ¿Qué te pasó?

Se queda callado, sopesando cuál es la mejor respuesta. Se lleva una mano a las costillas y aparta la vista. Por un momento temo que me haya entrometido demasiado. Su expresión se vuelve más seria y el silencio entre nosotros se hace más pesado. Finalmente, me mira de nuevo, pero hay algo distinto en su mirada.

—Nada grave —dice al fin con un tono de voz mucho más tranquilo de lo que esperaba—. Es una lesión de hockey. Me caí durante un partido hace poco y me dieron unos cuantos puntos.

No parece querer dar más detalles.

—¿Juegas al hockey? —pregunto intentando sonar despreocupada.

Nico asiente.

—Desde que era un crío. —Hace una pausa, como si no supiera cómo seguir—. Es complicado, pero sí, a eso me dedico.

Lo miro y entreveo una nota de tristeza en sus ojos. Decido no presionar. Esta vez es él quien respira lentamente para recomponerse.

—Teniendo en cuenta que has hecho una quinta pregunta y te la he respondido, creo que es justo que mi última pregunta sea un poco más profunda. —Me reta con la mirada y yo asiento, despacio —. Si pudieras cambiar algo en tu vida en este mismo instante, ¿qué sería?

Su pregunta me toma por sorpresa. ¿Qué cambiaría? Claramente, que mi padre no se hubiera subido nunca a ese avión. Aunque eso no depende de mí, así que… ¿Haber roto con Aarón? ¿O más bien todas las decisiones que nos han llevado a ello? Pienso en lo que ha pasado en los últimos meses, en la inseguridad que he sentido, en lo mucho que he evitado afrontar ciertas cosas.

Podría dar una respuesta simple, algo que cierre la conversación, pero en cambio decido ser honesta. Hay algo en el hecho de contar cosas personales a un desconocido que hace que sea más fácil, menos importante. No sabe nada de mí, así que no va a juzgarme, ni siquiera me importa lo que piense.

—Primero de todo, el accidente de mi padre, sin duda. Pero si hablamos de mí… Me gustaría aprender a no tener tanto miedo. —Mi voz es más baja de lo que esperaba—. No solo a volar, sino a todo. A lo desconocido, a los cambios, a estar sola… No sé. Es difícil de explicar. Ahora ya estoy, oficialmente, compartiendo demasiada información. —Me paso las manos por las mejillas, que siento acaloradas.

Nico acepta mi respuesta bajo mis propios términos, sin hacer preguntas de más. Respiro hondo por primera vez desde que despegamos y noto que algo dentro de mí empieza a soltarse. Se afloja esa tensión que llevaba acumulada desde el aeropuerto.

—¿Sabes qué? —dice de repente—. Por hoy ya te he sacado suficiente información, y no quiero que pienses que esto es una especie de interrogatorio ni nada por el estilo.

Suelto otra carcajada y me relajo. Le agradezco el cambio de tono. Nico se desabrocha el cinturón y se cambia de asiento para quedar a mi lado. Nuestros brazos se rozan cuando saca su móvil del bolsillo del pantalón. Acto seguido, me muestra la pantalla y abre una aplicación de sudokus.

Como si nos conociéramos de toda la vida, discutimos las posibles soluciones, entre risas y bromas sobre cuál de los dos es peor en matemáticas.

—No, no puede ser el seis —digo muy seria mientras apunto a una casilla.

—¿Por qué no? El seis encaja perfecto.

—No, fíjate bien, hay un seis en la misma fila, aquí arriba —continúo, riendo ante su expresión de incredulidad.

—Vaya, parece que eres mejor en esto de lo que pensaba —admite él haciéndose el ofendido mientras deja que yo gane esta ronda.

Pasan los minutos y, sin darme cuenta, la ansiedad que antes me había paralizado se convierte en un recuerdo lejano. Miro a mi acompañante de reojo y sonrío, porque ha conseguido hacerme olvidar que estoy a diez mil metros de altura atravesando el Mediterráneo.

4

Olivia
71 días para cerrar el círculo (III)

Antes de bajarnos del avión, nos intercambiamos los teléfonos. Después, continuamos charlando, pese a que ya no es lo mismo que hace unos minutos. Se ha roto la burbuja y parece que no tenemos claro si debemos andar juntos hacia la salida o despedirnos con alguna excusa tonta. Torpemente, parece que optamos por una mezcla de ambas: seguimos andando cerca, pero la conversación va disminuyendo hasta convertirse en un silencio espeso, aunque no incómodo.

Nos despedimos en la puerta del Fiumicino con la vaga promesa de que nos escribiremos a lo largo de la semana para ir a tomar una cerveza. Lo veo alejarse con su maleta azul cielo hacia un coche que lo espera. Justo antes de abrir la puerta del copiloto, se gira hacia mí y grita:

—¡No te atrevas a hacerme *ghosting*, Olivia! —Sonríe y, sin darme tiempo a responder, se da la vuelta y entra en el coche.

Me sonrojo levemente, mirando al cielo y negando con la cabeza.

Ahora me arrepiento un poco de haberle dado un número falso. Me he sentido tan cómoda durante el vuelo que me ha entrado el pánico. Siempre podría escribirle yo a él, a menos que él haya tenido mi misma idea y tampoco me haya dado su número real. De todos modos, la sensación de que yo tendría que dar el primer paso me calma un poco los nervios.

Saco el móvil para ver la ubicación en tiempo real de Chiara, que ha insistido en venir a darme la bienvenida al aeropuerto. Según WhatsApp, tiene que estar a pocos metros de donde yo me encuentro, aunque miro a izquierda y derecha y no la veo por ninguna parte.

Cuando estoy a punto de llamarla, de la nada frena a pocos metros de mí un coche grande y negro impoluto del que sale mi amiga, gritando y corriendo a abrazarme. Lo último que esperaba es ver a Chiara conduciendo un coche reluciente y caro por Roma. Rectifico: lo último que esperaba es ver a Chiara conduciendo por Roma.

—Olivia, por favor, ¡qué ilusión verte! —chilla. Hace solamente cuatro días que no nos vemos, pero mi amiga es la *drama queen* número uno del grupo—. ¿Cómo ha ido el vuelo? ¡No aguantaba más las ganas de teneros a las dos en Roma!

Vuelve a abrazarme y esta vez la aprieto fuerte contra mí. Cuando nos separamos, le cojo las manos, feliz.

—De momento solo me tienes a mí —hago un puchero—, pero mañana por la mañana llega Sienna y volveremos a estar las tres en esta ciudad.

Chiara abre la boca para decir algo, pero vuelve a cerrarla inmediatamente y me sonríe con aire misterioso. Se queda callada unos segundos mientras yo la observo inquisitiva.

—¡No me mires así! —Empieza a reírse—. Ya sabes que si me

pones esa cara no soy capaz de aguantarme. Sube al coche, anda, que tengo una sorpresa para ti. —Se da la vuelta y entra en el vehículo antes de que yo pueda hacer más preguntas.

El coche es nuevo y muy bonito. No es que yo sea una experta, pero con solo ver la pantalla del centro de control del tamaño de una tableta, y los asientos de piel negra, puedo imaginarme que cuesta muchísimo dinero. Y mucho más le costará llevarlo de vuelta a España. Mi amiga me lee la mente.

—Es un regalo de mis padres, me lo han adelantado. —Su cumpleaños no es aún hasta dentro de tres días, cuando haremos la celebración grande en el viñedo—. Y sí, debe de ser carísimo, pero… ¡no se cumplen veintiséis todos los días!

Pongo los ojos en blanco, divertida. No me sorprende que le hayan regalado un coche; sus padres ganan mucho dinero y lo gastan todo en su niñita.

—Oye, ¿y Víctor? —Cambio de tema radicalmente, pero me extraña que no haya venido con ella a recogerme—. ¿Ha llegado ya o sigue atrapado en Barcelona?

Chiara y Víctor se conocieron una noche de agosto cuando tenían diecinueve años y desde entonces han sido inseparables. Tardaron un tiempo en formalizar su relación como pareja, pero, por lo que nos cuenta ella, actuaban como tal desde la primera semana.

A nosotras él también nos gustó al instante. Sienna y yo lo conocimos en persona a la mitad del Erasmus, porque él estaba haciendo el suyo en Bielorrusia y vino a pasar el cumpleaños de Chiara a Roma. Esa primera vez que nos vimos ya habíamos mantenido incontables conversaciones con él por FaceTime. Conocíamos su vida y, de alguna forma, él formaba parte de la nuestra, por lo que, cuando nos juntamos los cuatro, fueron unos días muy intensos.

Encajó en el grupo como si perteneciera a él de toda la vida. Siempre sonriente, siempre dispuesto a ayudarnos en nuestros dramas y a abrazarnos si lo necesitábamos. Se hacen muy felices el uno al otro y para Sienna y para mí también es familia.

—Tenían hoy un evento en el hotel y no puede escaparse hasta medianoche. Al final vendrá mañana por la mañana. Al parecer, viaja en el mismo avión que Sienna.

Víctor estudió empresariales y trabaja en la cadena de hoteles de sus padres, gestionando toda la parte de posicionamiento e impacto. Suelen ser los anfitriones de algunos de los eventos nacionales más importantes y exclusivos de la ciudad. Por eso, aunque le encante lo que hace, vive semanas de mucho estrés y trabajo.

Mi amiga arranca el coche y le da al Play en Spotify. Con esto, da por finalizada la ronda de preguntas. Cualquiera que nos viera pensaría que no tenemos de qué hablar, pero es todo lo contrario: este es nuestro momento sagrado, nuestro ritual. Subimos al coche, ponemos la música a todo volumen y cantamos a pleno pulmón hasta llegar a nuestro destino. Una vez allí nos hacemos las preguntas rutinarias y nos ponemos al día, pero los viajes por carretera, sean más o menos largos, están reservados a la terapia musical.

Nuestra última obsesión es *The Tortured Poets Department*, de Taylor Swift, y obviamente es el álbum elegido para el trayecto de Fiumicino al centro de Roma.

Empieza a sonar «But Daddy I Love Him» y Aarón se cuela en mis pensamientos sin previo aviso. Dos años de idas y venidas, de dudas, de confianza rota, de llorar cada semana. Mi pecho se contrae, robándome el aire durante unos segundos, mientras ese recuerdo que tanto he intentado enterrar se clava en mí, punzante. Lo importante es que, después de tocar fondo, he salido de allí y he

dado un giro de ciento ochenta grados a mi vida.

Y ahora vuelvo a estar aquí, en Roma, una de las grandes capitales del amor, aunque querer enamorarme de nuevo es lo último que se me pasa por la cabeza.

Aparcamos en una callejuela del Trastevere, casi tocando al Tíber. No me he dado cuenta del camino que hemos seguido; ni siquiera de que no hemos cruzado el río, pero, al salir del coche y reconocer la calle, lo tengo claro de golpe. Ahora entiendo su sonrisa de antes, cómo me ha engañado la muy zorra.

—¡Chiara! —El grito me sale del alma y ya tengo los ojos llenos de lágrimas. Mi amiga me devuelve una sonrisa de esas que lo dicen todo sin palabras. En ese momento, sé que mis sospechas son ciertas. Mi corazón se acelera—. No, no, no, no puede ser. ¡¿Nos quedamos en nuestro antiguo apartamento?! ¿Cómo lo has conseguido?

Me inunda la nostalgia y, por un segundo, vuelvo a ser aquella chica de veintiún años a la que nunca han roto el corazón y que sueña a lo grande con sus mejores amigas. Chiara está exultante, sonriéndome también con los ojos vidriosos, nerviosa.

—Mi padre ha empezado a trabajar con un cliente nuevo con el que se lleva muy bien. —El padre de Chiara lleva años en la industria del vino y a menudo trabaja para personas muy importantes a las que generalmente cae en gracia—. Da la casualidad de que este conoce a la dueña del edificio. Mi padre le pidió el favor hace unas semanas. Solo podemos quedarnos aquí tres días porque después ya lo tenía alquilado, pero ¡estos tres días es completamente nuestro! —Mi amiga no puede parar de sonreír mientras habla.

—No sé qué he hecho para merecer amigas como tú. —Me acerco a ella y la abrazo con fuerza.

Sacamos las maletas del coche y entramos en el antiguo edificio.

Sigue sin tener ascensor, igual que cuando vivíamos aquí. Subimos los tres pisos a pie hasta llegar a ese ático que conocemos de memoria. Mi amiga saca la llave del bolso, abre la puerta y se mete en el piso, haciéndome un gesto con el brazo para que pase.

—Milady —dice con una pequeña reverencia. Acto seguido estallamos en una carcajada.

Solíamos hacer eso cada vez que una de nosotras volvía de pasar el finde en algún otro sitio, como la casa del novio de la semana o una visita exprés a Barcelona para ver a nuestras familias. Aunque el ático fuera pequeñito, siempre habíamos tenido la broma interna de que era nuestro palacio personal y que controlábamos Roma entera desde nuestra terraza.

Dejamos el equipaje en la entrada y, sin pensarlo, corremos cada una a nuestra antigua habitación para comprobar que, efectivamente, sigue igual.

—¡Todavía está la marca en la puerta de cuando me caí por culpa de aquellos tacones altísimos! —grita Chiara desde su habitación.

—No culpes a los tacones, Chiara, las tres sabemos que fue por el tequila —le respondo, muerta de risa—. Oh, la mía ya no tiene esa mancha de pintalabios que hizo Sienna al lanzarme su rojo favorito —digo un poco triste, aunque en el fondo me alegra comprobar que han pintado después de nuestra marcha.

—Seguro que te odiaron un poquito cuando vieron esa mancha. La pared estaba recién pintada de blanco cuando entramos.

Aún con el bolso colgado y la chaqueta en el brazo, voy a buscar a mi amiga, a la que encuentro tirada en su antigua cama. Nos miramos cómplices y contemplamos juntas nuestro alrededor, maravilladas. ¡Hemos pasado tantísimas horas entre estas cuatro paredes! Este piso nos ha visto sufrir y enamorarnos, presentar

nuestros proyectos finales e incluso tener a un gatito de acogida escondido de nuestra casera durante cuatro meses hasta que le encontramos familia.

Chiara se levanta de un salto y sé que va a proponerme algo.

—¿Qué te parece una cervecita en la terraza antes de comer?

Sin esperar respuesta, mi amiga me coge del brazo y prácticamente me arrastra a la cocina, donde veo que ya ha llenado la nevera con cervezas. En la encimera, nos aguardan aceitunas y una bolsa de patatas.

Cogemos las cosas y subimos a la terraza del dúplex, que sigue conservando la mesa y las sillas, aunque ahora está preciosa llena de plantas y flores. En cuanto salgo y veo las vistas, me quedo alucinada. No recordaba esta sensación. El Tíber con sus bonitos puentes, las cúpulas de las incontables iglesias y los colores cálidos de otros edificios que se alzan a nuestros pies, recordándome lo pequeña e insignificante que soy para la ciudad. Aun así, me doy cuenta de que Roma me da mucho más de lo que recordaba antes de venir.

La brisa suave de finales de febrero me acaricia el rostro, me despeina un poco y me hace cosquillas en la nuca. Por un momento, pienso en mis gatas. Las voy a echar mucho de menos, aunque sé que mi hermana debe de estar muy contenta haciendo de canguro. «Llamaré a Emma antes de cenar», pienso.

Nos sentamos en las dos sillas más cercanas a la mesa, pongo música de fondo y brindamos con los botellines.

—¡En tres días cumples los veintiséis! —Miro a mi amiga, que ya se está subiendo la camiseta para dejar la tripa expuesta al sol—. ¿Cómo te sientes al haber vivido más de un cuarto de siglo?

—Si lo pienso un poco, me parece una locura maravillosa, emocionante y… que me asusta un poco a la vez. —Entrecierra los

ojos y da un trago—. Me doy cuenta de que cuando era pequeña pensaba que a los veintiséis tendría la vida resuelta, con un marido y dos perros, pero la realidad es que mi trabajo ni siquiera me permite alquilar el piso de mis sueños sin depender del dinero de mis padres. No quiero trabajar de arquitecta en cualquier empresa. Quiero encontrar una donde me permitan expandir mi creatividad. —Hace una pequeña pausa—. Y, si no, siempre puedo hacerme *stripper*, que no dudo que se me daría de fábula. —Se encoge de hombros y suelta una risita despreocupada.

Chasqueo la lengua y sonrío. Ella es así: alocada, dulce y con los pies en la tierra, todo a la vez. La miro y no puedo evitar sentirme orgullosa. Está preciosa con Roma de fondo y sus grandes ojos verdes relucientes de ilusión por lo que está por venir. Chiara siempre ha querido ser arquitecta, no solamente porque sea buena en ello y porque le guste el trabajo, sino porque quiere aportar algo al mundo con su diseño. Es un ser de luz y necesita iluminar a su paso.

—Chiara, si hay alguien que vaya a conseguir todos esos proyectos increíbles que tiene en mente, esa eres tú. —Mi voz suave teñida por la emoción queda relegada a segundo plano cuando empieza el estribillo de «Champagne Problems».

Cantamos a pleno pulmón la letra que nos sabemos de memoria, cerrando los ojos y gritando en el *She would've made such a lovely bride, what a shame she's fucked in the head, they say*, que nos pone la piel de gallina cada vez. Fuimos juntas a The Eras Tour en Lisboa el año pasado y fue la mejor noche de nuestras vidas, vestidas con lentejuelas e intercambiando *friendship bracelets*. Sin lugar a duda, Taylor Swift constituye la banda sonora que siempre nos acompaña.

Termina la canción, levantamos los botellines en un brindis

silencioso y damos un largo trago a nuestras cervezas. Me hago una nota mental para comprar antihistamínicos; desde que he aterrizado noto un picor en los ojos que reconozco perfectamente. Aunque no tengo una alergia horrible, hay épocas en las que no paro de estornudar y se me enrojecen los párpados. En estos casos, prefiero estar preparada.

El sol me acaricia la piel. Siento la energía que esto me proporciona, como si fuera una planta en plena fotosíntesis, absorbiendo cada rayo de luz.

Ahora mismo, no hay otro lugar en el mundo donde prefiriera estar que no fuese aquí. Por un momento, alejo todas las preocupaciones de mi cabeza: ni miedo al evento, ni recuerdos de Aarón, ni preocupaciones por mis hijas gatunas. Dejo la mente en blanco y me permito aislarme de todo lo que me obsesiona en mi vida cotidiana. Aquí, con Chiara y Roma a nuestros pies, me siento completa.

—¿Cómo va la preparación para el evento literario? —me pregunta con los ojos cerrados y la barbilla levantada, recostada en la silla.

—Aún nos faltan algunas autoras para confirmar y cerrar del todo las firmas y el panel; también tenemos que definir algunos aspectos del concepto visual. —Yo también me recuesto en la silla y cierro los ojos, dejando que el sol me tueste la piel—. En términos generales, está bastante encaminado. Estoy tratando de fichar a una autora de romántica que lo está petando este año. Sé que a Marwa le va a encantar.

—Si al final no la consigues, tendrás éxito igual. Tu jefa te adora, no nos engañemos.

—Por cierto, ¡el evento ya tiene nombre! Se va a llamar LitLove.

—LitLove, ¡me encanta! —La oigo dar un trago largo y sé que se

acaba de terminar su cerveza—. ¿Estás contenta con el progreso que habéis hecho de momento con el equipo?

Me encojo de hombros, aunque mi amiga no lo ve porque sigue con los ojos cerrados.

—No sé, estoy contenta, pero también algo agobiada. Me da un poco de miedo que no salga, porque están apostando por mi propuesta del formato de charlas y no sé si…

La música para de golpe para dar paso al inconfundible tono de llamada del iPhone. Miro la pantalla y se me congela el rostro.

Aarón.

Me ha estado mandando mensajes, pero no me ha llamado desde hace cinco meses, cuando me rompió el corazón y fui lo suficientemente fuerte como para marcharme.

Aunque ahora mismo daría lo que fuera por volver.

5

Nico
84 días para volver a empezar (II)

El trayecto hasta mi casa ha sido menos tenso de lo que esperaba. Aunque hacía meses que no veía a mi tía, no se me olvida el porqué sigue siendo mi favorita: me ha recogido en el aeropuerto y no ha sacado el tema hasta que hemos estado sentados en una terraza con una copa de vino delante, esperando a que nos traigan la comida.

—¿Sabes cómo se lo vas a contar? —Me mira fijamente y se le forma una arruga en la frente.

Aparte de mi hermana y de Levi, ella es la única persona en la que confío como para compartirle todo lo que está pasando en mi vida en estos últimos meses. Alicia siempre me ha hecho sentir que soy mucho más que un niño rico que juega al hockey. Aunque sea la hermana pequeña de mi padre, sé que mi secreto está a salvo con ella.

—No tengo ni la más remota idea —suspiro, pasándome una mano por el pelo—, pero tengo la impresión de que no voy a tener

mucho tiempo para pensar. Mi madre va a querer verme antes de la fiesta. Una vez que lo sepa ella, mi padre cogerá el primer avión que lo traiga a Roma.

—Lo sé, cariño, por eso tienes que pensar en cómo hacerlo. No puedes ir sobre la marcha porque entonces no tendrás tiempo de reacción. Mereces la oportunidad de explicar lo que sientes y por qué tomas las decisiones que tomas.

Cuando mis padres se separaron y mi padre se mudó a España, mi hermana, Izzy, y yo pasamos un tiempo con Alicia. Nuestra madre decía que no podía con todo, pero creo que simplemente no se le daba bien ser madre y no quería intentarlo.

Le pidió a mi tía si podíamos quedarnos unos meses con ella…, que acabaron siendo dos años y medio. Entonces, me aficioné al hockey y me enamoré de ese deporte. Me permitía olvidarme de todo. Después de los entrenamientos, me sentía mucho mejor. Además, contaba con un equipo genial y se me daba bastante bien.

Al llegar a los dieciocho años, yo ya comencé a ganar dinero por los partidos. Izzy y yo alquilamos un apartamento para poder mudarnos y devolverle a Alicia su intimidad. Pese a que siempre nos dijo que le encantaba tenernos en casa, la conozco suficientemente como para saber que adora disponer de su espacio privado y que, después de todo ese tiempo, necesitaba recuperar su apartamento silencioso y ordenado.

Yo me mudé a Barcelona poco después para jugar en los Blizzards. Aunque veo a Alicia menos de lo que me gustaría, nos llamamos semanalmente para ponernos al día.

—¿Te digo la verdad? —Ella asiente, aunque yo iba a contársela de todos modos—. *Sono terrorizzato, zia*.[4] Tengo veintiocho años y todo va a cambiar de golpe. He crecido con la adrenalina, los entrenamientos, esa tensión antes de cada partido. Y ahora no sé

quién soy sin eso. ¿Qué pasa si, al dejarlo, no hay nada más que me haga sentir así? No sé quién soy sin el hockey.

Alicia me observa en silencio, como si estuviera sopesando mis palabras. Luego, sin apartar la vista de mí, se inclina hacia delante, apoyando un codo en la mesa y acariciando suavemente el borde de su copa con los dedos.

—Eres el mismo, Nico, porque no eres solamente el hockey. Nunca lo has sido. —Su mirada es firme, pero hay una calidez en sus ojos que me calma—. Puedes dejar de jugar, pero seguirás siendo tú. Sobre todo, porque lo abandonas para lanzarte a algo que te apasiona. La emoción no desaparecerá, aunque sea de otro tipo.

Me estudia un segundo más, posa su mano sobre la mía y me da un pequeño apretón.

—Tal vez, por primera vez, descubras quién eres realmente. —Sus labios se curvan en una leve sonrisa, como si supiera algo que yo aún desconozco.

Retira la mano lentamente, toma su copa con un movimiento delicado, y se recuesta en su silla, contemplándome mientras le da un sorbo a su vino. Está esperando a ver qué efecto surten sus palabras en mí. Sabe que es una de las pocas personas a las que escucho cuando se trata de mi vida privada y, sobre todo, una de las pocas a las que permito entrar en ese círculo desde lo de Ágata, mi ex.

El camarero nos sirve la ensalada caprese que tanto me gusta y nos pregunta si queremos pan para acompañarla. No lo dudo, aunque sé que después no podré cenar pizza si no quiero que el nutricionista del equipo se enfade conmigo tras el regreso de esta semana de vacaciones.

—Cuéntame cosas más alegres. ¿Cómo va tu trabajo? ¿Qué viaje planeas ahora?

Los últimos años los ha pasado trabajando en remoto desde Bali, Maldivas o Miami, y no dudo que esta vuelta a casa va a durar poco.

—Voy a quedarme un tiempo en Roma. Me han dado un proyecto presencial al que no he podido negarme. Seguro que me vendrá bien estabilizarme un poco, ¿verdad?

—Alicia, a ti no te gusta la estabilidad. Te gusta la aventura, conocer mundo, compartirlo con tus amigas y supongo que con algún hombre de vez en cuando. Tú no eres de quedarte en una oficina sentada delante del ordenador.

Me recorre la espalda un escalofrío cuando pienso que a lo mejor hay algo malo que la esté frenando.

—Voy a trabajar desde casa, Nico. Además, tengo una amiga que acaba de separarse. Me gustaría pasar con ella un tiempo. —Su mirada me dice que todo está bien, pero no termino de creérmelo. Ella lo intuye, porque suaviza la voz antes de continuar—. No te preocupes, de verdad.

Coge su copa y la levanta para que la imite. Brindamos por las nuevas oportunidades y por estos días. Nos echábamos mucho de menos. Siempre hemos tenido una relación especial, incluso más cercana que con mi propia madre.

El sonido del cristal de las copas me resuena en los oídos más de lo que debería. Nuevas oportunidades, ¿no? Ojalá me sintiera así, emocionado, expectante. Alicia bebe un sorbo y me observa desde detrás de su copa, esperando. No lo dice, pero lo sé: quiere que siga hablando. Y, aunque no me apetezca, sé que me irá bien para ordenar mis ideas.

—Es todo más fácil cuando estás en la pista —explico finalmente rompiendo el silencio—. Tienes reglas, sabes cuáles serán tus próximos movimientos. Juegas, ganas, pierdes, pero todo sigue unas posiciones, un orden y un propósito. ¿Fuera de eso? No sé cómo

debo hacer las cosas, ni si me estoy arriesgando por la causa correcta.

Alicia deja con delicadeza su copa sobre la mesa.

—Es normal tener miedo, pero no puedes vivir tu vida esperando que todo se ajuste a un plan perfecto. Lo importante es lo que sientas que te hace feliz. En tu caso, tienes muy claro el siguiente paso que quieres dar. Te estás arriesgando por la causa correcta si es la que te ilusiona. No pienses en el después.

Sonrío, aunque sé que es una sonrisa forzada.

Es fácil decirlo, pero hace muchísimo que no pienso en lo que realmente quiero. Me he movido en piloto automático durante tanto tiempo que, ahora que tengo la oportunidad de cambiar de rumbo y tomar las riendas, me da miedo que no salga bien.

—No es solo el hockey —digo, casi en un susurro—. Es todo lo que conlleva. Mi padre no va a entender esto. Ni siquiera me ha mandado un mensaje hoy. Como no viajo por trabajo, no le importa. Para él, el hockey es lo que me define. Y si lo dejo, simplemente habré fracasado. Dará igual que esté haciendo lo que realmente me importa. No va a darme su apoyo.

Mi tía me mira comprensiva. Es la única persona que puede descubrirme a través de la fachada que pongo para el mundo; además, conoce muy bien a su hermano. Sabe que tengo razón, que se va a enfadar y me va a dar la espalda. Aunque no necesito el permiso de nadie, llevo toda la vida intentando ganarme su aprobación.

—Cambiar de vida no es fracasar, cariño. Si Enzo no lo entiende ahora, ya lo hará más adelante. Te queda todo lo que aún no has explorado. Y eso es lo que realmente importa. —En silencio, aprieta mi brazo con suavidad—. Te mereces ser feliz.

Me quedo callado mientras asimilo sus palabras. No sé si estoy

listo para enfrentar lo que viene, pero tal vez tenga razón. Quizá sea hora de averiguar quién soy realmente, fuera del hielo y lejos de la sombra de mi padre.

6

Olivia
71 días para cerrar el círculo (IV)

Mi amiga aprovecha mi momento de confusión para coger el móvil y apartarlo de mí tanto como le permite su brazo a la vez que yo hago ademán de levantarme instintivamente, aunque reculo. Unos segundos después, el teléfono deja de sonar y la música vuelve, pero ninguna de las dos mueve ni un solo músculo.

—Olivia, no puedes devolverle esa llamada —rompe muy seria nuestro silencio, con el móvil aún en alto. Lo aprieta con todas sus fuerzas.

—Lo sé, yo…

—Por favor.

Sé que no puedo y sé que ni siquiera tendría que querer hacerlo, pero una cosa es lo que piense de forma racional y otra, muy distinta, lo que desea mi corazón roto. Ya no pienso en él constantemente, pero aun así se me acelera el pulso.

—Vale, no lo haré. —Me siento un poco avergonzada de haber estado a punto de saltarle encima para arrebatarle el móvil.

Repaso mentalmente los últimos meses; el momento en el que me di cuenta de que no quería seguir allí y lo muchísimo que me dolió la ruptura. Cargué con la ambivalencia de amar a alguien que me hacía sufrir y a quien no le importaba hacerme daño. Para mayor dificultad, Aarón podía ser el hombre más cuidadoso y tierno del mundo cuando se lo proponía. Revivo la confusión de la ruptura y el miedo a no haber hecho lo correcto: ¿y si el problema era yo y no él? Yo no merecía eso. Una cosa es que las parejas discutan y otra muy distinta es que crucen todos tus límites y te dejen desnuda, vulnerable, y lo aprovechen para herirte y hundirte. Aunque luego te pidan perdón y te regalen flores.

Aun así, lo echo de menos y me odio por hacerlo.

—Olivia, para. Estás entrando en bucle. —Noto unos brazos a mi alrededor y me doy cuenta de que Chiara me está abrazando—. Sé que sigue siendo difícil para ti pensar en ello y que te da miedo, pero también sé que puedes ser feliz.

—¿Y si nunca soy suficiente? —Las lágrimas brotan de mis ojos —. ¿Y si pido demasiado y el problema soy yo? No quiero ser alguien que no sabe aceptar el amor…

—Nunca pides demasiado a la persona correcta —mi amiga me corta, muy seria—. Puede que pidas algo que no esté dispuesto a darte, o que no pueda hacerlo, pero no te hará sentir que lo que necesitas no es válido. —Me acaricia el pelo y se le suaviza el rostro —. Lo hablaréis, entenderéis juntos el problema y buscaréis un punto medio. U os pelearéis, gritaréis y odiaréis durante un ratito, pero nunca buscará la forma de hacerte daño para castigarte.

Sigo llorando, aunque ahora son solamente algunas lágrimas sueltas que resbalan por mis mejillas.

—Me da miedo estar rota y no poder recomponerme.

Ya está, lo he dicho.

Ahora parece incluso más real de lo que sonaba en mi cabeza.

Chiara se separa de mi lado con la mirada triste y me dedica una media sonrisa.

—Eres luz, Olivia. Puede que estés rota ahora mismo, que ese imbécil te haya apagado un poquito, pero eso no significa que no puedas sentirte viva de nuevo. Solamente tienes que aprender a quererte y a cuidarte.

—No es tan fácil…

—No, claro que no lo es. Pero recuerda que por las grietas entra la luz.

Me lanzo a sus brazos y lloro un poquito más mientras ella me abraza fuerte. Supongo que en parte tiene razón; necesito entender quién soy después de todo esto.

—Te quiero, Chiara. Gracias por estar conmigo siempre. —Si algo he aprendido en terapia es a no callar nunca lo que siento, y mucho menos si es un «te quiero».

—Para esto estamos las amigas, para recordarnos lo que valemos cuando un gilipollas nos hace dudar.

Aarón fue importante para mí, aunque supongo que yo no lo fui tanto para él. A veces me pregunto si no supo quererme mejor, porque era una de esas personas tan heridas que solo pueden hacer daño, o si simplemente no me quería y yo nunca me había dado cuenta. Quizá yo fui un pasatiempo más con el que evadirse del mundo cuando lo necesitaba.

Fuera como fuese, nunca podré saberlo con certeza y eso me mata. Tengo que aprender a cerrar etapas, aunque no tenga las respuestas, como me dice Claudia, mi psicóloga. Sin embargo, tras esta llamada siento que he dado quince pasos atrás en mi progreso. Últimamente ha empezado a mandarme muchos más mensajes, pero nunca me había llamado…

Cierro los ojos, no quiero pensar más en él. Estoy harta del efecto que provoca en mí. Echo de menos a la Olivia que era antes de conocerlo, la que no se hacía pequeña ante nadie y sabía estar sola, segura y feliz. Necesito recuperarla. Creo que este viaje es perfecto para tomar distancia.

La brisa fresca del mediodía nos acaricia y el sonido lejano de la ciudad se mezcla con mi respiración, que comienza a estabilizarse después de tanto llanto. Chiara me sonríe, me seca una lágrima que ha quedado a medias en mi mejilla y se levanta, tendiéndome la mano.

—¿Sabes qué te irá genial para sentirte un poquito mejor? —Levanta las cejas a modo de sugerencia y yo agradezco el cambio de tema—. Las calorías en forma de pizza. Son las dos y cinco, y nuestra reserva era a las dos. No queremos que Sandro dé nuestra mesa a otras personas, ¿verdad?

Se me iluminan los ojos al oír el nombre de Sandro.

—¿Has reservado en L'Angolo dei Sapori? —Me incorporo de un salto mientras la sonrisa de mi amiga se ensancha—. Y aún más importante: ¡¿has visto a Sandro?!

Salimos de nuestro edificio con rumbo a L'Angolo dei Sapori, la que fue nuestra *trattoria* de confianza desde la primera semana de Erasmus en Roma. A solo cuatro calles de nuestro piso, se convirtió en nuestro sitio de reunión por excelencia: celebraciones, días corrientes, momentos de estrés o incluso citas relámpago. Sus pequeñas mesas de madera desgastada, cubiertas por manteles rojos, fueron testigo de la mayoría de nuestras emociones.

Recorremos muy animadas las coloridas callejuelas. Vamos hablando de todo y de nada a la vez. Por extraño que parezca después de tanto tiempo, me hace sentir como en casa notar los adoquines bajo mis pies. El sol de febrero brilla sobre nuestras

cabezas, amenazando con quemarme los hombros descubiertos después de la cervecita en la terraza. Hace más calor del que tocaría para esta época y lo agradezco, porque el buen tiempo me pone de buen humor y ahora mismo necesito mucho de eso. El cantar de los pájaros y nuestras risas componen la banda sonora que nos acompaña hasta que un olor inconfundible nos inunda las fosas nasales. Pizza. ¡Por fin!

Está tal y como la recordaba: con la fachada anaranjada, las plantas enredaderas alrededor del letrero que, en letras doradas sobre fondo color chocolate, reza L'Angolo dei Sapori; las tres mesitas que hay fuera, recogidas en la esquina delimitada por una escalera de piedra a la derecha, que conducía a un pequeño mirador del Trastevere. La puerta de entrada está abierta de par en par, como siempre ha estado, invitándonos a colarnos en ese pequeño mundo de sabores. Por un momento, me creo la Olivia que hace cuatro años descubría este lugar junto a Chiara y Sienna.

Nada más entrar, Sandro viene feliz a nuestro encuentro.

—*Buongiorno, ragazze!*[5] Ha pasado mucho tiempo, ¡me alegro de volver a veros por aquí! —Nos abraza; primero a Chiara y luego a mí. Acto seguido, se gira hacia la cocina para llamar a su mujer—. *Amore, Chiara e Olivia sono qui!*[6] —Vuelve a mirarnos y continúa hablando mientras nos acompaña a una de las tres mesitas de fuera —. *Come vanno le cose? Dov'è Sienna?*[7]

—*È da un sacco di tempo che non ci vediamo!*[8] Estamos muy bien, venimos a pasar unos días por su cumpleaños. —Señalo a mi amiga.

Sandro y Chiara intercambian una mirada fugaz y me parece distinguir confusión en los ojos de él, aunque dura solamente un par de segundos.

—Sienna está aún en Barcelona, llega mañana por la mañana —

añade Chiara, respondiendo a su segunda pregunta. Sienna siempre había sido la favorita de Sandro, seguramente porque comparten la pasión por el trabajo.

Sale Ángela, la mujer de Sandro, que nos abraza con fuerza nada más vernos. Son una pareja entrañable que, aunque bien podrían ser mis abuelos, tienen la energía de mis primas pequeñas. Él, con el cabello canoso y la barba cuidadosamente recortada, siempre vestido con una camisa a cuadros y el delantal de cocina; y ella, con el cabello corto y plateado, con su vestido de flores y el mismo delantal que su marido. Los dos esbozan una sonrisa acogedora y poseen unos ojos brillantes que reflejan calidez y hospitalidad. Los veo y me siento en calma, protegida como siempre me he sentido en la *trattoria*.

—*Mamma mia, guarda quanto siete belle!*[9] —Se separa de nosotras y nos mira con detenimiento—. ¿Cuánto tiempo hace que nos vimos por última vez? ¡Parece que hayan pasado siglos!

—Tú también estás preciosa, Ángela, ¡como siempre! Es como si por ti no pasaran los años —lo digo sinceramente. Esta mujer tiene una piel extremadamente cuidada que le hace parecer mucho más joven de lo que es.

—*Oh, mia cara, vorrei tanto che fosse vero.*[10]

Sandro nos dice que nos va a llevar un aperitivo y su mujer nos dedica una última sonrisa antes de regresar a la cocina. A los cinco minutos vuelve con una tabla de *bruschettas*, algunos quesos y embutidos típicos. La contemplo maravillada y no dudo en llevarme una *bruschetta* de tomates frescos a la boca, que me hace cerrar los ojos de felicidad.

—Qué ganas tenía de volver a comer aquí. ¡Sabe a gloria!

Chiara me imita y le clava un bocado a una de las *bruschettas* de ricota, sus favoritas. Veo cómo se le iluminan los ojos y suelta una

especie de gemido.

—De verdad que no entiendo cómo puede hacerte tan extremadamente feliz la comida, creo que te gusta incluso más que Víctor.

—Pues claro que me gusta más que Víctor. —Ríe conmigo y le resbala un poco de aceite por la mano, pero ella ni se inmuta. Se la termina, se limpia las manos y la boca y busca qué aperitivo atacará a continuación—. La buena comida es uno de los mejores placeres de la vida, y yo necesito mucho de eso.

—¿No será que Víctor lleva toda la semana trabajando a tope y el sexo ha dejado de estar a tu alcance últimamente?

—*Touché*. Pero no te preocupes, que estos días lo recuperamos. Te aconsejo que compres tapones para los oídos. —Una sonrisa socarrona acompaña su declaración de intenciones.

—¡Chiara! —le grito, tapándome las orejas a la vez que se me escapa una carcajada—. Me aseguraré de insonorizar mi habitación y la de Sienna antes de mañana.

Nos decidimos por una pizza *capricciosa* y unos *linguine alle vongole* para compartir, acompañados de dos copas de vino blanco que combina de maravilla con nuestros platos, y al terminar nos despedimos de Sandro y Ángela con la promesa de volver con Sienna mañana por la noche. Tan pronto como llegamos al ático, nos desplomamos en el sofá y mi amiga coge su portátil.

—¿Te importa si te dejo sola unas horas? —Me pide disculpas, aunque sabe que no me va a importar—. Aún me faltan cosas de última hora para organizar la fiesta y me gustaría dejarlo cerrado antes de que llegue mañana Sienna. Si abro el ordenador delante suyo, corremos el riesgo de que se ponga a trabajar.

Soltamos una carcajada al unísono.

—No voy a discutírtelo. Tienes toda la razón del mundo. Saldré a

dar una vuelta. ¿Nos vemos a las nueve y media para cenar?

—*It's a date.* —Me guiña un ojo y focaliza toda su atención en el ordenador.

7



Nico
84 días para volver a empezar (III)

Después de la comida, mi primera parada ha sido el apartamento de Levi. He convencido a los chicos de viajar a Roma estos días y aprovechar la semana sin partido para celebrar todos juntos el cumpleaños de Bruno.

Al principio costó organizarlo, pues nunca habíamos viajado juntos en medio de la temporada, pero Levi se puso de mi parte enseguida porque está preocupado por mí. Lleva siendo mi mejor amigo desde que empecé en el equipo y es una de las personas que más me conoce del mundo. Por eso, no dudo de que se haya percatado de mi mal humor estos últimos días, aunque lo escondiera.

Me pasa en los momentos de mucho conflicto: me bloqueo y no sé cómo actuar. Odio no tener el control de la situación y, ahora mismo, no tengo ni idea de cómo se resolverá todo.

Levi está en el sofá y recoloca los cojines que Alfie debe de haber tirado en algún momento a la tele; mientras, yo bebo un vaso

de agua apoyado en la isla de la cocina. Apuesto a que ayer por la noche vieron una de esas películas de miedo que le encantan a Alfie, pero que le hacen saltar cada quince minutos.

—Tío, te juro que a veces creo que en su otra vida fue un cura o algo así —comenta a la vez que da unas palmadas al último cojín para ahuecarlo—. La de información que tiene este hombre sobre espíritus y exorcismos. Es demasiado extensa y realista como para ser inventada.

Alfie, el más joven de todos nosotros, es delantero del equipo, como yo. Entró hace tres años y se ha convertido en nuestro protegido. Quizá le falte un poco de experiencia para estar en los Blizzards, pero tiene mucho potencial y se esfuerza al máximo, además de toda la buena energía que trae al equipo. Es un muy buen fichaje. Mi misión es entrenarlo a tope para que, cuando yo me vaya, esté preparado para tomar mi lugar.

—Por cierto, ¿cómo tienes los puntos? —Levi me mira desde el otro extremo del salón.

—Se me cayeron hace unos días. Aún me duele un poco, pero ya es solo el moratón residual.

Al decirlo me acuerdo de Olivia y sonrío al recordar el vuelo.

—Joder, fue una buena caída. —Contrae el rostro un momento y acto seguido me lanza un cojín a la cabeza—. Suerte que eres casi de acero.

Dentro de la pista es un defensa impasible, pero fuera no puede evitar ser solo mi mejor amigo.

—¿A qué hora hemos quedado mañana con los chicos? —No tengo claro si Levi los ha convocado ya.

Naim, Bruno y Dylan se han quedado en otro apartamento muy cerca de este. Todos llegaron ayer por la noche, pero estaban tan cansados que ni siquiera salieron a cenar. Hoy va a ser un día de

relax y mañana celebraremos el cumpleaños de Bruno. Este piso será como un centro de operaciones para organizarlo todo.

—Creo que a las ocho, pero ya sabes que fuera de la pista la puntualidad brilla por su ausencia. —Su expresión lo dice todo: pura exasperación—. ¿Ya sabes qué vas a cocinarnos?

—Voy a hacer algo italiano, para integrarlos más en la ciudad. Ya sabes, *qualcosa di semplice.*[11] —Me encojo de hombros y paso el vaso vacío de mano en mano—. Además, en esta cocina no puedo hacer maravillas, sin todo el material que necesito.

Levi deja de sacudir los cojines y se vuelve hacia mí con una sonrisa de incredulidad.

—Italiano… ¿y sencillo? —Su voz suena escéptica—. No te lo crees ni tú. Si fuera por ti, tendríamos una pasta rellena, carpaccio de *wagyu* y de postre uno de esos tiramisús que saben a gloria bendita.

Sonrío ante el cumplido, pero mi amigo se da cuenta de que algo me ha rayado. Se sienta en el sofá y me hace un gesto para que lo acompañe.

—No has podido hablar aún con tu padre, ¿verdad?

Hago una pausa, miro el vaso que sostengo entre mis manos y niego despacio. No es la primera vez que hablamos de esto, pero ahora, con los *playoffs* a la vuelta de la esquina, las expectativas están más altas que nunca. Mi padre parece incapaz de dejarme hablar de algo que no sea el hockey. Cada vez que pienso en el momento en el que tendré que enfrentarme a él, siento un nudo en el estómago.

—Cada vez que nos vemos me dice lo bien que lo estamos haciendo, lo increíblemente feliz que le hace que me esté yendo tan bien y la suerte que tengo de haber encontrado lo que me apasiona. Y en eso tiene razón, aunque no es exactamente lo que él piensa.

Levi asiente, comprensivo, pero no dice nada. Me da espacio por si quiero seguir hablando.

—Además, os voy a dejar colgados al terminar la temporada.

—Nico, ¿me estás diciendo que te ha salido la oportunidad de tu vida, pero que te da miedo lanzarte porque crees que nos dejas colgados? No todos los días surge la posibilidad de montar tu propio restaurante. Además, no somos de porcelana, ¿eh? —dice dándome un golpe amistoso en el brazo—. Estaremos bien, y Alfie está loco por hacerse con tu puesto, aunque no te lo diga.

Hablando del rey de Roma, oímos unas llaves en la puerta y aparece nuestro amigo, con un paquete de cervezas. Nos observa a los dos con cara de sospecha y una ceja levantada.

—¿Qué estáis conspirando? —Se acerca a nosotros con los brazos cruzados—. Porque parecéis el consejo secreto de los Illuminati o algo así.

Nos reímos y el ambiente se relaja un poco. Alfie tiene el don de suavizar las cosas, incluso cuando no tiene ni idea de lo que pasa.

—Nada, tío, estábamos planeando la cena de mañana —respondo cambiando deprisa de tema.

—Vas a cocinar tú, ¿no? ¿Puedes hacer una de esas *focaccia* que me encantan? —me pregunta mientras sus ojos hacen chiribitas.

—Claro, para picar. Después cocinaré algo de pasta y varios platos para compartir. Mi hermana traerá el pastel. —Saco el móvil para enseñarles a los chicos la foto que me ha mandado Izzy de la tarta ya terminada y decorada con los colores de los Blizzards. Pasaré al rato por Dulce Magnolia para recordarle que no se le olvide traerla mañana.

Alfie se relame ante la idea de probarla. Se sienta al otro lado del sofá y me hace mil preguntas sobre tipos de pasta, porque no tiene claro si prefiere los *rigatoni* o los *penne*, aunque acaba

decidiendo que le gusta más la pasta rellena y la quiere con una salsa que no pega ni con cola.

—Tío, confía en Nico —salta Levi—. Es nuestro chef estrella.

Me mira fijamente cuando lo dice, poco a poco y como saboreando cada palabra.

A medida que seguimos discutiendo todos los detalles de la cena y la posterior fiesta, siento que se me relaja el estómago. Quizá solamente necesite una buena cena con amigos y salir a bailar por Roma sin horario fijo, como una persona normal y no como un jugador de élite.

Tal vez esta semana tenga que dejarme llevar y reconectar con el Nico que soy en esencia, más allá del deporte. Doy las gracias en silencio por tener a los chicos conmigo y me levanto a buscar una cerveza a la nevera. Bendito caos.

8



Olivia
71 días para cerrar el círculo (V)

El Circo Massimo me recibe lleno de vida: turistas paseando, grupos de amigos tomando una cerveza y familias con niños pequeños corriendo por el césped, que me hacen sonreír sin darme cuenta.

Ya son casi las seis de la tarde y el sol se mantiene arriba en el firmamento. Busco un rinconcito sin demasiada gente y me tumbo. Acto seguido saco de mi bolso *Love & Other Words*. Ahora descubro que, al cerrarlo de golpe en el avión, se me ha doblado un poco la página por la que iba. Me da mucha rabia, porque cuido de mis libros casi mejor que de mí misma.

Eso me hace pensar en Nico. ¿Qué estará haciendo ahora? ¿En qué parte de Roma estará? Es curioso saber que dos casi desconocidos estamos compartiendo ciudad, pero que no volveremos a vernos pronto. O sí, ¿quién sabe? Él me hizo prometer que le escribiría para tomarnos una cerveza. Ahora, visto en perspectiva, ya no me parece tan buena idea. ¿Estaba flirteando conmigo? O, lo que es peor, ¿estaba yo flirteando con él? Reconozco

que, a medida que lo recuerdo, más cuenta me doy de que es terriblemente atractivo y de que hubo *feeling*, pero yo no quiero ligar con nadie ahora mismo. Aunque esos ojos azules… «Para, Liv. No, ni de broma, sácatelo de la cabeza», me repito.

Me tumbo y leo un rato, aunque mi mente está divagando. No consigo quitarme de la cabeza el encontronazo del avión, pero tengo excusa: se podría decir que es lo más emocionante que me ha pasado en meses.

Desde Aarón no había sentido ni el mínimo destello de interés por nadie. En cierto modo, era una manera de protegerme: el desinterés me mantenía a salvo. Al darme cuenta de que con Nico se me ha despertado algo, eso significa que estoy más receptiva de lo que pensaba…, y no quiero estarlo. Me niego a pensar en ningún hombre. No quiero correr el riesgo de sufrir, y, lo más importante, ya he establecido que este viaje es el inicio de mi camino hacia mi felicidad en solitario.

Aquí sentada decido que no voy a escribir a Nico; es más, voy a borrar su número. Ha sido amable, me ha ayudado a calmar la ansiedad en el avión, y hasta me ha hecho reír con su sonrisa despreocupada y su forma de ser, pero no hay nada más.

Y aunque lo hubiera, meterme ahora en una relación sexoafectiva es lo último que necesito. No saldría bien. Renuncio por el momento a amigos con beneficios, a polvos de una noche, y a las relaciones con hombres que impliquen un mínimo de esfuerzo emocional. Necesito reconciliarme con la soledad, superar todo lo que viví y encontrar mi sitio, antes de lidiar con cualquier chico que vaya a meterse en mi cama o, peor aún, en mi vida.

Sacudo la cabeza, como si ese movimiento alejara estos pensamientos. Todos mis años de terapia me han enseñado a no victimizarme, a entender lo que siento y aprender a comunicarlo,

además de a quererme un poquito más cada día, independientemente de lo que sienta por mí la gente de mi alrededor.

Aún estoy trabajando en estos dos últimos puntos, pero creo que poco a poco lo voy consiguiendo. Puede que este sea el viaje perfecto para convertirme en la nueva Olivia, una que no busque validación de ningún hombre y que se reencuentre consigo misma.

Miro a mi alrededor una vez más y se me pone la piel de gallina. Me hace sentir una paz indescriptible estar sentada sobre miles de años de historia; a la vez, esta idea me parece la cosa más irreal del mundo. En tiempos del Imperio romano aquí gritaban doscientas cincuenta mil personas durante las carreras de cuadrigas, y más de mil quinientos años después aquí estoy yo, leyendo mi novela romántica bajo el sol de febrero. La historia me parece fascinante.

Noto una vibración en mi bolso y busco mi móvil. Tengo la certeza de que será Sienna con problemas con su maleta de última hora.

Efectivamente, no me equivoco: tengo la amiga más indecisa del mundo entero, y es mucho decir sabiendo que compite conmigo.

THIS IS US TRYING

Chiara, Sienna, Tú

Sienna

Buongiorno, ragazze.
Qué tiempo hace por Roma?
Necesito terminar mi maleta y no
tengo ni idea de qué coger…

Chiara

Qué previsible eres 

No tenía ninguna duda de que nos ibas a preguntar esto

Sienna
Pues ya podríais haberos adelantado, perras. Que voy fatal de tiempo y no tengo ni media maleta hecha

Hace calorcito, yo llevo solo una cazadora fina y voy en manga corta 

Chiara
Ya sabes, si Olivia va vestida de primavera en invierno es que realmente no hace frío

También estoy con bastante alergia, el pack completo preprimavera

Sienna
Genial, gracias, chicas! Uf, que putada la alergia, I'm sorry for you 

Chiara
Ya has salido del bufete? A qué hora sale tu avión?

Chiara, tú no estabas con cosas de la fiesta? A ver si realmente solo querías que me fuera de casa porque ya te habías hartado de mí…

Sienna
Acabo de llegar a casa, mi vuelo sale mañana a las 12:00

Chiara
Calla, idiota, no me hartaría de ti ni en un millón de años

Sienna
A menos que esté Víctor cerca. Entonces nos quiere a las dos fuera de casa

Chiara
En eso te doy la razón 
Pongo modo avión, que ya sabéis que, si no, no puedo negaros mi atención

Sonriendo, vuelvo a guardar el móvil en el bolso. Chiara y Sienna son mucho más que amigas; son mi refugio y mi cordura. No quiero ni imaginarme un mundo en el que alguna de las dos decidiera desaparecer de mi vida. Nuestra amistad es de esas sólidas, sin presiones. Formamos algo tan estable y sano que no tengo que preocuparme por perderlas. Ahora me siento un poco mal por no haberle hablado aún a Chiara de Nico; sé que va a querer todos los detalles del chico del avión y que su primera reacción va a ser decirme que lo llame. Quizá por eso no se lo he contado todavía, porque me da miedo verlo de nuevo.

Repaso los temas que tengo que contarles mañana a las chicas, y me levanto con la intención de dar un paseo y pensar en otras cosas. Divagar sin rumbo fijo me lleva en menos de cinco minutos a una pequeña pastelería a la que había ido un par de veces con las chicas durante el Erasmus.

Nada más entrar al local, el olor a dulce hace que me olvide de Nico y me centre en todas las variedades de pastel que hay expuestas: chocolate, limón, *carrot cake*, oreo, Sacher, *red velvet*… Las posibilidades son infinitas y mi tripa empieza a rugir con desesperación, como si hace apenas unas horas no hubiera comido un gran plato de pasta. Le pido una Sacher a la chica, que me sonríe amablemente.

Mientras me prepara la porción de tarta, aprovecho para mandarle un mensaje de voz a mi hermana al tiempo que doy vueltas por el pequeño local. Es muy bonito, de paredes blancas con pilastras añadidas que le dan un toque elegante y sofisticado. Creo que lo han renovado desde la última vez que estuve en Roma, porque no lo recordaba así. Cuando me aproximo al mostrador, la chica ya me espera con mi trozo de tarta dentro de una cajita de cartón.

—¿Quieres algo más? —me pregunta en un perfecto español.

—Nada más, gracias. —Le devuelvo la sonrisa—. ¿Eres española? —Muchos italianos hablan español, pero por su acento parece nativa.

—A medias. Mi madre es española y mi padre es italiano. He vivido tanto en un sitio como en el otro durante varios años.

La observo mientras me cobra la porción. Parece un poco mayor que yo y su cara me resulta curiosamente familiar, aunque no ubico a quién me recuerda. Es guapa, tiene el pelo castaño claro con reflejos en un tono de miel y los ojos grandes y azules, con un brillo despreocupado.

—¿Tú de dónde eres?

—De Barcelona, aunque hice un Erasmus aquí hace unos años y…

De repente, sus ojos se llenan de luz mientras dirige su mirada a mi bolso. Ha dejado de escucharme y se está fijando en algo que desconozco.

—¡Estás leyendo *Love & Other Words*! Es una pasada, lo leí hace unos años y me pareció precioso. ¿Te está gustando? —Su cara de felicidad me da muchísima ternura y se me dibuja una gran sonrisa en la cara.

—Me está encantando. La verdad es que lo estoy devorando.

—A mí me pasó igual. Empecé y no podía parar. Soy Isabella, por cierto.

—Olivia. —Me pongo la mano en el pecho y muestro una sonrisa.

—Creo que entonces también vas a disfrutar mucho *Happy Place*, de Emily Henry. No tienen nada que ver el uno con el otro, pero me dan las mismas *vibes*.

—Lo he leído, ¡es de mis autoras favoritas! —Se le ilumina la

cara y yo sonrío con complicidad.

Entra en el local una mujer mayor acompañada de un niño que posiblemente sea su nieto. Decido que es el momento de ir al baño y seguir con mi tarde.

—Si no te importa, voy un momento al servicio antes de salir.

—Claro, es esa puerta de ahí. —Me señala la puerta de mi izquierda—. Si otro día quieres pasarte para comer un trozo de tarta y charlar de libros, ya sabes dónde encontrarme. Mis amigas no leen nada, así que estaré encantada de sobornarte con tal de compartir lecturas —me dice con un tono que mezcla broma y sinceridad. Yo asiento con la cabeza y ella se gira hacia la clienta para atenderla.

Entro en el baño, hago pis y aprovecho para arreglarme frente al espejo. Hace poco más de una hora y media que he salido de casa, pero casi no me queda colorete en las mejillas y llevo el pelo enredado por haberme tumbado en la hierba antes. Me lo retoco, pero paso del maquillaje. Iré directamente a casa para llamar a mi hermana y cenar con mi amiga con una buena botella de vino.

No he terminado de atravesar la puerta cuando veo de perfil a un chico con el pelo claro. Lo reconozco al instante. Está hablando con la chica de las tartas. Abro mucho los ojos y no me muevo ni un milímetro. Por suerte, hay una columna que me esconde, porque no pienso salir y saludarlo. ¡¿Qué hace aquí?! ¿Lo habré invocado de tanto pensar en él?

—No te olvides, ¿vale? —le dice él.

—Por favor —le responde la chica con una sonrisa burlona—, te recuerdo que también estoy invitada a esa fiesta, *amore*. —Hace un ademán con la mano como quitándole importancia y sigue recolocando las tartas del escaparate.

Nico le guiña el ojo a Isabella mientras se aleja de espaldas hacia la puerta de la pastelería.

—Te veo en casa.

Amore. En casa. La casa en la que deben de vivir juntos. Es su maldita novia y a mí me ha caído genial. Ella desconoce que llevo toda la tarde pensando en su chico. Incluso había pensado en quedar una tarde con ella para ir juntas a una librería. Claramente, esto es una señal del universo para que no piense por el momento en acostarme con nadie.

9

Nico
83 días para volver a empezar

Cuando llegué ayer por la noche, Izzy no estaba en casa y esta mañana ha salido corriendo antes de que yo me levantara. No la he visto más que los cinco minutos de ayer en Dulce Magnolia; eso sí, me ha pedido en un wasap que le trajese algo de comida a la pastelería porque no tenía mucho tiempo al mediodía. Empiezo a sospechar que ha insistido en que me quedara en su casa para tener un chef privado durante unos días.

Ella sabe que no le puedo negar nada de lo que me pide y he caído de cuatro patas en su trampa. Ahora voy de camino allí con un táper para ella y algunos ingredientes que faltaban para la cena de esta noche.

Hay un buen trecho andando desde la casa de mi hermana a la pastelería, pero me gusta este paseo, no solo porque es ejercicio fácil, sino porque me permite despejar la mente. Paso por la Fontana di Trevi y, aunque está llena de turistas, sonrío para mis adentros cuando recuerdo nuestra infancia, antes de que nuestros padres se

separararan.

No deseo que estén juntos; al contrario, creo que no sería capaz de soportar sus problemas, pero echo de menos tener una familia normal, sin un padre que solamente ejerza de mánager y una madre a la que no le importa nadie más que ella. Sin embargo, es lo que hay y la nostalgia no me sirve de nada. Por mucho empeño que yo ponga, Enzo y Aurora no van a cambiar.

Sigo recto y me desvío un poco para pasar por el Foro, uno de mis sitios favoritos de la ciudad por todo lo que esconde. Mi tía siempre me decía que, si escuchabas con atención, podías oír los susurros de los siglos en las piedras, como si Roma nunca hubiera dejado de hablar. A veces me gustaría vivir aquí con Alicia y con Izzy, las dos únicas mujeres de mi vida que realmente me quieren y me conocen; después pienso que no podría sobrellevar tantos recuerdos y se me pasa. Roma es la ciudad que me da mucho y que adoro, pero también la que me rompe un poquito cada vez que vengo.

Sigo por los adoquines irregulares hasta la callejuela cercana al Coliseo donde se encuentra Dulce Magnolia. Para cuando pongo un pie en el suelo liso, el momento de reflexión ha terminado y vuelvo a ponerme la máscara de jugador de hockey sobre hielo que lo tiene todo.

Nada más acceder a la pastelería, el sonido de la campanilla me transporta a la primera vez que entramos aquí acompañados de Alicia, hace dos años. Se trataba de una pastelería tradicional, regentada por una pareja mayor, que se convirtió, durante los dos meses que pasé allí, en nuestro lugar de reunión por excelencia en Roma. Cuando al final del verano los dueños decidieron jubilarse, Izzy les compró el local a muy buen precio y lo convirtió en el pequeño negocio con el que siempre había soñado.

Pero Dulce Magnolia ya no es la típica pastelería de toda la vida:

el mostrador está lleno de *sfogliatelle* perfectamente alineados, tartas en colores claros y postres tan bien decorados que hasta da pena comérselos. Es el imperio de Izzy, su mundo particular, y se nota en cada detalle: desde los tarros de flores en las mesas hasta la vitrina de cristal que reluce impecable.

Mi hermana sale de la trastienda sujetando una manga pastelera y, antes de venir a darme un abrazo, termina el glaseado de uno de los pasteles que tenía a medias.

—Ah, ¡por fin! Ya pensaba que ibas a dejarme morir de hambre —dice mientras le doy el táper y lo eleva hacia el techo, como si fuera un regalo de los dioses.

—*Ma dai, regina dei drammi!*[12] Y yo que creía que echabas de menos a tu hermano y se ve que solamente querías a alguien que cocinara para ti unos días…, admítelo —le suelto con una mirada acusadora.

Izzy se ríe y se lleva un mechón de su cabello canela detrás de la oreja. Ni siquiera lo desmiente; simplemente se encoge de hombros y me da un golpecito en el brazo.

—Hoy voy a terminar un poco tarde. Me falta grabar algunos vídeos del proceso de decoración de los pasteles, ceno con las chicas y nos vemos directamente en el club, ¿vale?

—*Perfetto*,[13] ¿me llevo ya la tarta y así no tienes que pasar a dejarla?

Mi hermana se pone la mano en el corazón, como si le estuviera haciendo el favor más grande del universo. Cuando le pregunté si se podía encargar de la tarta de cumpleaños de Bruno, sabía que se lo tomaría en serio, pero el pastel que saca de la trastienda excede todas mis expectativas, incluso contando que ya lo había visto en foto. Es de trufa, decorado con un glaseado marmolado con los colores de los Blizzards, que refleja la luz de los fluorescentes.

Mete la tarta en su caja, me da un abrazo rápido y empieza a reorganizar uno de los escaparates, lo que tomo como mi señal para irme.



Subo hasta el cuarto piso, donde Levi me espera con la puerta abierta. Tiene una cerveza en una mano y el móvil en la otra. Está tan concentrado en la pantalla que apenas se da cuenta de que paso por su lado para entrar.

—Tío, ¿qué estás viendo? —le pregunto mientras deposito la caja del pastel en la mesa y me quito la chaqueta.

Cierra la puerta y me sigue hasta la isla de la cocina.

—Nada, chorradas de TikTok —exclama dejando el teléfono en la encimera y dándome una palmada en la espalda—. Menos mal que has llegado, ya no sé qué hacer con tanto silencio. ¿Sabías que Alfie tiene un club de fans?

—¿Qué?

—Sí, sí, una cuenta de TikTok en la que suben vídeos suyos jugando y le ponen corazoncitos y esas cosas. —Me enseña la pantalla y veo un vídeo del último partido. Le han metido mucho zoom para que se lo vea solo a él—. Dicen que es muy mono.

—*Questo è oro puro*,[14] tío. —Le cojo el móvil de las manos y deslizo unos cuantos vídeos más—. Cuando se entere se le va a subir a la cabeza.

Nos reímos y seguimos mirando comentarios de los vídeos mientras voy sacando todos los ingredientes de la bolsa y nos ponemos a cocinar. Entre Levi y yo vamos preparando el ajo, las especias y el aceite y cuando llega Alfie se empeña en ayudarnos,

aunque lo único que hace es ir metiendo la cuchara en todas las salsas y mezclas, como si su cata fuese necesaria para el éxito de cada plato.

Van llegando los chicos y antes de las nueve y media estamos todos sentados en el sofá charlando, cerveza en mano y con una *focaccia* de aceitunas en el centro de la mesa. Alfie ha descubierto ya su cuenta de fans —Levi es incapaz de guardar un secreto así— y no para de mirar los perfiles de los chicos y chicas que comentan, a ver si por casualidad alguna está en Roma. De repente se levanta, va hacia la olla y asiente mientras huele el contenido en señal de aprobación.

—Espero que hayas hecho de sobra. —Me mira muy serio—. Si me traigo algún ligue a casa, le puedo ofrecer estos espaguetis, seguro que así quiere volver a verme.

—Anda ya —salta Naim—, todos sabemos que no vas a traer a nadie con Levi aquí. —Va hacia él, le pasa un brazo por el cuello y le da unos golpecitos en el pecho—. Ahora que tienes un club de fans, no puedes arriesgarte a que descubran dónde os estáis quedando.

—Cierto, ni se te ocurra. —Levi suena preocupado—. Ya viví una vez la experiencia de tener a alguien persiguiéndome y no quiero revivirlo por tu culpa.

—Joder, tíos, sois unos aguafiestas. —Alfie pone los ojos en blanco.

Los chicos se ríen y yo me levanto y me llevo la fuente con los restos de *focaccia* hacia la mesa, donde ya nos esperan distintos platos de pasta, una ensalada y varios embutidos que hemos colocado en el centro.

—Vamos a cenar, va, que si no llegaremos tardísimo al club.

Se acercan, tronchándose por las bromas sobre el *fandom* de Alfie, y Levi nos sirve un poco de vino blanco mientras tomamos

asiento. La comida desaparece rápidamente entre chistes, anécdotas de los entrenamientos y un par de historias absurdas de las últimas salidas del equipo. Alfie mira su móvil de reojo y Dylan no tarda en pillarlo.

—¿Aún con lo de los fans, tío? No me digas que has dejado un comentario desde tu cuenta de TikTok. —Dylan le da un codazo en el brazo—. Al final, te veo esta noche firmando autógrafos en mitad de la pista de baile.

Alfie se encoge de hombros, como si no hubiera podido evitarlo.

—¿Qué te puedo decir? Es una responsabilidad mantener feliz a la audiencia, ¿no? —Ríe, alzando la cerveza en señal de brindis. Nosotros lo seguimos, medio burlándonos, aunque estos detalles hacen que lo queramos tanto.

Brindamos por el cumple de Bruno, por el club de fans de Alfie y por Levi, «nuestro anfitrión de lujo», que finge hacer una reverencia antes de servir otra ronda de copas de vino. La conversación sigue entre platos de pasta y carcajadas. Antes de que nos demos cuenta, Naim ya ha sacado el pastel y todos estamos cantando al homenajeado. Bruno nos pide que le hagamos fotos soplando las velas de su tarta de los Blizzards. Está encantado, porque jamás había visto otra igual.

Una hora después, con las botellas de vino ya terminadas y el pastel en las últimas, recogemos la mesa rápidamente y nos dirigimos al club. El lugar está en el corazón del Trastevere, donde se concentra la vida nocturna de Roma. Cuando entramos, nos recibe un ambiente animado. La música lo inunda todo. La pista está abarrotada y hay unas mesas en los laterales con parejas o grupos de amigos charlando y riendo. Nosotros nos dirigimos hacia el fondo, donde Izzy me ha dicho por wasap que había conseguido una mesa grande.

Apenas nos estamos aproximando cuando mi hermana nos hace señas con los brazos levantados. En cuanto llegamos, Izzy corre a darme un fuerte abrazo.

—¡Por fin! Pensaba que os habríais perdido de camino. —Mi hermana es una exagerada—. Ven, vamos a por una ronda de copas.

Me coge de la mano y me arrastra hasta la barra, llena de gente.

—Izzy, son las doce y media, *è troppo presto!*[15]

Pide copas para todos y les indica en qué reservado estamos para que nos las traigan directamente.

—Esto no es España, aquí la fiesta empieza antes. Ven, que os presento. —Volvemos sobre nuestros pasos para aproximarnos a la mesa grande, junto a sus amigas y al resto de los chicos—. Chicas, este es mi hermano, Nico. Y ellos son Levi, Alfie, Naim, Bruno y Dylan, también de los Blizzards. Chicos, ellas son Alessia, Júlia, Vittoria y Lucía.

Empiezan las respectivas presentaciones. Alfie no tarda en dejar caer que tiene un club de fans por TikTok, cosa que hace reír a las chicas, que lo encuentran adorable. En los años que hace que lo conozco lo he visto ligar sin descanso, saliendo de los pubs de la mano de chicas o chicos, incluso alguna vez de ambos. Es como un imán para todos, no sé cómo se lo hace.

La música nos envuelve y las conversaciones se entrelazan. Para cuando llega la segunda ronda, Júlia y Alfie están enfrascados en una charla sobre películas de terror; Naim y Bruno tratan de entender a una de las amigas de Izzy, que está hablando en italiano; y mi hermana y Levi están bailando en la pista, demasiado juntos para mi gusto.

Se me acerca Alessia y me ofrece una de las copas que lleva.

—Si no relajas la frente, te van a salir arrugas. —Me toca el

brazo suavemente y yo sonrío.

Aparto la vista de Izzy y miro a su amiga, que es mucho más guapa de lo que he pensado al principio. De repente, siento la música lejana y me pierdo en la mirada de la chica.

—¿Tanto se me nota? —Me paso la mano por la cara—. Supongo que ver a mi hermana pequeña con mi mejor amigo es un poco… raro.

—Izzy es mayorcita y ni siquiera sabemos si se gustan. —Me peina el pelo hacia atrás con los dedos—. Además, ¿quién podría resistirse a un tipo como Levi? ¿O como tú?

Nos reímos y ella se acerca mucho. Sus ojos tienen ese brillo especial que dan la enajenación y el alcohol; seguramente una a causa del otro. La forma en la que se recuesta en mi hombro me indica que podríamos pasar una gran noche juntos. En el momento en que nuestros labios se rozan por primera vez, la luz de un flash me ciega.

—Joder, lo siento. —Me levanto en piloto automático y salgo maldiciéndome por no haber pensado en los paparazzi. Atravieso un mar de gente hasta que llego a la salida.

10

Olivia
70 días para cerrar el círculo

Las luces del local parpadean al ritmo del remix de «Juno», de Sabrina Carpenter. El ambiente vibra con una energía contagiosa. La pista de baile está llena de cuerpos que se mueven al mismo compás mientras el aroma a perfume y a copas derramadas parece envolverlo todo en una especie de trance. Nosotras reímos, cantamos y bailamos como si el mundo terminara esta noche y fuera nuestra última oportunidad de sentirnos vivas.

El avión de Sienna y Víctor se ha retrasado un montón y han llegado casi para cenar. Por eso, hemos decidido arreglarnos y salir directamente a comer algo antes de empezar la fiesta. Víctor ha regresado al ático después de cenar. Se ha disculpado alegando que tiene cansancio acumulado, pero las tres sabemos que simplemente quiere dejarnos solas la primera noche. Y se lo agradecemos. Necesitábamos unas horas de cantar a pleno pulmón juntas y de revivir las noches del Erasmus.

Además, hace unas horas he recibido un «te echo de menos» de

Aarón, vía e-mail, acompañado de una foto nuestra de hace un año y pico, que me ha arruinado un poco la tarde. No porque lo eche de menos yo también, que podría ser, sino porque veo que incluso con un mar de por medio encuentra la forma de obligarme a recordarlo.

He tenido que afirmarme a mí misma y me he repetido que, aunque en la foto se nos viera felices, él ya se había acostado unas treinta veces con otra sin que yo lo supiera. Gracias a este pensamiento, me ha regresado el enfado. He borrado y bloqueado también su e-mail. Esta noche pienso hacer como si no hubiera pasado nada. *Fake it until you make it*, ¿verdad?

Nos hemos tomado un par de copas antes de entrar y todo me parece más liviano, como si flotara al ritmo de la música, aunque lo esencial es que solamente siento una cosa: felicidad. ¿Sabes ese momento en el que solo te importa lo que te rodea? Así estoy ahora mismo. Solo importa que estemos las tres aquí, en Roma, bailando en un garito del Trastevere. Esta noche todo está donde debe.

Sienna me coge de la mano y yo agarro a Chiara, y las tres en cadena atravesamos el tumulto de gente hacia la barra. Ni siquiera miro por dónde voy, me dejo guiar por mi amiga que tira de mí hacia la esquina del local. Al llegar nos hacemos un hueco en la barra y rápidamente nos atiende la camarera, que nos pone tres chupitos de tequila mientras mira fijamente a Sienna y se muerde el labio de una forma nada sutil. Cómo liga, la tía. Sorprendentemente Sienna la ignora, así que nos deja la sal y el limón en la barra y brindamos antes de bebernos el tequila.

—Necesitaba esto, chicas. ¡Cuánto tiempo hacía que no salíamos las tres! —grita Sienna, para hacerse oír por encima de la gente.

—Estás demasiado ocupada en el bufete. Últimamente no te vemos el pelo. —Chiara le da un empujoncito en la cadera y le pasa el brazo por los hombros—. Vamos a olvidarnos incluso de tu cara si

sigues así.

—Con el bufete y con otras cosas… ¡Seguro que tu Tinder sigue echando humo! —salto yo, y ella se ríe—. ¿Organizamos un viaje juntas al volver a Barcelona?

Chiara y Sienna se miran fugazmente. Vislumbro un gesto triste que no reconozco en la cara de la primera, aunque solo es un segundo y puede que sean imaginaciones mías.

—¡Me encanta esta canción! —Ahora Chiara es quien nos coge de la mano y nos devuelve a la vorágine de gente moviéndose en la pista mientras suena una versión acelerada de «Pink Pony Club», de Chappell Roan.

Tres horas después, seguimos bailando y cantando en medio del local, pero con cuatro o cinco chupitos más encima. El mundo empieza a darme vueltas y siento que el calor me ahoga. Por hoy, tengo que dejar de beber.

—Chicas, voy a salir un momento.

—Te acompañamos, ¡no quiero que nos perdamos! —exclama Sienna.

—Claro, cariño, vamos contigo —dice Chiara, ajena a sus propias palabras, mientras sigue moviéndose con los ojos cerrados.

En ese momento, empieza a sonar «Si antes te hubiera conocido», de Karol G, y mis amigas, que están eufóricas, cantan gritándose la canción la una a la otra.

—No hace falta. Este local es minúsculo. —Necesito un momento a solas para respirar aire fresco en silencio y ellas no están en el *mood* de tranquilidad—. ¡Vuelvo en cinco minutos!

Les doy un abrazo rápido y voy hacia fuera, entre empujones y pisotones del resto de las personas que siguen bailando al ritmo de la canción.

Cuando consigo abrirme paso entre ese mar de cuerpos

sudorosos y perfumados, la calma de la noche de Roma me recibe mientras el eco distante de la música y las risas me recuerda el bullicio que acabo de dejar atrás. El alivio es inmediato, aunque no dura mucho. Siento como si mi cuerpo pesara una tonelada, así que me recuesto en la barandilla para recuperar fuerzas y respirar.

Diez minutos después, el aire fresco me ha rebajado el rubor de las mejillas y siento la cabeza un poco más clara, aunque mantengo que no beberé más por hoy. Voy a buscar a las chicas. Puede que ni siquiera hayan notado mi ausencia, pero no quiero que se preocupen.

—*Da qui non può entrare, signorina.*[16] —Un portero alto y robusto me señala con un brazo extendido para que no pase.

—¿Cómo que no? Pero ¡si acabo de salir!

—Tiene que ir por la otra puerta. —Su español es claro, pero el mensaje no.

—¿En serio? ¡Mis amigas están justo ahí!

—Por la otra puerta.

Su rostro impasible, combinado con mi interior alcoholizado, provoca en mí un enfado desproporcionado. Me doy la vuelta y a grandes zancadas me dirijo hacia la otra puerta. Al doblar la esquina, choco con algo sólido, excepto que ese algo es el pecho fornido de alguien que me saca una cabeza.

Levanto la vista y tardo unos segundos en procesarlo. De todas las cosas que pensé que me podrían pasar hoy, esta probablemente ocupaba el puesto ochocientos mil millones. Me quedo a medias entre la sorpresa y el susto y el corazón me da un vuelco en el pecho.

Nico me mira divertido con sus ojos azules y su sonrisa pícara. No puedo evitar derretirme.

—Segunda vez que nos encontramos y segunda vez que te

chocas conmigo, y ni siquiera me has escrito aún un mensaje. —Se hace el ofendido.

—Tercera.

Mierda, con esta metedura de pata confirmo que tengo que dejar de beber ya por esta noche.

—¿Cómo?

Ahora ya no me queda más remedio que hablar y las palabras me salen solas.

—Es la tercera vez que nos encontramos, no la segunda. Te vi ayer por la tarde en esa pastelería cerca del Circo Massimo, Dulce Magnolia.

—¿Y no viniste a saludarme?

—Estabas ocupado hablando con la chica de…

Un grupo de amigos, que bebe a pocos metros de nosotros, empieza a chillar y brindar, por lo que el resto de mi frase queda completamente opacado por las voces de la gente.

—No paramos de cruzarnos, Daisy. —Ahora habla más alto para hacerse oír entre el bullicio. Su mirada seductora delata que también ha bebido, aunque seguramente mucho menos que yo—. No puede ser casualidad.

—¿Daisy? ¿Tan rápido te olvidas de mi nombre?

—Llevas una margarita en el pelo y utilizas otra como marcapáginas en tu libro, así que te queda bien. —Se encoge de hombros.

Su comentario me pilla por sorpresa y siento un calor inesperado subiéndome por el cuello. Me llevo la mano al pelo, donde noto la margarita que Chiara me ha puesto al salir del piso, como toque «especial» para nuestra primera noche en Roma.

—¿Te acuerdas del marcapáginas de mi libro?

—También del libro que leías.

Me hace sentir especial que se haya fijado en esos detalles.

Y no me gusta nada sentirme así por él.

Antes de que pueda reaccionar, una moto pasa a toda velocidad a mi lado y, en un instante, Nico me atrae para apartarme del peligro. Mi yo borracha pierde el equilibrio y termina pegada a su pecho, con las manos en sus trabajados pectorales y la cara enterrada en su cuello. Instintivamente, me rodea con los brazos y me mantiene así, protegida. A mí me dan ganas de cerrar los ojos y echar una pequeña cabezadita junto a él.

La sensación abrumadora que me ha obligado a salir del local aún no se ha disipado. Se me nublan los pensamientos.

—¿Estás bien? —me pregunta preocupado.

Claramente ha bebido mucho menos que yo, porque sus reflejos inmaculados siguen intactos.

La cabeza me da vueltas y siento que mi cuerpo flota, ligero, aunque los ojos me pesan. El desequilibrio me ha mareado y, de repente, me siento de nuevo como hace un rato, como si el mundo fuera un borrón inmenso que no sé descifrar.

—Sí, eh… Puede que me haya pasado un poco con los chupitos. —Intento sonreír como si nada, aunque vuelvo a tambalearme tan pronto como levanto el brazo para recolocarme el bolso. Nico me agarra.

—Vamos a buscar a tus amigas. Será mejor si vuelves a casa. —Su tono es firme, protector, y aunque en cualquier otro momento probablemente le habría respondido que puedo cuidarme solita, ahora mismo no tengo la energía para hacerlo. Asiento y permito que me guíe de regreso al bar.

Cuando entramos, me asfixia ese bullicio. El ambiente está cargado, la música me produce pinchazos en la cabeza y todo parece girar a mi alrededor. De alguna forma lo conduzco hasta el

sitio donde se habían quedado las chicas, pero no hay rastro de ellas. Cierro los ojos un momento para aclararme y, al abrirlos, Nico me mira muy fijamente con expresión turbada.

—Voy a llamarlas.

Mientras saco el móvil como puedo, Nico me arrastra de nuevo fuera del local y me acomoda en la esquina de la calle, donde puedo respirar mejor. Me centro en mi única tarea: llamar a mis amigas, pero al intentar desbloquear la pantalla del iPhone, me sale la señal de cargar. «Estúpida tecnología y estúpida yo por salir sin batería», pienso enfadada conmigo. Lo que me faltaba.

—Te acompaño a casa, ¿dónde está vuestro piso?

—No tengo las llaves. —La frase sale de mis labios con un hilillo de voz, pero sé que Nico la oye claramente—. Se me olvidaron en el piso, íbamos a volver todas juntas y…

Nico permanece en silencio un segundo y yo me siento más perdida que nunca. Todo ha escapado de mi control, y me resulta muy difícil ordenar mis ideas. También empieza a ser complicado mantenerme en pie, así que me recuesto en la pared que tengo más cerca.

Entre el alcohol y el miedo que me ha invadido de repente noto que todo da vueltas. Tiemblo ligeramente y ya no es divertido. He bebido, sí, pero esta sensación no me parece la de una borrachera normal. Es como si alguien me hubiera sacado de mi propio cuerpo de golpe. Me cuesta hasta mantener los ojos abiertos.

—Hagamos algo: vamos hasta allí, llamamos al timbre y, si aún no han vuelto, dejamos una nota en la puerta y duermes en mi casa. Tengo una habitación de sobra. —Su voz me suena muy lejana.

Me parece tierno y estoy a punto de darle las gracias, pero no soy capaz. Mi sistema se apaga de golpe y lo último que recuerdo es cómo caigo a un suelo frío de adoquines irregulares.

11

Nico
82 días para volver a empezar

Joder, joder, joder.

Sostengo a Olivia como puedo, lo justo para que no se golpee la cabeza. Me aseguro de ponerla de lado. Noto su respiración muy leve y me invade el miedo.

—Olivia, ¿me oyes? —le susurro, sin soltarla, mientras ella parpadea débilmente, como si intentara mantenerse consciente.

El hockey me ha enseñado los rudimentos de los primeros auxilios para ser capaz de actuar en situaciones así. Respira, tiene un pulso regular y está de lado por si vomita. Levanto un poco sus piernas y observo. Está pálida y no abre los ojos, aunque también es verdad que está nerviosa y asustada. Puede que se trate de una simple bajada de tensión por el alcohol y la sobrecarga sensorial, pero no quiero arriesgarme.

Marco el número de emergencias y en menos de cinco minutos veo las luces azules de la ambulancia reflejándose en las paredes del Trastevere. Respiro hondo y me aparto mientras los paramédicos se

aproximan a Olivia, que sigue con la misma expresión borrosa de antes.

Dejo que se ocupen de ella. Le pido al conductor de la ambulancia si podría poner el móvil de Olivia a cargar para avisar a sus amigas, y, por suerte, también tiene un iPhone y me deja conectarlo en la ambulancia mientras la atienden.

Uno de los paramédicos me hace una señal para que me acerque.

—No parece grave. Nos ha dicho que ha tomado un antihistamínico; mezclado con el alcohol y la ansiedad del momento, su tensión ha bajado —me explica mientras saca una linterna pequeña para revisar sus pupilas—. Puedes estar tranquilo, asegúrate de que beba mucha agua y descanse, ¿vale? Su cuerpo tiene que recuperarse, pero no es nada grave.

Olivia asiente levemente, algo más consciente. El color regresa lentamente a sus mejillas a medida que se tranquiliza.

Los paramédicos se despiden y en menos de diez minutos volvemos a estar solos en la noche fría de Roma.

—Olivia, han cargado un poco tu móvil. —Se lo paso y ella lo coge, pero todavía tiene la mirada un poco perdida—. ¿Puedes desbloquearlo y decirme quiénes son tus amigas? Voy a llamarlas o mandarles un mensaje.

A duras penas me revela la clave de acceso y consigo encontrar los números, aunque ninguna de las dos me responde. «Probaré otra vez al llegar a casa», decido.

—Vamos, el taxi está en esa esquina. ¿Crees que podrás ir andando hasta allí?

Está medio dormida, así que la tomo en brazos y la llevo al coche. En menos de quince minutos estoy en casa. Olivia está tumbada en la cama de Isabella, que aún no ha llegado. Espero que

no tarde mucho, porque va a flipar cuando vea a una chica en su cama. Quiero estar despierto para contarle lo que ha pasado, así que voy al sofá, elijo un libro e intento no caer rendido.



Me despiertan las llaves de la puerta. Oigo a Izzy andar de puntillas; son las cinco y media de la mañana y el piso está completamente a oscuras. Tardo unos minutos en ubicarme y recordar todo lo que ha pasado. Demasiados minutos. La reacción de mi hermana no se hace esperar. Viene corriendo al salón y enciende la luz de golpe.

—Hay una chica en mi cama. —Tiene los ojos abiertos como platos y me señala con un dedo acusador.

—Lo sé, la he metido yo —respondo, aún medio dormido. Error. Gran error.

—¡Nico!

—Vale, vale, *scusa*.[17] —Me froto los ojos, me incorporo en el sofá y doy una palmadita a mi lado para que se siente—. Es Olivia, una chica que conocí en el vuelo. Esta noche nos hemos encontrado, se ha desmayado en el local, no tenía llaves de su piso y no he podido contactar con sus amigas. La he traído a casa y la he acostado en tu cama. No iba a dejarla allí.

Hablo rápido, casi comiéndome las palabras, como si explicarlo más deprisa fuera a quitarme responsabilidad. Izzy me observa con los brazos cruzados y esa mirada que ya he visto otras veces, esa que te hace sentir como un niño pillado con las manos en la masa, aunque esta vez no he hecho nada malo.

—¿Has avisado a sus amigas? —Izzy me habla con una calma que, irónicamente, resulta aterradora.

—¿Qué?

—¿Has avisado a sus amigas? ¿Saben que Olivia está contigo?

—Bueno, traté de llamarlas y no respondían. Quería mandarles un mensaje, pero me dormí y…

Me da un manotazo en el brazo.

—¡Nico! —susurra, aunque es como si me gritara—. Pero ¿tú estás tonto? ¡No puedes llevarte a una chica borracha a casa y no avisar a sus amigas!

—¡Es que no me han respondido!

—Pues les dejas un mensaje. *Dammi il suo cellulare*.[18]

Le ha faltado llamarme imbécil, aunque tiene razón. Su bolso está en la mesita delante de nosotros. Se le ha caído al entrar a casa y ya no se lo he metido en la habitación. Su móvil está al alcance de mi mano, pero no quiero desbloquearlo sin que ella esté delante. Mi hermana me lee el pensamiento.

—Nico, son las cinco y media de la madrugada y hay una chica en mi cama que no ha avisado a nadie de que se iba de la discoteca. Sé que, aunque seas un hombre increíble, no puedes entender del todo lo que esto significa. Dame su móvil y desbloquéalo. —Saco el móvil del bolso, de milagro me acuerdo de la clave, lo desbloqueo y se lo paso—. ¿Sabes cómo se llama el grupo de WhatsApp de sus amigas?

—Eh…, yo… —Me siento completamente inútil. Aún estoy medio aturdido y ni siquiera recuerdo los nombres de las chicas—. No sé si tienen un grupo.

—Está en Roma con ellas de viaje, claro que tienen un grupo. —Frunce el ceño con resignación y rebusca entre sus chats—. ¡Bingo! Le han devuelto la llamada más de doce veces cada una desde ese momento, así que obviamente son ellas. —Me enseña la pantalla del móvil, que Olivia tenía en silencio y a mí no se me había ocurrido

cambiar—. Antes de que me digas nada, prefiero violar su privacidad a que haya dos chicas echando de menos a su amiga y muertas de miedo por si le ha pasado algo.

Veo a Izzy llamar a una de ellas, que responde al segundo muy nerviosa.

—Hola, no soy Olivia —empieza mi hermana con un tono de voz muy sereno—, pero ella está bien. Me llamo Isabella. Vuestra amiga está sana y salva durmiendo en mi cama.

Les repite todo lo que yo le he contado hace menos de diez minutos. Las amigas le hacen un montón de preguntas, que mi hermana responde con la mayor claridad posible mientras da vueltas por el comedor. Les comparte nuestra dirección y les dice que pueden venir ahora si quieren, aunque puede que Olivia esté demasiado dormida como para llevarla a casa. Cuando cuelga, suelta un suspiro largo y profundo.

—Vienen hacia aquí, están cogiendo un taxi. —Se cruza de brazos y se deja caer en el sofá, derrotada—. Lo has hecho bien, Nico. Solo te ha faltado analizar un poco más la situación desde fuera, pero lo has hecho bien.

Se recuesta en mi hombro y deja el móvil de Olivia en la mesilla. Le paso un brazo por encima y la abrazo, aliviado, y ella me mira con una leve sonrisa que no necesita explicación.

—¿Qué?

—Nada, es solo que… —Se deshace de mi abrazo y se cruza de piernas—. Las chicas con las que te acuestas nunca se quedan en casa. ¿Qué tiene esta que ya está en mi cama?

—Izzy, *per favore.* —Noto el calor subiendo por el cuello e intento aparentar indiferencia—. Primero, no nos hemos acostado. Y segundo, ¿qué iba a hacer? ¿Dejarla en un banco? ¿A las cinco de la madrugada?

—Ya, ya, eres un héroe. —Se hace un moño improvisado—. Pero ¿por qué me da la sensación de que no solo te preocupaba que estuviera sola?

Me quedo callado un momento, sin saber qué responder. Puede que me haya llamado la atención desde un primer momento, pero no es solo la atracción sexual que siento por las chicas con las que salgo.

—He pensado que, si fueras tú, me gustaría que alguien te ayudara. Eso es todo —digo finalmente y, aunque sea verdad, la respuesta me suena vacía incluso a mí mismo.

Izzy no insiste, pero su sonrisa se mantiene mientras se levanta y se dirige a la cocina para servirse un vaso de agua. Antes de que mi hermana llegue de vuelta al sofá, suena el interfono.

—Deben de ser ellas.

Me incorporo y voy hacia la puerta, al otro lado del salón. Al abrir, me encuentro a dos chicas claramente alteradas, achispadas y sobreestimuladas. Una de ellas, la morena, tiene el ceño fruncido, mientras que la rubia de la coleta alta parece evaluarme, sin fiarse del todo.

—¿Dónde está Olivia? —pregunta la morena, sin darme tiempo ni a saludar.

—Está bien, durmiendo. Pasad, por favor. —Les hago un gesto con el brazo para que entren y me siguen al salón, donde Izzy las saluda con una sonrisa calmada.

—Soy Izzy, hemos hablado por teléfono. —Se levanta y se acerca a nosotros—. No os preocupéis, vuestra amiga está bien.

Las chicas asienten, aunque siguen tensas y están muy juntas. La de la coleta, que se presenta como Sienna, me lanza una mirada muy seria antes de hablar.

—Gracias por cuidar de ella, nos la llevamos a casa.

—Por supuesto.

Las guío hasta la habitación, aliviado de que la situación no haya ido a más. Sin embargo, cuando las chicas tratan de despertar a su amiga, Olivia ni se inmuta. Se remueve, murmura algo ininteligible e incluso parece que va a abrir los ojos por un momento, pero sigue profundamente dormida.

Sienna y su otra amiga, Chiara, se intercambian una mirada dubitativa. No saben qué hacer en estas circunstancias. Izzy interviene deprisa.

—Podéis dejarla aquí. —Se aproxima a ellas y pone una mano en el hombro de Chiara, que la mira con cara de pocos amigos—. Tiene espacio y una botella de agua. Está cómoda y prometo que voy a estar con ella cuando despierte. Vosotras podéis volver a casa, dormir un poco y regresar por la mañana a por ella.

—¿Estás segura? —pregunta Sienna, con una mezcla de duda y sosiego.

—Claro, es lo mínimo —Izzy intenta tranquilizarlas.

Las chicas me miran a mí, para ver si estoy de acuerdo. Asiento levemente. Tras unos minutos más de conversación, y de prometerles que las mantendremos informadas, las chicas nos dan las gracias y se marchan. Cuando cierran la puerta, Izzy me lanza una mirada que finge dulzura, me da un beso rápido en la mejilla y se dirige a mi habitación.

—Tú has traído a la chica, así que yo duermo en tu cama. —No me da tiempo a responder antes de que me dé la espalda—. Tienes una manta detrás del sofá.

No puedo evitar reírme y sacudo la cabeza. Algo me dice que el día de mañana será muy interesante.

12

Olivia
69 días para cerrar el círculo

Me despierta el sonido lejano de unas llaves. Abro los ojos, pero los vuelvo a cerrar inmediatamente: la luz directa que entra por la rendija de la ventana va a hacer que me explote la cabeza. Aprovecho esos minutos para intentar recordar, pero todo es un borrón en mi mente: las luces de la discoteca, el mensaje de Aarón, mis amigas bailando, la música a tope, Nico y, de repente, todo negro. Espera, ¿Nico?

Vuelvo a abrir los ojos y soy incapaz de reconocer la habitación en la que me encuentro: un armario a mi derecha, la ventana justo enfrente y una cómoda a mi izquierda, al lado de la puerta. Me siento en la cama de matrimonio, bajo unas sábanas suaves, e intento hacer memoria. Nada, absolutamente nada. Me levanto poco a poco y me fijo en algunas cosas más: un trípode con aro de luz, una planta bien cuidada en la cómoda, un par de perfumes y, a su derecha, un marco de fotos en el que aparece… Nico. Junto a la chica de la pastelería, los dos mucho más jóvenes. No. Puede. Ser.

Antes de que pueda reaccionar, la puerta se abre ligeramente y se asoma Isabella, con una sonrisa cálida.

—Ah, ¡estás despierta! —Entra en la habitación y se acerca a mí. Coge el marco de fotos cuando llega a mi lado—. Nos la hicimos hace cinco años, cuando me gradué —me dice mientras me observa minuciosamente—. Oye, ¿tú no entraste ayer a mi pastelería? ¡Qué fuerte! Qué casualidad. Sí, eres la española que amaba a Emily Henry. ¿No me recuerdas?

No soy capaz de responder. Mi cerebro no computa, no entiendo nada, estoy medio en shock, por lo que solo la miro. Fijamente. Creo que piensa que estoy loca.

—Olivia, ¿estás bien? —Isabella me mira preocupada y me pone la mano en el hombro—. Perdona, a lo mejor te he abordado muy de golpe. ¿Necesitas algo? ¿Un café? —Sigo sin responder—. Nico ha preparado el desayuno para cuando te despertaras y yo acabo de llegar con pan para las tostadas.

Está esperando a que diga algo. Pero ¿qué se dice cuando la novia del chico con el que has flirteado dos veces te ofrece el desayuno al despertarte en su cama sin recordar nada? Creo que me va a dar algo.

—Café, sí —balbuceo—. Gracias.

Isabella frunce el ceño, sin duda más preocupada que antes, pero me guía hasta la isla de la cocina, donde Nico cocina unos huevos fritos.

—¡Olivia! —Parece que se alegra de verme; sin duda, se le iluminan los ojos por un momento—. ¿Cómo te encuentras? ¿Te duele la cabeza?

—Un poco.

Parezco tonta, pero me siento demasiado aturdida como para gestionar ahora mismo la situación. Isabella se pone a su lado con

un plato, en el que Nico deja uno de los huevos, y ella me lo ofrece después.

—Toma, te sentará bien comer un poco. —Me sonríe—. Además, mi hermano cocina de fábula.

¿Hermano? Tardo un segundo en entenderlo, pero en cuanto lo pillo suelto una carcajada sonora y me cubro la cara con las manos, sin poder parar de reír. Los dos me miran sin comprender nada, pensando que estoy en medio de un ataque maniaco. Pasean la mirada de uno a otro y después sus ojos se vuelven a mí. Nico rompe el silencio.

—Vale, no sé qué te está pasando, pero sea la que sea la crisis interna que estás viviendo, a lo mejor podrías continuarla mientras te comes el desayuno para que no se te enfríe. —Por suerte, está sonriendo y yo procuro respirar profundamente para cortar mi ataque de risa.

—Perdonad, ha sido un despertar con demasiada información de golpe. —Me paso las manos por el pelo enredado y me toco las mejillas, que noto aún encendidas—. Una casa que no reconocía, sin acordarme de nada, descubrir que sois… hermanos. Todo es muy surrealista.

—¿Que seamos hermanos te parece surrealista? —Es Isabella la que habla, con la boca ya llena y divertida por mi comentario—. Pues espera a descubrir que Nico es el capitán del equipo de hockey más importante de Barcelona.

Me fijo en Nico, que ahora observa a su hermana y le lanza una mirada de hastío.

—Me voy, he quedado con unas amigas para crear contenido de la pastelería. Olivia, encantada de volver a verte. —Me da un abrazo rápido—. Nico, cenamos juntos, ¿vale?

Le da otro abrazo rápido a su hermano, del que ni siquiera

espera respuesta, y en menos de diez segundos ya ha cogido su bolso, un termo, se ha retocado los labios y ha salido de casa. Esta chica es un torbellino de energía. Hoy me duele tanto la cabeza que me parece excesivo. Eso sí, tengo que buscarla en redes, no solo porque me ha caído genial, sino porque a lo mejor me puede servir para alguno de los eventos literarios relacionados con el LitLove.

Siento que mi cabeza sigue flotando en una nube. Cojo el plato que Isabella me ha ofrecido antes y me siento en uno de los taburetes junto a la isla. Nico se mueve por la cocina con la confianza de alguien que sabe lo que hace. Está terminando de preparar algo que huele increíblemente bien en la encimera. Me resulta tan atractivo que estar cerca de él complica aún más mi vida.

En este momento, puedo tratar la situación como la persona madura y sensata que soy e irme a mi casa rápido o también puedo buscar cualquier excusa para quedarme un poco más, cosa que no me conviene.

—Así que eres el capitán del equipo de hockey más importante de Barcelona, ¿eh? —Bueno, se ve que lo de sensata no ha sido posible—. Me contaste que jugabas al hockey, pero te saltaste algunos detalles importantes.

Levanta la cabeza de lo que está preparando —tostadas con aguacate y alguna cosa por encima— y me dedica una sonrisa orgullosa. Yo me meto un trozo de huevo frito en la boca e intento que no note que me estoy derritiendo.

—Juego en los Blizzards desde que tenía dieciocho años y he ido ascendiendo poco a poco. Hace casi cinco que soy el capitán y somos un equipo maravilloso.

Hago una mueca; no me puedo creer que no lo haya reconocido. No es que me interese mucho el deporte, pero estoy segura de que lo he visto más de una vez en la prensa. Va a pensar que vivo

debajo de una piedra.

—¿El compromiso de trabajo para el que vienes tiene que ver con tu equipo? —Acabo de acordarme de lo que me dijo en el avión y parece que él también, porque se sorprende por un momento.

—Más o menos. —Veo que claramente evita el tema. Termina de preparar las tostadas, una para cada uno, y me pone la mía delante —. Tostadas con aguacate, cebolla caramelizada y queso feta. Es mi desayuno favorito para los domingos. Espero que te gusten.

Se me hace la boca agua porque tiene una pinta increíble. Dejo a un lado el huevo frito y le hinco el diente a la tostada, que me reconcilia del todo con el universo. Mi chef privado me mira satisfecho y sale de la cocina sin decir nada. Cuando vuelve, lleva mi teléfono en la mano y me lo tiende.

—No quiero que pienses que te echo de casa, porque la verdad es que me está encantando ver cómo disfrutas de mi desayuno, pero supongo que tus amigas estarán viniendo hacia aquí.

Echo un vistazo a la pantalla y, efectivamente, tengo unos cuantos mensajes en el grupo preguntando que cómo he amanecido y diciéndome que en diez minutos estarán abajo. Les respondo rápidamente mientras me termino la tostada y el huevo. Nico me observa con una media sonrisa. Cuando acabo me siento mucho mejor, con más energía y con la cabeza más clara. Entonces, me doy cuenta de que aún no le he agradecido todo esto al chico que lleva horas pendiente de mí.

Me levanto y rodeo la isla hasta quedarme a su lado.

—Nico…, gracias. —Mi voz suena más suave de lo que esperaba, pero lo digo con todo el sentimiento del mundo—. Por anoche, por no dejarme tirada, por preocuparte y por este desayuno increíble.

—No hay de qué, Olivia. Pero, toma nota, esto es lo que pasa cuando chocas tres veces con el mismo tío. El desayuno solo es

gratis la primera mañana.

—¿Eres un experto en despertarte con chicas a las que hacerles el desayuno en tu casa?

No pienso antes de hablar. Es como si alguien hubiera tomado el control de mi boca y las palabras me salieran solas.

—Depende, ¿hablamos de chicas guapas que duerman en la cama conmigo o de chicas guapas que duermen solas en la de mi hermana?

—No sabía que pensabas que soy guapa.

—Yo no sabía que te interesaba saber lo que pienso de ti, Daisy. —Se acerca a mí peligrosamente y noto cómo se me acelera un poquito el corazón. Maldito órgano inconsciente—. ¿Acaso lo preguntas por algo en concreto?

—Pura curiosidad profesional. Trabajo en una editorial, estoy expuesta a miles de historias constantemente y nunca se sabe cuándo puedo necesitar inspiración sobre un capitán de hockey de Barcelona.

—Entonces te diré que, aparte de ser muy guapa, también pienso que quiero verte una cuarta vez. —Ahora ya no podemos culpar al alcohol de su sonrisa seductora.

Me río y pongo la mano en su pecho para empujarlo hacia atrás, pero mi mano se olvida de hacerlo y se queda quieta, absorbiendo calor a través de su camiseta. Por un segundo, ambos dejamos de hablar. Sus ojos bajan un instante hacia mi mano antes de regresar a los míos. Algo en la intensidad de su mirada provoca que me tiemble el pulso. No me creo que estemos tonteando de forma tan descarada; ¿en qué momento ha empezado todo esto?

Nico es quien rompe el contacto visual y da un paso atrás, señalando con un gesto mi taza medio vacía.

—Anda, termina tu café antes de que se enfríe.

Mi móvil vibra en la encimera y aparece el nombre de Sienna en la pantalla. No tardo ni dos segundos en contestar. Mi amiga me dice que están abajo. Cuando cuelgo, Nico ya tiene mi bolso y ha dejado los botines en el suelo.

—Si te repito que no te atrevas a hacerme *ghosting*, ¿servirá? ¿O mejor te pido directamente que me des tu número real? —Enarca una ceja, con mi bolso aún en su mano, y esboza su gesto ofendido.

—¿Me escribiste?

—Te mandé un wasap, aunque me respondió un tal José Luis que no se parecía en nada a ti.

Me sonrojo hasta las orejas. ¿Por qué no me traga la tierra ahora mismo?

—Sobre eso… —empiezo, nerviosa, pero Nico levanta una mano para detenerme.

—No pasa nada, es una broma. No negaré que me dolió en el ego que me dieras un número falso dadas las veces que nos hemos cruzado por casualidad, pero entiendo que apenas nos conocemos. Además, mirándolo por el lado positivo, ahora ya sé que José Luis llegó bien a casa y que ese día no se repitió la ansiedad.

Soltamos una carcajada. Agradezco que se lo haya tomado tan bien. Tiene razón. Las probabilidades de que hayamos coincidido tantas veces son absurdas, y eso me da que pensar. No sé si es buena suerte o si el universo tiene un sentido del humor bastante extraño. Sea como sea, cojo un boli y un folleto de un restaurante japonés que encuentro por allí y escribo mi número.

—Bueno, al menos esta vez sí que tienes el número bueno. Podremos tomar una cerveza juntos. Mis amigas ya están abajo. Gracias otra vez por todo.

Sin darle oportunidad a responder, me doy la vuelta, paso de largo el ascensor, y bajo a pie. Cuando estoy en el último rellano, lo

oigo gritar por el hueco de las escaleras:

—Si vuelves a desaparecer, ¡esta vez iré a buscarte!

13

Nico
81 días para volver a empezar

—No quiero ponerte de mal humor, pero aún no me has contado cómo te fue ayer con Aurora.

Alicia camina a mi lado con dificultad, agarrándose a mi brazo. No entiendo en qué momento ha decidido ponerse tacones para venir a un viñedo, pero ha sido una de sus peores ideas hasta la fecha.

—Fue raro. No le dio demasiada importancia, cosa que no debería sorprenderme de mi madre, pero, no sé, supongo que esperaba alguna reacción por su parte que no fuera indiferencia disfrazada de interés superficial.

Ayer, después de que Olivia se marchara, fui a casa de mi madre. No sé muy bien qué esperaba de ese encuentro; puede que solamente quisiera despertarle alguna emoción al saber que su hijo, la estrella del hockey, está luchando por su sueño y va a abrir su propio restaurante.

Aunque realmente no sé hasta qué punto le interesa mi vida.

Desde el momento en que nos dejó con Alicia, la he visto en ocasiones contadas: cuando gané la primera copa, cuando se casó con su novio mediocre, cuando murió la abuela o cuando pensó que se moría ella a causa de una apendicitis. A su manera, ha estado en los momentos importantes, pero se ha perdido todo el resto. En resumen, que no conoce a su hijo más de lo que me conoce la prensa. Por eso, Alicia la llama siempre por su nombre en vez de decir «tu madre», porque no cree que merezca ese título.

—Entonces déjame adivinar: la conversación no duró más de cinco minutos y después pasó a contarte algo completamente irrelevante relacionado con su marido, con el que te dijo que había quedado para ir a comer o cualquier otra excusa, y se fue antes de cuarenta y cinco minutos. —Suelta un grito cuando el tacón se le hunde en un parche de hierba y se coge aún más fuerte de mi brazo —. Pero te agradeció la visita y te dijo que estaba contentísima de que vuestra relación fuera cada vez más estrecha, *vero?*

—Me dijo que tenía clase de pilates —le confirmo.

—Nico, odio ser yo quien te diga esto, pero a lo mejor ha llegado el momento de dejar de esperar que Aurora haga de madre.

Me detengo, sorprendido. Hasta ahora, mi tía era la única persona que me animaba a reconstruir una relación con mi madre.

—Pero si hace tres días me decías que merecía la pena acercarme a ella y explicarle cómo me siento…

—Pero no merece la pena que gastes tu energía en alguien a quien no le importas. Le acabas de contar que estás cumpliendo un sueño y ni siquiera se interesa por ello, ¡pues que le den! Será tu madre de sangre, pero no se ha ganado ese reconocimiento por tu parte ni por la de nadie. En cuanto pudo, se fue de tu vida. No sabe los hijos tan maravillosos que tiene, *ma sai una cosa?*[19] —Se para en seco para mirarme con cierta frustración—. ¡No merece saberlo!

¡No merece ni siquiera que pienses en ella, porque es una egoísta, egocéntrica y desconsiderada que actúa como una cría!

Se recoloca las gafas de sol y me arrastra hacia delante, para seguir andando como si nada. Nunca la había visto perder los nervios con este tema. Siempre pensé que Alicia y Aurora habían sido amigas e incluso que mi tía le guardaba cierto cariño a mi madre. Sea como sea, conozco a mi tía y sé que no es momento de preguntarle sobre el tema, mucho mejor esperar a que se le pase el enfado y tengamos una botella de vino blanco delante.

Hacemos el resto del camino en silencio hasta llegar a una masía en medio de los campos. Allí nos espera Giulio, un viejo amigo de Alicia que se dedica al vino y es dueño de un gran patrimonio. Le encanta invertir en negocios casi a modo recreativo.

Mi tía le habló de mi restaurante y nos invitó a pasar la tarde en el viñedo, para charlar de mi idea y conocernos mejor. Es una reunión importante y no puedo dejar que el tema con mi madre me desconcentre.

Llegamos a la finca y me sorprende la majestuosidad y la calma que transmite el lugar. Los cipreses que nos han acompañado a lo largo del camino de entrada dejan paso a los tonos rosados de la masía, que contrastan con las ventanas enmarcadas de blanco y el gran arco de la entrada. Alrededor de la finca se extienden las viñas, perfectamente alineadas sobre la tierra oscura, que parece haber sido trabajada con paciencia y precisión.

—¡Alicia! —grita un hombre mientras sale de la puerta principal y corre a abrazar a mi tía. Va vestido con un pantalón y una camisa de lino color beis que le dan un toque tan elegante como el de la casa —. Y tú debes de ser Nico. Venid, que os presento a mi marido. Hoy tenemos un día de locos, porque celebramos el cumpleaños de nuestra hija, pero lo primero es lo primero, y, Alicia…, ya sabes que

tus deseos para mí son órdenes.

Me da un abrazo rápido y nos guía hacia dentro de la finca, donde nos espera en el salón otro hombre más o menos de su misma edad.

—Mateo lleva años trabajando con restaurantes importantes. Estoy seguro de que nos puede ayudar con el tuyo —nos aclara.

Mateo me da la mano, muy sonriente, y nos sentamos en el gran sofá. Las siguientes horas las pasamos entre planos, presupuestos y estrategias. Lejos de ser solamente inversores, se nota que Giulio y Mateo saben cómo llevar un negocio y quieren ayudar a que esto salga de la mejor manera posible. Me dan consejos, pero sin entrometerse demasiado, y me aseguran que la decisión última va a ser siempre mía. La conversación es tan fluida que no nos percatamos de la hora: son las cuatro de la tarde y aún no nos hemos parado a comer.

—¿Os preparo una carbonara rápida? No será tan rica como la tuya, Nico, pero creo que me queda bastante bien —dice Mateo.

—Estoy seguro de que estará riquísima, *grazie.*

En menos de media hora estamos los cuatro comiendo en la mesa grande del salón y Giulio aprovecha para contarme todo tipo de anécdotas sobre mi tía.

—Y esa vez que nos emborrachamos y terminaste dentro de la Fontana di Trevi… —Giulio está llorando de la risa y Alicia le da un manotazo en el hombro, falsamente ofendida.

—¡Fue tu culpa! Me hiciste chantaje emocional y yo aún no te conocía mucho. ¡Teníamos solo diecinueve años! —le responde mi tía, ahora también riendo.

—Suerte que yo te he conocido en tu etapa madura —salta Mateo, divertido—, porque si no aún seguiría intentando que te casaras conmigo.

—Contigo me hubiera casado incluso antes de saber que era gay, cariño. —Le da un beso rápido, cómplice, y yo sonrío porque, aunque no los conozco de nada, se percibe el amor que se tienen.

Giulio y Alicia se conocieron en su primer día de universidad y ya no se separaron durante el resto de la carrera, hasta que él se fue a vivir a España por unos años. Al principio, perdieron el contacto, pero desde que él y Mateo se mudaron a Roma, parece que el tiempo no ha pasado. Me cuentan todo esto entre copas de vino y de repente ha oscurecido y llegan algunos coches al viñedo para la fiesta.

—Muchísimas gracias a los dos por la ayuda. —Me levanto del sofá y voy a buscar mi chaqueta y la de mi tía—. ¿Quedamos entonces para hacer una videollamada la semana que viene y terminamos de cerrar números?

—¡Muy bien! Hablamos pronto —asiente Giulio.

Deshacemos el camino de cipreses hasta llegar a nuestro coche, aparcado en el gran descampado de la entrada y rodeado ahora de otros vehículos. Al girar la llave, hace un ruido seco y se apaga de golpe.

—*Cazzo*, ¿esto es normal?

—Ay. —Alicia me mira con una mueca de fastidio—. Puede, y solo puede, que me haya olvidado de llevarlo al taller y que anteriormente me hubiera dicho un mecánico que cualquier día me fallaría el motor.

—¡Alicia!

—*Mi dispiace!*[20] Ya sabes que no me llevo bien con los coches. Pensaba pedirle a mi empresa que me lo cambiara por otro y ya. —Se encoge de hombros y levanta las manos como si no fuera con ella —. Voy a llamar a Giulio, seguro que nos puede acercar a Roma antes de la fiesta.

Tras veinte minutos insistiendo, Giulio nos convence de que pasemos la noche en el viñedo, ya que la grúa no puede venir hasta mañana y él no podría llevarnos a Roma. Que tiene habitaciones de sobra y que hace muchos años que mi tía no pisaba el viñedo, por lo que va a ser una velada maravillosa. El novio de su hija va a caerme fenomenal, dice, y está seguro de que a ella no le importará que la mejor amiga de su padre y su sobrino se unan a su celebración de cumpleaños.

Aunque no es exactamente lo que tenía en mente para esta noche, cedo al ver a Alicia tan contenta por poder pasar más tiempo con ellos; al fin y al cabo, no me vendrá mal una noche para desconectar.

No es como si la velada estuviera yendo como esperaba, pero lo que más me sorprende es lo que sucede a continuación: un coche negro impoluto con la música a tope pasa por nuestro lado, aparca en la entrada del camino y de él salen tres chicas, a una de las cuales ya reconozco a la perfección: Olivia. En menos de treinta segundos, esta noche ha mejorado considerablemente.

14

Olivia
68 días para cerrar el círculo

Chiara es una de esas personas que adora los cumpleaños y que, por ende, celebra la semana entera con cenas, cervezas y planes inesperados. En los años que la conozco puedo decir que he sido partícipe de *escape rooms*, cenas degustación, mil y una cervezas, un cine cerrado al público e incluso un *shopping spree* con todo incluido para nosotras tres, cortesía de sus padres, pero nunca algo tan grande como un viaje, aunque esta vez corriera por nuestra cuenta. Para festejar sus veinticinco, el año pasado alquilaron un yate y nos pasamos el día navegando, por lo que no me sorprendió cuando nos anunció que celebraría sus veintiséis en el viñedo de sus padres y que le hacía muchísima ilusión que todos sus amigos y familiares viajaran a Roma a pasar dos días.

—¡Hacía años que no pisaba este sitio! —Sale del coche feliz y llena de energía.

—Pero creciste aquí, ¿no? —pregunta Sienna, confusa—. ¿No habías vuelto desde que te mudaste a España?

—¡Qué va! Siempre coincidía con que estaba alquilado, o con tratamientos de las tierras, o que mis padres no tenían las llaves. ¡No sabéis lo que me emociona enseñaros esto! ¿No os acordáis de que, cuando vivíamos aquí, siempre os hablaba de este sitio y nunca os traje? Sé que hasta llegasteis a pensar que era un invento mío…, ¡pero no!

Entrelaza sus brazos con los nuestros y nos guía por un camino de cipreses hasta la puerta de la finca, donde nos espera Víctor, que nos abraza a nosotras y coge en volandas a Chiara para darle un largo beso.

El sitio es verdaderamente espectacular. Las viñas kilométricas se extienden alrededor de una masía preciosa, superelegante sin perder el estilo rústico. Los cipreses y las lucecitas lo iluminan todo y le aportan un aire íntimo, familiar. Es el tipo de lugar que imaginas cuando te hablan de un paraíso para desconectar con un par de copas de vino al final del día mientras contemplas cómo el sol desaparece detrás de las colinas.

Sus padres, Giulio y Mateo, la reciben a los pocos segundos con un abrazo conjunto que la hace chillar de asfixia.

—*Buon compleanno, bella!*[21] —exclaman al unísono. Después, se dirigen a nosotras—. Olivia, Sienna, un placer volver a veros, estáis preciosas las dos.

Adoramos a los padres de Chiara. Con los años, hemos comprobado que, aunque sean asquerosamente ricos, son de las mejores personas del mundo.

Su hija le da un beso a cada uno y vuelve a colgarse de nuestros brazos para llevarnos hacia el tumulto de gente, esta vez acompañadas por Víctor.

—Venid, que os presento al resto de los invitados.

Va saludando a los grupos uno a uno, abrazando a todo el

mundo y presentándonos cada vez, hasta que Víctor la detiene de golpe, visiblemente sorprendido.

—¡¿Y tú desde cuándo conoces a Nico Sorní?!

—¿Eh? —Le han puesto al bebé de su prima en brazos y no puede prestarle atención a nada más, por lo que lo mira distraída.

—Nico, el capitán de los Blizzards, la estrella de hockey del momento.

Mi corazón se salta un latido y abro mucho los ojos. Sienna se da cuenta, porque me coge de la mano y me susurra:

—¿El buenorro que te llevó a casa?

Chiara se da la vuelta hacia mí aún con el niño en brazos.

—Pero ¿ese no es el de la otra noche?

—¿Nico Sorní fue el tipo que te puso en la cama de su hermana y te hizo el desayuno al día siguiente? —Víctor me mira incrédulo.

—Vale, sí, es este Nico. —Me pongo las manos en la cara, un poco avergonzada por la situación.

—¿Y no se te ocurrió contarnos esa parte? —salta Sienna, como si de repente fuera una gran fan del deporte.

—¡Ni siquiera lo reconocí, y vosotras tampoco! —me defiendo.

—Vaya vaya, así que debajo de esa fachada de mujeriego tiene una parte tierna —sigue Víctor.

—¿Tiene fama de mujeriego? —No me lo pareció, aunque tampoco me sorprende del todo.

—Solo ha tenido una novia, Ágata, y desde que lo dejaron hace como unos seis años se le ha visto con un montón de rollos de una noche —me cuenta Chiara, como buena reina del chisme—. Además, Ágata contó en un vídeo de TikTok que Nico la dejó porque quería liarse con otras y se hizo superviral. Creo que tiene más prensa rosa detrás que prensa deportiva por culpa de su ex. No sabía que era tan guapo, pero le pega.

—¿Y tú por qué sabes eso? —Sienna la mira con el ceño fruncido.

—No me interesa el deporte, pero os recuerdo que vivo con Víctor, que, contra todo pronóstico, es uno de esos chicos a los que sí que le interesan estas cosas… ¡y que san Google nos revela al instante todo lo que queremos saber!

—Hemos coincidido en distintos eventos del hotel. Es muy majo, pero siempre lo he visto irse de la fiesta con una chica distinta —nos cuenta Víctor en un tono más bajo de voz.

Cierro los ojos un momento e intento reorganizar mis ideas. Lo que sé de él hasta ahora es que conmigo se ha portado muy bien, aunque es evidente que hemos estado flirteando. A lo mejor solamente quería llevarme a la cama. Pero en ningún momento me dio la sensación de que buscara un polvo de una noche, ¿no? Bueno, tampoco pensaba que Aarón jugaría conmigo y lo hizo igual, así que mi intuición está visiblemente atrofiada.

De todos modos, ya he establecido que durante este viaje me convertiré en la nueva Olivia, así que nada de jugadores de hockey con cuerpos esculturales que puedan hacerme babear. Iré, lo saludaré y seguiré la fiesta con mis amigas, sin prestarle más atención de la que le concedería a cualquier otra persona. Seré una mujer madura e independiente que no busca validación.

—Voy a saludarlo y vuelvo, ¿vale?

—No te preocupes, ya está viniendo él hacia aquí. —Sienna me coge de los hombros y me da la vuelta cuando a Nico le quedan menos de diez pasos para alcanzarnos.

—¡Olivia! ¿Otra vez casualidad? —Su voz, su expresión, todo en él tiene esa familiaridad que borra por un segundo mi pose de mujer madura e independiente.

—¡Nico! Justo iba a saludarte, acabamos de verte. —Le doy un

abrazo rápido—. ¿Qué haces aquí?

—Giulio y Mateo van a ser inversores de mi restaurante y…

—¿Mis padres van a ser inversores de tu proyecto? —lo interrumpe Chiara, sorprendida.

—Eso parece. Hola, chicas. —Ríe Nico pasándose una mano por el pelo—. Tú debes de ser el novio de la hija que supuestamente va a caerme genial —dice tendiéndole la mano a Víctor.

—¿Eso te han dicho sus padres? —Sienna abraza a Víctor por los hombros antes de continuar—. Tus suegros te quieren demasiado, no es justo.

—Soy Víctor, encantado. —Le estrecha la mano amablemente, como si no supiera quién es Nico.

Al final, lo que iba a ser una conversación corta acaba implicando que Nico no se separe de nuestro grupo en toda la noche, entre risas y brindis; para el momento del pastel ya sabe cuándo se mudó a España Chiara (a los veintidós años), cómo se llama la abuela más querida de Sienna (Catalina) y en qué momento decidió Víctor que trabajaría en el negocio familiar.

No esperaba que encajara tan bien con ellos; supongo que porque apenas lo conozco, pero todos parecen felices. El sol se pone tras las viñas y la luz cálida lo baña todo, confiriendo al espacio un aire mágico e iluminando las sonrisas y carcajadas que se dedican unos a otros.

Una vez que Chiara ha cortado la tarta, sus padres abren la veda de los regalos, porque el coche no había sido más que el primero de muchos. Le ofrecen una cajita azul de Tiffany's. Ella los abraza antes y después de abrirlo, y Mateo le pone el colgante que le han regalado.

Me encanta verla así, tan contenta, rodeada de personas que la quieren tanto; es la única forma en la que quiero ver a mis amigas

siempre, felices, y una vez más me encuentro agradeciendo al universo que las pusiera en mi camino.

Víctor le regala un viaje sorpresa, un bolso que le gustaba y una cena en un japonés muy conocido. Para cuando llega nuestro turno, ya casi no caben los regalos en la mesa.

Le damos la caja que llevamos ocultando toda la noche y ella nos mira con los ojos semicerrados, intentando adivinar de qué se trata.

—No vas a conseguirlo, nunca te hemos regalado nada parecido —se regodea Sienna, orgullosa.

Chiara suelta una carcajada nerviosa y tira del lazo con cuidado. Quita el papel de seda y saca primero la ilustración, enmarcada en madera clara. Al principio se queda en silencio, y nosotras también.

Es el piso del Trastevere.

El balcón con las jardineras torcidas, la mesa llena de comida y tres copas de vino, el tendedero asomando por la ventana… Y nosotras. Ella sentada en el alféizar con un ramo de flores entre las manos, Sienna apoyada en la barandilla soltando una carcajada y yo tumbada en la alfombra con un libro abierto y los cascos puestos. Todo bañado por una luz suave que lo hace parecer aún más bonito de lo que era en realidad.

—Esta ilustradora es… —Chiara parpadea rápido, porque está al borde del llanto—. Es de mis favoritas. ¿Cómo…?

—Sorpresa. Se la encargamos hace dos meses —le explico, acariciándole el brazo—. Sabíamos que te haría ilusión tener algo de las tres para colgar en casa.

—Abre la cajita pequeña —indica Sienna, y señala la caja negra de terciopelo.

Chiara la coge con cuidado y saca de ella una pulsera finísima de cadena dorada, con tres piedras engarzadas en el centro: una

aguamarina, otra lavanda y la última rosada.

—Una por cada una de nosotras —le digo bajito.

Ella no dice nada, pero se pone la pulsera con torpeza y se levanta, ya sin poder contener las lágrimas, para abrazarnos con fuerza a las dos a la vez.

—Sois unas imbéciles por hacerme llorar. No me merezco esto, sois las mejores.

—Te lo mereces todo, Chiara —le responde Sienna.

Terminan de darle algún último regalo y el DJ sube la música a tope. Todo el mundo se acerca a bailar a una discoteca semiimprovisada en el espacio de cata de la bodega. Nuestra amiga va pasando por todos los grupos de gente, aunque la mayoría del tiempo se queda con nosotros, su novio y Nico, con el que no paro de cruzar miradas mientras seguimos el ritmo de la música.

Para cuando termina la noche, no hemos tenido más que conversaciones triviales, pero siento que Nico no es ni de lejos lo que dicen de él en la prensa.

Me alejo de la pista de baile y busco mi móvil. Hace horas que lo puse en modo avión. Cuando lo quito, me llegan todas las notificaciones de golpe y por un momento me siento un poco agobiada por si alguna es de mi jefa.

Sé que no debería estar pensando en trabajo en la fiesta, y mucho menos pasadas las doce de la noche de un martes de vacaciones, pero hoy Marwa regresaba a la oficina de su viaje a Turquía y necesito saber si me ha mandado alguna actualización por e-mail. Se acerca la fecha límite para cerrar los paneles para el festival y me urge tener la confirmación de todas las autoras. Aunque ella siempre respeta mis vacaciones, quedamos en que me escribiría si hubiera algo urgente.

No tengo ningún correo suyo, lo que me tranquiliza unos

segundos, hasta que reparo en una de las notificaciones que había pasado por alto. Dos llamadas perdidas de Aarón, hace veinte minutos. ¿Y si le ha pasado algo? «Ya basta, Liv, seguramente solo está borracho con sus amigos. Y si le hubiera pasado algo, tampoco es cosa tuya», pienso.

Sin embargo, estoy respirando muy rápido, siento el pulso acelerado y me tiemblan las manos. Tengo que tranquilizarme. Vuelvo a poner el modo avión, cojo aire en un intento desesperado por recuperar el control y lo aguanto unos segundos antes de soltarlo hasta que siento que mi ritmo cardiaco se acompasa. Decido que no voy a permitir que mi ex me arruine más la vida.

Qué mierda que mi cuerpo no sepa diferenciar entre que me persiga un león y que un capullo me llame, pero es lo que hay.

Al girar la esquina para volver a la bodega, me encuentro con Nico.

—Ey, ¿dónde está el resto?

—Sienna lleva un buen rato al teléfono y Chiara y Víctor han desaparecido hace nada muy… amorosos. —Levanta una ceja para dejarme claro, por si hubiera alguna duda, que se han ido a follar.

—Oh.

—¿Estás bien?

—Sí, ¿por? —Pongo la sonrisa más falsa que he puesto en mi vida.

—No tienes cara de estar bien.

—Ah, perdona, ahora me cambio la cara para que te guste más.

—Tu cara ya me gusta, Daisy. —Su voz baja una octava y su tono despreocupado hace que el aire se me quede atascado en la garganta.

Levanta la mano y sus dedos rozan mi sien suavemente antes de colocar un mechón de pelo detrás de mi oreja, como si fuera lo más

natural del mundo. Su contacto es breve, pero suficiente como para que me recorra un escalofrío.

—¿Vamos a dar una vuelta?

—Claro. —Esta vez curvo levemente las comisuras de los labios hacia arriba en una pequeña sonrisa sincera, porque últimamente todo se siente menos caótico cuando Nico está cerca.

15

Nico
80 días para volver a empezar

Salimos de la casa y deambulamos por el viñedo, charlando, hasta que encontramos una gran estructura de madera redonda, elevada del suelo, que no tengo ni idea de para qué se utiliza. Me siento en ella de un salto y creo que me rasgo el bajo de los pantalones con algún clavo suelto, pero me da igual. Olivia se sube a mi lado, aún con expresión preocupada. Nos quedamos en silencio un rato, mirando la gran luna que se alza sobre nuestras cabezas. Pasan gorjeando una bandada de gorriones y rompen el hechizo.

—Es increíble sentarse a ver las estrellas estando en medio de la nada, cuando vives en la ciudad y nunca puedes verlas bien —dice Olivia de repente, su rostro un poco más relajado.

—Sí, es todo un privilegio —respondo sin apartar la vista de la luna—. Izzy y yo solíamos encerrarnos en el balcón de casa a mirar las estrellas siempre que algo nos disgustaba. Al principio era sobre todo para evadirnos, pero con los años se convirtió en algo que disfrutábamos. Alicia incluso nos regaló un telescopio.

Olivia esboza una sonrisa. Parece completamente embelesada con el cielo.

—Es que es maravilloso. Pase lo que pase aquí abajo, las estrellas siempre se mantienen imperturbables, iluminando el cielo.

—Exactamente eso pienso yo.

Me acerco un poco más a ella y me tumbo de espaldas en la estructura. Ella hace lo mismo y pasamos así unos momentos, sin hablar.

—¿Te acuerdas del juego del avión? —le pregunto a Olivia.

—Claro, no es habitual que un extraño me proponga ese tipo de juegos.

—¿Y qué tipo de juegos es habitual que te propongan, si se puede saber? —Ladeo la cabeza con una sonrisa pícara que le hace ruborizarse.

—Los típicos de verdad o reto; los clásicos de los aviones. —Se cruza de brazos muy seria—. Aunque alguna vez también me han propuesto el *strip poker*. —Pasan unos pocos segundos antes de que se le escape una leve risa.

—Ah, mucho más divertidos que el mío. —Arqueo una ceja, y dejo caer un tono de ofensa teatral—. A que adivino… ¿Siempre elegías verdad porque eras demasiado buena para los retos? —Bromeo, dejando que el comentario cuelgue en el aire con intención.

—Y tú, ¿siempre ibas directo a los retos? ¿De esos chicos que hacían cualquier tontería por llamar la atención?

—No cualquier tontería, solo las que valían la pena. —La miro fijamente a los ojos—. Pero para esta noche tengo otra propuesta, una que no implica verdades, ni retos, ni póquer semidesnudos.

—Oh, qué aburrido. —Hace un puchero, aunque me observa curiosa.

Levanto las manos en señal de derrota y saco del bolsillo de la

chaqueta una cajita roja.

—¿Qué es eso?

—Es uno de los regalos que le han hecho a Chiara esta noche. Te estábamos esperando para jugar al terminar la fiesta, pero alguien ha llamado a Sienna, después Chiara y Víctor han desaparecido y, bueno, ya sabes el resto de la historia. —Me encojo de hombros—. A lo mejor, podemos jugar tú y yo.

Abre la cajita y lo primero que encontramos es un papel doblado, en el que hay escrito a mano:

> I have found there are 2 ways to play this game:
> 1. Play safe
> 2. Play to grow
> The second is how you win.[22]
> -WNRS

—Vaya, así que volvemos a las preguntas personales —dice bajito.

—¿Te molesta?

Y por un momento pido que responda que no, que juguemos, porque tengo demasiadas ganas de conocer más a esta chica de pelo rojizo y ojos brillantes.

—No, me gusta ese tipo de juegos. —Su sonrisa cálida me revela que es verdad.

—Hay tres niveles, podemos elegir unas cartas con cada uno e ir subiendo. La idea es ser lo más sinceros posible. Lo que contemos aquí no sale de este viñedo y no podemos juzgar ni opinar sobre las respuestas del otro, ¿vale? —Ella asiente, visiblemente entusiasmada, y yo saco la primera carta—. ¿Cuál crees que es mi canción predilecta para cantar en la ducha?

—¿En la ducha? —replica ella riéndose—. Pero ¿no se supone que son cartas profundas?

—A ver, es el nivel uno, empezamos suave. —Me encojo de hombros con una leve sonrisa—. Aunque, si lo prefieres, podemos ir directamente a la confesión de los traumas de la infancia.

—¡No, no, está bien así! —Agita las manos—. Veamos, estoy segura de que es algo que te haga sentir como en un videoclip, tipo «Livin' on a Prayer», de Bon Jovi.

Finge que tiene un micrófono en la mano y pone una pose dramática de final de canción, que me hace soltar una carcajada.

—Así que «Livin' on a Prayer», ¿eh? No, soy más de The Killers; mis compis de equipo te pueden corroborar que canto «Mr. Brightside» como si fuera mi último día en esta tierra.

—No lo creeré hasta que lo vea, y sería una situación complicada, así que… —Me desafía con una sonrisa y los ojos rasgados mientras saca otra carta—. Me toca, a ver… ¿Parezco una persona de café o de té? ¿Con azúcar o sin?

—*Questa è facile.*[23] Te vi disfrutar del café la otra mañana, aunque estuvieras en medio de una crisis existencial. —Me da un manotazo en la pierna—. Yo diría que con azúcar, sí.

—Mucho café, un poquito de leche de avena y dos cucharaditas de azúcar —confirma ella pasándome la siguiente carta.

—¿Qué crees que quería ser cuando era pequeño?

—No es justo, es muy difícil. ¡Te conozco desde hace cinco días! —exclama enfurruñada lanzando la cabeza hacia atrás—. Hummm, te pega algo tipo bombero, una profesión guay pero llena de riesgo.

Suelto otra carcajada porque la ha clavado.

—Veo que soy demasiado básico, pero no puedes culparme. Tengo un tío bombero y ¡me encantaba subirme al camión!

Se ríe conmigo con ternura, seguramente imaginándose a un

Nico pequeñito y emocionado.

—Va, una más de este nivel y pasamos al dos —dice cogiendo una carta y leyéndola—. Esta es buena. ¿Cuál fue tu primera impresión de mí?

—Que eras como un torbellino. —Recuerdo el momento del choque, después su risa, la ansiedad, el brillo de sus ojos—. Alguien con muchas emociones muy intensas y con una risa preciosa, llena de vida y de luz.

Se queda unos segundos callada, mirándome con esos ojos esmeralda y los labios curvados en una leve sonrisa. Yo solo pienso en lo bonita que está a la luz de la luna.

—Y, antes de que digas nada, sí, sé lo cursi que me ha quedado esto. —Me paso las manos por la cara y el pelo—. Vamos a pasar al siguiente nivel.

Se muerde el labio conteniendo la risa y niega con la cabeza, sonrojada; acto seguido coge una carta del nivel dos.

Seguimos haciéndonos preguntas y dando respuestas, me cuenta que su día perfecto sería en algún pueblo costero, leyendo un libro mirando al mar, con los pies descalzos y el pelo lleno de sal; que para ella el amor, por encima de todo, es confianza y cuidado mutuo, aunque no es lo que ha vivido hasta ahora, y que en la actualidad se está intentando demostrar que no está rota.

Yo le cuento que mi recuerdo más feliz del año pasado fue cuando encontré el local para mi restaurante y vi materializarse mi sueño, que el peor dolor no físico que he sentido nunca fue el momento en el que entendí que mi madre elegía a un hombre que casi no conocía por delante de mi hermana y de mí, y que bajo mucha presión me suelo bloquear y aislar.

Me habla sobre su ex, Aarón, que la hizo sentir muy pequeña muchas veces, le puso los cuernos y la dejó una tarde después de

una discusión muy fuerte en la que le dijo que nunca sería nada sin él, y cómo, al cabo de unos meses, empezó a acribillarla a mensajes, de los que prefiere no desvelarme el contenido. Eso sí, se sincera sobre lo mucho que le costó entender que no era su culpa y lo perdida que está ahora.

Yo le hablo de Ágata, la única novia formal que he tenido y con la que rompí hace casi seis años, después de saber que se alió con mi padre para sabotear una oportunidad de trabajar entre temporadas con un chef famoso de Londres. Difundió mentiras sobre nuestra relación en redes, lo que llamó la atención de la prensa rosa y me puso en el punto de mira constante, algo que odio. Desde entonces, no he vuelto a dejar entrar a otra chica en mi vida más allá de tenerla entre las sábanas para no volver a verla más después.

Sin darnos cuenta estamos ya haciendo preguntas del tercer y último nivel, el más íntimo, y me sorprende ver que me siento cómodo con una chica a la que conozco desde hace unos días.

—¿Qué es lo más complicado de tu trabajo?

—La prensa, *decisamente.*[24] —No tengo que pensarlo ni medio segundo—. La gente piensa que es muy guay ser conocido, pero esto implica que se hable constantemente de lo que haces o no haces, sobre tu familia, tus amigos, que te hagan fotos y cuenten cosas que no son ciertas. Es el precio que pagar, lo sé, pero a veces… es abrumador.

Olivia me mira fijamente, como si estuviera intentando explorar dentro de mí. No puede hacerme preguntas fuera de las cartas, pero veo que está luchando por contenerse. Al cabo de un instante, hace un sutil movimiento de cabeza, como descartando lo que sea que iba a preguntarme.

—Tiene que ser complicado, aunque la prensa no conoce ni la

mitad de quién es Nico Sorní. —Me pone una mano en la pierna y me da un pequeño apretón—. Va, las dos últimas cartas. —Se recuesta en la madera para quedar frente a mí, con la carta en la mano y el vestido todo arrugado.

—¿Por qué crees que nos conocimos?

—Oye, ¡me tocan las más complicadas! —Hace un suspiro dramático y echa su cabeza hacia atrás, hacia la luna, con un gesto tan natural y despreocupado que me cuesta apartar los ojos de ella. La brisa le revuelve el pelo rojizo y por un segundo quiero extender la mano y enredar los dedos en él, sentir su suavidad.

Cuando contesta, lo hace aún con los ojos cerrados.

—No sé aún por qué nos conocimos, pero sé que son por algo todas las casualidades que nos han llevado hasta este momento preciso. ¿Qué probabilidades había de que nos encontráramos tantas veces en una ciudad de más de 2,7 millones de habitantes? Y aun así, aquí estamos. Así que no tengo respuesta, pero confío en el universo.

La contemplo mientras habla y algo en mi pecho se aprieta con fuerza. Aquí, en este instante, pienso que podría enamorarme de ella, aun sin conocerla apenas. A lo mejor es justamente por eso, porque no le debo nada y no tengo que fingir, puedo ser yo mismo y contarle mis secretos, porque no la voy a decepcionar. Me escucha y me hace sentir visto. Tiene esa mezcla perfecta entre dulzura y determinación, entre vulnerabilidad y fuerza.

Aunque yo no debería estar pensando en esto.

Me ha dicho que necesita encontrarse y estar sola, que su ex no la deja en paz. Por mi parte, tengo demasiadas cosas en la cabeza que requieren mi atención, me prometí no volver a confiar en nadie después de Ágata y estoy seguro de que le haría daño. Parece un ser de luz y yo he pasado demasiado tiempo en la sombra. Hay mil

razones por las que sería la peor idea posible.

A pesar de ello, puedo disfrutar de este momento un poquito más.

—Olivia.

—¿Sí?

—Me gusta hablar contigo.

Ella sonríe, pero no dice nada. Solo se queda ahí, mirándome con una intensidad que me hace sentir al borde de algo. Y, por primera vez en mucho tiempo, no sé si quiero saltar o retroceder.

16

Olivia
67 días para cerrar el círculo

—¡¿Hasta las cuatro de la mañana?! —La coleta alta de Sienna rebota de un lado a otro, enfatizando su emoción.

Acabamos de volver a Roma y no sé en qué momento he pensado que sería buena idea contarles cómo terminó mi noche con un helado en la mano, porque ahora mismo tengo *gelatto* de pistacho en el zapato y no me hace ninguna gracia.

—¿Y no hubo ni un solo beso? —Chiara me lo pregunta muy cerca de mi oreja.

—Te recuerdo que la nueva Olivia necesita aprender a estar sola, así que no. No tengo ninguna intención de enrollarme con Nico. —No sé si intento convencerlas a ellas o a mí misma—. Además, él me contó lo que pasó con Ágata, y desde entonces solo ha tenido rollos de una noche. Es lo que menos me conviene ahora mismo.

—Eso no impide que quieras tirártelo.

—¡Chiara!

—¡Se te nota en la cara! No me lo niegues.

—Liv, hemos visto las chispas que saltan entre vosotros —afirma Sienna encogiéndose de hombros.

—Vale, me lo quiero tirar, pero no voy a hacerlo, ¿contentas? —Mis amigas se dan por satisfechas y profieren unos agudos gritos de victoria.

—Una vez cerrado esto, ¿nos cuentas qué pasó con Ágata? —Chiara entrelaza su brazo con el mío.

—Estuvieron juntos unos cuatro años, hasta que le salió a Nico una oportunidad para trabajar con un chef famoso entre temporadas de partidos. Ágata se alió con el padre de Nico para sabotearlo todo a sus espaldas. Nico perdió una oportunidad brutal porque su novia decidió que no era lo mejor para su carrera. Una traición en toda regla. Además, cuando rompieron, ella se hizo viral en TikTok con un vídeo hablando sobre lo mal novio que era él, aunque todo fuera mentira.

Chiara abre mucho los ojos cuando ata cabos.

—¡Ostras! Yo vi ese vídeo, la verdad es que la chica podría perseguir una carrera como actriz. No sabía ni de quién hablaba, pero me lo tragué enterito.

Nos sentamos en un banco de piazza Navona a terminar los helados y seguimos charlando. Adoro a mis amigas y adoro esa sensación de felicidad que te invade cuando estás con personas que tienen energías tan bonitas, que te hacen sentir que, mientras estén a tu lado, todo irá bien.

Sienna no deja de mirar el móvil, cosa que me sorprende porque suele ser bastante despegada del teléfono, pero imagino que habrá lío en el bufete y no quiero agobiarla.

—¿Todo bien? —le pregunto bajito al tiempo que Chiara manda un audio a Víctor. Mi amiga asiente rápido, guarda a toda prisa el móvil en el bolso y se levanta del banco.

—¿Vamos hacia el Panteón? Aún tenemos tiempo para ir a comer antes de volver al piso para hacer las maletas.

Nuestro avión a Barcelona sale esta tarde y hemos decidido hacer en Vespa un último recorrido por todos nuestros lugares favoritos de la ciudad, sintiéndonos Lizzie McGuire en *la* película; incluso nos hemos puesto «What Dreams Are Made Of» en el trayecto en coche desde el viñedo a la ciudad, para entrar en el *mood*.

Pasamos por el Panteón, la Fontana di Trevi, la piazza del Popolo, la piazza Spagna, el Coliseo y volvemos hacia el Trastevere, agotadas por el tiempo récord en el que hemos hecho la ruta, pero felices por haberlo visto todo las tres juntas, aunque fueran solo cinco minutos en cada sitio. Comemos en L'Angolo dei Sapori y nos despedimos de Sandro y Ángela.

—Me alegra mucho veros a todas unidas, chicas —dice Ángela mientras mueve la mano en señal de despedida, apoyada en el marco de la puerta—. *Prendetevi cura della vostra amicizia nonostante la distanza, eh!*[25]

Nos sonríe, lanza un beso al aire y se mete de nuevo en el restaurante. Yo me quedo quieta; no entiendo el porqué de sus últimas palabras, pero cuando miro a mis amigas veo que hay algo que no me han contado. Las dos permanecen muy serias. Sienna me mira con cara de disculpa y Chiara se muerde el labio inferior, a punto de llorar.

—Chicas, me estáis asustando. —Le pongo una mano en el hombro a Chiara y noto que tiembla bajo mi contacto, lo que me pone aún más nerviosa—. ¡¿Podéis decirme qué pasa?!

Hay unos segundos de silencio que aprovechan para cogerme del brazo y guiarme hasta una callejuela que hay a pocos metros, mucho más privada. Cuando Chiara habla, se me cae el mundo

encima.

—Me quedo a vivir aquí, en Roma. En un mes me mudo oficialmente. —Se le salta una lágrima y a mí me invade la rabia.

—¿Qué? —Tardo unos pocos segundos en procesar sus palabras —. ¿Y cuándo pensabas decírmelo? ¿El día que empezaras la mudanza? ¿O directamente me iba a enterar cuando te pasara a buscar un día por el trabajo en Barcelona y me dijeran que ya no estabas? —No entiendo nada y eso me enfada más aún—. ¿Cómo has podido esconderme esto y hacer como si nada?

—Olivia, no te pases, estaba esperando a que pasara este viaje —la defiende Sienna en tono conciliador mientras me pone una mano en el brazo y bloquea su móvil con la otra, que no para de emitir soniditos.

—¿Tú lo sabías? —le grito a mi amiga intentando contener las lágrimas que amenazan con salir.

—Eso no es lo imp…

—Se lo conté hace dos semanas, cuando nos fuimos a casa después de cenar juntas. —Chiara endereza los hombros y levanta la barbilla—. Necesitaba hablarlo con alguien.

Ese día recibí un mensaje de Aarón diciéndome que se había tirado a una chica que le había recordado a mí, aunque ella era mucho mejor en la cama y también tenía mejor cuerpo. Me fui pronto a casa con muchísima ansiedad, aunque no les dije a mis amigas lo del mensaje por la vergüenza que me dio lo que había escrito. Fue el primero de muchos por el estilo, que aún no he enseñado a nadie.

—¿Y no podías hablarlo con las dos? ¿O es que solo Sienna merece tu confianza?

—Olivia, eso no es justo, claramente te pasaba algo y no era buen momento —intenta mediar Sienna.

—Hace dos semanas de esto. Habéis tenido tiempo de sobra.

—Dos semanas en las que ni siquiera te has dado cuenta de que yo no estaba bien, porque solo importaban tu trabajo y tus propios problemas. —Abro mucho los ojos, incrédula, y veo que Chiara se arrepiente nada más soltarlo, pero no recula.

—¿De esto se trataba todo este viaje? —pregunto con un hilo de voz. Mis pulmones se contraen.

Pienso en el coche nuevo con el que me vino a buscar al aeropuerto, en que nos hemos quedado unos días en el piso del Erasmus, en la fiesta del viñedo, el recorrido de hoy juntas, despidiéndonos de Roma. En realidad, nos estábamos despidiendo de nosotras como trío inseparable, y yo no tenía ni idea.

Me invade la ira, una ira que no había sentido nunca hacia mis amigas.

—Este paseo por los recuerdos, visitar todos nuestros sitios favoritos juntas, ¿era algún tipo de… juego para ti? —Deslizo la mirada de Chiara a Sienna—. ¿Para vosotras?

—¿Un juego? —Chiara grita también, furiosa—. Solo intentaba crear recuerdos bonitos con vosotras antes de pasar los próximos dos años de mi vida aquí. Perdona por idear algo especial.

—¿Dos años? —Ahora es Sienna la que abre mucho los ojos—. Me dijiste un tiempo fuera, no dos años.

—No eres quién para hablar. Tampoco nos has contado tú tus cosas. —Chiara mira a nuestra amiga, desafiante.

—¿Qué cosas, Sienna?

Ella se queda callada y baja la mirada hasta que suena el ping agudo de un mensaje de WhatsApp, proveniente de su móvil.

—Cuéntanos, ¿con quién llevas todo el finde hablando? —la interroga Chiara.

Sigo enfadada, pero la niebla de mi cabeza se disipa lo suficiente

como para ver que se nos está yendo de las manos, y mi vocecita interior chilla en algún lado de mi corazón. «Para esto antes de que vaya a más; para esto antes de que las pierdas», me digo. Sienna nunca llora, pero ahora tiene los ojos vidriosos y le tiembla el labio inferior cuando habla, con una frialdad que nunca había visto en ella.

—Con Valentina, mi novia.

—¿Tu qué? —No me creo que nos haya ocultado esto.

Nos quedamos las tres en silencio, Sienna mirando al suelo y Chiara con ojos provocadores.

—Ah, pensaba que yo era la única que guardaba secretos —dice con ironía.

—¿Lo sabías? —le pregunto, enfadada.

—No, pero ayer la oí diciendo un «te quiero» por teléfono, y no parecían ni su madre ni su abuela.

—Oh, por favor. —Sienna suelta un bufido—. En vez de preguntarme o darme el beneficio de la duda respecto a por qué lo he ocultado, tenías que utilizarlo en mi contra, ¿no? Lo siento, no puedo con esto. —Se da la vuelta y se marcha hacia el apartamento, dejándonos a las dos con la boca abierta.

Chiara emite un alarido exasperado, con los puños apretados y la cabeza echada hacia atrás para más dramatismo. Se gira y, sin apenas mirarme, se aleja en la dirección contraria a Sienna. Cierro los ojos, cojo aire profundamente y lo suelto poco a poco, para no gritar más. En cuanto abro los ojos y ya no la veo, me permito soltar todas las lágrimas acumuladas.

¿Cómo han sido capaces de esconderme esto? Y encima echarme la culpa, como si la mala amiga fuera yo porque ellas no han querido compartir sus problemas. Y, lo que es peor, ni siquiera han sentido la necesidad de compartir sus alegrías, porque imagino

que Chiara está contenta con la mudanza y Sienna, feliz con su novia. ¿Tan prescindible soy como amiga? Son las primeras personas que me vienen a la mente cuando me pasa algo bueno, y claramente no es así por su parte. ¡Es que ninguna de las dos había mencionado nada, ni un indicio!

¿Y ahora qué? Mis amigas me abandonan, igual que hizo Aarón. A lo mejor estoy demasiado rota y realmente sí que ha sido culpa mía. Puede que no merezca que se queden conmigo porque yo también he sido egoísta acaparando siempre la conversación con mis problemas con Aarón y con el LitLove por medio.

El corazón me palpita rápido y fuerte, me retumba en los oídos y soy incapaz de contener los sollozos que escapan de mi garganta y rompen el silencio de la callejuela. Me tiemblan las manos y la respiración se me entrecorta, y aún me agobio más porque sé lo que me está pasando y no tengo fuerzas para pararlo. Saco el móvil para comunicarme con Emma y veo otra llamada perdida de Aarón, que me hace soltar un chillido de frustración.

En los últimos minutos, las nubes que nos han perseguido todo el día han ennegrecido y ahora cae una fina llovizna que, aunque contrasta con la temperatura, me va calando poco a poco.

Llamo a mi hermana, pero no me contesta. Imagino que estará en clase. Me frustro aún más. Me obligo a contener el aire unos segundos, hasta que no puedo más, y entonces lo expulso suavemente. Un sudor frío me recorre la espalda, aunque se mezcla con las gotas de lluvia que ni siquiera siento impactar contra mi cuerpo.

Sigo cogiendo aire, y soltándolo poco a poco. Al cabo de unos minutos, noto que mi corazón se acompasa y vuelve a entrar oxígeno en mis pulmones con normalidad. No obstante, me siento agotada, mareada y no dejan de caerme las lágrimas.

Me quedo paralizada, sola, empapada y con el corazón roto.

17

Nico
76 días para volver a empezar

—¡Aquí, Nico! —Un reportero al que ya he visto unas cuantas veces se hace un hueco entre la gente, aproximándose a la mesa donde estamos Levi, Alfie y yo en representación del equipo—. ¿Cómo te sientes al ganar este primer partido de los *playoffs*? ¿Crees que el equipo está en forma para llegar a la final?

Cierro los ojos antes de responder porque un flash me deslumbra.

—Estamos muy emocionados y orgullosos, especialmente porque sabemos lo mucho que esto significa para nuestros fans y para nosotros como equipo. Los *playoffs* siempre son una montaña rusa de emociones, pero esta victoria demuestra que estamos listos para afrontar el reto. Aún queda mucho camino por recorrer, pero confío en el equipo. Hemos trabajado duro toda la temporada para llegar aquí, y estamos enfocados en darlo todo partido a partido.

—Este es tu décimo año en los Blizzards y quinto como capitán. ¿Notas más presión ahora que nunca? —Otra reportera se hace oír

entre el gentío.

—Claro que hay presión, pero solamente nos sirve para estar más centrados en lo que toca, ¿verdad, chicos? —Levi y Alfie, que están a la vez respondiendo a otros reporteros, se acercan a mí para confirmarlo, y añaden que confían mucho en su capitán. Les agradezco sus palabras, porque ahora mismo no sé si yo confío en mí.

—Hemos oído rumores de que tienes planes fuera del hockey después de esta temporada. ¿Es eso cierto?

Se me congela el rostro.

Nadie tendría que saber aún nada de esto. Todas las personas con las que estoy trabajando en el proceso han firmado un acuerdo de confidencialidad para no revelar nada hasta que yo lo haga público. Miro de reojo a mi padre y veo que frunce el ceño. Antes de que yo pueda responder, se acerca al micrófono para contestar él.

—Eso no es cierto, Nico no tiene planes fuera de la pista. No crean rumores que lo único que hacen es buscar dinero.

La reportera me aguanta la mirada, sorprendida.

—¿Nada que decir, Nico?

—Lo único que puedo decir es que ahora mismo estoy completamente centrado en los *playoffs*. Mi prioridad es el equipo y asegurarme de que estamos en la mejor posición para competir. Cualquier decisión sobre mi futuro, la tomaré cuando termine esta temporada. Ahora mi mente está en el hielo, que es donde debe estar. —Eso solo es verdad en parte, porque últimamente mi mente ha estado bastante dividida y con demasiados frentes abiertos.

La reportera no se queda del todo contenta, pero antes de que pueda preguntar de nuevo doy por finalizada la rueda de prensa y me dirijo hacia el vestidor. Mi padre me sigue de cerca.

—¿Qué cojones haces, Nico? —me grita a medio camino, cuando

llegamos a un pasillo en el que estamos solos.

—Solo voy a cambiarme, papá —digo tratando de restarle importancia a lo ocurrido en la rueda de prensa.

—Te recuerdo que aquí no soy tu padre, sino tu mánager. Llámame Enzo. Estabas a media rueda de prensa. No puedes terminarla a tu antojo.

—Lo he decidido porque llevamos horas respondiendo preguntas, el equipo está cansado y mañana tenemos que seguir entrenando. —Me paro en seco y me giro para verle la cara—. Te recuerdo que el capitán de los Blizzards soy yo, no tú; y que el equipo va por encima de toda tu estrategia.

Se queda en silencio, sin saber qué responder, y yo aprovecho para reanudar la marcha de camino a los vestuarios. No tarda ni dos segundos en volver a seguirme, esta vez hablando mucho más bajo para que nadie pueda oírlo.

—De acuerdo, primer punto cerrado. —Me coge del hombro para que no siga andando—. Ahora pasamos a esa tontería de la cocina, y escúchame bien porque no voy a repetirlo. No sé qué tienes en mente, pero no vas a hacer nada que no sea jugar a hockey cuando termine esta temporada. Voy a encargarme personalmente de ello. ¿Que tienes contacto con algún chef famoso para formarte? Voy a quitarle de la cabeza que quiera ser tu mentor. ¿Que te has apuntado a alguna escuela de cocina? Voy a encontrarla y voy a cancelar esa matrícula y hacer una donación generosa para que no vuelvan a admitirte. Me enteraré de lo que sea que dicen los rumores y voy a cortarlo de raíz como ya hice una vez. Espero que en algún momento entiendas que estoy salvando tu carrera.

Me contengo para no gritarle, aunque la frustración está a punto de superarme. No me creo que este hombre sea mi padre, nadie que quiera a su hijo podría obligarlo a que se dedicara a algo que ya no

le hace feliz. Qué ingenuo he sido en pensar que podría contarle lo que está pasando en mi vida y que él lo aceptaría, aunque no fuera a seguir el camino que él considera correcto.

Pero no voy a darle la satisfacción de mostrarle que me duele. Por eso, no me queda otra que negar lo que está pasando. Está en mis manos conseguir que no sea un escándalo en la prensa y encontraré la forma de engañarlo incluso a él.

—No sé a qué te refieres. Dejé la cocina hace años, cuando tú y Ágata os encargasteis de eso, como dices. Estoy completamente centrado en el hielo y en ser el mejor capitán posible, solo estoy cansado de las putas ruedas de prensa. *Ma vinceremo, non ne dubito.*[26]

—Más te vale, porque no vas a arruinar mi carrera como mánager por una idiotez como esa.

Sin darle tiempo a decir nada más, me doy la vuelta, me pongo la capucha de la sudadera y entro en el vestidor, dando por terminada la conversación. Joder. Sé que esto tendrá repercusiones en la prensa. No pasan nada por alto y me han visto dudar, aunque haya sido solo un segundo. Me cago en mi puta vida.

Como se filtre y mi padre pueda confirmarlo, destrozará todo lo que he conseguido hasta ahora. El local, el plan de negocio, quién será mi mentora, el personal precontratado. No puedo arriesgarme, necesito encontrar la manera de disuadirlo y que crea que solo son estúpidos rumores.

A los pocos minutos aparecen Levi y Alfie, seguidos del resto del equipo, celebrando la victoria entre vítores y abrazos.

—Ey, ¿qué ha pasado ahí fuera? —A Levi no se le escapa ni una.

—Lo de siempre —murmuro mientras coloco la equipación en la taquilla—, que no puedo pensar en nada que no sea hockey. Que se encargará de arruinar cualquier plan que no incluya hielo y un *stick*.

Ya lo conoces.

—Es un cabrón, tío —Levi lo suelta sin filtros y Alfie se atraganta con el agua.

—Eh, no te pases, que es su padre —interviene Alfie, incómodo por cómo habla Levi.

—Y yo soy su amigo —contraataca Levi—, tengo derecho a decir la verdad. ¿O prefieres que me calle mientras lo machaca?

—Visto así…

—Chicos, no hace falta, ya estoy acostumbrado.

—No, Nico, es que sí que hace falta. ¿Cuánto tiempo piensas seguir aguantando esto? Alguien que no te apoya en tus sueños solo porque no son los suyos… ¿Cuánto falta hasta que revientes?

Alfie nos mira a uno y otro, entendiendo que le falta información para pillar la situación. Yo sé que no debería contárselo, pero confío en él y ya no puedo más con los secretos. Y menos ahora. Necesito una tregua. Miro a Levi, que asiente para darme valor para hablar.

—Después de esta temporada… lo dejo.

Ambos se quedan en silencio. Levi me pone una mano en el hombro, sonriendo ligeramente. Alfie, en cambio, está boquiabierto.

—¿Lo dejas? —repite Alfie, como si no pudiera procesarlo.

—Sí, lo dejo. He estado jugando a hockey toda mi vida, y ya no es lo que quiero. Voy a abrir mi propio restaurante, aprender de una de las mejores chefs que hay y tomarle el relevo en cuanto esté preparado. No puedo seguir fingiendo que el hockey es todo lo que soy, porque no es así.

Alfie tarda un segundo en reaccionar y luego suelta una carcajada.

—Espera, espera. ¿Esto es en serio? ¿El capitán de los Blizzards se retira para hacer esferificaciones?

Levi le da un manotazo en la nuca, aunque los dos sabemos que

no lo dice a malas.

—No seas idiota, Alfie.

—¡Oye, solo estoy intentando procesarlo!

—Pues hazlo en silencio.

Valoro la intervención de Levi.

—Vale, tío. Si es lo que realmente quieres…, lo respeto, pero me va a costar imaginarte con un gorro de chef en lugar de un casco.

—A mí también —admito, con una pequeña sonrisa.

Levi me da una palmada en la espalda.

—Pero el resto de la temporada te queremos a tope, ¿eh? —sigue Alfie—. Te necesitamos para ganar los *playoffs*.

—Contad con esto. No mentía cuando decía que sigo centrado en ganar, tenga lo que tenga en la cabeza.

—Ese es mi chico. —Levi me revuelve el pelo, como hace siempre que está orgulloso de mí—. Y contra tu padre, nos tienes a nosotros.

—Eso es cierto. Somos un equipo, ¿recuerdas? —me dice Alfie pasándome un brazo por los hombros—. Cuidamos unos de los otros, y lo seguiremos haciendo cuando seas un chef famoso.

Sonrío, agradecido de tener a estos dos en mi vida. Y aunque la incertidumbre sigue ahí, enterrada bajo capas de miedo y dudas, por primera vez en mucho tiempo siento que podré con la presión. Porque todo valdrá la pena en el momento en que inaugure el restaurante y pueda volver a ser dueño de mi vida, sin la prensa ni la coacción de mi padre. Libre.

18

Olivia
54 días para cerrar el círculo

Levanto las persianas y me siento en el sofá, aún medio dormida, con mi taza de café y con el pelo totalmente alborotado. Emma se acomoda a mi lado, robándole el hueco a Willow, que maúlla y da un salto por encima de mis piernas para acurrucarse al lado de Ivy. Les rasco la cabecita, primero a una y después a otra, agradeciendo lo bien que han llevado el cambio de piso.

El destino hizo que adoptara a las gatas una semana antes de enterarme de todas las veces que Aarón me había puesto los cuernos. Es irónico pensar que fue él quien me dejó cuando discutimos por eso. Se arrepintió a los cinco minutos, pero para mí fue el punto de inflexión al que agarrarme para no recular, ni en ese momento ni a los pocos meses, cuando empezó a mandarme mensajes. Ivy y Willow han vivido conmigo, y, con tan solo dos meses, cuando aún se estaban acostumbrando a su nueva vida, les tocó cambiar de casa, en el momento en que Aarón y yo separamos nuestros caminos.

—Tus gatas son demasiado buenas, Liv —me dice mi hermana. Estoy cogiendo a Ivy por las patas delanteras para mantenerla de pie con una mano y comprobar lo larga que es ya—. Al final, va a ser cierto eso de que los animales se parecen a sus dueños.

Sonrío levemente.

Hoy es uno de esos días en los que la ansiedad puede conmigo. Me he despertado como si me hubiera pasado un camión por encima y necesito cuatro cafés para sentir que puedo funcionar mínimamente.

Ayer fue una sesión de terapia dura, de esas que te remueven profundamente y te hacen entender cosas que hasta ahora no habías ni siquiera procesado. Por otro lado, la discusión con las chicas se reproduce sin descanso en mi cabeza, tratando de entender en qué momento la cagamos. Hace ya casi dos semanas de nuestra bronca y ninguna de las tres ha dado el primer paso; ni siquiera Sienna, que suele ser la más sensata de nosotras.

—¿Les mando un mensaje? —le pregunto a Emma, que sabe perfectamente a quién me refiero.

—Tendríais que haberlo hecho hace semanas, cualquiera de las tres. —Se acerca a mí en el sofá y me pasa mi móvil, que está en la mesita—. ¿Te ayudo a escribirlo?

Es lo que más me gusta de mi hermana pequeña, que se parece mucho a papá. A sus veinte años vive sola mientras estudia Psicología, la carrera de sus sueños, y es tan buena como él. Se podría decir que es la hija perfecta y, lejos de estar celosa de ella, me hace muy feliz que sea mi hermana.

Abro el chat con las chicas y siento una punzada en el corazón cuando veo nuestros últimos mensajes y las fotos de antes de la discusión en Roma.

THIS IS US TRYING

Chiara, Sienna, Tú

Os echo de menos. Nos vemos y hablamos de todo?

Respiro hondo y le doy a enviar. Bloqueo el teléfono y lo dejo en la mesilla, pero no pasan ni dos minutos antes de recibir respuesta.

Sienna
Tengo un caso grande esta semana, pero nos vemos la que viene? Yo también os echo de menos 

Chiara
Y yo, perras. Viernes de la semana que viene?

Sienna reacciona con un corazón al mensaje de Chiara, así que hago lo mismo para confirmar. Me siento un poco más ligera de golpe, como si me hubieran liberado de un gran peso en mi estómago. Hemos quedado el viernes de la semana que viene y solo estamos a martes. Diez días más, pero es mejor esto que nada.

—Mi trabajo aquí está hecho —me dice Emma, que me da un beso en la mejilla y se va dando saltitos a vestirse para ir a la universidad—. ¡Nos vemos por la noche!

—Que vaya muy bien el día, *sis.*

—Ay, por cierto —se recuesta en el marco de la puerta al final del pasillo—, me encanta tenerte conmigo, lo sabes, pero mi

compañera de piso vuelve en dos semanas. Siempre podemos dormir juntas unos días, o poner un colchón hinchable en mi habitación, pero…

—No te preocupes, lo tengo superpresente. No tengo aún sitio, pero lo encontraré seguro.

Intento sonar convincente, aunque la verdad es que no tengo ni idea de dónde voy a vivir cuando tenga que dejar esta habitación. El alquiler en Barcelona es extremadamente caro y, de momento, no quiero irme fuera. Qué pereza.

Me visto, le doy un beso a cada gata y decido ir andando hacia la oficina, que está cerca del passeig de Gràcia. Es una de las cosas que más me gustan de haber crecido en Barcelona: estoy acostumbrada a recorrer la ciudad a pie y desde muy pequeña ha sido mi forma de descompresión, de autorregularme cuando tengo un poco de ansiedad. Después del intercambio de mensajes con las chicas me siento mucho mejor, pero las mariposas asesinas que revolotean en mi estómago lo siguen haciendo sin descanso.

Quedan menos de dos meses para el festival literario y hoy nos toca hacer el cronograma completo del evento, minuto por minuto, para asegurar que tenemos controladas todas las firmas, charlas y tiendas literarias. La idea del LitLove es agrupar a las mejores autoras del momento en un mismo sitio para que firmen sus libros, participen en charlas moderadas por creadoras de contenido literario influyentes y que esto sirva para descubrir nuevos talentos, ya que se celebrará un concurso de relatos en paralelo. Llevamos casi un año trabajando y es un festival muy importante, tanto para la editorial como para mí, dado que me han permitido encargarme de gran parte de la organización.

Cuando entro en la oficina, Marwa ya está sentada en su despacho con la puerta cerrada, reunida con alguien del equipo de

comunicación que lleva el LitLove. Por suerte, no es Aarón; hace unos días que no me lo cruzo y lleva una semana sin mandarme señales por ningún canal, así que voy a evitar a toda costa pasar por su departamento.

Nada más encender mi ordenador, mi móvil vibra en mi bolso. Es Nico. Hemos intercambiado algunos mensajes durante las últimas dos semanas, aunque aún no nos hemos vuelto a ver desde Roma.

Al principio estuve tentada de ser distante, de no responderle al instante y, sobre todo, de no hacer demasiadas preguntas, con tal de evitar lo que me ha pasado recientemente. Charlar con él se ha convertido en una parte más de mi rutina.

Me lo pone muy fácil. El hecho de que sea una persona completamente nueva en mi vida me quita la presión de tener que mantener esa fachada que tanto me he esforzado en construir los últimos meses.

Puedo ser descarada a veces, o malhablada si me da la gana, pero también soltar lo primero que se me pase por la cabeza. Con él, me puedo mostrar vulnerable, porque no le debo nada, y no tengo que protegerlo de mi sufrimiento. Tengo la posibilidad de ser yo misma, cuando estoy feliz y cuando no lo estoy, y no voy a decepcionarlo, porque no espera nada de mí.

Y qué bien sienta eso, joder.

Ciao, Daisy. Estás hoy en la ofi?

Has vuelto a olvidar cómo me llamo?

Nah, es que para mí ya es tu nombre real

Sonrío sin poder evitarlo. Qué tío.

Estás entonces en la oficina hoy?

Sí, qué pasa?

Veo que deja de estar en línea y bloqueo la pantalla, intrigada. Tarda diez minutos en responder, pero cuando lo hace me alegra el día más de lo que podría haber imaginado.

Me paso en 1 h, mándame la dirección. Ah, y voy con Clara Montés 

QUÉ????? 

Clara Montés es la autora de *romantasy* del momento, la que yo estaba intentando traer al LitLove, pero no conseguía cerrar nunca con su agente. Que venga a las oficinas implica que, seguramente, Nico le ha contado algo después de nuestra última charla en el viñedo y la ha convencido para, por lo menos, tener una reunión con el equipo.

En cuanto Marwa termina su reunión, me planto en su despacho con la sonrisa más grande que me ha visto en las últimas semanas.

—Clara Montés estará aquí en una hora. —Se le iluminan los ojos al instante.

—¡Olivia! —Mi jefa pega un grito, cosa que me sorprende, porque es de las personas más formales que conozco—. Pero ¿cómo has conseguido que acepte?

—De momento solo es una primera reunión; tenemos que convencerla para que participe en esta edición sí o sí.

Marwa empieza a preparar materiales de última hora para el encuentro y yo me vuelvo a mi sitio a avanzar trabajo, pero mi mente está divagando y acabo pasando la hora sin terminar ni una sola de las tareas. Estoy nerviosa; esto puede ser decisivo para mi carrera en la editorial. Cuando Nico me manda un mensaje diciendo que ya están fuera, me levanto de un salto y bajo a recibirlos en la entrada del edificio.

—Hola, Nico. —Le doy un pequeño abrazo y él me sonríe—. Hola, Clara. —Le tiendo la mano—. Soy Olivia, muchísimas gracias por venir.

—Encantada, Olivia. —Me estrecha la mano—. Nico me ha hablado muy bien del proyecto y hacía mucho que no nos veíamos, así que ha sido la ocasión perfecta, desayuno y oportunidad laboral. ¿Entramos?

—Claro, seguidme.

Subimos al quinto piso, donde ya nos espera Marwa en una sala acristalada. Hago las presentaciones pertinentes y Clara se sienta frente a mi jefa, que me ha dejado un hueco a su lado. Antes de entrar me dirijo a Nico, que se ha quedado fuera de la sala.

—Muchísimas gracias por esto, de verdad.

—*Non c'è di che.*[27] —Le brillan los ojos, claramente orgulloso de sí mismo—. La conozco desde hace años, pero no te quise decir nada cuando me lo contaste por si no conseguía que viniera. Ahora os toca a vosotras convencerla, ¿eh?

—¡Eso espero! Oye, supongo que tendrás cosas que hacer, pero si quieres que nos tomemos un café después de la reunión, conozco un sitio aquí cerca.

No hay nada de malo en dos amigos tomando un café, ¿verdad?

—Tengo que hacer un par de cosas, pero ¿te recojo para comer y me cuentas cómo ha ido?

Sigue sin haber nada de malo en dos amigos comiendo juntos un martes cualquiera, así que acepto con una sonrisa y las mejillas sonrojadas y entro en la sala, donde me esperan Marwa y Clara, dispuesta a sacar mis mejores dotes de convicción y cerrar un trato con la autora de *romantasy* más de moda antes de irme a comer con la estrella del hockey de la temporada.

Como diría Chiara, tengo que aprovechar mi momento.

19

Nico
67 días para volver a empezar

No tenía nada que hacer hasta la hora de comer, y podríamos haber tomado ese café sin problema, pero algo en mí ha necesitado buscar una excusa para convertirlo en una comida y pasar más tiempo con Olivia. Porque una cosa es que existan mil razones por las que no puedo ni pensar en que me guste un poquito esa chica, pero otra muy distinta es que no podamos comer juntos.

Aquí estoy, torturándome a mí mismo mientras brindamos con agua, porque ella está en horario laboral y yo en plena temporada, y compartimos unas aceitunas mientras esperamos la comida.

—Entonces ¿ha aceptado? —Le robo la oliva que ella estaba a punto de coger y me la meto rápidamente en la boca, ante lo que ella rechista, riendo.

—No ha aceptado aún, pero le ha gustado mucho la idea y nos ha prometido una respuesta antes de finales de semana. —Se la ve feliz, muy feliz, y no puedo evitar sonreír con ella—. Gracias otra vez, Nico, significa mucho para mí.

—Me contaste lo importante que era y da la casualidad de que tengo mis contactos. ¡No he hecho nada del otro mundo! A propósito, ¿has arreglado ya las cosas con tus amigas?

Hablamos al volver de Roma y me comentó que habían tenido una discusión muy fuerte el último día, pero no me quiso contar más y yo preferí no preguntar.

—Hemos quedado la semana que viene. —Una sombra de duda le cruza la mirada y se le entristece el rostro.

—¿Crees que no vais a arreglarlo?

—Sí, pero… no sé. Nos hemos hecho daño, dijimos cosas muy feas y sin pensar; las palabras a veces se clavan muy adentro y son difíciles de olvidar. —Hace una pausa y respira hondo antes de dibujar su sonrisa perfecta, una máscara muy bien estudiada con la que calma a los que quiere—. Cambiemos de tema, por favor.

—Puedes contármelo si quieres, ¿eh? —Le doy un suave golpe en el pie con la punta de mi zapato—. No es como si yo no te hubiera confesado que canto «Mr. Brightside» en la ducha. Ya hemos superado ese nivel de confianza.

Suelta una carcajada inesperada y se cubre la cara con las dos manos.

—Dios, había olvidado eso.

Llega el *provolone* para compartir y también nuestros platos de pasta, que tienen una pinta increíble.

—Este tema me gusta más que la discusión con mis amigas —dice Olivia apoyando la barbilla en la mano y mirándome con diversión—. ¿Qué otras canciones componen tu repertorio privado?

—Oh, *veramente?*[28] —Intento mantenerme serio, pero me es imposible—. Esa es información privilegiada, no quiero que la vendas a la prensa para hacerte rica.

—¡Por favor! Yo no haría eso —responde con fingida indignación

antes de estallar en risas otra vez—. Aunque a lo mejor sí que les contaría lo del armario organizado por colores. Seguro que saco bastante dinero si les digo que invitas a marcharse de tu casa a las chicas que lo desordenan.

—¿Por qué te acuerdas de eso? Era una broma, ¡ya te lo dije!

Su risa me contagia. La calidez de la conversación, la facilidad con la que nos encontramos en este punto intermedio entre el flirteo y la complicidad, hace que baje la guardia. Hasta que lo veo.

Una mujer en la mesa de al lado nos apunta con el móvil sin disimulo alguno y un hombre, unas mesas más allá, nos señala con una expresión de «mira quién está ahí». Automáticamente, mis músculos se tensan. Lo sé. He vivido esto demasiadas veces.

—Nico, ¿qué pasa? —Olivia me mira extrañada.

Respiro hondo. No quiero alarmarla, pero tampoco puedo dejar que esto la pille por sorpresa.

—A ver cómo te cuento esto. —Bajo la voz y sopeso cómo explicárselo sin que parezca más grave de lo que es—. Te dije que lo peor de mi trabajo es la prensa, y justamente es por cosas como esta.

Se inclina levemente hacia mí.

—¿Qué cosas?

—La mujer de la mesa de al lado nos ha sacado una foto. Y no es la única que nos está mirando.

Olivia frunce el ceño y echa un vistazo disimulado alrededor.

—No sé qué hará con ella. Puede que nada. Puede que solo se la mande a su grupo de amigas o a los padres del colegio. O puede que la suba a Threads con algún comentario gracioso. Pero si llega a alguien que quiera sacarle provecho…

Me encojo de hombros. No necesito decirlo en voz alta.

—Saldrá junto a un titular tipo: «Nico Sorní y su nueva

conquista», ¿verdad?

Su tono denota incredulidad y fastidio. Asiento.

—Lo siento. No quiero que te metas en esto sin entender todo lo que implica.

Olivia exhala lentamente y se reclina en la silla. Pasan los segundos y puedo ver cómo los engranajes de su cabeza dan vueltas y más vueltas, su rostro se contrae en una mueca de concentración. Entonces me mira con los ojos rasgados y, como si fuera lo más obvio del mundo, dice:

—¿Y si les damos realmente de qué hablar?

—*Cosa intendi?*[29]

Olivia chasquea la lengua, como si no estuviera entendiendo algo evidente, y cuando habla lo hace en un susurro.

—Tú y yo podemos simular que estamos… juntos.

Ahora soy yo el que la mira con el ceño fruncido y el tenedor suspendido a medio camino de mi boca, sin comprender nada. Lo último que imaginaba, cuando le he dicho lo de la foto, era que me propondría una relación falsa. Ella se coloca un mechón de pelo detrás de la oreja y baja el volumen un poquito más aún.

—Piénsalo, Nico —empieza, con un brillo en los ojos que no le había visto hasta ahora—. Si piensan que soy tu novia en vez de un lío de una noche, a lo mejor te desencasillan. Me contaste que la prensa la tiene tomada contigo desde lo de Ágata, ¿no? Que tienes fama de rompecorazones, de persona distante y con miedo al compromiso. Si de repente la prensa se entera de que estás locamente enamorado, de que por fin has encontrado a tu media naranja, esta mala fama remitirá. —Apoya la barbilla en sus manos, emocionada.

—Pero entonces… —trato de elegir con cuidado las palabras—, no entiendo cómo encaja tener novia con mi cambio profesional y

los paparazzi.

Ella chasquea la lengua y suspira dramáticamente.

—¿Es que no sabes aún cómo funciona la deseabilidad en la prensa? —Alza la vista con una sonrisa burlona—. Cuando eres un chico malo, todo el mundo tiene los ojos puestos en ti, les das de qué hablar y motivos para criticar. Pero, si tienes una pareja a la que adoras, la cosa se vuelve aburrida. No pueden criticarte. Por otro lado, te ven mucho más deseable. Como a alguien afortunado, con la vida encaminada, alguien que, tome las decisiones que tome, estará bien, porque tendrá sus motivos.

—¿Me estás diciendo que, para que la prensa me dé una tregua y no se me eche encima con el restaurante, tengo que fingir tener novia?

—Exactamente eso —me responde Olivia, orgullosa de su disección de la prensa rosa.

Puede que sea cierto y que esta chica alocada no vaya mal encaminada. Cuando estaba con Ágata no tenía ni la mitad de problemas que tengo ahora con la prensa. Nadie me prestaba demasiada atención y, si lo hacían, era para elogiarme.

Nunca me ha importado demasiado mi reputación a ojos públicos, pero, a pocos meses de la apertura del restaurante, necesito tenerlo todo controlado y alejar a la prensa de mí lo máximo posible. No quiero que se filtre nada ni que por mi cambio de profesión se me avasalle a críticas, no solo por la furia de mi padre, sino por cómo puede impactar eso en mi nuevo negocio.

Aprieto la mandíbula. Si hay la más mínima posibilidad de que esto funcione, tengo que intentarlo.

—¿Y tú estás dispuesta a fingir que eres mi novia? —le pregunto, con cautela.

Ella asiente levemente.

—¿Por qué?

—Porque mi ex es un machista de manual y estoy harta de él. En menos de dos meses se celebra el LitLove y no quiero ir sola al evento ni que piense que ha podido conmigo. Deseo que me vea fuerte y que piense que he rehecho mi vida mucho antes de lo que él pensaba. Que Aarón crea que tengo novio será lo único que hará que me deje en paz. Es tan básico que parará de molestarme porque le debe «lealtad» a otro hombre. —Hace las comillas con los dedos y pone cara de asco ante la idea de que su ex solamente la dejará en paz por «respeto» a otro.

—Olivia, ¿sabes lo que implicaría esto? —Me encanta la idea de pasar más tiempo con ella como supuesta pareja, pero quizá no es consciente del lío en el que se está metiendo—. No es tan fácil como decir que eres mi novia, no cuando yo estoy en el ojo público. Tendríamos que dejarnos ver y podría llegar a ser agobiante. Incluso tendrías que conocer a mi padre, que te aseguro que no sería agradable. Para que sea creíble, tendrán que ver que pasas la noche en mi piso habitualmente, Liv.

Se queda quieta, como si su plan acabara de romperse con toda esta información.

—¿Tan horrible te parece la idea de pasar una noche en mi piso? —Creo que me he ofendido en serio, aunque es comprensible que no quiera vivir con alguien a quien casi no conoce.

—¿Y si eres un asesino en serie?

—Hay portero veinticuatro horas en mi edificio; si fuera un asesino en serie, Gastón ya me habría denunciado. Además, tengo dos habitaciones, obviamente no te estaba proponiendo que durmieras conmigo.

Se atraganta con el agua que acaba de beber.

—¿Tu portero se llama Gastón? —Suelta una carcajada.

—No te desvíes del tema, *non sono mica un serial killer.*[30]

—Vale, vale. Entonces ¿lo estamos considerando de verdad?

Miro a la chica que tengo frente a mí. Lo que yo decía: un torbellino andante. ¿En qué momento se le ha ocurrido esto de fingir?

Me ayudaría mucho con mi reputación, ahora que me quedan solo dos meses para terminar la temporada y abrir el restaurante, eso no puedo negarlo.

Y puede que eso contribuya a evitar un escándalo en la prensa, como ella dice. Si piensan que estoy en una relación seria y muy asentada, concentrado en formar una familia, no es raro que decida retirarme del hockey y cambiar a algo más estable, que no me provoque una lesión horrible y se trastoque mi futuro idílico.

—¿Estás al cien por cien segura de que quieres fingir que estamos juntos y arriesgarte a todo lo que la prensa pueda decir de ti? —vuelvo a preguntar con cautela.

—Estoy segura. Ya estoy rota, Nico. —Se intuye una ligera curvatura en las comisuras de su boca, aunque parece triste—. Aarón se encargó de ello. No creo que la prensa pueda hacer o decir nada peor que todo lo que me ha llamado el idiota de mi ex y, en cambio, puede ayudar a que me deje en paz. Me la jugaré.

Tardo unos segundos en responder, aunque también estoy convencido.

—Hagámoslo entonces, démosles de qué hablar. —Le pongo una mano encima de la suya—. Pero poco a poco, *va bene?*[31] Si la prensa te atosiga demasiado, lo hablamos y abortamos la misión sin presiones.

Pienso que me estoy metiendo en un lío tremendo que no esperaba, pero que me gusta y me agobia a partes iguales.

Dedicamos el resto de la comida a discutir sobre los siguientes

pasos: cómo voy a contárselo a mi padre y cuándo va a conocerlo; cómo vamos a hacerlo para que Aarón se entere y qué vamos a decir a nuestro círculo más íntimo, al que no vamos a mentir.

Acordamos que asistirá a todos mis partidos a partir de que lo hagamos público. Cuando pasamos al punto de pasar algunas noches en casa, se pone nerviosa. Su cuerpo se tensa, baja la mirada a su plato y yo poso los brazos en la mesa para apoyarme e inclinarme hacia ella.

—Sabes que no tienes que hacerlo si no te sientes cómoda, *vero?* —Intento descifrar su mueca—. Como te he dicho, tendrías tu propia habitación, pero, si no, encontraremos otra forma: Gastón puede esconderte de alguna manera para salir o…

Niega con la cabeza enseguida.

—No es eso —se apresura a decir. Se muerde el labio, dubitativa, y tarda un poco en levantar la vista hacia mí—. Es solo que en una semana y pico tengo que dejar el piso de Emma porque vuelve su compañera. Llevo días intentando no pensar en ello, pero ahora me ha sido imposible…

—¿Y no me lo ibas a decir?

—Nunca te pediría que me dejaras vivir contigo, Nico —murmura negando con la cabeza. Creo que le preocupa que yo pueda pensar que todo su plan no es más que una excusa para solucionar su problema de vivienda—. Me dijiste una vez que tu espacio era sagrado.

—Y lo es. —Le ofrezco una media sonrisa—. Pero no me parece ninguna locura que dentro de una semana y pico vengas a vivir conmigo. Como te he dicho, tengo una habitación de sobra, y estoy seguro de que esto nos facilita las cosas. Piénsalo como una parte del plan. —Me encojo de hombros, restando importancia al asunto.

Ella me observa en silencio y, por segunda vez en menos de diez

minutos, puedo ver cómo su cerebro va a mil por hora, valorando todas las posibilidades.

—Vale —asiente—, necesito un sitio donde vivir, así que acepto tu habitación de invitados. Pero te prometo que, en cuanto esto acabe, volverás a tener tu piso para ti solo.

—*Mi sta bene.*[32] —Le tiendo la mano para cerrar el trato y ella parece mucho más tranquila.

Cuando pagamos la cuenta, tengo una nueva vida con esta chica a la que, a partir de ahora, veré constantemente. Salimos charlando y riendo, razón por la que no me doy cuenta del coche negro que me espera justo delante de la puerta del restaurante ni del hombre que viene directamente hacia mí con humo saliéndole por las orejas.

—¿Se puede saber qué te pasa a ti por la cabeza?

Cazzo.

—Hola, papá. —Resoplo y noto cómo Olivia se pone rígida a mi lado.

—Sabías perfectamente lo importante que era la comida de hoy, ¿cómo cojones tienes la cara de no presentarte? —No alza la voz, pero parece que me esté gritando en susurros—. Como siempre, jugándotelo todo. ¿Quién te crees que eres para tomar estas deci…

—Te dije que no iba a ir, y además tenía planes con mi novia.

Por fin repara en ella y se queda callado, observándola con detenimiento.

—Hola, señor Sorní. —Olivia le tiende la mano con su sonrisa perfectamente estudiada en la cara—. Encantada. Soy Olivia.

Mi padre apenas la mira mientras le estrecha la mano, aún con el ceño fruncido. Pero, de repente, algo cambia en su expresión, como si todas las piezas encajaran de golpe. Su mirada se oscurece y su tono se vuelve más frío, casi evaluador.

—¿Has dicho tu novia? —repite, y yo reconozco ese brillo en sus

ojos al instante. La incredulidad mezclada con algo parecido al… ¿alivio?

Lo sé. Sé exactamente lo que está pensando, porque es lo que Olivia predecía que pensaría la prensa. Para él, esto es la mejor distracción posible. Su hijo, el que le está dando demasiados dolores de cabeza, tiene al fin una relación seria. Eso, en su mundo de apariencias y conveniencia, significa estabilidad y que puede ignorar esos rumores sobre mis «intereses fuera del hielo», porque solamente tenía la mente ocupada en una chica.

—¿Es por eso por lo que dicen que no estás verdaderamente centrado? —pregunta cruzándose de brazos—. ¿No por tus… mierdas de la cocina?

Sus palabras me crispan la mandíbula, pero respiro hondo antes de responder.

—Sí, papá, llevamos unos cuantos meses conociéndonos. —Mi tono es firme pero calculado; tengo que medir bien lo que sale de mi boca para que no le salte ninguna alarma—. Como te dije, mi prioridad es el hielo, aunque ella ocupa una gran parte de mi día a día.

Por primera vez en mucho tiempo, mi padre parece satisfecho con algo que digo. Como si, de repente, mi nueva relación ficticia le hubiera dado la tranquilidad que necesitaba. O puede que piense que tiene a una nueva Ágata con la que manipularme a cambio de dinero, como hizo con ella. Sea como sea, no pienso decirle lo contrario.

—Estupendo. Este domingo comemos en vuestro piso para presentarnos bien.

Lo dice como quien anuncia una importante reunión de negocios, con la misma autoridad, sin preguntarnos si tenemos planes, sin importarle si nos va bien. Me pone una mano en el hombro y me da

un apretón breve, casi paternal. Es el gesto más amigable que ha tenido conmigo en años.

Después, se vuelve hacia Olivia, que lo observa con una mezcla de sorpresa y prudencia.

—Supongo que no te importa, ¿verdad? Quiero saber con quién comparte la vida mi hijo y quién se mete en casa.

Mi pulso se acelera. La estoy metiendo en la boca del lobo.

Lanzo una mirada rápida a Olivia y le ruego en silencio que me siga el juego. Paso un brazo por su cintura y la acerco sutilmente a mí. Siento su cuerpo tensarse antes de relajarse.

«Por favor, Daisy, sígueme el juego», suplico por dentro.

Ella no duda. Sonríe y asiente con total naturalidad.

—Por supuesto, señor Sorní. Nos encantará que venga a casa a comer.

Y, para rematarlo, recuesta la cabeza en mi hombro con un gesto que parece sacado de una maldita película romántica.

Joder.

A la mierda lo de ir despacio.

20

Olivia
50 días para cerrar el círculo

Lo último que se me habría pasado por la cabeza en cuanto a cómo solucionar mi situación de no encontrar un piso asequible en Barcelona habría sido, sin duda, compartir un lujoso ático en el passeig de Gràcia con un jugador de hockey sobre hielo. Pero aquí estoy, con dos maletas llenas de ropa y dos hasta arriba de libros, observando cómo Nico intenta despejar la estantería del salón para que quepan mis bienes más preciados.

Se ha quitado la sudadera y lleva solo una camiseta negra ajustada que le marca los brazos. Tengo que hacer un esfuerzo consciente para no quedarme mirando más de la cuenta. ¿Cómo puede alguien tener esos antebrazos?

—¿Estás segura de que necesitas todos esos libros?

—Si voy a vivir aquí, aunque solo sean unos meses, necesito mis libros. —Me encojo de hombros confirmando lo obvio—. Además, no podía marcharme de casa de Emma y dejarle la mitad de mis cosas, no hubiera sido justo.

—¿Y es justo para mí perder todo mi espacio en la estantería del salón?

—¡Anda ya! Si la tenías llena de trastos.

Echa la cabeza para atrás, se recuesta en la estantería y se pasa una mano por el pelo en un gesto dramático de resignación. Mierda, parece sacado directamente de una de mis novelas románticas, y este pensamiento es el último que puedo tener ahora que vamos a pasar muchísimas horas juntos.

Abro una de las maletas de libros y los coloco en el espacio libre que me ha dejado.

—Tienes muchos libros de esta mujer —me dice hojeando uno de los de Emily Henry.

—Es una de mis autoras favoritas. —Asiento y se lo quito de las manos para situarlo junto al resto de sus libros, todos en inglés con las portadas del Reino Unido—. Junto a Elísabet Benavent, claro, que podríamos decir que es la diosa de la novela romántica española.

No hace ni una semana que decidimos hacer esto y, la verdad, cuando acepté vivir con él, esperaba contar con esa semana y media de habituación al plan. Pero no, el encuentro con su padre lo precipitó todo. No tenía sentido esperar una semana y arriesgarnos a que Enzo notara que no había nada mío en este apartamento.

Y aunque intento convencerme de que esta es una cuestión práctica, no ignoro el hecho de que acabo de llegar y ya estoy mirándolo más de la cuenta.

—¿Cuánto pagas de alquiler? —Nico se queda quieto a medio camino de la isla de la cocina y se gira para mirarme, como si mi pregunta lo sorprendiera.

—¿Para qué quieres saber cuánto pago de alquiler?

—Para pagarte la mitad. —Me cruzo de brazos, un poco ofendida porque no haya pensado que yo querría pagar mi parte de este

superático espacioso y luminoso.

—Olivia, no te lo tomes a mal, pero estabas viviendo con tu hermana mientras buscabas un piso asequible.

—Sí, ¿y?

—¿Crees que este piso es asequible?

No me habla con soberbia ni mucho menos, pero sigo ofendida. Aunque igual tiene razón. Esta vez soy yo la resignada y me acerco a él, que está apoyado en el mármol.

—Puede que no sea tan descabellado lo que dices, pero me niego a vivir en tu piso y no pagar nada por ello. Me da igual el dinero que tengas tú.

Abre un cajón de la cocina, saca un pequeño bloc de notas junto con un boli y me tiende ambos, sonriente.

—¿Cuánto es el veinticinco por ciento de tu sueldo? Escríbelo aquí. —Se apoya en los antebrazos y se hace el distraído.

Le hago caso y calculo el porcentaje que me pide. Cuando le tiendo el papel y lee el importe, asiente satisfecho.

—Esto es lo que vas a pagar de alquiler y comida mientras vivas aquí, *se ti va bene.*[33]

—Nico, esto es poquísimo. No da ni para pagar el sofá del salón. Y encima sumando comida, suministros… ¡Es ridículo!

—No tenemos que pagarlo a medias, sobre todo cuando nuestros sueldos son tan diferentes. Si vamos a hacer esto, no debería costarte más que a mí vivir en este piso.

Acerca dos taburetes a la isla de la cocina y se sienta en uno de ellos, dando un golpecito en el otro para que me acomode a su lado. Anota en el bloc lo que va a ser mi alquiler, seguido de otro punto en el que pone «plan».

—Y ahora pasamos al plan en sí. —Sus ojos océano se clavan en los míos y noto cómo me sonrojo levemente por la cercanía de su

cuerpo—. El tema del alquiler ya está solucionado, que era el primer punto que había que tener en cuenta. El segundo serán los partidos. Como decíamos el otro día, tendrías que venir a todos los que puedas, y más ahora que oficialmente vivimos juntos. ¿Te parece bien?

—Claro, es importante que nos vean unidos; igual que tendríamos que publicar ya algo en redes, ¿no? Aarón me stalkea constantemente. Estoy segura de que va a enterarse superrápido de nuestra relación. —Le guiño un ojo y él me devuelve la sonrisa.

—Mañana tengo el día libre. Después de la comida con mi padre, podemos ir a algún sitio y sacarnos unas cuantas fotos. —Se rasca la cabeza con el boli, pensando si hay algo más que tenemos que poner sobre la mesa—. Ah, y otra cosa. Si vas a vivir aquí, esto pasa a ser también tu casa, pero tenemos que definir las personas que pueden venir al apartamento.

—¿Cómo? —No tenía pensado montar fiestas ni nada así, pero me sorprende que esto sea algo que le preocupe.

—La prensa sabe dónde vivo, pero este es uno de los pocos espacios cien por cien seguros y privados, y quiero que siga así. No digo que no puedan venir tus amigas o tu hermana, pero, por favor, hablémoslo antes.

No había caído, pero tiene sentido.

—Claro, no hay problema. —Lo digo de verdad. No me imagino lo que debe de ser rogar por tu privacidad—. Aún estamos a tiempo. ¿Estás seguro de que quieres que yo viva aquí? Sé que tengo las maletas literalmente en tu salón, pero no debes sentirte obligado.

—Estoy seguro, Daisy. —Me mira fijamente y sus ojos se vuelven más cálidos—. Además, tengo espacio de sobra y ni siquiera lo utilizo, ya te digo que recibo muy pocas visitas.

—De acuerdo, aunque… faltan dos integrantes en este

apartamento. —Lo suelto de carrerilla enroscándome un mechón en el dedo. Mierda, esto tendría que haberlo dicho antes.

Nico me mira sin entender nada.

—Tengo dos gatitas, Willow y Ivy.

Abre mucho los ojos y no identifico si está enfadado, emocionado o simplemente desubicado.

—¿Y no se te ha ocurrido comentarlo antes?

—¡Perdón! Ha sido todo muy rápido y son una extensión de mí, por lo que ni siquiera se me ha pasado por la cabeza que no lo hubiéramos hablado y… —No puedo parar de parlotear hasta que Nico me corta.

—*Va bene*,[34] Olivia. Me encantan los animales. No tengo ninguno porque paso muchas horas fuera de casa, pero Willow y Ivy serán superbienvenidas al piso. —Su sonrisa cálida me calma.

—Puede que te rasquen el sofá. —¿Por qué me estoy intentando sabotear a mí misma?

—Compraremos uno nuevo si lo destrozan.

—Y les encanta dormir encima de mí, pero quizá, si les gustas, se escapen a tu habitación.

—Podré hacer el gran esfuerzo de dormir con dos gatas encima si eso pasa. —Por su tono entiendo que va a estar encantado si duermen con él, cosa que me acaricia el corazón.

—Las iré a buscar esta tarde y haremos las presentaciones pertinentes. —Salto del taburete y, cuando retiro mi brazo de debajo de su mano, noto inmediatamente la ausencia de su tacto—. Gracias, Nico.

Cojo las maletas con ropa y las llevo a mi nueva habitación, al fondo del pasillo a la derecha, dispuesta a sacarlo todo y ver cómo convertirla en mi hogar. Aunque solo viva aquí temporalmente, la nueva Olivia necesita un espacio seguro. Sentir mía esta habitación

va a ser un primer paso.

Pienso en mis amigas, mi verdadero espacio seguro desde hace tantos años. Siento una punzada en el corazón, porque aún quedan seis días para vernos. Se me está haciendo eterno. No sé si voy a ser capaz de recomponerme sin las personas que más me conocen.

A continuación, pienso en Nico, en cómo nuestra relación ha cambiado en tan poco tiempo y en cómo se ha transformado con cada encuentro. Al principio, solo era un desconocido que me ayudó a distraerme de la ansiedad; después, alguien con quien la conexión resultó inesperadamente natural; y ahora, convertido en mi novio falso… y quizá también en un amigo al que, para qué engañarme, no puedo dejar de mirar.

Alejo este último pensamiento y contemplo la cama, las paredes desnudas, el armario y las cortinas, todo de color blanco y sin decoración.

—Nico, ¿no se supone que esto es una habitación de invitados? —grito para que me oiga desde el salón.

—Sí, Daisy, es una habitación de invitados —confirma.

—¿Y por qué no tiene absolutamente nada?

Oigo unos pasos acercándose y no me responde hasta que saca la cabeza por el marco de la puerta y me observa con curiosidad.

—¿Soy el único que ve la cama y el armario que tienes delante?

Suelto un bufido por la nariz, divertida.

—Nico, es completamente blanca. Ni siquiera tienes un triste cuadro. Unas flores. Algo aparte de la lamparita y el espejo.

El resto de la casa parece el catálogo de una revista, muy minimalista, pero totalmente impersonal.

—No es una habitación que se utilice a menudo. —Se rasca la nuca, como si por fin se diera cuenta de a lo que me refiero—. La única que se queda a dormir aquí es mi hermana cuando viene de

visita, y suele dormir más fuera de casa que aquí.

—¿Vale…? Y con el resto de la casa, ¿qué excusa tienes? —Estoy genuinamente sorprendida de que alguien con dinero de sobra viva en un apartamento tan poco personalizado—. Hay tanto orden que parece que nadie vive aquí.

—Oye, ¡deja de criticar mi piso! —Me lanza un cojín de la cama, que me da de pleno en la barriga—. Te doy permiso para poner flores si te ocupas tú de cuidarlas, *perché ti avviso che si seccherebbero con me.*[35]

—¿Podemos comprar también algunos cuadros y poner unas cortinas de algún color que no sea blanco? ¿Cosas de decoración que tengan un poco de personalidad? —Empiezo a visualizar un salón mucho más alegre—. A lo mejor una lámpara de pie metálica en el salón, y una alfombra en tonos anaranjados y…

Echa la cabeza hacia atrás con un profundo suspiro y me lanza otro cojín antes de darse la vuelta y alejarse por el pasillo gritando:

—¡Eres un torbellino de purpurina andante, que lo sepas!

Y yo sonrío, aunque mi pecho se encoja al verlo desaparecer por el pasillo. Porque entiendo que eso es un «sí». En el fondo, me gusta que sea él quien me acompañe en este nuevo comienzo, aunque estemos yendo quizá demasiado rápido.

Haré de este piso mi hogar temporal. Lo aprovecharé para centrarme en mí misma y descubrir quién soy sin Aarón. Voy a recomponerme.

Voy a estar bien.

21

Nico
62 días para volver a empezar

Hay dos gatas maullando a mis pies, claramente pidiendo ser alimentadas, y no tengo ni idea de dónde tiene la comida Olivia, pero sigue durmiendo y no quiero despertarla aún. Me fui a dormir tarde y la luz de su habitación seguía encendida, por lo que imagino que le habrá costado conciliar el sueño.

Bostezo y me llevo las manos a la cabeza. Me va a explotar como sigan maullando cinco minutos más. Tengo que hacer algo. ¿Qué me dijo ayer Olivia de las gatas? Que piden comida cada mañana insistentemente, que son muy cariñosas y que les encanta el juguete que tiene una cuerda muy larga atada a una pluma. No veo el juguete por ningún sitio, pero puede que si las acaricio un rato se calmen hasta que se levante mi nueva compañera de piso.

Me pongo de cuclillas y me acerco a Ivy, que me mira reticente pero acaba cediendo a que la coja en brazos y deja de maullar. El problema viene cuando Willow se sube a la encimera y de allí salta a mi hombro, donde empieza a ronronear. ¿Qué hago ahora con dos

gatas encima?

—No vais a bajar de aquí hasta que Olivia se despierte, ¿verdad? —Ivy levanta la cabecita para mirarme y entrecierra los ojos, dejando claro que no piensa moverse.

Camino lentamente hacia el sofá, intentando que Willow no salte de mi hombro y me arañe, y me siento poco a poco, sin movimientos bruscos. Cuando mi culo toca el asiento, las dos gatas se acoplan en mi regazo, una hecha una bola y la otra con la cabeza cerca de la mía, y entiendo que estoy completamente inmovilizado si no quiero que vuelva a empezar el concierto de maullidos.

—¿No se supone que no deberíais fiaros de mí aún? —les digo riendo. Olivia ya me avisó de que sus gatas eran muy confiadas y que se vendían rápidamente a cualquiera que les hiciera unas cuantas caricias, pero aun así no deja de sorprenderme que se me acomoden encima.

Con la mano que tengo libre, cojo de la mesita de café uno de los libros de Olivia, que aún no ha colocado. Tiene una portada bastante curiosa. Un árbol gigante en el centro, con ramas caídas y una bandera británica colgando, como si alguien la hubiera dejado ahí después de una fiesta. Hay un escudo de armas en el medio con varios símbolos, muy rollo colegio pijo, un lobo a un lado, un ciervo al otro y, abajo, Londres en todo su esplendor. También hay flores, una corona, bolsas de marcas de lujo y copas vacías. Básicamente, parece el resumen de la vida de alguien que mezcla drama, dinero y una buena dosis de caos, así que no tengo ni idea de qué trata el libro, pero puedo decir que la portada me parece una puta pasada.

—¿Estás leyendo *Magnolia Parks*? —La voz divertida de Olivia me sobresalta y las gatas huyen de mi regazo.

—Buenos días —le sonrío—, ¿de qué va este libro?

—¿Te interesa en serio? —Me mira asombrada y se le rasgan los

ojos en un claro esfuerzo por discernir si le estoy tomando el pelo o no.

—No creo que sea mi tipo de historia, la verdad, pero considero que la portada es brutal.

Se sienta a mi lado, me coge el libro de las manos y se pone a hojearlo.

—Es estilo *Gossip Girl*, pero en la élite londinense —dice distraída.

—Ah, entonces sí que trata de dinero, sexo, fiestas, caos y mucho drama, ¿no? ¿También hay una Serena y una Blair? —Levanta la vista, atónita, y yo suelto una carcajada—. Vale, no sé más de *Gossip Girl* que todo lo que acabo de meter en esa frase, pero en mi defensa diré que tengo una hermana pequeña y bastante malévola que me obligaba a ver la serie con ella cuando algún chico le rompía el corazón.

—Estás lleno de sorpresas, Nico Sorní. —Se incorpora y lo primero que hace es llenar el bol de pienso, ante lo que las gatas corren visiblemente emocionadas, y después saca dos tazas del armario—. Y te recuerdo que a tu hermana la conozco y compartimos el gusto por las buenas historias de amor. ¿Desayunamos?

—*Certo*.[36] ¿Tostadas con aguacate, cebolla caramelizada y queso feta? —Le guiño un ojo haciendo referencia a la mañana después de la discoteca. Ella me tira el trapo de cocina y pone un dedo sobre sus labios en señal de que me calle.

—Por muy agradecida que te esté por esa noche, vamos a añadir una nueva cláusula a nuestro acuerdo que implique no volver a mencionarla, ¿vale?

—¿Así que mi desayuno estrella también queda vetado?

Se lo piensa unos segundos, contrariada, y suelta un «mierda»

bajito por tener que ceder.

—El desayuno te dejo que lo sigas haciendo, pero solo porque me dijiste que es tu favorito, no porque yo lo quiera.

—Claro, claro. —La miro de reojo divertido y me pongo a preparar las tostadas mientras ella se encarga del café.

—¿A qué hora viene tu padre?

—Hay novedades. —Me apoyo en la encimera vigilando los huevos en la sartén—. Me ha mandado un mensaje a primera hora diciendo que lo aplazamos. Al parecer su mujer tenía planes.

Hay una parte de mí que se entristece, cuando en verdad tenía tantas ganas de esta comida como de vivir un año entero con los esquimales, pero imagino que no es tan fácil dejar de esperar que alguno de mis progenitores actúe como tal de vez en cuando. Olivia me observa seria, sopesando cómo me hace sentir esto.

—No pasa nada, era muy precipitado.

Rodea la isla de la cocina y se pone a mi lado, con las tostadas en un plato preparadas para que les añada mi toque mágico.

—¿Seguro? No tienes la cara de alguien a quien no le importa que su padre le anule una comida a pocas horas de celebrarse.

Cierro los ojos y estiro la espalda y los brazos, en modo gato.

—No es la primera vez que me cancela porque su mujer ya ha hecho planes. —Me encojo de hombros.

—¿Nos comemos esto y pasamos el día fuera?

—*Dove?*[37] —La miro intrigado porque parece muy segura de su propuesta.

Da un mordisco a su tostada y se sienta en el taburete de la isla, dispuesta a terminar su desayuno en tiempo récord.

—Conozco un sitio.

Hace dos horas, no hubiera imaginado que pasaría un domingo de finales de marzo jugándome la vida entre rocas para llegar a esa cala que Olivia dice que es preciosa. No cuestiono su juicio, pero llevamos más de diez minutos bajando por una especie de barranco lleno de arbustos y yo no veo la luz al final del túnel. Cuando me ha propuesto pasar el día juntos para conocernos más y sacarnos fotos para redes, no creía que terminaría perdido en medio de la nada.

—No quiero ser aguafiestas, pero ¿seguro que sabes dónde estamos? —La agarro del brazo para que se quede quieta un momento.

—Deja de quejarte, Nico. —Se zafa de mi brazo suavemente y sigue hacia delante—. Parece mentira que el deportista de élite seas tú, no yo.

—Por eso me gustaría conservar todos mis ligamentos en su sitio, para poder seguir siéndolo el tiempo que me queda.

Al cabo de cinco minutos, veo que se detiene en seco y se gira hacia mí con los ojos brillantes y el pelo completamente alborotado y lleno de hojas. Está preciosa. Abre los brazos a ambos lados y, cuando me acerco, me quedo boquiabierto. Ante nosotros se abre una pequeña cala completamente desierta con el agua más cristalina que he visto fuera de las Baleares. Está rodeada de vegetación y hay a un lado una antigua casita de pescador medio derruida. Parece una pintura.

—Recuérdame que no te deje conducir mi coche nunca más, pero, por favor, sitúame este sitio en el mapa —le digo aún con los ojos muy abiertos mientras observo todo lo que nos rodea.

—No conduzco tan mal. —Se cruza de brazos y empieza a bajar

hasta la cala.

—Piensas eso porque no puedes ir de copiloto contigo misma, Liv.

El trayecto en coche ha sido, cuando menos, osado. Decir que Olivia conduce mal es quedarse corto y, aunque no haya temido realmente por mi vida, no pienso volver a subirme de copiloto con ella.

—A partir de ahora mi rol será el de *passenger princess*, si insistes. —Su sonrisa triunfal me hace sospechar que desde el principio esta era su intención.

—¿Me has traído aquí solo para no tener que volver a conducir en lo que dure nuestra relación?

—Qué acusación tan cruel. —Se pone la mano en el pecho y simula estar enojada.

Nos acercamos más a la orilla y tendemos las toallas que hemos traído de mi casa. Inmediatamente, Olivia se quita los zapatos y se acerca al agua, aunque cuando la primera ola la toca, da marcha atrás horrorizada.

—Está congelada, no sigas mi ejemplo si quieres conservar el pie. —Se sienta a mi lado en la toalla y saca un libro de su bolso gigante.

—No pensaba hacerlo, pero gracias. —Me río relajado y me tumbo para absorber el sol de marzo.

Pasamos la mañana tumbados en esa cala en medio de la nada. A ratos tomamos el sol medio vestidos, porque no hace aún suficiente calor; a ratos escuchamos música, charlamos o simplemente observamos el mar. El silencio entre nosotros se va haciendo más y más cómodo, hasta que parece que el tiempo se ha vuelto completamente ajeno a nosotros en esta burbuja de calma.

Por unas horas, es como si regresáramos a aquel viñedo de

Roma la noche en la que no existía nada más que nosotros.

Al sol, nos comemos la ensalada de pasta que hemos improvisado antes de salir mientras jugamos a cartas. Saco mi lado más competitivo y acabamos haciendo doce rondas. Antes de que pueda darme cuenta, volvemos a tumbarnos en las toallas con música de fondo y la promesa de echar la revancha en un rato.

En algún momento me duermo. Cuando abro los ojos, no veo a Olivia a mi lado y, por un instante, me sobresalto.

Busco en el entorno y la encuentro de cuclillas observando algo que hay en las rocas, a la derecha de la cala. La luz del sol la ilumina en un ángulo perfecto. Resalta el color de su pelo y enmarca su figura. Sin que se dé cuenta, le saco una foto con mi móvil.

Está muy guapa y concentrada, con las ondas rojizas recogidas en una trenza que sobresale de la gorra y su rostro regado de esas pecas que veo incluso desde aquí.

Al oír que me levanto, se gira hacia mí y se pone un dedo en los labios, susurrando:

—Ven sin hacer ruido, corre.

Me aproximo a ella y la veo sonriendo con un cangrejo muy pequeño en la mano. Aunque el animal se escapa de un salto tan pronto como me acerco, ella sigue feliz.

—Emma y yo siempre buscábamos cangrejos en las rocas cuando éramos pequeñas. A veces nos acompañaban mi padre y mi madre. Nos sentábamos los cuatro a observarlos durante un buen rato. —Se deja caer en una roca más a la derecha, suficientemente elevada como para no mojarnos—. Mi padre sabía de todo y siempre tenía algún dato nuevo que aportar; mi hermana y yo esperábamos con ansias llegar a la playa y buscar cangrejos para pasar los cuatro juntos un tiempo. Nuestros padres trabajaban mucho y esos momentos eran nuestros favoritos.

Cierra los ojos, con la barbilla levantada para que le dé el sol en la cara mientras habla.

—¿Siempre veníais a esta cala?

—Qué va, ojalá. —Pone una mano a cierta distancia de su cara para bloquear el sol y mirarme sin cegarse—. La descubrimos cuando mi padre ya no estaba. Aquí solo he venido con Emma. Y ahora contigo, claro.

Sonrío y le paso un brazo por los hombros, apretándola un poco contra mí. Sé que no debería buscar el contacto, porque ella está superando una ruptura y yo voy a hacerle daño si me acerco demasiado, pero no puedo evitar desear esta proximidad. El olor de su perfume mezclado con el aire del mar me despierta todos los sentidos.

—Gracias por enseñármela, Daisy.

Apoya la cabeza en mi hombro, aún con los ojos cerrados, y nos quedamos así unos segundos, hasta que una ola demasiado fuerte rompe frente a nosotros y Olivia suelta un pequeño chillido, seguido de una carcajada compartida.

—Okey. Esta es la señal para que hagamos las fotos y volvamos a casa. Empieza a refrescar. —Se levanta de un salto y va a buscar la sudadera que se había quitado al llegar.

—Oh, esta parte se me da bien. —Salto también de la roca y la sigo hasta las toallas, donde ya está sentada y poniéndose colorete con un pequeño espejo. Miro a su alrededor y veo un peine, unas toallitas y unos cuantos productos más que no tengo ni idea de para qué sirven.

—¿Llevabas todo esto en el bolso?

—Obvio. —Se pinta los labios de un rosado oscuro—. Estas fotos las verán miles de personas. Tengo que salir guapa.

—Saldrías guapa de todas formas.

Levanta la vista de su reflejo en el espejo y me mira un segundo, con las mejillas sonrojadas más allá del colorete. Se deshace la trenza.

—Deja tu faceta de mujeriego y siéntate a mi lado. Te recuerdo que ahora tienes pareja —me dice mientras me guiña un ojo y me invita a que me siente con ella en la toalla.

Me acomodo y le paso un brazo por los hombros, a la vez que ella levanta el móvil con la cámara preparada para sacar unos cuantos selfis. Nos hacemos muchas fotos uno al lado del otro; yo acercándola a mí y haciéndole cosquillas para que se ría. De pronto, decide que tenemos suficientes y que necesitamos una posición nueva. Se sienta entre mis piernas, con su espalda en mi pecho y el móvil tan alejado como su brazo se lo permite. Lo mueve de izquierda a derecha para probar la luz.

—Quítate la camiseta —me sugiere.

Deja el móvil en la toalla y ella se despoja de la sudadera y de la blusa de debajo. Se queda con un pequeño biquini de color lila. Esto se pone interesante.

—A sus órdenes, capitana. —No suelo ser demasiado exhibicionista en redes, pero tampoco voy a mentir diciendo que me da vergüenza enseñar mi cuerpo.

Nos analizo en la pantalla. Ella está poniendo su mejor sonrisa. Se recuesta en mi hombro, con el pelo rojizo cayéndole en cascada por la espalda y me roza el pecho cada vez que se mueve. Parecemos una pareja auténtica disfrutando de un día de playa, y por un momento me abruma pensar que esta idea me gusta demasiado.

—Nico, tienes que parecer contento y enamorado. Si no, no sirve. —Me pone una mano en la pierna y se gira hacia mí. Me encantan las pecas que decoran su nariz.

—Oh, no me retes —murmuro moviendo la mano hasta su barriga con la intención de tomar el control de la situación.

Siento cómo su respiración se corta por un segundo y noto el leve estremecimiento de su piel bajo la mía. Pero, en vez de apartarse, se acerca más, subiendo su mano por mi nuca, hasta enredar los dedos en mi cabello.

Joder.

Mis dedos trazan círculos en su piel, apenas rozándola, y ella se acerca un poco más, sin dejar de disparar fotos, mientras sube la mano por mi pelo. Inclina la cabeza hacia mí, como si me estuviera desafiando y, cada vez que mueve su cuerpo, presiona el mío. Como siga así, necesitaré recitar presidentes o contar los granos de arena bajo la toalla para que no note lo que me está provocando.

Y lo sabe. Lo veo en la media sonrisa, en la fingida inocencia que esboza mientras sigue haciendo fotos, en la manera en la que su cadera se encaja aún más en mí. A la mierda.

Deslizo la mano por su espalda, recorriéndola con calma, hasta quedarme justo en la curva de su cintura. Noto el nudo de su biquini bajo los dedos y lo rozo con la yema del pulgar. Olivia se muerde el labio, pero no se aparta. Al contrario, baja la cámara lentamente y me mira, con esa mezcla de reto y anticipación que me destroza la paciencia. No sé qué está pasando, pero deseo tenerla aún más cerca.

—Daisy. —Su nombre me sale en un susurro, casi como una advertencia.

Antes de hacer ninguna tontería, una notificación interrumpe lo que fuera que estaba pasando y la rigidez de su cuerpo la delata. Intenta esconder el móvil, pero he leído perfectamente el mensaje que ha recibido por SMS: «Eres una puta, pero te perdonaré si vuelves conmigo».

—Olivia…

—No —me corta—. Por favor, ignóralo. —Tiene los ojos acuosos.

—Ey —le cojo el móvil de las manos y lo dejo en la toalla, boca abajo—, no te creas nada de lo que te dice este tío.

Me pongo a su lado. La cojo de la barbilla, levantándole la cabeza para que me mire.

—Alguien capaz de escribirte algo así no merece que des ningún valor a sus palabras.

Una lágrima le rueda por la mejilla y yo no puedo evitar el impulso de abrazarla. Cuando lo hago, empieza a sollozar sin control. Comprendo que estos son los mensajes a los que se refería la noche en el viñedo.

—Nadie sabe que me manda estos mensajes —dice muy bajito, con la cabeza enterrada en mi pecho—, y me gustaría que siguiera así.

Se separa de mí y respira hondo, secándose las lágrimas con el dorso de la mano. Vuelvo a coger su teléfono, aunque esta vez para borrar el SMS.

—Vamos a añadir una nueva norma a todo esto: bloquear a este imbécil por todos los canales posibles. Se enterará de lo «nuestro» por la prensa, pero no voy a permitir que te acose de esta forma.

—No necesito que otro hombre me salve.

—Y yo no quiero salvarte, Daisy. —Me recuesto en la toalla para quedar frente a ella—. Quiero que lo hagas tú misma, pero para eso necesitas eliminar a ese idiota de tu vida.

Intenta dejar de llorar. Yo le pongo su sudadera por los hombros porque está tiritando, aunque no sé si es de frío o de nervios.

—Buscaré una palabra que no sea «gracias» para agradecerte todo esto, porque, al final, de tanto usarla contigo voy a gastarle el significado. —Sus ojos siguen tristes, pero ya no llora.

Me levanto y le tiendo una mano, que me coge al instante con una leve y tímida sonrisa.

—¿Me llevas a casa?

22



Olivia
44 días para cerrar el círculo

Los últimos días han sido, cuando menos, inesperados. Clara Montés nos ha confirmado que asistirá al LitLove, pero han cancelado dos autoras que aún no habían firmado el contrato. A cuarenta y cuatro días del evento, aún no tenemos los paneles cerrados.

Suerte que los viernes solo trabajamos hasta la hora de comer, porque no me puedo imaginar tener que pasar el día entero en la oficina con la posibilidad de encontrarme a Aarón después de algo así.

Mi ex se encarga de gran parte del marketing del LitLove y sé que va a utilizar el que hayan cancelado dos autoras para machacarme dentro de la empresa. No dudo que envíe, por ejemplo, un e-mail con copia «por error» a toda la plantilla, sugiriendo otras autoras como *back up*, para que todos sepan que ha habido problemas; o una llamada en voz demasiado alta, casualmente delante de Marwa, a alguna influencer con la que hayamos trabajado, preguntándole por alternativas de las que tenga el

contacto; o un mensaje de Slack en el canal erróneo, como si intentara ayudar. Se las sabe todas para joderme y, como se va de la editorial después del festival, para iniciar una carrera en una multinacional de cafés, le da igual que piensen mal de él.

Me consuela que se largue. Después de esto no tendré que volver a sufrir por si me lo cruzo por la oficina y me susurra algún comentario hiriente mientras pone buena cara y me saluda educadamente en voz alta; o si habla mal de mí a Marwa para intentar arruinarme la vida. Y suerte que tengo la mejor jefa posible, que no se deja influir a pesar de sus dotes de adulador, porque si no ya habría tenido que irme de este trabajo por mi salud mental.

Cuarenta y cuatro días y podré cerrar el círculo que se inició hace casi tres años, cuando entré en la editorial y conocí, en nuestro primer evento conjunto, a Aarón. Qué ironía que, antes de perderlo de vista, nos toque organizar un último festival del calibre del LitLove.

Por otra parte, vivir con Nico está resultando confuso: nunca hubiera imaginado que sería tan sencilla la convivencia con un chico al que conozco tan poco, como si fuéramos dos piezas de un mismo puzle que se acoplan a la perfección y sin esfuerzo. Y, aun así, estoy luchando contra mí misma diariamente para no acostumbrarme a esto, porque nuestra farsa solo durará hasta que logremos nuestros respectivos objetivos.

La mañana en la oficina se me hace larga y monótona: no logro reemplazar a las dos autoras que han cancelado. Tengo un montón de e-mails sin responder a los que ni siquiera llego porque hay reuniones a todas horas y parece que los problemas se me tienen que derivar a mí, la editora júnior que no sabe decir que no.

A la una y media, tan solo he conseguido un dolor de cabeza horrible que se acentúa cuando me doy cuenta de que llegaré con

retraso a la comida en la que deseo reconciliarme con mis amigas.

No sé por qué nunca les conté lo de los mensajes de Aarón. Me daba miedo su reacción. O que me preguntaran por qué no hice algo para pararlo, por qué permito que me diga esas cosas, e incluso que por qué me las creo. Yo no sabría qué responderles, porque ni siquiera lo entiendo. Me aterraba que pensaran que no soy lo suficientemente valiente como para enfrentarme a él.

Temo ser una persona incapaz de quererse a sí misma. ¿Y si no soy la amiga que Chiara y Sienna se merecen? ¿O la mujer independiente que mi padre había pronosticado que sería?

Siempre he procurado ser buena y empática, pero lo único que he conseguido ha sido alejar a las personas que quiero. No puedo permitir que nuestra amistad se rompa, no ahora que he encontrado amigas de verdad.

Cuando entro a Robata, el restaurante que hemos elegido como territorio neutro, ya están sentadas con una copa de vino blanco entre las manos. No consigo descifrar la expresión de sus rostros.

—Perdonad, chicas, he perdido la noción del tiempo con el Lit… —me interrumpo. No quiero volver a acaparar la atención con mis asuntos laborales.

Chiara esboza una leve sonrisa y Sienna se levanta para darme un abrazo más fuerte de lo que esperaba.

—Puedes hablar del festival, Olivia —me dice con cautela.

Nos acomodamos y pido una copa de vino para mí, una botella de agua para las tres y una cantidad ingente de sushi para afrontar esta conversación.

Nunca habíamos estado tanto tiempo sin hablarnos y el ambiente es raro, aunque no malo. No dudo que vayamos a arreglar las cosas, pero no sé si nuestra relación se recuperará pronto. Mi corazón palpita más fuerte que nunca en mi pecho y siento un leve

temblor en las manos, aunque intento disimularlo. Sin embargo, cuando Chiara habla se me pasan todos los miedos.

—No alarguemos más esto, ¿vale? —Me mira a los ojos, muy seria—. Siento no haberte contado lo de la mudanza cuando tocaba y siento haberte hecho sentir que no eres suficientemente importante, porque lo eres. Y, Sienna —ahora cambia la vista de lado —, perdona por haber desvelado tu secreto antes de tiempo. No era cosa mía contarlo y, no obstante, te obligué a hacerlo.

—No debería haberos gritado —dice Sienna—. No tenéis idea de lo que me costó esconder lo de Valentina, porque salir con tu jefa no está bien y no sabía cómo contároslo. —Baja la vista y nosotras abrimos mucho los ojos al recordar esta parte, aunque intentamos restarle importancia.

—Yo me enfadé con vosotras sin razón. Teníais todo el derecho del mundo a no contarme vuestras cosas hasta que estuvierais preparadas, chicas. —Y aunque en el momento me dolió, con la distancia lo tengo claro—. Estaba lidiando con muchos problemas y me olvidé del resto del mundo. No fui muy buena amiga.

—Me pasé con todo lo que os dije —sigue Sienna.

—Era muy lógico que estuvieses enfadada —le respondo suavemente.

—Perdónanos por haber estado demasiado centradas en nuestras cosas. Creo que las dos hemos sido egoístas. —Chiara me mira, cauta, y yo asiento porque tiene toda la razón.

Nos quedamos las tres en silencio, aunque no es un silencio incómodo. Por mi parte, necesito unos segundos para ordenar mis ideas. Chiara rompe el silencio, conciliadora:

—A veces la gente se dice cosas horribles y no podemos evitarlo. —Sabe de qué habla: ella es la que tiene más carácter de las tres—. Aquí y ahora tenemos que prometer que nos lo pensaremos dos

veces antes de gritarnos.

Nos cogemos de las manos y, sin haber empezado a comer, ya estamos las tres partiéndonos de risa. Sacudo la cabeza, divertida, y nos soltamos las manos.

—¿Cómo hemos aguantado tantos días sin hablarnos? —pregunto anonadada.

—Mi excusa es que he llevado el juicio más grande en meses, con hijos ocultos e infidelidades de años de duración. —La coleta de Sienna se balancea de un lado a otro conforme nos mira a una y a otra—. Y no poder contároslo ha sido la peor tortura. Mi abuela ya no aguantaba más mi chapa sobre el caso.

—Víctor y yo hemos discutido más veces de las que me gustaría admitir. Estaba superpesado con que os mandara un mensaje —sigue Chiara—, incluso me amenazó con enviarlo él a mi nombre.

—Oh, yo he estado soportando la charla constante de Emma enfatizando mi nivel de idiotez y orgullo. —Levanto la copa para beber y Sienna me para, levantando la suya y obligando a Chiara a hacer lo mismo.

—Por las personas sabias que saben que no sobreviviríamos ni un día más en esta tierra sin estar juntas, por muy cabezotas que seamos a veces.

Brindamos y se me deshace por fin el nudo en el pecho. La he cagado muchas veces en mi vida: me he quedado sin decir cosas preciosas cuando tocaba, me he dejado engañar por un tío que a todas luces iba a hacerme sufrir, pero, si algo he hecho bien, ha sido, sin duda alguna, elegir a mis amigas. Dicen que las personas que vamos a terapia lo hacemos para lidiar con todas aquellas amistades cercanas que no van a ir nunca. Tengo la suerte de poder decir que me he rodeado de gente que va a terapia y que lo aprovecha.

Llegan los *yakisoba*, seguidos de unas *gyozas* y unos *nigiris* de salmón flambeado, que son mis favoritos, y empezamos a comer mucho más animadas: tenemos muchas cosas que contarnos.

—Vale, chicas, vamos a estructurar la conversación por puntos porque tenemos demasiadas cosas con las que ponernos al día. —Sienna saca su móvil, abre la app de notas y apunta «Temas que tratar»—. Mudanza de Chiara, novedades de Aarón y de Nico, mi historia con Valentina, el LitLove, mi caso brutal de divorcio de las últimas semanas; ah, y también apunto Víctor, porque seguro que hay algo sobre él que actualizar. ¿Me dejo algo? —Se puede sacar a la chica del despacho, pero nunca lograrás sacar a la abogada de la chica.

Chiara nos cuenta que hace dos meses le ofrecieron una oportunidad como arquitecta en Roma en una empresa que se alinea mucho con sus valores, y que, además, la empresa hotelera de la familia de Víctor acaba de abrir un nuevo hotel allí, en el que necesitaban a alguien de confianza. Hacía tiempo que sus padres le estaban insistiendo en que volviera a casa y ella los echa de menos, por lo que el trabajo fue solo el acelerador de algo que sucedería antes o después.

—Pero ¿no eran dos años? ¿Te vas para siempre? —Entiendo perfectamente su posición, pero me duele pensarlo.

—Olivia, ¡parece que no me conoces! —ríe ella—. No tengo ni idea de si me irá bien o no en el trabajo nuevo, pero sabéis que no puedo estarme quieta en un sitio fijo. De momento, el contrato es de dos años, después decidiremos si nos quedamos allí, volvemos aquí, buscamos otro sitio…

—En dos años vas a estar embarazada y os habréis comprado una casita a las afueras de Roma, recuerda mis palabras. —Sienna sonríe triunfante, sin un ápice de duda sobre lo que dice, y Chiara

pone los ojos en blanco, aunque las tres sabemos que tiene razón.

—¿Y esa tal Valentina te acompañará cuando me vengáis a ver en mi casita de las afueras?

—Eso, queremos conocer la historia entera. ¿Vais en serio?

—No se ligó a la camarera del pub de Roma, así que, a mi parecer, van más que en serio…

—¡Como si me fuera enrollando con todo el mundo! —salta ella haciéndose la ofendida—. A ver, la versión reducida: es una abogada externa que está en el bufete temporalmente, por lo que es solo mi jefa por el momento, hasta que se dicte el veredicto de este caso tan grande. Nos liamos antes de saber que trabajaríamos juntas y lo hemos mantenido en secreto todo este tiempo.

—¿Y cuánto hace de esa primera vez que os liasteis? —pregunto con ganas de conocer todos los detalles.

—Pues… ¿cinco meses? —Sienna pone una mueca y nosotras paramos de comer en el acto.

—¿Y no nos lo contaste porque…? —dice Chiara enarcando las cejas.

—Porque no os cuento mis historias con todas las mujeres con las que me acuesto, listilla.

—¿Y no te has liado con nadie más desde entonces? —interrogo. Estoy sorprendida, porque nuestra amiga abogada le tiene miedo al compromiso.

Se sonroja, negando con la cabeza, bebe un trago de vino y se aclara la garganta antes de decir:

—Por primera vez en mi vida, creo que me gusta de verdad.

Chiara y yo soltamos un chillido y seguimos haciéndole preguntas, a las que responde con una segunda ronda de copas de vino. Para cuando terminamos las copas, y pedimos directamente una botella, solo nos queda un poco de *sashimi*, un roll de *uramakis*

de langostino y algunos *edamames* trufados, y soy la única que aún no ha contado los últimos episodios de mi vida. Lo primero que hago es confesar lo de los mensajes más hirientes de Aarón; me tiembla la voz mientras se lo relato. Mis amigas se quedan calladas, atónitas cuando leen algunas de sus palabras. No se enfadan conmigo por no habérselo contado antes, sino que me abrazan.

—Como siga mandándote tanta porquería, no se va a librar de una buena denuncia —dice Sienna, muy seria.

—Olivia, no te mereces esto, por favor, no lo dudes nunca —sigue Chiara posando su mano sobre la mía.

Las pongo al día de mis últimas dos semanas, de cómo va el LitLove y de cómo ha sido vivir con Emma. Cuando al fin les hablo de mi relación falsa con Nico, sueltan un grito que provoca que las personas de las mesas de alrededor nos manden callar.

—Espera, espera, espera. —Chiara me pone la palma abierta a tres centímetros de la cara—. ¡¿Estáis viviendo juntos?!

—Pero ¿y cómo lo decidisteis? —Sienna abre los ojos como platos.

—Chicas, os lo acabo de contar.

—Quiero escuchar otra vez esa última parte —dice Sienna, como si necesitara tomar apuntes.

—De hecho, ¿sabes qué? Deberías volver a contarnos toda la historia. Estoy segura de que te has dejado algún detalle. —Chiara habla atropelladamente—. Todo esto es muy fuerte, Olivia.

—¡Mucho! Incluso para ti, lectora apasionada, me parece que esto solo pasa en los libros —asegura la abogada.

—Efectivamente, saqué la idea de una de mis últimas lecturas, pero puede funcionar. Medidas desesperadas para situaciones desesperadas, ¿no? —Me encojo de hombros y ellas me miran como si estuviesen en una sesión de cine.

—Mientras el atractivo protagonista no acabe siendo un capullo como tu ex, a mí me vale —asiente Chiara, satisfecha.

Entrecierro los ojos y me masajeo las sienes, entre divertida y agobiada. Esto es muy fuerte, tienen razón. No sé si estoy segura de dónde me estoy metiendo. Mis amigas le dan vueltas a todo el asunto y me acribillan a preguntas y suposiciones.

—¿Lo habéis soltado ya a la prensa?

—¿Estás convencida de que Aarón así te dejará en paz?

—Es un heterobásico de manual y en el mal sentido, la dejará tranquila por respeto al novio, aunque sea con el tiempo.

Hablan emocionadas encimándose en las preguntas y comentarios.

—¿Podrás resistirte a Nico?

—Todas hemos visto su cuerpo escultural con la ropa puesta, pero tú lo verás en calzoncillos al salir de la ducha.

—Y, lo más importante, ¿estás segura de que Nico va a poder resistirse a ti?

—¡Es todo una farsa, chicas! —les recuerdo—. ¿Que me atrae Nico? Claro. ¿Que puede que notara su miembro contra mi culo en la playa y que yo jugara un poco a provocarlo? Puede, aunque no vamos a hablar de eso ahora. —Me pongo la mano delante de los labios, en señal de silencio, y veo que a mis amigas se les desencaja la mandíbula, asombradas—. ¿Que a veces me sonrojo si me mira mucho? Es inevitable, una reacción humana, pero eso no implica que yo le atraiga a él. —Bebo un trago de mi copa hasta vaciarla y la relleno de agua—. Además, ya establecimos en Roma que me conviene estar sola y él lo sabe perfectamente, así que una relación no entra en nuestros planes.

Las chicas asienten teatralmente, aunque sé que no van a soltar el tema y menos después de contarles el día que compartimos en la

playa.

—Solo prométeme que si te lo tiras nos lo vas a contar rápido. No me gustaría que la prensa tuviera los detalles de tu vida sexual antes que nosotras.

—¡Chiara!

Le doy un manotazo y me hago un moño, acalorada, mientras Sienna me atrae hacia sí.

—¿Sabes? No sé si te convienen o no los chicos en general, pero hacía meses que no te veíamos sonreír así.

Terminamos el sushi junto con una segunda botella de agua para compensar todo el vino que nos hemos tomado. Tres horas después salimos de Robata felices, como si las últimas semanas después de la discusión en Roma no hubieran existido.

Sienna y Chiara paran un taxi que las llevará a sus respectivas casas y yo me pongo los AirPods para recorrer las pocas calles que me separan del apartamento de Nico, con muchísimas ganas de ver a mis gatas y tumbarme en el sofá para continuar leyendo *Funny Story*, de Emily Henry. Cuando estoy en la esquina del portal, alguien interrumpe mi pódcast gritando mi nombre detrás de mí.

Me doy la vuelta, sacándome un AirPod, y me sorprendo al ver al propietario de esa voz, que no había distinguido por la entrevista que estaba oyendo.

Aarón.

Está cabreado. Me muestra a dos palmos de mi cara una foto en la pantalla de su móvil. Somos Nico y yo. Es la foto que nos hizo la mujer del restaurante el otro día. Aparece junto al titular: «Nico Sorní no pierde el ritmo dentro ni fuera del hielo».

—Espero que tengas una explicación decente, porque como te estés tirando a un jugador de hockey solo para joderme, te voy a destrozar la vida.

23

Nico
57 días para volver a empezar

El entrenamiento de hoy ha sido más duro de lo habitual gracias a la presencia de mi padre. Se ha asegurado de hablar con el entrenador para que me doble las horas en la pista, alegando que tengo que estar imbatible para el próximo partido. Como si no hubiera sido así hasta ahora, aunque admito que esta última semana me he escapado del entrenamiento siempre que he tenido oportunidad.

—Descansad este finde, chicos —nos recomienda Leo, el entrenador, al salir por la puerta—. Nos esperan unos partidos duros.

Alfie termina de vestirse y guarda, a la vez que yo, la equipación en la taquilla mientras Levi nos espera en la puerta.

—¿Tenéis planes hoy? —Sus ojos suplicantes me indican que se muere de ganas de salir.

—Tengo una cita, lo siento —Alfie se hace el interesante, como si no tuviera citas cada dos por tres. Lo del club de fans de TikTok le ha dado muchas alegrías.

—Yo estoy molido, tío —digo cuando Levi me mira fijamente.

—Lo que estás es deseando volver a casa con tu falsa novia.

Chasqueo la lengua por toda respuesta, y hago un movimiento con las cejas para dejar claro que no voy a contestar a eso.

—*Ciao, bambini.*[38]

Me alejo antes de que comiencen con sus bromas o no saldré de aquí nunca.

Vivir con Olivia está siendo… esclarecedor, y no en el sentido que pensé al principio. Sí, es preciosa y en solo una semana he comprobado hasta cuatro veces —las ocasiones en las que la he visto salir del baño con solo una toalla después de ducharse— lo difícil que me será mantener las manos quietas con ella cerca; pero es mi compañera de piso y necesito que esto salga bien para abrir mi restaurante sin escándalos. Solo por eso, voy a alejar mi boca de la suya.

Aparte de confirmar que me gusta esta chica y que me he metido en un buen follón yo solito, ha sido esclarecedor descubrirla tan apasionada de su trabajo. Mientras que yo llego a casa derrotado tras los entrenamientos, ella aparece extasiada por lo que ha conseguido, aprendido o visto hacer a otros en la editorial. Hubo un tiempo en el que yo también me sentía así con el hockey. Cada día era un nuevo reto que me colmaba de emoción y energía, pero desde hace mucho tiempo solo me siento así cuando cocino para otros. Aunque mi restaurante ya está en marcha, me aterra lo que pensarán de mí: si la gente va a entender mi concepto culinario, si van a darle una oportunidad a mi comida, si van a pensar que es solo un capricho y que he tirado mi vida por la borda…

Quizá ahora me dé menos miedo, porque necesito sentirme cada día como ella. Esto es mucho más importante que cualquier escándalo que mi nueva vida pueda provocar en la prensa.

Y aunque no podemos negar que la convivencia me ha puesto de

los nervios algunas veces, porque no es la mujer más ordenada del mundo, entre ella y las gatas consiguen que cada jornada sea distinta a la anterior, y esto es algo que hacía años que no sentía. Esto me gusta y me preocupa, porque no puedo permitirme este tipo de sentimientos hacia ella. No después de Ágata. Después de aquella enorme decepción, me prometí que no me enredaría con nadie más allá de lo sexual: una cena, unas cuantas caricias, un buen polvo, pero nada más.

No puedo negar que, si las cosas hubieran sido distintas con Olivia, seguramente habríamos terminado en la cama, una posibilidad que me viene a la mente más de lo que querría admitir. No obstante, existe un acuerdo importante para los dos. Sé que acostarme con ella solo complicaría las cosas y me haría la vida más difícil de lo que ya es hoy. Por lo tanto, compartir casa con ella está siendo una pasada y una mierda al mismo tiempo.

Hoy he recibido un mensaje del arquitecto encargado de la renovación del local, informándome de que pronto podré pasar a verlo.

El ruido del tráfico de Barcelona me envuelve, pero no me molesta en absoluto. Desde pequeño, me acostumbré al contraste entre la tranquilidad de Roma y el caos de Barcelona y, dependiendo de en qué ciudad me encontrara, mi cerebro cambiaba el chip. Allí, necesitaba esa desconexión acústica para no pensar; aquí, necesito este bullicio para no sentirme demasiado a solas con mis pensamientos.

Distraído, avanzo en piloto automático hacia mi casa, hasta que giro la esquina y la veo.

Olivia está a pocos metros del portal, hablando con alguien que, a juzgar por su expresión, no parece precisamente contento. Su lenguaje corporal me dice que lo conoce, pero su rostro es un

enigma. Me acerco despacio a ella. Abre mucho los ojos cuando me ve, como si le espantara la situación.

Voy hacia ella, sin dudarlo, y le paso el brazo por los hombros, para tranquilizarla, aunque el gesto surte el efecto contrario. Intercambiamos miradas en un segundo de incertidumbre antes de dirigirse al tipo que tiene delante. Desde que he aparecido, este no me ha quitado los ojos de encima.

—¿Interrumpo algo? —pregunto con naturalidad, aunque siento la tensión en mi mandíbula.

El individuo frunce el ceño, como si le molestara mi presencia, y al captar cómo la mira no me hace falta preguntar. Sé quién es. Aarón. El ex. El imbécil que le mandó el otro día ese mensaje horrible.

Desvío la mirada hacia la pantalla de su móvil. La foto. La misma que me ha mandado mi padre hace un rato con un mensaje que decía: «Por lo menos podrías haber ido con cuidado antes de anunciarlo a la prensa».

—¿Te la estás tirando? —Su pregunta es directa, sin rodeos, como si el hecho de saber la respuesta fuera a cambiar algo. Olivia da un paso al frente, fulminándolo con la mirada.

—¿Perdón?

—Lo que oyes.

Aarón me ignora y se centra en ella. La vena de su frente está a punto de explotar.

—No te incumbe a quién me esté tirando, Aarón. Y no tienes derecho a pedirme explicaciones.

Él deja escapar una risa seca, pero su rostro está crispado.

—¿No? Llevas semanas evitando mis llamadas y ahora me entero por la puta prensa de que te has mudado con él. ¿Sabes lo humillante que es enterarme así?

Ella suelta un bufido, enfadada.

—Olivia no te devuelve las llamadas porque no tiene nada que hablar contigo —mantengo la voz tranquila, pero mi tono es cortante.

Siento que su cuerpo permanece rígido junto al mío, así que aflojo la presión de mi brazo sobre sus hombros por si quiere apartarse. No lo hace.

—Vete, Aarón. —Su voz es firme, sin espacio para réplicas—. No te debo ninguna explicación y no voy a permitir que me hables así.

Él se queda inmóvil, con los puños apretados, como si quisiera seguir discutiendo. Pero Olivia no se mueve, no aparta la mirada y, por primera vez desde que llegué, parece que ha sacudido su miedo inicial.

Después de unos segundos de tensión, Aarón suelta una risa seca y niega con la cabeza.

—Eres ridícula, Olivia, pero no he terminado contigo —le dice en voz baja antes de darse la vuelta y desaparecer entre la multitud.

Nos quedamos en silencio, uno al lado del otro, hasta que su figura se esfuma entre la vorágine de la gente. Olivia deja escapar un suspiro y se lleva las manos a la cara, masajeándose las sienes.

—*Stai bene?*[39]

—No quiero hablar de esto ahora, por favor.

—Bien, porque tengo otro tema que requiere tu atención.

Frunce el ceño y gira su cabeza hacia mí.

—Los viernes ceno pizza casera y necesito una pinche que me ayude.

Olivia sonríe y hace un leve movimiento con la cabeza hacia el portal de casa. Al fin, la niebla se disipa de sus ojos esmeralda.

Hace un rato nos hemos terminado la pizza. La peli está a punto de acabar, aunque ninguno de los dos le ha prestado demasiada atención. No es porque haya pasado nada entre nosotros, sino porque ella le sigue dando vueltas al encuentro con Aarón. Yo tampoco he podido dejar de pensar en eso, a pesar de haber intentado desconectar cocinando juntos.

—¿Quieres hablar ya del tema? —Willow levanta la cabeza y mira a Olivia, inquisitiva, como si también quisiera saber la respuesta.

Ella cierra los ojos y abraza fuerte a Ivy, que está tumbada en su pecho.

—Creo que nunca querré hablar de ello. —Suelta un suspiro y se pone un poco más de vino en la copa—. Gracias por intervenir. Aarón me bloquea. No sé qué me pasa, pero se me nubla el cerebro cuando me habla así.

—¿Lo hacía muy a menudo? —Hablo despacio, no quiero incomodarla, pero necesito saber qué pasó durante la relación para que ahora se sienta tan aterrada—. Durante lo que fue vuestra historia, me refiero, porque después ya me has mostrado alguno de los mensajes incendiarios que te envía.

—No, qué va. —Respira profundamente y estira las piernas—. Al principio era muy dulce, nunca se enfadaba y parecía una de esas personas que solo quiere verte feliz. Me recogía en el trabajo cuando yo salía tarde, me llevaba a la cama cuando me dormía en el sofá y todas esas cosas que piensas que son bonitas en las películas, pero conforme pasó el tiempo fue cambiando. Cada vez se enfadaba más y por cosas más tontas, y la culpa siempre era mía. Me insultaba y me decía que no servía para nada cuando hacía algo mal. Me gritaba

que había tenido mucha suerte encontrándolo a él, alguien que me quería de verdad, y que por eso se enfadaba tanto, para ayudarme a ser mejor. Pero yo lo quería, así que siempre lo arreglábamos. Hasta que me enteré de que se había follado a unas cuantas chicas en los últimos meses. Lo confronté y me dejó, supongo que para humillarme. Pensó que yo iría detrás de él, pero no lo hice.

Habla mirando fijamente al frente. Sin duda, contarme todo esto le está costando mucho. No replico nada, por si quiere seguir hablando.

—Después empezaron los wasaps, los SMS, los e-mails y hasta alguna llamada que no respondía. Por eso, pasó a mandarme ese tipo de mensajes que has visto y a hablar mal de mí en la oficina. No entiendo cómo fui tan estúpida de no verlo venir. —Le tiembla el labio inferior. Creo que está a punto de llorar. Me acerco un poco a ella en el sofá para consolarla—. Nico, me da miedo que siga así siempre.

Gira la cabeza hacia mí a la vez que le cae una lágrima y entonces le paso el brazo por el hombro y la atraigo hacia mi pecho, porque no soporto verla llorar. Ella entierra la cabeza en mi cuello y se seca las lágrimas con el dorso de la mano.

—No fuiste estúpida, Olivia. Él sabía perfectamente cómo manipularte. —Intenta contener las lágrimas, pero le tiembla el cuerpo entero—. Y no va a seguir así siempre, porque encontrarás la fuerza que necesitas para pararlo.

Le acaricio el pelo lentamente hasta que deja de llorar. Me rompe el corazón su dolor. Parece un rayo de luz completamente eclipsado por una tormenta eléctrica.

—*Sai una cosa?*[40] —Levanta la cabeza para mirarme y se separa un poco de mí—. Yo tampoco vi venir lo de Ágata. Llevábamos cuatro años juntos y pensaba que me quería, pero se ve

que solamente quería ser la novia de un jugador de hockey famoso. Eso no me define a mí como persona, sino a ella. Igual que lo que te hizo ese cabrón, cómo te trató y cómo se piensa que te puede seguir tratando, no te define a ti, sino a él.

Coge aire lentamente y me dedica una leve sonrisa.

—Siento mucho que Ágata fuera una imbécil y que no supiera valorarte. —Me mira fijamente a los ojos y yo me pierdo en ellos por unos segundos—. Pero tienes razón: lo que hicieron nuestros ex no nos define a nosotros como personas, sino a ellos.

Le pongo también a Willow encima y suelta una carcajada, porque en la semana que llevamos viviendo juntos ya he aprendido que, si algo hace feliz a Olivia, es abrazar a sus gatas.

—Oh, así me siento mucho menos triste. —Las gatas ronronean cuando empieza a acariciarlas y por fin vuelvo a intuir en sus ojos ese brillo que la caracteriza—. Estoy muerta de sueño. Creo que no voy a poder leer ni un solo capítulo —refunfuña bostezando. Me río porque sé que no es verdad, que va a meterse en su cama y leer hasta las tantas.

Me levanto para recoger la botella de vino y las copas, pero antes de poder hacerlo Olivia me abraza con fuerza.

—Gracias de nuevo —dice bajito.

En vez de responder, aprieto mis brazos alrededor de su cintura durante unos segundos.

—Buenas noches, Nico.

—Buenas noches, Daisy.

24

Olivia
40 días para cerrar el círculo

—Estás de coña —me susurra Emma cuatro días después mientras hojea una revista y remueve el café descafeinado con la otra mano, sentadas ambas en el sofá de casa de nuestra madre. He venido directamente del trabajo y mi hermana ya llevaba aquí unas horas porque hoy salía pronto de la universidad.

—Ojalá, Emma, ojalá. —Suelto un suspiro largo y profundo.

—¿Y Nico? ¿Apareció de repente?

—A ver, estábamos al lado del apartamento, era fácil que nos encontráramos a esa hora.

—Estoy segura de que Aarón estará ahora mismo cagándose en la puta vida.

Soltamos una carcajada y aparece nuestra madre de la cocina, con una fuente con palmeritas de chocolate y un café para ella.

—Emma, ¡esa boca! —le espeta mamá, siempre tan correcta.

—Mamá, tengo veinte años. Puedo decir «cagarse en la puta» sin que pase nada horrible.

Mi madre mira al techo con exasperación porque odia que digamos palabrotas y se sienta en la butaca que hay a la derecha del sofá. Se viene interrogatorio, por eso me he traído a Emma conmigo.

—Y entonces, con este chico, ¿es solamente una relación falsa? —Se lo conté deprisa por teléfono antes de que apareciera en la prensa, porque sabía que se filtraría pronto y quería ser yo quien le contara la historia.

—Sí, es solo una tapadera que nos beneficia mutuamente.

—Para librarse de Aarón, en su caso —aclara mi hermana.

—Nunca me gustó ese novio tuyo. Me parecía un poco hipócrita con esa sonrisa siempre inmaculada y esa amabilidad tan sobreactuada.

—¡Mamá! —Jamás me había dicho nada de esto cuando estaba con él—. ¿Y nunca pensaste en advertirme?

—Hija, me daba mala espina, pero tú me contabas cosas bonitas y siempre se portó bien conmigo y con Emma. —Bebe un trago de su café americano sin azúcar, como lo ha tomado toda la vida—. ¿Crees que me habrías escuchado si te hubiera dicho que no me gustaba?

Lo sopeso unos segundos. La verdad es que no la habría escuchado. En todo caso, aunque lo hubiera hecho, no le habría confesado las cosas malas que hacía, porque se habría preocupado demasiado. Niego sutilmente con la cabeza y me llevo una palmerita a la boca.

—Elegí tenerte muy cerca y poder cuidarte si en algún momento lo necesitabas, y suerte que fue así.

—Sí, porque era un hijo de puta —exclama Emma. Mamá vuelve a lanzarle otra mirada fulminante. Ella levanta las manos, resignada, en son de paz.

Nunca llegué a contarle a mi madre la versión extendida de lo que pasó, porque sé que habría sufrido demasiado. Solo le dije que me había puesto los cuernos y que por eso lo habíamos dejado. Emma sabe algunas cosas más de la relación, la forma en la que me hablaba y sus ataques de ira sin sentido, pero no creo que les cuente en ningún momento el tono de los mensajes actuales porque les rompería el corazón saber que estoy pasando por esto.

—Efectivamente, era y es un hijo de puta —confirmo haciendo ver que le tapo las orejas a mi madre, que pone los ojos en blanco, divertida.

—Entonces, volvemos a Nico —sigue mi madre, intentando encajar en su mente todas las piezas del rompecabezas—. Fingís que estáis juntos de cara a la prensa, pero ¿no lo estáis de verdad?

—No, mamá, no estamos juntos de verdad.

—Aunque vivís juntos —puntualiza.

—Ajá.

—Y aunque a Olivia le gustaría que no fuera falso —replica mi hermana mirándome de reojo con una sonrisita.

—¡No me gustaría! —contesto demasiado rápido. Las dos me miran y noto que me sube el color a las mejillas—. Hemos conectado mucho, sí, pero tengo que centrarme en el LitLove y necesito estar sola un tiempo. Cualquier tipo de relación afectiva está fuera de mis planes.

Intento sonar seria y convencida, aunque no tengo claro que lo consiga.

—Vamos, que a lo mejor te lo tiras, pero que de momento nada de novios. —Aunque sea la pequeña, Emma es la más descarada de las dos.

—¿Os estáis acostando? —pregunta mamá, confundida.

—No nos estamos acostando. —Por suerte, el sexo nunca ha

sido un tema tabú en esta casa—. Si lo hiciéramos, complicaríamos el asunto. Además, una cosa es que hayamos conectado y otra muy distinta es que existan sentimientos, algo que no hay. La atracción física la podemos controlar perfectamente —sentencio, más para mí misma que para ellas.

—Mientras tú estés contenta, a mí me vale —dice mamá, cogiéndome la mano, con una sonrisa cálida que me reconforta—. Pero ¿estás segura de que te puedes fiar de él?

—Ha cuidado mucho de mí durante la última semana y necesita tanto como yo esta trinchera. Sí, sé que me puedo fiar de él.

—Por cómo has dicho que trata a Ivy y Willow, yo me fío —comenta mi hermana—. Alguien que quiere así a los animales no puede ser una mala persona.

—Además, si fuera un asesino en serie, Gastón ya lo habría descubierto. Tenemos portero veinticuatro horas y es el mismo desde hace años.

—¡¿Quién ha dicho nada de asesinos en serie?!

—Era una broma, mamá. —Emma suelta una carcajada y mi madre se lleva la mano al corazón dramatizando el susto.

—Sabes que, si lo necesitas, siempre puedes volver a casa, ¿verdad?

—Lo sé. —Le cojo la mano y le dedico una leve sonrisa sincera —. Pero no puedo resguardarme siempre en ti o en Emma. Os quiero muchísimo, pero tengo que aprender a estar sola.

Toda la vida habíamos sido una familia muy unida, pero cuando murió papá pasamos a ser una familia aglutinada. Siempre íbamos las tres juntas a todos lados, como si tuviéramos miedo de que una de nosotras desapareciera si estaba sola, pero a la vez también había muchas discusiones entre nosotras porque mamá nos sobreprotegía en exceso. Yo fui la primera en irme de casa para vivir

con Aarón, demasiado pronto si me preguntan ahora, y cuando Emma empezó a estudiar Psicología, también decidió independizarse para reformular la relación que teníamos las tres.

Aunque cuando rompí con Aarón me hubiera encantado volver a casa y sentirme arropada por mi madre, vivir con Emma temporalmente fue más fácil para no repetir patrones. Un piso para mí sola era inasequible y su compi estaba visitando a su familia en Estados Unidos. A mamá le costó entenderlo al principio, pero era la mejor opción para mantener nuestra relación sana.

—Te pareces mucho a tu padre, Olivia. —Gira un momento la cabeza hacia la foto de los cuatro que adorna la estantería. Sé que está escondiendo una lágrima que le rueda mejilla abajo—. Estaría orgulloso de la mujer en la que te estás convirtiendo. En las mujeres en las que os estáis transformando las dos. —Emma se levanta y la abraza por detrás, a la vez que yo le cojo las manos.

—Ojalá hubiera compartido más tiempo con él —dice Emma, con los ojos cerrados y fundida en un abrazo con mamá.

Yo asiento, nostálgica, porque sé que nunca dejaré de echarlo de menos.



Parece que la primavera se ha animado a hacer acto de presencia justamente hoy, 1 de abril, para empezar el mes de la mejor forma posible. Son casi las ocho y cuarto y el sol ya se está ocultando detrás de los edificios. Decido volver andando para ver los colores del atardecer por el camino. Es algo que me encanta, las puestas de sol: todos esos colores cambiantes, entremezclándose como si cada día quisieran formar una tonalidad nueva. El sol, cada vez más

rojizo, se esconde hacia los confines del mundo. Este momento siempre me ha dado mucha paz.

Me pongo los AirPods y suena «Ordinary», de Alex Warren, que le da un toque de dramatismo al momento y me hace sentir como en un videoclip. Avanzo por las calles de Barcelona a paso ligero, porque nunca he sabido caminar despacio, y me detengo a contemplar el cielo en cada semáforo en rojo.

Gastón me saluda al entrar y me dice que Nico aún no ha llegado. Ya me lo imaginaba porque los martes cena con los chicos del equipo. Giro la llave del apartamento y no me molesto en parar la música, así que sigue sonando por los auriculares. Willow y Ivy me dan la bienvenida maullando porque hace horas que están solas y para ellas esto es una ofensa imperdonable.

—Sabéis que tengo una vida por la que necesito salir de casa, ¿verdad?

Willow suelta un maullido largo y agudo en respuesta.

—Perdone, señorita, pero tiene que controlar sus modales. —Le rasco la cabecita e inmediatamente Ivy se frota contra mis piernas, pidiendo la misma atención.

—Sí, sí, yo también os he echado de menos.

Les pongo un poco de su comida favorita y eso consigue aplacar el festival de maullidos. Me dirijo hacia el cuarto para dejar mis cosas y prepararme para una buena ducha.

Lo mejor de este apartamento, aparte del suelo hidráulico, la ubicación, las vistas y el hecho de que sea inmenso, son los altavoces integrados en el baño. Puedo conectar mi ordenador por bluetooth a los altavoces del techo, ducharme con la música a tope y sin cargarme mi portátil por culpa del vapor. Cuando estoy sola suelo hacer eso y cantar a pleno pulmón.

Pongo el móvil a cargar en la mesilla de noche, que ya he

decorado con un pequeño jarrón morado y unas margaritas que compré ayer volviendo del trabajo, me quito la ropa y me dejo solo las bragas. Conecto el ordenador a los altavoces y le doy al Play. Suena «15 Minutes», de Sabrina Carpenter. Este tema me hace sentir sexy y empoderada. Me pongo a bailar mientras me dirijo al baño.

Cuando termina la canción, aún no me he metido en la ducha, pero me acuerdo de que no le he mandado a Emma el enlace a esa cazadora que me compré el otro día. Corro a la habitación para hacerlo. Desbloqueo el móvil y reparo en que me ha llegado una solicitud de mensaje a mi perfil de Instagram, que tengo privado.

@izzysorni
Hola, Olivia! Supongo que te acordarás de mí. Soy Isabella, la hermana de Nico. Enhorabuena por la (falsa) relación, ja, ja, ja 😇

Te escribo porque quiero ir a Barcelona por sorpresa y la última vez que le pedí a Levi que me ayudara no duró ni dos días sin decir algo sospechoso. ¿Podrías ayudarme tú? He pensado que, como vives con él, será fácil que lo engañes por una buena causa 😉 Mil gracias, bonita!

Acepto la solicitud y le respondo al momento, no sin antes mirar

su perfil, que me olvidé de buscar en Roma. Tiene 153k seguidores y sus publicaciones son muy variadas, desde viajes y looks a vídeos en la pastelería, que además tiene su propia cuenta de Instagram.

@olivia_abril
Hola, Isabella! Claro que me acuerdo de ti  Te ayudo encantada, pero cuál es la ocasión? Necesito un poco más de información para no liarla.

@izzysorni
¡Qué bien!
Si pasan a la final, el 26 de abril, juegan un partido contra un equipo con el que se llevan fatal y quiero estar para animarlo. Pero me vendría bien que alguien me consiga los pases de familia y no puedo contar con que sus amigos sean discretos.

@olivia_abril
Oooh, sí, me mencionó que el equipo que se acaba de clasificar es su peor rival. Claro, yo iré seguro, así que me encargo de conseguirte un pase para ti también 

@izzysorni
Mil gracias! Eres la mejor ♥

@olivia_abril
Nada, te escribo cuando lo tenga
♥

Bloqueo el móvil y salgo al pasillo hacia el baño, aún en bragas y bailando al ritmo de «Callaíta», de Bad Bunny, porque una necesita, cuando nadie la mira, su dosis de reguetón.

Aun así, en este caso sí hay alguien que mira, abre mucho los ojos y tarda unos segundos en darse la vuelta, los mismos segundos que tardo yo en cubrirme los pechos con ambas manos. Sin darle tiempo a reaccionar, me meto en el baño y cierro la puerta. Dejo a Nico en el pasillo y suplico que no quiera hablar después de que acaba de verme desnuda bailando una canción sobre sexo en medio de su casa.

25

Nico
51 días para volver a empezar

Han pasado tres días y aún no me quito de la cabeza la imagen de Olivia en bragas. Podría decir que no vi nada, pero sería mentira: durante los pocos segundos que tardé en reaccionar, tuve tiempo de sobra de pasear la vista por sus largas piernas, sus braguitas de encaje y sus pechos moviéndose libremente. Es una putada, porque en menos de una hora empezamos uno de los partidos más complicados de los *playoffs* y tendría que estar concentrado en el hielo, no en el fuego que ella me provoca.

Nunca he sido alguien que se resiste al sexo. Desde que lo dejé con Ágata, la prensa no ha mentido respecto a esto: me he llevado a muchas chicas distintas a la cama, a las cuales nunca o casi nunca he vuelto a llamar, aunque eso ellas ya lo sabían desde un inicio. Mi psicóloga dice que prefiero el sexo espontáneo porque no estoy preparado para abrirme emocionalmente a nadie, y no se lo discuto. La cuestión es que desde Roma no he vuelto a acostarme con ninguna chica, y no será por falta de ganas.

La situación, sin embargo, no está para más líos. Por un lado, tenemos ahora la relación falsa con Olivia y quedaría fatal si me liara con cualquier otra. La prensa se enteraría y se iría todo a la mierda. Pero el problema real es que tampoco tengo ganas de acostarme con otras y mucho menos desde que la vi bailando semidesnuda en el pasillo de casa. ¡Puta mierda de destino!

—Sorní, ¿estás aquí o solo lo están tus abdominales? —Alfie me mira divertido. Llevo un par de minutos sin camiseta, con la equipación en la mano y frunciendo el ceño.

—Perdona, tío, ¿qué decías?

—Nada, nada. —Se está atando los zapatos cuando repara en la cicatriz que me ha quedado en el costado—. Ya no te duele, ¿verdad?

Miro la fina línea de un tono más claro que me quedó, apenas perceptible, después de que me cosieran. Ese día decidí que no podía más, que tenía que dejar de inventar excusas y hacerlo de verdad. Desde hacía cinco años jugar al hockey de forma profesional no me producía felicidad. La herida fue decisiva para mí, aunque no fue grave, algo que hemos sufrido alguna vez la mayoría de los jugadores de hockey sobre hielo durante los entrenamientos y los partidos: la hoja del patín de uno de mis rivales me hizo un corte en el costado tras una caída.

Recuerdo con claridad cuando me lancé a por el *puck* en la zona neutral. En un abrir y cerrar de ojos, un defensa rival me cerró el paso con demasiada agresividad y caímos los dos al suelo. Nada nuevo, aunque esa vez noté un ardor fuerte en el costado, un pinchazo afilado que me indicaba que no necesitaba mirarlo para saber que era malo. Intenté levantarme, pero el movimiento provocó que la piel se abriera más. Entonces lo vi: mi jersey estaba rasgado, y debajo, la línea roja de un corte limpio.

Por primera vez, lo que tiempo atrás me habría fastidiado, me hizo respirar aliviado, porque implicaba dos semanas obligatorias alejado de la pista y de los medios.

Alfie me toca el hombro y vuelvo en mí. Espera una respuesta simple y yo estoy tardando en dársela.

—No, ya no me duele. —«Solo es un recordatorio constante de que ya no quiero esta vida», pienso.

Pero no es solo eso, sino que me persigue una mala sensación. Algo se remueve sin cesar en mi interior: una ansiedad que hacía años que no sentía. Me sudan las palmas de las manos y siento un ligero hormigueo que acecha mi pecho. Mi mente va a mil y no puedo pararla. No tengo el control y no entiendo el porqué.

Levi le pasa el brazo por los hombros a Alfie cuando termino de vestirme. El resto del equipo se acerca a nosotros para repasar la estrategia junto al entrenador. Atacar rápido y presionar para recuperar el *puck* en zona del contrario, sorprender con ataques directos y desgastar al portero rival. Aunque están controlados los puntos débiles de nuestros contrincantes, necesitamos planear todo al milímetro para ganar este partido. Ahora mismo me está costando horrores dominar la ansiedad. Joder.

—¿Alguna duda, chicos? —les pregunto intentando mostrar mi seguridad, aunque noto mi corazón retumbar desbocado contra la caja torácica.

Todos niegan con la cabeza. Es una suerte que seamos un equipo muy cohesionado, porque lo que nos viene hoy encima será difícil de enfrentar. Bruno es el primero en extender la mano hacia el centro. Rápidamente nos unimos el resto y lanzamos un grito profundo. Puede ser un cliché, y bastante cavernícola, pero funciona porque nos sube la adrenalina al máximo y las revoluciones se elevan al tope.

Yo me aparto un momento, alegando ir al baño. Allí inspiro profundamente. No sé qué cojones me pasa hoy, pero sea lo que sea tiene que parar. Me pongo frente al espejo, con la pica entre las manos, y cierro los ojos unos segundos. Me echo agua en la cara. Continúo respirando poco a poco. Visualizo cómo encierro en una cajita escondida en mi mente todas esas sensaciones horribles que experimento. Ya las gestionaré más tarde, ahora mismo tengo que concentrarme en ganar.

Tres minutos después, salimos todos hacia la pista con los patines. Veo a mi padre a la entrada del *rink*. Cuando paso por su lado me coge del brazo para ralentizarme un momento, lo suficiente como para acercarse a mi oreja.

—Tu novia está en la zona de familiares. Más te vale que eso te dé suficiente energía para ganar y podamos sacaros fotos celebrándolo para la prensa —susurra.

No me importa el resto de su frase, ni que piense que voy a hacerlo mejor porque mi novia me esté mirando. Solo me importa la presencia de Olivia. Este es el primer partido al que viene después de anunciar que somos pareja, y yo me encuentro con esta sensación horrible de la que solo me distrae pensar en ella bailando desnuda en mi pasillo. Y esto no me ayuda a concentrarme en el hielo. *Porca miseria.*[41]

Después de casi dos horas en el campo, podemos afirmar que este ha sido nuestro peor partido hasta la fecha. No solo hemos perdido, porque nuestra estrategia no ha funcionado ni de lejos, sino que además Dylan se ha lesionado durante los últimos minutos. El

entrenador está cabreado y mi padre lo está aún más.

—¿Se puede saber en qué pensabas durante el partido? —Está gritando en susurros, como hace siempre para que el resto de la gente no detecte su ira—. Has fallado un pase directo que incluso un niño de cinco años podría haber hecho bien.

—El otro se me ha lanzado encima, no he tenido tiempo de maniobra suficiente. —Sé perfectamente a qué pase se refiere, y es cierto que no era tan complicado, pero no puedo decirle que tenía la cabeza en la zona familiar de las gradas.

Antes de que siga discutiendo conmigo, el entrenador se acerca, decepcionado, para repasar el partido.

—Lo de hoy no puede volver a repetirse, chicos —comenta muy serio—. Habéis fallado pases directos, habéis descuidado la defensa y habéis dejado que la frustración os superara. Era un rival fuerte y lo sabíamos, pero podríamos haberlo ganado si hubierais estado todos más concentrados.

Hay un revuelo general, porque aunque estoy de acuerdo en que no ha sido nuestro mejor partido, creo que, exceptuándome a mí, el resto sí ha estado concentrado y a tope. Sobre todo, Naim, nuestro portero, que ha parado algunos lanzamientos que pocos habrían podido detener.

—Por suerte, esta derrota no nos impide clasificarnos para la final. —Todos dejamos de contener la respiración, aliviados; aunque sabemos cómo funciona el sistema de clasificaciones, es como si no se hiciera realidad hasta que el entrenador lo verbaliza—. El siguiente partido es decisivo, así que espero veros entrenando más duro que ahora. Descansad esta noche, mañana os quiero al mil por cien.

Se marcha acompañado por mi padre, que, desde hace unos meses, parece su sombra. Nos quedamos por fin solos en el

vestuario. El ambiente es tenso y estamos más desanimados que nunca. Nos cambiamos en silencio, pero considero que tengo que hablar con mi equipo.

—Basta. —Miro a los chicos e intento que mi voz suene firme—. Hemos perdido, sí, y ha sido una mierda de partido, pero seguimos en la pelea. No podemos venirnos abajo ahora.

Naim resopla y se pasa la toalla por la cara antes de hablar.

—No es solo que hayamos perdido, es cómo lo hemos hecho. Nos han pasado por encima, tío. Ni siquiera ha sido un partido reñido.

—Joder, lo sé. —Me apoyo en mi taquilla y paso la vista por cada uno de ellos—. Pero, si nos quedamos con esa sensación de derrota, nos van a hundir en el siguiente partido, incluso antes de que toquemos el hielo.

—Habrá que cambiar la estrategia, porque lo de hoy ha sido una puta broma —suelta Dylan lanzando los guantes al suelo con un golpe seco—. Se supone que éramos los favoritos, ¿no?

—Y lo seguimos siendo. —Levi se incorpora, coge su botella de agua y le da un largo trago antes de continuar—. Hoy nos hemos confiado, hemos salido a jugar con la mentalidad equivocada y lo hemos pagado caro. Pero podemos darle la vuelta.

El silencio en el vestuario ya no es solo de frustración, sino de reflexión. Veo que algunos afirman con la cabeza, como asimilando lo que acabamos de decir. Podemos darle la vuelta.

—Mañana temprano en el *rink*, ¿vale? —digo mirándolos a todos —. Vamos a entrenar como si nos estuviéramos jugando la vida. —Si algo tengo claro es que, como que me llamo Nico Sorní, vamos a ganar esta temporada, porque este tiene que ser mi legado.

Uno a uno, los chicos se aproximan, asienten y se dan palmadas de ánimo en la espalda o se cogen de los hombros para salir del

vestuario, en grupo. Pero Levi no se mueve, espera a que estemos solos.

—Ey, Nico —me llama desde el otro extremo del vestuario, apoyado en la pared—. ¿Tú estás bien?

Lo pienso unos segundos. El partido de hoy me ha dejado KO y ni siquiera entiendo del todo el porqué. Mi mente estaba completamente fuera del hielo, entre el restaurante, esa sensación horrible que no consigo despegar de mi cuerpo y Olivia. No deseaba que el primer partido al que asistía fuera así de desastroso. Pero no solo era eso, había algo más. Me suena el móvil. Es un mensaje de Izzy. Me pide que no me agobie, porque tenemos otra oportunidad. Entonces me percato de la fecha: 3 de abril. Hoy hace cinco años del episodio más dramático que he vivido en toda mi carrera como deportista y del que aún no me siento preparado para hablar.

—Estoy bien —respondo al final encogiéndome de hombros—. Solo cabreado.

—¿Seguro? —Se acerca poco a poco, con cautela—. Sé que hoy hace cinco años y ha sido una putada que coincidiera con el partido y…

—*Sto bene*[42] —repito, cortándolo.

Él lo recordaba desde un principio.

Levi no me cree, pero considera prudente no insistir. Terminamos de recoger y salimos juntos del vestuario, aunque yo aún estoy ajustándome la cremallera de la sudadera. Entonces, la veo.

Olivia está apoyada en la pared, con los brazos cruzados y una expresión neutra que no sé si significa que está aburrida, preocupada o simplemente nerviosa por estar aquí dentro. Viéndola ahí, con la ropa ligeramente arrugada y el pelo más ondulado de lo que recordaba esta mañana, siento un calor extraño en el pecho.

Levanta la cabeza cuando me acerco. No dice nada al principio,

solo me mira, analizando mi cara con esos ojos verdes que parece que desentrañan cosas que no quiero que nadie vea.

—¿Qué tal? —pregunta finalmente.

Suelto un resoplido y me paso la mano por el pelo, aún húmedo.

—Podría haber sido peor —respondo frustrado.

A mi lado, Levi asiente.

—Ha sido un partido de mierda, pero podemos remontar —afirma a la vez que le da un rápido abrazo a Olivia.

Se conocieron hace unos días cuando Levi pasó por casa y terminamos los tres tomando una cerveza en un bar. Parecieron llevarse muy bien.

—Os dejo, chicos, tengo una cita esta noche —añade con tono pícaro y se aleja a paso ligero.

Cuando nos deja solos, Olivia se acerca un poco más a mí.

—Lo he visto, Nico. No estabas bien en la pista —me susurra.

Sus palabras me hacen apretar la mandíbula. No tengo energía para hablar de aquello ahora, no cuando el eco del partido sigue clavado en mi espalda como un puto puñal. Le aguanto la mirada unos segundos y, por primera vez desde que nos conocemos, decido no contarle lo que me pasa realmente por la cabeza.

—Solo ha sido un mal partido —musito—, nada más.

Ella me mira fijamente durante unos instantes. Sé que podría insistir y desmontarme con facilidad con un par de frases bien afiladas. Pero, en su lugar, deja escapar un suspiro resignado.

—Que conste que no te creo, pero no tienes por qué contármelo si no quieres. —Se encoge de hombros y me dedica una sonrisa suave, tranquilizadora—. ¿Salimos de aquí?

—¿Me estás pidiendo que me exhiba en público contigo, ahora que somos la pareja del año? —bromeo.

Olivia hace una simpática mueca y me empuja suavemente.

—Cállate y anda, Sorní.

Abro la puerta que da al exterior y la multitud nos golpea de lleno. Voces, flashes de cámaras y la energía caótica de la afición llenan el aire. La derrota no ha apagado el entusiasmo de los seguidores, pero también hay periodistas esperando alguna declaración de última hora.

Olivia se tensa a mi lado y, sin pensarlo demasiado, le paso un brazo por los hombros, aproximándola a mí. No sé si es para protegerla del bullicio, para reforzar la mentira o simplemente porque me sale natural, pero ella no se aparta. Me gusta su contacto. El calor de su cuerpo contra el mío me envuelve y me reconforta. Juntos sorteamos la multitud hasta meternos en un taxi.

Desde que nos conocimos, es la primera ocasión en la que me digo a mí mismo que quizá todas mis decisiones anteriores me han llevado hasta aquí, a vivir con ella esta mentira compartida, para sentir durante unos meses lo que significa que alguien te vea más allá de lo que todo el mundo conoce de ti.

26

Olivia
37 días para cerrar el círculo

Chiara se marcha oficialmente mañana. Como buena reina de las fiestas que es, se ha organizado ella misma el día de la despedida. Nos hemos pedido el día libre en el trabajo —Marwa se merece el cielo entero por cubrirme con la que nos viene, y creo que Sienna ha mentido para que no le pusieran pegas—. Nuestra jornada ha empezado con un brunch a las once y media, seguido de un paseo por nuestras librerías favoritas —entre ellas, la Laie y la Llibreria Ona —. Obviamente, no he podido evitar comprarme un par de libros. También hemos hecho un recorrido por las aguas termales de Aire. Nuestra amiga ha reservado un masaje corporal y facial para cada una, las tres en la misma cabina.

La mañana habría sido mejor si en vez de una sorpresa para nosotras hubiera sido sorpresa para ella, que es la que se va, pero Chiara nos prohibió terminantemente planear nada, «porque soy yo la que se marcha y soy yo la que quiere prepararos un día perfecto».

—Entonces, para que no la líe después —le digo a Sienna

mientras me relajo en la piscina de agua templada—, Valentina sabe que has mentido, y ella está mintiendo también por ti, ¿verdad?

—Claro que sabe que he mentido, no había otra opción. —Se deshace su característica coleta y se recoge el pelo en un moño para que no se le moje más—. Pero no se lo recordéis después; odia mentir casi tanto como yo.

—Estáis hechas la una para la otra —dice Chiara sin abrir los ojos, flotando a nuestro lado.

Como también queremos despedirnos de Víctor, acordamos que se uniría al plan a la hora de cenar, lo que llevó a Chiara a exigir conocer a Valentina antes de irse. Al final, acabamos invitando también a Nico, porque esto ya se había convertido en una cena de parejas y tenían la excusa perfecta para volver a verlo. Una reacción en cadena que se habría dado tarde o temprano, aunque Chiara no se mudara, porque siempre ha sido importante para nosotras compartir tiempo con las personas a las que quieren nuestras amigas.

Aunque sean novios falsos.

—¿Cómo está Nico? —Sienna cambia de tema, ruborizada—. La derrota de ayer fue heavy.

—¿Ahora te has enganchado al hockey sobre hielo? —pregunta Chiara sin abrir los ojos todavía.

—¡Claro! Te recuerdo que nuestra amiga está saliendo con la estrella del momento.

—Estoy *fingiendo* que salgo con la estrella del momento —la corrijo.

—Sí, sí, lo que tú digas. —Me pone la mano en el hombro y asiente como quien le da la razón a una niña de tres años.

—No vi el partido, pero Víctor me explicó que había sido considerablemente desastroso —sigue Chiara.

—Sí, Nico salió bastante cabreado. —Y también nervioso y agobiado por algo que no me contó—. No quiso hablar del tema y preferí no insistir.

Al llegar a casa, me dio un abrazo y se encerró en su habitación sin decir nada, ni siquiera a las gatas, que maullaron en su puerta durante un buen rato reclamando atención. Esta mañana no lo he oído marcharse, pero me ha dejado una taza de café preparado junto a una nota: «Nos vemos esta noche».

—Normal, debe de ser mucha presión —continúa mi amiga, con el pelo castaño flotando alrededor de la cabeza.

Me pregunto si lo que le vi ayer en la mirada fue esa presión mediática. Desde un inicio me ha contado que lo tienen acorralado, en el punto de mira. Ahora que leo la prensa deportiva, reconozco que a veces se pasan mucho. Ayer, sin embargo, era distinto. Lo vi dolido y nostálgico.

Sienna se levanta y nos arrastra a las dos junto a ella. Chiara abre los ojos de golpe.

—¡Ay!

—Shhh —le recrimina un chico que se encuentra en la esquina derecha. Nos miramos las tres a la vez, pedimos disculpas con un gesto y salimos de la piscina.

—¿Qué pasa? —digo bajito.

—Ahora no hay nadie en el Frigidarium y el Caldarium. Podemos meternos rápido en el agua congelada y nos quedamos un poco más en la supercaliente —nos propone contenta. Chiara y yo la miramos, negándonos a entrar en la primera—. ¡Es muy bueno para la circulación!

Nos empuja los pocos metros que nos separan de la piscina gélida y se mete en ella durante unos segundos. Después sale rápido y se mete en la caliente. Nos anima a hacer lo mismo.

Acabamos cediendo, aunque ni Chiara ni yo somos capaces de sumergir el cuerpo completo en la piscina de agua congelada.

—Se supone que es un spa relajante. ¡No pienso repetir esto! —digo enfurruñada por haberle hecho caso. Chiara respalda mi decisión, y Sienna se resigna.

—Entonces, ni menciono pasar quince minutitos en la sauna, o me vais a acusar de querer mataros en tu último día en Barcelona. —Se hace la ofendida, señala a Chiara con la mirada, y las tres soltamos una carcajada.

Unas horas más tarde, después del recorrido de spa y de pasar por casa de Sienna a ducharnos y arreglarnos, entramos en el restaurante Gala, donde ya nos espera Víctor en una de las mesas.

—¿Llevas mucho rato aquí, *amore*? —Chiara le da un beso cariñoso y se sienta a su lado en la mesa redonda.

—Solo cinco minutos. Al final he podido salir puntual del evento.

Pedimos una botella de vino blanco mientras esperamos a Valentina y Nico, que llegan casi a la vez. Hacemos las presentaciones pertinentes con la novia de nuestra amiga, que es guapísima y un poco tímida, pero a medida que avanza la cena se nota que se va sintiendo más cómoda con el grupo. Nico, en cambio, parece que se haya visto con mis amigas todos los días desde la fiesta en el viñedo: lo veo supercómodo, hace bromas y habla sin parar. Está mucho más animado que ayer por la noche.

—¿Y cómo es trabajar juntas? —pregunta Chiara, con una sonrisa curiosa—. Porque yo adoro a Víctor, pero si tuviéramos que compartir oficina, creo que nos tiraríamos los ordenadores a la cabeza.

Sienna y Valentina se miran y se ríen.

—Aún no hemos llegado a ese punto —responde Sienna—. Pero también es verdad que ha sido todo muy secreto, porque esta vez

era mi jefa. —Le dedica a su novia una expresión intensa—. Lo gestionaremos para que no vuelva a pasar y no tengamos que escondernos.

—Además, nos gusta debatir —añade Valentina, con una media sonrisa—. Que las dos seamos abogadas matrimoniales tiene su gracia… Cuando discutimos, parece que estamos en un juicio de verdad.

—Doy fe —asiente Sienna, tomando un sorbo de vino—. Casi más intenso que algunas vistas en el juzgado.

—Pero siempre hacemos las paces antes de ir a dormir. Es nuestra norma más sagrada desde que empezamos. —Intercambian una mirada y Sienna le acaricia la mano.

Seguimos charlando, compartiendo historias mientras van llegando los platos y las botellas de vino, e incluso Nico se permite beber más de una copa, porque mañana no entrenarán para poder aguantar la dura semana que se les viene encima.

Sin darnos cuenta, pasamos a los cócteles. Han bajado las luces y han subido la música. El restaurante ha adquirido un ambiente más vibrante y sofisticado. Se llena de grupos que disfrutan de un viernes noche en el corazón de Barcelona.

Me levanto a buscar mi última copa, esta vez sin alcohol, y Nico me sigue hasta la barra, que está hasta arriba de gente.

—Ey, gracias por invitarme esta noche. —Me pone una mano en la cintura y me mira directamente a los ojos—. Me encantan tus amigas.

—Creo que a ellas también les gustas mucho. Habéis conectado. —Le dirijo una sonrisa y siento el calor de su palma contra mi cuerpo —. Y no podíamos arriesgarnos a que me vieran en una noche de parejas sin ti, claro —añado, como si en algún momento esa hubiera sido la razón.

—Habría sido raro. —Me lanza una mirada cargada de intención.

Pido mi copa al camarero y, mientras espero, Nico me retira un mechón de pelo de la cara y lo coloca con cuidado detrás de mi oreja. Su otra mano, aún en mi cintura, me atrae sutilmente hacia él. Luego, con la yema de los dedos, me levanta la barbilla, obligándome a mirarlo.

—Quería pedirte perdón por estar raro anoche. Me encerré sin ni siquiera darte las gracias por venir al partido.

—No pasa nada, Nico. Entiendo que necesitaras tu espacio —se lo digo de corazón.

Mi mano encuentra su pecho. Seguramente, mi cerebro achispado toma decisiones por mí. Necesito más de ese contacto. Quiero sentir su piel bajo la fina tela de la camisa azul. Me muerdo el labio cuando veo que su mirada se oscurece. Las luces suaves del restaurante le iluminan el pelo canela, desordenado, y no puedo apartar mi mirada de la suya, que me atrapa y me enreda.

La mano que antes sostenía mi barbilla ahora traza lentamente un camino por mi mejilla. Recorre mis pecas con los dedos hasta llegar a mi nuca, donde se detiene. Un escalofrío me recorre la espalda. Todo a mi alrededor se desdibuja: la música, las voces, el restaurante lleno de gente. Solo existe él, su respiración contra la mía y el espacio casi inexistente entre nosotros.

Siento su contacto electrizante, el calor de su mano en mi piel y me pierdo en sus ojos océano. Puede que sea el momento, el subidón o la magia de la noche, pero me muero de ganas de besarlo y creo que él siente lo mismo, porque no aparta la mirada de mis labios.

Pero no puedo mandarlo todo a la mierda.

El camarero deja mi copa en la barra y aprovecho la distracción para dar un paso atrás y romper el contacto. Cojo mi bebida, me

giro y respiro hondo en un intento de recomponerme.

No me da la oportunidad de hacerlo.

Al instante, siento cómo Nico me agarra suavemente de la muñeca y, antes de que pueda reaccionar, me voltea de nuevo hacia él. Su mano regresa a mi cintura, me atrae más contra su cuerpo, sella el poco espacio que queda entre nosotros, y posa sus labios sobre los míos con decisión.

Noto su lengua abrirse paso y entrelazarse con la mía, en una danza prohibida que me hace soltar un pequeño gemido. Sus manos me atrapan, una en la parte baja de la espalda y la otra enredada en mi pelo. Tengo que hacer malabares para no tirar la copa cuando muevo mi mano izquierda hacia su pecho y me agarro a la camisa.

Al cabo de unos pocos segundos, su boca se aleja y noto su ausencia en ese instante, pero no se aparta del todo. Choca su frente con la mía y levanto la vista hacia sus ojos, que brillan con una intensidad nueva.

—No te des la vuelta —me dice bajito, aún con las manos sobre mi cuerpo—, pero Aarón está aquí.

—¿Qué…?

—Lo he visto cuando te has levantado de la mesa. Venía directo hacia ti.

Aarón. Así que el beso ha sido por eso.

—No voy a dejarte sola, ¿vale?

—Por favor.

Separa su frente de la mía y su mano abandona mi nuca, como si nada hubiera pasado. Volvemos a la mesa juntos, él aún rodeándome la cintura. El resto del grupo parece no haberse percatado de nada.

Mi mente va a mil.

Nico acaba de besarme y solamente ha sido para alejar a Aarón.

El beso me ha encantado. Aarón está aquí. Tenía ganas de ese beso, pero para Nico solo ha sido una parte más de nuestro trato. Espera, ¿Aarón me ha seguido? ¿Por qué está aquí? ¿Cómo sabía dónde encontrarme? ¿O habrá sido casualidad? Con Aarón las cosas nunca son casualidad.

Repaso mentalmente todas las opciones: el restaurante Gala no es habitual para nosotras, aunque tampoco es el primer viernes que pasamos aquí. Lo tengo bloqueado en todas las redes sociales y mis amigas también. ¿Se habrá hecho una cuenta falsa? ¿Sabía dónde estaba Nico y ha asumido que yo estaría con él?

—Olivia, estás entrando en bucle. —La mano de Nico está en mi muslo y me mira fijamente, susurrando. La forma en que me toca me abruma y, sin embargo, me centra al mismo tiempo, devolviéndome a esta habitación llena de música, risas y perfume—. No va a decirte nada, no le vamos a dejar. Y yo no me voy a separar de ti. Te lo prometo.

Me paso las manos por la cara. Tiene razón, estoy dejando que otra vez la simple presencia de Aarón me amargue la noche, y esta no es una velada cualquiera. Es una noche para celebrar, para pasármelo bien y despedir a una de mis mejores amigas. Y eso es exactamente lo que voy a hacer.

Respiro profundamente, le doy un beso en la mejilla y asiento con mi mejor sonrisa. Él suelta una carcajada ante mi rápido cambio de cara (*fake it until you make it*) y volvemos a participar en la conversación del resto.

Cuando llegan las dos de la madrugada, y decidimos que ya es hora de volver a casa, Nico ha cumplido con creces su promesa: no se ha separado de mí ni un segundo, y Aarón no se ha acercado, aunque nos ha estado espiando de lejos.

Nos despedimos de todos en la puerta, entre risas y alguna que

otra lágrima. Chiara nos promete que haremos videollamadas todas las semanas. Yo me siento rara porque esto no me sabe a despedida, pero, a la vez, siento que todo cambiará sin ella en Barcelona.

Supongo que notaré realmente que mi pareja favorita vive en Roma cuando quede con Sienna para comer y nos falte la morena del grupo, pero eso será inevitable. Me obligo a pensar que no nos estamos separando para siempre ni estoy perdiendo a mi amiga. Aunque me cueste, al darnos un último abrazo, sonrío, porque me siento muy afortunada por contar con su amistad.

27

Nico
49 días para volver a empezar

El camino hacia casa es, cuando menos, divertido. Solo nos separan unas pocas calles del restaurante y Olivia se las pasa hablando, riendo, cantando y casi saltando. No está borracha, pero sí en ese estado de hiperactividad que te hace hablar sin filtros. Me revela que el sujetador que lleva le molesta y que necesita quitárselo de una vez. ¿Para qué necesito yo tener esa información? ¿Para seguir torturándome después del beso?

Me encantaría decir que ha sido falso, pero Aarón solamente ha sido la excusa a la que me he agarrado para besarla. Después de pasar gran parte de la noche con la vista clavada en ella, cuando se ha levantado a por una copa, la he seguido, como atraído por un imán.

Llamémoslo impulso, tendencia sobreprotectora o directamente conducta heterobásica, me da igual. No podía consentir que ese imbécil le volviera a soltar una estupidez. Me negaba a verla mal otra vez por él. Que Aarón estuviera allí, caminando hacia Olivia con

tanta prepotencia, me ha hecho hervir la sangre, aunque también confieso que me moría de ganas de besarla mucho antes de verlo.

Ahora, mientras Olivia abre la puerta del portal, solo pienso en que vamos a compartir ascensor y que deseo repetir la sensación de tener su lengua contra la mía. ¿Desde cuándo me obsesiono yo por alguien? Supongo que desde que no puedo besar a la chica que me gusta, aunque viva con ella.

Entramos en casa. Nada más cruzar el umbral de la puerta, se quita uno de los tacones. Suelta un pequeño gemido de placer cuando su pie descalzo se apoya por fin en el suelo y casi tropieza con Ivy, que ha saltado del sofá al oírnos llegar. La sujeto por el codo con firmeza mientras intenta quitarse el otro zapato, aunque no consigue abrir del todo la hebilla.

—Espera, déjame.

Planto una rodilla en el suelo delante de ella y se lo desabrocho. Por fortuna, he pasado a los cócteles sin alcohol incluso antes que ella, porque ese cierre está realmente trabado.

—Gracias —me dice cuando lo logro.

Me levanto y me alejo de su radio de alcance tanto como el espacio me lo permite, aunque ella me sigue hacia la cocina, ahora con las gatas a sus pies. Preparo dos vasos de agua, me bebo uno del tirón y le doy el otro.

—Buenas noches, Olivia.

Paso como un rayo por su lado hacia mi habitación sin darle tiempo a responder, porque o me alejo de ella o voy a besarla de nuevo, y esta vez no tendría excusa plausible. Sin embargo, antes de tirarme en la cama, la oigo susurrarme:

—Nico, ¿me ayudas con el vestido? La cremallera se ha enganchado.

—¿Cuántas prendas pueden quedarse enganchadas alrededor de

tu cuerpo en una sola noche, Daisy? —Me paso las manos por la cara. Esta chica me va a matar.

Olivia se acerca cautelosa, con la mirada clavada en mis ojos. Sus labios están un poco hinchados, como si recordaran mi boca tanto como yo la suya. Cuando se muerde ligeramente el inferior, sé que estoy jodido.

Se da la vuelta despacio, me muestra la cremallera de su vestido. No sé si me está poniendo a prueba o si realmente necesita ayuda, pero, sea como sea, está ganando la batalla.

Le pongo las manos en la cintura y noto que su piel reacciona a mi contacto, aunque sea a través de la ligera tela de su vestido. Algo se despierta en mi interior. Mi cuerpo me ruega que me acerque más, que la envuelva y repita el beso de antes. Es una locura lo mucho que deseo tenerla cerca; lo siento en todas mis terminaciones nerviosas y va a hacerme perder la razón.

Le aparto el pelo para alcanzar la cremallera y la bajo hasta su cintura, con una lentitud que roza lo cruel, pero Olivia no se mueve ni un milímetro, aunque oigo su respiración algo agitada.

No tiene sentido.

No me importa, no puedo apartar mi mente de ella.

Mis dedos juguetean con su pelo un segundo y, al siguiente, mi mano le desliza suavemente el vestido por el hombro, dejándolo al descubierto. Su piel es tan suave como había imaginado que sería las doscientas veces que he pensado en ella desde que la conocí. Sin apenas razonar, me inclino para besarle el hombro.

Esto lo desata todo.

Se gira en un movimiento rápido, su mano busca la mía como si fuera un ancla. Tiro de ella y, cuando quedamos de frente, ninguno duda en cerrar el espacio que nos separa.

Se pone de puntillas y su lengua se abre paso por mi boca. A la

vez, sus dedos viajan por mi pecho, desabrochan los botones de mi camisa uno a uno, con premura.

La beso con la urgencia de alguien que ha estado conteniéndose demasiado tiempo y que ahora, finalmente, cede al deseo. No debería hacerlo, pero mi cuerpo toma el control de la situación.

Cuando toca la cinturilla de mis pantalones, entre besos húmedos y caricias, le deslizo el otro tirante del vestido y este cae al suelo en menos de dos segundos.

Dejo un rastro de besos por su cuello y rodeo sus muslos con mis manos para levantarla sin esfuerzo. En cuanto la dejo encima de la cómoda, se le escapa un gemido.

Mierda.

Voy a perder la cabeza.

Su respiración está agitada mientras sus manos siguen viajando entre mi pecho y mi pelo. Abre un poco más las rodillas, reduciendo el espacio entre nuestros cuerpos. No sé si es la noche o las ganas de tenerla, pero mi cuerpo reacciona al suyo de una forma casi magnética.

—*Cosa stiamo facendo?*[43] —le susurro, casi sin parar de besarla.

—Aparentar —responde con una encantadora sonrisa iluminando su cara.

Su cuerpo encaja con el mío de forma casi perfecta. Su piel arde junto a la mía mientras nuestras bocas se buscan, se muerden y suplican. Su respiración entrecortada me hace endurecerme aún más y, cuando aprieto sus caderas contra mí, me aseguro de que lo note.

Sus piernas me rodean con más fuerza.

Deseo que sus manos bajen un poco más, que me quite los pantalones y me agarre con fuerza.

Deseo quitarle su ropa interior y entrar en ella, varias veces si es

posible.

Entre sus piernas, pierdo el sentido del tiempo. Solo noto que la temperatura de la habitación ha subido varios grados y que su cuerpo no quiere separarse del mío, a juzgar por los sonidos que emite al tiempo que nos besamos.

Siento su boca y su respiración desbocada contra mi cuello mientras pide más.

No voy a poder parar si sigo así.

Le paso la mano por la espalda y el hombro, juego con el tirante de su sujetador, y noto cómo su piel se eriza ante mi contacto.

—Como te quite esto, mañana tendremos un gran problema tú y yo. —Mi voz suena ronca, cargada de deseo y advertencia.

Se aparta un poco, mirándome entre excitada y aturdida. Asiente despacio, mordiéndose el labio.

—Joder. —Respira profundamente para serenarse y echa la cabeza para atrás—. Sí, ¿verdad? —No suena muy convencida, aunque identifico su lucha interna entre lo que quiere y lo que implicará si continuamos con esto.

—Si me preguntas de nuevo, no me hago responsable.

Su aliento choca con mis labios. No se aparta, yo tampoco.

Nuestras manos siguen enredadas: las suyas en mi pelo y las mías en su cintura y en el tirante de su sujetador.

—Nico. —Su voz es apenas un susurro, un quejido ante el fantasma de mi boca sobre la suya.

Mi pulgar recorre las pecas de su mejilla, sus labios, su mandíbula y baja lentamente hacia su cuello. Allí noto su latido acelerado. Mis dedos están ardiendo. Sé que si cruzamos este puente no habrá vuelta atrás, pero, como me lo pida de nuevo, no voy a detenerme.

—Pídemelo, Daisy —musito despacio besándole la clavícula—.

Pídemelo y te desnudo ahora mismo.

Se estremece, hundiendo sus dedos en mi espalda. Joder, estamos hechos el uno para el otro.

—No puedo. —Apoya su frente en la mía y cierra los ojos con fuerza—. No deberíamos…

Sus dedos la contradicen, porque siguen arañando mi piel y sus piernas aún me rodean con fuerza.

—*Allora dimmi di fermarmi.*[44] —Le coloco un mechón detrás de la oreja y le levanto la barbilla para mirarla directamente a los ojos. El brillo de su mirada es intenso, ardiente, y me acerco poco a poco a su boca—. Dime que no me acerque más…

No lo dice.

No quiere que pare, pero no acaba de reducir los milímetros que separan nuestros labios. Estamos en la misma encrucijada.

Por primera vez en mi vida, soy yo el que se detiene y aleja.

Doy un paso atrás, aumento el espacio entre nuestros cuerpos y siento de inmediato el vacío que deja. Mi cuerpo la reclama, cada milímetro de mi piel busca la suya, su calor y su perfume.

Olivia continúa sentada en la cómoda con los labios hinchados, el pelo revuelto y la respiración agitada. Me observa con deseo y frustración. Sé que si me quedo un segundo más, si la vuelvo a tocar, si la escucho gemir otra vez mi nombre, todo se irá a la mierda.

—Buenas noches, Liv —murmuro con la última pizca de autocontrol que me queda.

Me giro y salgo de la habitación sin mirar atrás, hacia el baño, suplicando que, cuando salga, ella ya se haya ido a su cuarto.

Porque sé que, si no, la desnudaré por completo y la follaré lo que queda de noche.

28

Olivia
36 días para cerrar el círculo

Me despierto con uno de mis sonidos favoritos, pero ahora mismo me va a hacer estallar la cabeza: el maullido de Ivy y Willow. Durante el día me hace gracia que emitan esos agudos sonidos para llamar mi atención, pero a las nueve de la mañana de un sábado, después de salir hasta tarde, es lo último que quiero.

Me siento en la cama y me masajeo las sienes. Anoche me puse el camisón de verano, aunque solo estemos en abril. Mis gatas, felices por verme despierta, dejan de maullar y empiezan a ronronear, moviéndose por encima del colchón de un lado a otro. Recuerdo absolutamente todo lo que ocurrió anoche. Ojalá los cócteles sin alcohol también dejaran en blanco la memoria.

La vuelta a casa, el zapato que no salía y mi estúpida idea de pedirle a Nico ayuda con la cremallera del vestido, que terminó con uno de los besos más *hot* que me han dado en mucho tiempo. Ah, y no nos olvidemos del instante en el que casi le rogué que me echara un polvo.

¿En qué demonios estaba pensando? Pues en lo mucho que me atrae Nico y en la cantidad de meses que llevo sin tener sexo. Estos dos factores, combinados con el vino, tras el beso en el restaurante, solo podían llevarme a querer más. No voy a culpar a las copas, porque no bebí tanto, pero el alcohol me dio el valor de hacer lo que quiero desde hace días.

Y ni siquiera puedo encerrarme en la habitación. Primero, porque tengo dos gatitas hambrientas, y, segundo, porque es sábado. Ya trabajo suficiente durante la semana como para quedarme atrincherada en un día libre, aunque sea en un ático con vistas preciosas y una estantería llena de libros.

Cierro la puerta de mi habitación y cambio mi camisón veraniego por algo que me cubra un poco más: unos pantalones anchos con estampado beis y blanco, una blusa blanca con mangas abullonadas y mis sandalias color chocolate.

Mi plan es sencillo: dar de comer a las gatas, pasar rápido por el baño a arreglarme y salir antes de que Nico se despierte. Pero cuando estoy poniendo el pienso en los cuencos a Ivy y Willow, me doy cuenta de que las llaves del coche no están en la encimera, donde están siempre.

¿Ya se ha ido? ¿No quería cruzarse conmigo después del beso? Es justamente lo que estoy haciendo yo, pero es distinto. Resoplo, un poco ofendida. ¿Se apartó porque se arrepintió? A lo mejor se sintió acorralado con mi estúpida idea de la cremallera, pero el beso fue intenso, notaba su erección contra mi bajo vientre y…

Basta. ¡No puedo continuar fantaseando con mi compañero de piso! Por el amor de Dios, es mi novio falso. Los límites de nuestro acuerdo empiezan a desdibujarse y no hace ni un mes que vivimos juntos. Tengo que dejar de pensar en él de este modo y, ante todo, tengo que mantenerme alejada de su boca.

Me encierro en el baño y me apaño la maraña de pelos posfiesta. Me paso el cepillo y me hago un moño alto un poco desordenado que, por lo menos, esconde que necesito lavarlo. Ahora no tengo tiempo para eso.

Por suerte, mi yo eufórica se desmaquilló ayer por la noche, así que me hago el *skincare* y me vuelvo a maquillar lo básico para verme un poco mejor: tapaojeras, polvos de color, colorete y un poco de rímel. Por último, los labios de un tono cereza oscuro que me da la confianza que necesito hoy.

Quizá parezca superficial, pero el hecho de arreglarme siempre me ha hecho sentir más segura. Verme más guapa me cambia el *mood* al instante. No tiene nada que ver con necesitar o no terapia, ni con mi autoestima, es algo más. A veces, una desea sentirse dentro de una película y creerse la protagonista de su propia historia.

Pero esa seguridad dura poco. Nada más salir del baño, choco con un pecho que últimamente he aprendido a reconocer a la perfección. Mierda.

—Estás aquí. —Como forma de dar los buenos días deja mucho que desear, pero es lo primero en lo que piensa mi cabecita confusa.

Nico aún se está desperezando.

—¿Dónde debería estar?

—No están en la encimera las llaves de tu coche —susurro con un hilo de voz.

—Están en mi habitación, y eso ¿qué más da?

—Pensé que te habías ido.

Creo que lo entiende. Se da cuenta de que he pensado que habría huido después del beso de anoche. Me siento un poco ridícula, porque eso es exactamente lo que estoy haciendo yo: marcharme sin decir nada, desaparecer hasta la noche.

Nico me mira muy serio, con una expresión que no logro descifrar del todo.

—Sigo aquí. —Me aguanta la mirada—. Aunque ha sido una noche larga y solo quiero desayunar y pasarme el día en el sofá, ¿vale?

No parece enfadado, pero sí contrariado. Como si estuviera agradeciendo en silencio que hubiéramos parado a tiempo y que no cruzáramos una línea de la que ninguno de los dos podría haber dado marcha atrás.

—Claro, de hecho, yo ya me iba.

Le ofrezco una sonrisa forzada, tan vacía como la que él esboza.

¿Qué demonios le pasa?

No parece el mismo Nico de los últimos días. El aire está tenso. Él parece frío e incluso las gatas lo notan, porque no se le han echado encima.

—Sobre anoche… —empiezo, aunque no sé cómo terminar la frase.

—No te preocupes —me corta—. Sé que no debería haber pasado.

Mierda, definitivamente no es así cómo yo iba a terminarla.

Mantiene la mirada fija en mí y soy incapaz de interpretar su rostro. Podría decir que no es eso y que quiero hablarlo, pero decido ser una cobarde y callar.

—Lo olvidamos —afirmo, pese a que, por alguna razón, suena más a pregunta.

Asiente lentamente y se hace a un lado para que pueda pasar por el estrecho pasillo. Por un momento, creo que su mano roza la mía, pero no sé si ha sido intencionado o provocado por la falta de espacio.

Quizá esté siendo una cría al evitar enfrentarme a ese beso, pero

no puedo remediar el miedo que me da y las dudas que me asaltan. ¿Y si me estoy equivocando con Nico? ¿Y si me he imaginado esa complicidad y él solamente busca sexo? ¿Y si vuelve a romperme el corazón, como hizo Aarón?

A pesar de mis reticencias, su olor corporal, mezclado con la colonia de ayer, se mete en mis fosas nasales y me hace revivir el beso de hace apenas unas horas. Aunque fuera un error, no lo olvidaré fácilmente.

Joder.



En todos los semáforos en rojo que me he encontrado desde el apartamento hasta el piso de Emma, he estado tentada de regresar a casa y acomodarme en el sofá a su lado. No lo he hecho, pero creo que nunca había tenido tantas ganas de recostarme con alguien.

—¿Vemos algo? —Mi hermana baja las persianas del comedor, y sabe perfectamente mi respuesta.

—*Friends*, por favor.

Se hace la sorprendida y se tira a mi lado en el sofá, encendiendo la tele. Le doy uno de los cruasanes de chocolate que he comprado en el camino y nos lo comemos concentradas en «The one with the jellyfish», el mítico capítulo en el que Rachel le escribe a Ross la carta de dieciocho páginas (por ambas caras) y él se queda dormido leyéndola. Creo que *Friends* será siempre mi serie favorita. Basta con escuchar las palmadas de la intro para sonreír sabiendo que te esperan treinta minutos de adentrarte en la vida adulta como ellos.

Emma me concede un capítulo de gracia, pero, antes de empezar el segundo, pausa la serie y se mueve en el sofá. Se sienta con las piernas cruzadas a centímetros de mí.

—Vale, no te has reído en el momento en que Monica, Chandler y Joey cuentan lo que pasó con la medusa. Por tanto, ha pasado algo más gordo de lo que imaginaba. —Nunca puedo resistirme al *If I had to, I'd pee on anyone of you* de Joey, en eso tiene razón—. ¿Por qué has venido tan temprano y con cara de resaca emocional?

Giro la cabeza en su dirección y me encuentro la mirada inquisitiva de mi hermana pequeña.

—No tengo cara de resaca emocional.

—Liv, pareces la protagonista de una de tus novelas románticas cuando descubre que se ha enamorado del chico equivocado.

Suelto una carcajada irónica y cubro mi cara con un cojín.

—No estoy enamorada.

—No he dicho que lo estés.

Vuelvo a dejar el cojín en su sitio y la miro fastidiada por tener que confesarme en voz alta.

—Me besé con Nico.

Sus ojos se abren como platos y deja el mando de la tele en la mesa con un golpe seco.

—¿Qué?

—Bueno, él me besó primero en el restaurante porque apareció Aarón, pero luego yo casi le rogué que me follara.

—¡¿Qué?!

—Arrrgh. —Me hundo en el sofá, frustrada—. Anoche, al llegar a casa, y fue un puto desastre.

Emma se recuesta a mi lado con una sonrisa mal disimulada. Se lo cuento todo, sin obviar ningún detalle, incluido cómo esta mañana me ha dicho que no debería haber pasado. Puede que mi hermana

pequeña no necesite conocer mi biografía sexual, pero en este caso es crucial no dejarme nada para tener su opinión sin sesgos.

—Claramente os gustáis, sois adultos e incluso parece que ya sois pareja. ¿Qué mal hay en dejaros llevar?

—Emma, me ha dicho que no debería haber pasado.

—Porque seguramente pensaba que te arrepentías. —Suelta un bufido, exasperada—. ¿Qué esperabas? Te has marchado de casa antes de la diez de la mañana un sábado después de una noche de fiesta.

—Yo…

—Nadie dice que tengáis que casaros. Solamente te digo que no pasa nada por echar un polvo y ver cómo va la cosa. —Se encoge de hombros tras este último consejo.

La fulmino con la mirada, pero una parte de mí piensa en lo fácil que sería dejarse llevar.

Seguir besándolo.

Seguir cayendo.

Y tal vez, solo tal vez, parar de fingir.



Cuando vuelvo a casa pasadas las nueve de la noche, siento que es un momento importante, aunque no sé decir el porqué. Quizá por la escena que compartimos ayer, pero a lo mejor es más que eso. Aunque me aterra la idea de sentir algo por Nico, pasar el día con Emma me ha servido para descubrir que no me importaría asumir esos sentimientos, incluso con miedo.

Un aroma delicioso me asalta mientras giro la llave en la cerradura y me sorprende encontrar a Nico en la cocina, haciendo la

cena. Cierro la puerta detrás de mí y dudo un segundo. Me esperaba cualquier cosa menos esto.

—Ey —dice sin mirarme, concentrado en la sartén—, justo a tiempo.

Ya no hay rastro de la incomodidad de esta mañana, aunque tampoco de la tensión de anoche. Como si nada hubiera pasado.

Me quedo callada unos instantes y lo observo detenidamente: está en medio de la cocina, con sus pantalones de chándal gris oscuro y una camiseta negra de manga corta que se le pega al cuerpo y marca sus músculos. Está removiendo algo en una cazuela.

—¿Qué preparas? —pregunto recatada acercándome poco a poco.

—Risotto de setas con extra de parmesano y un toque de trufa —responde con una sonrisa, y orgulloso porque sabe que me encanta la trufa—. Es una receta de mi tía Alicia; siempre me la hacía de pequeño.

—Huele fenomenal.

Esta vez, mi sonrisa es real. Nos aguantamos la mirada un par de segundos, y sin quererlo recuerdo la forma en la que me agarró anoche, el calor de sus manos en mi piel, su boca encajando con la mía como si siempre hubiera tenido que estar ahí. Pero ahora no es momento de esto.

Me aclaro la garganta y me giro hacia el armario de la cocina.

—Voy poniendo los platos.

Nico asiente, como si no hubiera detectado en mi mirada que he tardado menos de cinco minutos en recordar anoche. El hecho de que haya puesto la mesa junto al sofá, con la lamparita encendida y una peli pausada lista en la pantalla, me hace pensar que esta es su forma de decirme que todo está bien. Seguimos con el plan y no lo hemos mandado todo a la mierda. No nos hemos cargado la

complicidad que teníamos por un momento de pasión. Volvemos a ser nosotros.

Y con eso me basta.

Por ahora.

Hasta que sepa qué hacer con mi corazón desbocado.

29

Nico
44 días para volver a empezar

El ruido de la obra resuena en el aire, cuando empujo la puerta del local, y me saca de mis pensamientos. A pesar del polvo en suspensión y del fuerte olor a madera recién cortada y a pintura, el espacio ya empieza a parecerse a lo que llevo soñando durante años.

—Joder, Sorní —dice Alfie detrás de mí echando un vistazo a su alrededor—. Esto parece sacado de una puta revista.

—Teniendo en cuenta que ya ha salido en portada junto a su novia falsa, es lo mínimo que esperábamos, ¿no? —bromea Levi pasándome un brazo por los hombros antes de avanzar hacia la barra, aún cubierta con plásticos.

—No empieces con lo de la novia falsa, que ya tenemos bastante con la prensa —murmuro sacudiéndome el polvo de la camiseta.

Las mesas aún no han llegado, pero la estructura de la cocina ya está montada y las luces industriales cuelgan del techo a la espera de ser conectadas. Poco a poco, todo va cobrando forma.

—Entonces ¿qué? ¿Vamos a tener mesa vip cuando inaugures? —pregunta Alfie apoyándose en la barra con las manos en los bolsillos.

—Si me ayudáis a montar las sillas cuando lleguen, podréis elegir la que queráis.

—Eres un cabrón. —Me da un leve empujón con el hombro.

Me río, aunque en el fondo noto presión en el pecho.

Por fortuna, ayer ganamos el último partido de las semifinales, lo que implica que oficialmente estamos clasificados para la final. No voy a negar que, aunque no sienta lo mismo que antes, me emociona pensar hasta dónde hemos llegado y lo bien que hemos jugado este último partido. Si seguimos así, me despediré muy bien del hockey sobre hielo, lo que augura un muy buen inicio del restaurante. O eso espero.

Aún falta mucho papeleo, muchos trámites legales que aborrezco y que tardan una infinidad de tiempo, pero por lo menos el espacio va viento en popa.

Con Olivia no sabría definir honestamente cómo van las cosas. Estos últimos días no he podido dejar de pensar en aquella noche, en cómo su cuerpo casi desnudo reaccionaba al mío, en su piel, sus labios, sus ojos pidiéndome más y su frustración cuando no se lo di, pese a que tenía las mismas dudas que yo. Aun así, me dolió verla triste y confundida a la mañana siguiente. Definitivamente, la cagué con mi comentario de mierda antes de irse.

Levi se me acerca, serio, cruzándose de brazos.

—¿Cómo lo llevas?

Me apoyo en la encimera y suelto un suspiro.

—*Bene*.[45] Cansado, pero *bene.*

—No me jodas —interviene Alfie—. Estás entrenando como un cabrón, jugando los *playoffs*, fingiendo que tienes novia y montando

un puto restaurante. Si de verdad lo llevas bien, dame la receta, porque yo me estreso con mucho menos.

—Digamos que… sobrevivo.

Levi me mira fijamente, como si intentara descifrar qué hay detrás de mi respuesta. Siempre ha sido muy bueno leyendo a la gente, y me conoce demasiado bien como para tragarse cualquier chorrada que pretenda venderle.

—Vale, lo admito, estoy aterrado. Pero supongo que eso es normal, ¿no?

—Es normal, tío. —Alfie me da una palmadita en el pecho—. Pero nosotros estamos aquí. Contigo.

—Y tu padre, ¿se está tragando lo de Olivia? —Levi sabe lo mucho que me preocupa este tema.

Suelto todo el aire contenido en el pecho y me paso una mano por la nuca antes de responder.

—De momento, parece que sí. Oficialmente solo se han cruzado un par de veces, el día que los presenté y en los últimos partidos, pero no han hablado mucho. Este finde nos vamos a Londres y…

—¿Londres? —repite Alfie, sorprendido.

—Hay una gala benéfica a la que mi padre asiste todos los años y ha pensado que, ahora que tengo novia formal, va a ser el mejor momento para lavar mi imagen de mujeriego. Por lo menos, me está ayudando sin saberlo. La gente me querrá más si estoy enamorado que si revoloteo de chica en chica.

Chasqueo la lengua, derrotado, porque odio que se me juzgue por con quién me acuesto. ¿Qué importa que no tenga pareja estable si las chicas con las que salgo están de acuerdo en que sea un rollo de una sola noche? No voy a mentir diciendo que estoy sufriendo en esta farsa con Olivia; al contrario, pero preferiría no tener que engañar a nadie para que se me tome en serio en mi vida

profesional.

—Sí, siempre te han machacado por no sentar la cabeza —acepta Levi, con una sonrisa triste—. Es una mierda que estés en su punto de mira.

—Imagino que después del escándalo con Ágata es normal. La prensa sigue pensando que lo dejamos porque le puse los cuernos.

Eso fue lo que ella dio a entender en redes unos meses después de dejarlo.

—¿Y Olivia está contenta con la escapada romántica a Londres? —Alfie levanta repetidamente las cejas y yo le doy un manotazo en el brazo.

—Aún no se lo he contado.

—¿Por? —La mirada inquisitiva de Levi me atraviesa como un cuchillo—. ¿No será que para ti todo esto es mucho más que la pura apariencia?

—No sé de qué me hablas.

—No me jodas, Nico. La convivencia. El beso que casi acaba en un buen polvo. Ya hace semanas que vivís juntos y, no sé, a lo mejor comienzas a pensar que eso de fingir que estás con una mujer espectacular, y con la que tienes química real, no es tan falso.

Aprieto la mandíbula y aparento que su pregunta no me remueve. No respondo, básicamente porque aún no tengo respuesta para eso. Olivia necesita sanar, que su ex desaparezca del todo y sentirse de nuevo segura. Ella misma me dijo que no quería volver a estar con nadie hasta encontrarse bien, y no quiero que sienta que no lo respeto.

—Vamos a centrarnos en lo importante, ¿vale? —Me giro para recorrer el local con la mirada—. Esto es lo que he querido siempre y lo único que necesita mi atención ahora.

—¿Y Olivia no entra en la ecuación? —pregunta Alfie con una

sonrisa traviesa.

—No.

Lo digo demasiado rápido. Demasiado firme. Levi y Alfie se miran entre ellos con cara de no creerme nada.

—Vale, Nico. Lo que tú digas.

No contesto, pero, mientras los guío hacia la cocina, no puedo evitar preguntarme si dentro de cuarenta y cuatro días, cuando este sitio esté lleno de gente, seré capaz de regresar a casa y no desear compartir esa felicidad con ella.



Durante el camino de vuelta al apartamento, saco el móvil del bolsillo y llamo a Alicia. Desde siempre, por lo menos una o dos veces a la semana, nos llamamos en los ratos libres para ponernos al día y ver cómo va todo. Imagino que es lo que hacen los hijos con sus madres. Y yo no tengo una madre presente, pero sí una tía maravillosa.

Me responde al tercer tono con su característico *Ciao, tesorino*[46] de toda la vida, que hoy suena incluso más alegre de lo habitual.

—¿Cómo está mi tía favorita?

—Soy tu única tía, Nico. —Oigo su risa al otro lado de la línea y por el ruido parece que se levanta de una silla—. Estoy muy bien, tomando una copa de vino con un viejo amigo.

—¿Giulio?

—No, no, aunque lo vi hace poco y te manda recuerdos. ¿Tú cómo estás?

—Bien, agobiado, supongo. *Ma felice.*[47]

—¿Cómo van las obras?

—Justo salgo de allí, he ido con los chicos a enseñarles el espacio.

—¿Y con tu chica?

—No es mi chica, Alicia, es tan solo una amiga y nos ayudamos mutuamente. —Este comentario me sale más seco de lo que pretendía.

—Vale, vale, no he dicho nada.

—*Scusa*, es que acabo de tener la misma conversación con Levi y Alfie y no puedo pensar en eso ahora.

—Nico, lleváis viviendo juntos casi tres semanas y, por cómo hablas de ella, esto es más que una farsa. No me extraña que tus amigos te digan lo mismo. Ni siquiera os he visto juntos y os puedo imaginar perfectamente sonriéndoos como dos adolescentes. ¿Me equivoco?

—No tengo tiempo para esto —replico resoplando—. Tengo suficiente con el restaurante, con el equipo y con la prensa. No necesito añadir más complicaciones a mi vida.

—Ay, cariño, las mejores cosas de la vida siempre son complicadas.

Suspiro y no puedo evitar que mis comisuras se curven hacia arriba al pensar en ella.

—Tenemos mucha complicidad, eso no te lo voy a negar.

—Y entonces ¿cuál es el problema?

—Que sé que voy a hacerle daño, *zia*. Ella es un rayo de luz y yo soy la tormenta. Ya ha sufrido demasiado. Necesita sanar y sentirse segura. No sé si voy a cagarla si me dejo llevar.

—Pues no le hagas daño. Es tan simple como eso.

Ah, claro, tan simple como eso. Gracias por nada.

—Esto se está poniendo demasiado intenso y hoy no es mi día,

lo siento. Charlamos pronto, ¿vale?

—Espera, Nico.

—*Dimmi*[48] —suspiro.

—Sé que piensas que no puedes confiar en nadie que no seamos Izzy, Levi, Alfie o yo. Te conozco como si te hubiera parido, sé que te da miedo cagarla después de Ágata. Pero ella no es Ágata. Olivia es una chica completamente distinta, que hasta ahora parece que se preocupa genuinamente por ti y que conectáis. Demuestra que puedes no hacerle daño; al contrario, puedes ayudarla a sanar respetando siempre tus límites, y confía en que ella hará lo mismo.

Confiar. Ojalá fuera tan sencillo, pero no lo es. Alicia guarda silencio unos segundos al otro lado de la línea, pero sé que no ha terminado.

—Nico, cariño… —Su voz suena más suave, como si intentara no asustar a un animal herido—. A veces te pasas más tiempo convenciéndote a ti mismo de que no puedes amar que permitiéndote sentir.

—No es tan fácil.

—¿Y si lo fuera? ¿Y si con Olivia fuera más fácil de lo que crees?

Cierro los ojos un momento y recuerdo cómo se acurruca en el sofá con sus gatas, cómo frunce el ceño cuando está concentrada en un libro, cómo me sonríe mientras cocino y cómo me regala su pequeño baile de felicidad al probar el primer bocado, muerta de hambre.

No. No puedo permitirme pensar en eso.

—Tengo que colgar, Alicia, ya estoy en casa.

La oigo suspirar, seguramente dándose por vencida.

—*Ti amo, tesorino*.[49]

—*Anch'io, zia*.[50]

Las palabras de mi tía resuenan en mi mente mientras abro la

puerta del piso y me encuentro a Olivia tumbada en el sofá, ensimismada en el iPad. Me saluda distraída y las gatas saltan a recibirme.

—*Ciao.* —Me acerco a ella sonriendo y Olivia me devuelve la sonrisa, casi sin levantar la vista de la pantalla—. ¿Qué miras tan concentrada?

Cojo a Ivy en brazos y me siento a su lado, a lo que Willow se sube a mi regazo y empieza a ronronear.

—Oh, nada. Estaba haciendo un tablón de Pinterest de decoración. —Mueve la mano restándole importancia.

—¿Para qué quieres eso?

—¿Para tener en una sola carpeta todas las ideas de decoración que me gustan…?

Lo pregunta como si fuera lo más obvio del mundo y yo sigo sin entenderlo.

—No te preocupes, no voy a cambiar nada del piso sin tu permiso.

—Puedes cambiar lo que sea sin mi permiso.

—¿En serio?

—También es tu casa, Olivia. —Le doy un suave toque con el hombro y ella se ríe.

—Igualmente, no voy a hacerlo. Es un cambio demasiado radical y seguro que no te gusta. Además, es caro, muy caro. Y tampoco me importa. El piso está bien así.

Se encoge de hombros y cierra el iPad, pero la conozco lo suficiente como para saber que le encantaría tener lo que sea que hay en ese maldito tablón de Pinterest. Me acomodo un poco más en el sofá y la tomo de la muñeca antes de que se levante.

—Oye…

—¿Qué? —Me mira, curiosa.

—Mañana tenemos que ir a Londres.

Parpadea un par de veces, como si no me hubiera entendido bien.

—¿Cómo que «tenemos»?

—Hay una gala benéfica que se organiza todos los años y a la que mi padre asiste siempre. Este año ha decidido que, como ya no soy un playboy, tenemos que ir por cuestiones de imagen. —Me rasco la nuca y espero su reacción—. Sé que es muy a última hora y no estás obligada a venir, pero…

—Pero sería raro si no fuera, ¿no?

Asiento con una mueca.

La veo dudar y casi me arrepiento de haberlo mencionado. No quiero que sienta que la estoy presionando, aunque mi padre me arrancaría la cabeza si le llevara la contraria.

Olivia suspira y se recuesta en el respaldo del sofá.

—¿Y qué tipo de gala es?

—Ya sabes, de esas en las que hay demasiada gente importante, discursos aburridos y comida en platos minúsculos. Pero nos pondrán en un hotel bonito y podemos aprovechar para visitar la ciudad…, y hay un montón de librerías en Londres.

He dicho la palabra mágica, porque es oír «librerías» y girarse hacia mí con los ojos iluminados y una gran sonrisa en la cara.

—Oh, no sabes lo que acabas de decir.

Suelto una carcajada, negando con la cabeza.

—¿Eso es un sí?

—Claro que es un sí, Nico. Estamos juntos en esto.

Sonrío, aliviado.

—Estamos juntos en esto.

30

Olivia
30 días para cerrar el círculo

El espejo refleja una imagen que aún no termino de procesar. Deslizo las manos por los pliegues de la falda. Siento la suavidad de la tela y el verde intenso resalta el tono cálido de mi piel. Este vestido es un sueño.

El escote en forma de cascada cae con elegancia sobre mi pecho, sujetado por unas tiras por detrás de mi nuca que estilizan mi figura. Me ajusto la tela con cuidado, consciente de que este diseño juega con los límites entre lo sofisticado y lo atrevido. La espalda abierta deja mi piel expuesta, solo cubierta por las largas tiras que caen desde la nuca y que podrían desatarse fácilmente con un solo movimiento.

—Dios… —murmuro girando levemente hacia izquierda y derecha para verlo desde todos los ángulos.

No puedo evitar sonrojarme ante la mirada intensa de Nico desde el otro lado de la pequeña sala, sentado en una butaca aterciopelada. El vestido es increíble, la mezcla perfecta entre

sensual y refinado, y yo me siento deslumbrante, para qué negarlo, como si perteneciera a este mundo de galas y revistas y estuviera acostumbrada a salir de vez en cuando en la prensa de la mano de una estrella de hockey. Por suerte, todo lo que han dicho de mí hasta ahora ha sido bueno, ya sea porque tengo una vida normal y corriente o porque solo se han centrado en la reputación de mujeriego de Nico, que empieza a remitir.

La modista termina de ajustarme la cintura con manos ágiles y da un par de pasos hacia atrás para contemplarme mejor. Sonríe con aprobación, satisfecha.

—Te queda como un guante —asiente—, ¿verdad, Nico?

—*Sei bellissima*[51] —confirma sin apartar sus ojos de los míos.

Le aguanto la mirada unos segundos.

—Gracias por este vestido, Eleanor, es espectacular.

Cuando esta mañana Nico ha aprovechado las horas de vuelo para contarme todo lo referente a la gala, y distraerme así de mi trauma con los aviones, no le he prestado demasiada atención. Unas cuantas turbulencias me han hecho cerrar los ojos con fuerza y perder el hilo de la conversación, así que, aunque he intentado procesarlo todo, no había asimilado que dispondría de un vestido listo para mí y que me lo ajustarían a medida. Después de comer, hemos dejado las maletas en el lobby del hotel y hemos ido directos al atelier sin pasar por las habitaciones. En ese momento, he entendido la importancia de la gala.

Me han maquillado, peinado e incluso perfumado, y ahora que estoy arreglada me siento como una actriz famosa.

Bajo de la plataforma y me pongo los tacones mientras Nico termina de arreglarse. Me miro una última vez frente al espejo, respiro y salgo a la calle, donde ya me espera él delante de un taxi.

Está guapísimo. Lleva un traje oscuro, una camisa blanca y una

pajarita del mismo tono de mi vestido. El pelo se lo ha dejado un poco revuelto, como de costumbre, lo que le da un toque juguetón del que no sé si es consciente. Está muy sexy, para qué negarlo.

—Estás deslumbrante, Daisy —me dice cuando llego a su lado.

—Tú tampoco estás nada mal, Sorní.

—Oh, ¿solo un «nada mal»? —Arquea una ceja fingiendo ofensa —. Creí que seríamos la pareja mejor vestida de la noche.

—Todavía no hemos llegado —replico mientras aliso distraídamente la falda del vestido—. Pero, si quieres, te subo la nota si somos los más elegantes de la gala.

Nico suelta una carcajada y niega con la cabeza.

—Voy a tener que esforzarme más para impresionarte.

—No lo niego. —Le guiño un ojo—. Eso sí, la pajarita a juego suma puntos.

—¿Ves? Sabía que te fijarías. *La nostra è pura coordinazione.*[52]

Me dejo caer en el asiento con elegancia fingida e intento no reírme, pero cuando él se sienta junto a mí, miro su pajarita y no puedo evitarlo: me tapo la boca con una mano y dejo escapar una carcajada.

—Vale, en serio, ¿qué pasa con mi pajarita?

—Nada, perdona, no es la pajarita en sí. Todo me resulta muy surrealista. Acabo de darme cuenta de que llevas pajarita. Vamos hacia un evento lleno de gente con pajarita, y no es una boda ni nada de eso. Es muy… de ricos.

Ahora es Nico el que se ríe.

—Tienes razón, no había pensado en eso. En mi defensa diré que no suelo ir a estos sitios, pero mi padre ha insistido mucho. Y pensé que te gustaría mi pajarita.

—Me gusta tu pajarita, de verdad.

Nico sonríe, satisfecho, y se recuesta en el asiento mientras el

taxi arranca.

—¿Lista para ser la estrella de la noche? Mi padre está ansioso por charlar un rato contigo.

Nerviosa, me muerdo el labio, aunque su confianza me contagia un poco.

—Lista para sobrevivir a la noche, que no es lo mismo.

Él se ríe y pasa un brazo por el respaldo de mi asiento, inclinándose ligeramente hacia mí.

—Tranquila, Daisy. Si la cosa se pone aburrida, podemos escaparnos antes de tiempo.

Y, por alguna razón, la idea de desaparecer con él me parece más tentadora de lo que debería.



La gala benéfica a la que asistimos se celebra en The Ned, un hotel ubicado en el corazón del distrito financiero de Londres. Cuando subimos a la azotea, donde se halla la cúpula que acoge el evento, me quedo sin palabras.

El espacio es impresionante: una estructura de vidrio y metal que permite contemplar el cielo londinense, iluminado por las luces de la ciudad. Las mesas altas tipo cóctel, dispuestas con elegancia, están adornadas con centros de flores blancas y candelabros dorados que reflejan el resplandor cálido de las lámparas. Desde aquí se pueden ver los rascacielos de la City, con su mezcla de arquitectura clásica y moderna, mientras el ambiente se llena con el murmullo de las conversaciones y el suave sonido de una banda de jazz.

Nico me guía entre los invitados con naturalidad, saludando aquí

y allá con una sonrisa encantadora. Yo intento no parecer demasiado asombrada, pero es difícil cuando estamos en la sala más elegante en la que he estado jamás.

—No sabía que conocías a medio Londres —le susurro al oído, sintiendo cómo se le eriza la piel de la nuca con mi contacto.

—La mayoría son viejos amigos de mi padre, aunque a muchos los conozco solo de vista.

Pasa un camarero por delante de nosotros y Nico le coge dos copas de champán, una de las cuales me pasa directamente, y acto seguido pone su mano libre alrededor de mi cintura.

—Empieza el show —murmura, y sus labios tocan ligeramente mi mejilla.

Antes de que pueda darme cuenta, su padre me está abrazando con una efusividad que me deja sin palabras. No se parece en nada al hombre con el que me he cruzado en otras ocasiones, aunque Nico ya me había avisado de que se transforma en alguien extremadamente amable en los eventos públicos.

—¡Qué alegría que hayáis llegado! Estás deslumbrante, Olivia. —Su sonrisa parece sincera, aunque seguramente es solo un papel. Como el nuestro.

Un poco desconcertada, le devuelvo el cumplido, y él procede a presentarnos a unas cuantas personas que tenemos alrededor. Se asegura de que nos hacen algunas fotos juntos en el *photocall* de la entrada antes de que dé comienzo la subasta benéfica que se celebrará esta noche.

Nico me coge de la cintura, me acerca mucho a él y yo noto cómo me sube el rubor a las mejillas. Respiro hondo e intento no pensar en lo cerca que estamos. Me pongo de lado, con una mano en su cadera y la otra en su pecho, para que se vea la espalda del vestido. Si vamos a hacer esto, si vamos a salir en cualquier

periódico online o página de Instagram de cotilleo, por lo menos voy a aprovecharme del *outfit* que llevo y de la confianza que me da.

Noto cómo me pellizca en el costado y yo emito una exclamación ahogada que nos hace reír a los dos mientras los flashes nos deslumbran. Se lo devuelvo e iniciamos una pequeña guerra de cosquillas y pellizcos, aunque intentamos mantener la compostura ante las cámaras.

—¡Basta! —me susurra conteniendo una carcajada.

Casi se rozan nuestros rostros, y mi corazón se salta un latido. Mi nariz queda a escasos centímetros de la suya. Puedo ver el destello pícaro en sus ojos, esa chispita de atrevimiento que le brilla cuando se divierte. Por un segundo tengo la tentación de mirarle directamente a los labios, pero me centro en sus ojos. Si caigo en ese juego, no sé si voy a mantenerme a salvo.

—Te recuerdo que se te tiene que ver loco por mí en las fotos, mister reputación mujeriega. —Le hago una mueca divertida.

—Ya lo estoy —murmura, bajito, antes de apartar la vista y volver a sonreír a las cámaras.

«Está fingiendo», me recuerdo, pero el calor de su piel en mi espalda y el cosquilleo que se extiende por mi vientre hacen que, por un instante, me olvide de todo lo que nos rodea y manda estímulos a partes de mi cuerpo que no deberían cobrar protagonismo ahora mismo.

Cuando terminamos con las fotos, su padre nos arrastra por segunda vez a saludar a unas cuantas personas, hasta que llegamos a una mujer de unos cincuenta años a la que Nico saluda con frialdad, incómodo.

—Olivia, esta es Carolina, mi mujer. —Sonríe su padre.

Ah, ahora lo entiendo todo.

—Encantada. —Intento darle dos besos, pero ella me envuelve

en un abrazo efusivo.

—Oh, pero ¡qué guapa eres! —Me pellizca la mejilla como solía hacer mi abuela—. Qué ilusión que estéis aquí, ¿verdad, Enzo? Vamos a charlar un rato.

Miro a Nico, desconcertada, pero él solo se encoge de hombros con un gesto abatido. Sé que su padre se casó con Carolina hace un año, cuando apenas hacía unos meses que se conocían, y que esto jodió mucho a Nico. De alguna forma, creo que sintió que su padre era capaz de dar amor a cualquiera excepto a él, así que Nico nunca se esforzó en llevarse bien con Carolina.

Me sorprende el entusiasmo de ella. Imaginé que su relación con Nico era distante por los dos lados, pero parece que la pobre mujer solo intenta ser amable, quizá incluso trata de compensar, sin saber muy bien cómo, la grieta que su marido abrió.

Decido ser agradable, sonreír e ignorar la tensión que se palpa en el ambiente mientras nos sentamos en unos sofás que hay en la esquina de la azotea y Carolina nos acerca una bandeja con algunos canapés.

—Quiero que me lo contéis todo. ¿Cómo os conocisteis? —pregunta.

Tan pronto como intercambio una mirada con Nico, él toma el relevo para contar lo que hemos ensayado durante el vuelo. Una buena parte de la historia es real. Tan solo hemos ajustado los tiempos, añadido unas buenas dosis de amor y salpimentado con alguna que otra discusión.

—En un avión —empieza, y yo sonrío al recordarlo—. Teníamos los asientos en la misma fila y comenzamos a charlar. Después, seguimos coincidiendo por casualidad durante los días siguientes. Al final, intercambiamos los teléfonos y, al volver a Barcelona, tuvimos algunas citas, aunque al principio ninguno de los dos tenía claro lo

que pasaría.

Carolina levanta las cejas, esperando más.

—Yo no había vuelto a enamorarme y Olivia venía de una ruptura difícil, así que tampoco estaba lista —dice cogiéndome la mano entre las suyas. Una sensación eléctrica me recorre el cuerpo—. Por eso, fuimos poco a poco.

Después, procede a contarles una de nuestras supuestas citas, así como el momento en que acordamos irnos a vivir juntos, aunque fuera relativamente pronto, porque descubrimos que no podíamos estar separados.

Aunque sé que está repitiendo el discurso que hemos escrito juntos en un papel, me sorprende lo real que suena su voz cuando lo relata.

—¿Hace cuánto que os conocisteis? —inquiere su padre, con un tono medio desconfiado que me hace poner una mueca.

—Pronto hará un año —afirma Nico, convencido.

—¿Y las veces que se te ha visto con alguna otra chica? —insiste Enzo, con el ceño fruncido.

—Bueno, al principio teníamos una relación abierta. Ninguno de los dos estaba preparado para la exclusividad —me adelanto yo, y Nico asiente.

A su padre no le hace ninguna gracia, así que me apresuro a añadir:

—Desde hace unos meses cerramos la relación y no nos vemos con nadie más.

Mantengo la sonrisa en todo momento y siento el pulgar de Nico trazando círculos sobre mi mano, casi de forma inconsciente. Su contacto me calma, evita que mi mente divague sobre lo que podríamos haber sido si las circunstancias fueran otras y me mantiene anclada al presente.

Al final, parecen quedarse satisfechos con nuestra historia. Después de algunas preguntas más sobre nuestras intenciones a largo plazo —a lo que respondemos que de momento nos estamos centrando en el presente, y no en el futuro—, cambiamos de tema y siento cómo vuelvo a respirar tranquila.

El resto de la velada transcurre entre conversaciones triviales y brindis forzados. Nico y yo continuamos interpretando nuestro papel, sin demasiadas complicaciones, hasta que, sin darnos cuenta, nos encontramos de vuelta en el hotel. Aquí todo se complica.

31

Olivia
29 días para cerrar el círculo

—Solo hay una cama —apunta Nico, como si no me hubiera dado cuenta.

Miro a mi alrededor, inmóvil.

—Pero ¿no habías reservado una suite con dos estancias contiguas? —Aprieto el bolso con la mano para calmar mis nervios.

—Sí, pero Carolina insistió en que nos quedáramos en el mismo hotel y mi padre cambió la reserva esta mañana. Lo siento, Olivia. Me dio la dirección de este hotel, me dijo que era una suite y no miré nada más.

Me quito los tacones, dejo el bolso en la mesa, me siento en la cama y observo la habitación. Es grande, con la cama en el centro y unos ventanales que dan paso a una terraza con vistas a todo Londres.

—No pasa nada. —Trato de suavizar la situación—. No es tan malo. La cama es enorme. Podrían dormir hasta las gatas en diagonal y ni nos daríamos cuenta. —Definitivamente no es tan

grande como para no ponerme nerviosa junto a él, pero esto me lo callo.

—Puedo dormir en esa butaca de ahí.

—Ni de broma, eso parece incomodísimo, Nico.

Se quita la chaqueta, se sienta a mi lado en la cama y deja un espacio entre los dos. No parece convencido del todo.

—¿Estarás a gusto?

—¿Cómo no voy a estar a gusto en esta cama que parece una nube? —Me tumbo y vuelvo la cara hacia él.

—*Già mi capisci.*[53] —Se recuesta conmigo, sin apartar sus ojos azules de los míos.

—Estaré comodísima.

Voy al baño con la excusa de ponerme el pijama, aunque realmente solo necesito salir de la cama extragrande que compartiremos esta noche. Hace ya una semana de nuestro beso y no hemos hablado de ello, aunque habría sido la opción más madura. Es extraño porque, desde que nos conocemos, nuestra relación se ha caracterizado por hablar mucho y de cualquier tema, por sentir que no había barreras y que podíamos ser completamente honestos el uno con el otro. Sin embargo, justamente ahora que deberíamos hacerlo, obviamos el beso que compartimos. Y no porque no fuera bueno.

Salgo y me lo encuentro metido en la cama y tapado hasta arriba, revisando su móvil. Desvía la vista de la pantalla hacia mi pijama y, por primera vez desde que hemos entrado en la suite, lo siento nervioso. No preocupado por si estoy bien ni fastidiado por no haber comprobado la reserva, sino nervioso.

—Vaya, el pijama está a la altura del vestido de esta noche.

Su voz tiene el toque canalla que utiliza cuando necesita escudarse en algo. Me sonrojo.

Llevo un pijama de dos piezas en tonos rosados y naranjas, de tela fina y sedosa. No esperaba que nadie lo viera, pero agradezco su elección a la Liv que esta mañana ha hecho la maleta a última hora.

—Era por si acaso había algún código de vestimenta también en el hotel. —Me encojo de hombros con fingida indiferencia y Nico se ríe.

Apago la luz del techo y me meto en la cama con cuidado de dejar un espacio prudente entre nosotros.

—Buenas noches, Nico —susurro procurando que los nervios no se me noten en la voz.

—Buenas noches, Daisy.

Al principio, solo se escucha el leve crujido de las sábanas cuando intentamos acomodarnos, buscando una posición para no tocarnos ni que parezca que estamos evitando hacerlo a toda costa.

Aguanto la respiración un instante y siento cómo el calor corporal de Nico me envuelve y cómo su olor sacia mis fosas nasales. A pesar de la inmensidad del colchón, la sensación de que estamos demasiado cerca se instala en mi piel y me reclama que me acerque aún más.

Él se gira ligeramente y queda de lado, mirando hacia mí. El roce apenas perceptible de su pierna contra la mía me pone la piel de gallina. No decimos nada, aunque siento que está evaluando si moverse más o no.

Los minutos pasan y poco a poco el silencio deja de ser incómodo. El cansancio del día hace que nos relajemos y, sin darme cuenta —o quizá con toda la intención del mundo—, me deslizo unos centímetros más hacia el centro hasta encontrar una postura más cómoda.

En la penumbra, mis dedos rozan los de Nico bajo la sábana.

Podría apartarme, debería hacerlo. Pero no lo hago.

Él tampoco, todo lo contrario.

Entrelaza sus dedos con los míos y me aprieta la mano con fuerza, como si temiera que fuera a marcharme otra vez, como la mañana después del beso.

Noto que mi corazón retumba con fuerza en mi pecho y pienso que Nico podría oírlo. Ojalá lo haga y sienta lo mucho que deseo acercarme más, aunque me dé miedo. Deseo que esta vez no tomemos la decisión responsable.

Como si me leyera la mente, pega su cuerpo al mío y me recorre una corriente eléctrica de inmediato que descarga toda su furia en mi bajo vientre. Me muerdo el labio con anticipación.

Sé lo que viene y ya no quiero frenarlo.

—Olivia…

No le dejo continuar. Giro todo el cuerpo hacia él y hago que desaparezca el espacio que nos separa. Ignoro la parte de mí que dice que esto me hará daño. Ahora solo quiero escuchar a esa parte que me invita a que haga lo que siento.

Me besa con un hambre voraz, aferrándose a mi cintura, y no puedo contener un gemido cuando su mano derecha viaja hasta mi culo.

Noto el peso de su cuerpo contra el mío, sus manos acariciando cada parte de mí; primero lentamente y después sin control por debajo de la tela. Los besos son cada vez más profundos, más húmedos, y yo levanto las caderas buscando esa fricción que tanto necesito.

Nico se separa apenas unos milímetros, lo suficiente para encontrar mis ojos en la penumbra. Su respiración es agitada, como la mía, cuando me sostiene una mano por encima de la cabeza contra la almohada y me mira fijamente.

—*Sei sicura?*[54] —pregunta en un murmullo grave, con una intensidad en la mirada que me hace estremecer—. Porque no voy a tener la fuerza suficiente para apartarme de ti una segunda vez.

Estoy cansada de huir y de negarme a mí misma lo evidente.

—No quiero que te apartes de mí —confieso.

Es todo lo que necesita para volver a besarme, esta vez su boca baja hasta mi cuello a la vez que su mano me recorre el estómago. Suelto un gemido cuando me da un pequeño mordisco en la clavícula y me aferro a su pelo con una mano mientras la otra viaja por su espalda hasta llegar a la cinturilla de sus pantalones.

—Pídemelo, Daisy —repite sus palabras de hace una semana y la urgencia en su voz me hace soltar un gemido.

Esta vez no dudo, veo en él lo mismo que yo estoy sintiendo.

—Quiero que me folles.

Y entonces el mundo estalla.

Por toda respuesta tira hacia arriba de mi camisa en un movimiento ágil, y yo hago lo mismo con la suya, apretando mis pechos contra su torso para sentir su calor en mi piel. Mordisqueo su cuello y oigo los latidos desenfrenados de su corazón contra mi boca.

Llevo esperando esto desde hace demasiado tiempo, necesito más.

Su mano busca uno de mis pechos, me lo envuelve y me acaricia el pezón con el pulgar, haciéndome soltar un gemido agudo. Al cabo de un momento ya no es su mano sino su boca la que lo envuelve. Noto cómo ese punto entre mis piernas empieza a latir por sí solo.

Estoy tan mojada que solo puedo pensar en quitarnos toda la ropa y coger un condón, pero parece que los planes de Nico son mucho más minuciosos: su boca cambia de pecho mientras su mano me aprieta por la cintura, después vuelve a subir hacia mi boca y se

separa unos milímetros para mirarme a los ojos.

Estoy a su entera disposición, he perdido el control total de mi cuerpo y él lo sabe. Me revuelvo en las sábanas, buscando el contacto otra vez, pero él no se acerca.

—No tienes idea de cuántas cosas quiero hacerte, Olivia. —Su voz es un ronroneo grave, cargado de deseo—. Y lo peor es que no sé por dónde empezar.

Un escalofrío me recorre de arriba abajo. Tiro suavemente de su pelo, acercándolo más, queriendo sentirlo en cada parte de mi piel.

—Tenemos toda la noche —susurro.

Su lengua se enreda con la mía mientras sus manos bajan por mi cuerpo, deleitándose en cada centímetro de piel con una seguridad que me hace perder el control todavía más. Me quita los pantalones de un tirón y yo hago lo propio con los suyos. Poso mi mano directamente en su culo.

Sus dedos juguetean con el elástico de mis bragas, como si me concediera un segundo para arrepentirme, pero no lo hago. No podría hacerlo aunque quisiera. Me arqueo hacia él, busco su contacto y le ruego sin palabras que no se detenga.

—Liv… —murmura contra mi boca.

No puedo esperar más. Deslizo las manos por su espalda y las llevo hasta sus bóxers, bajándolos sin dudar y concediéndole permiso para que haga lo mismo conmigo. Nico se ríe entre dientes, pero la risa se corta en cuanto capturo su erección.

Con un gemido ahogado hace desaparecer la fina tela de mis bragas. Nos quedamos ambos totalmente desnudos. Su mirada oscura y hambrienta recorre mi cuerpo antes de deslizarse hacia abajo y se abre paso entre mis piernas en cuestión de segundos.

Su aliento caliente roza mi piel antes de que su lengua trace un camino lento por mis muslos, mis ingles y mis labios, provocando

que me retuerza bajo su contacto. La anticipación me nubla la mente y me hace contener la respiración.

Una de sus manos viaja de nuevo hasta mi pecho. Atrapa mi pezón entre sus dedos mientras la otra se desliza entre mis piernas y explora con caricias tortuosamente lentas el camino hacia mi clítoris. Suelto un jadeo tembloroso, pero apenas tengo tiempo de procesarlo cuando sustituye sus dedos por su boca. Su lengua comienza a dibujar círculos húmedos y precisos sobre mi sexo empapado.

—Joder, Nico —murmuro con mi voz entrecortada por el placer cuando encuentra el ritmo perfecto.

Me aferro a las sábanas cuando sus manos se posan en mis caderas y me atraen más hacia su boca, su lengua me lame con ansia, sin contención. Me devora. Me vuelve loca.

Cuando introduce dos dedos dentro de mí y los curva justo en el punto exacto, el placer se intensifica hasta volverse insoportable. Mi espalda se arquea, mi pecho sube y baja con respiraciones irregulares y un calor abrasador, que se extiende como una corriente eléctrica, se acumula en mi punto más sensible.

Joder, esto es demasiado. Gimo su nombre, le suplico que no pare y entonces todo explota.

El orgasmo se desata dentro de mí; primero en mi bajo vientre y después se multiplica por cada centímetro de mi piel. Mi clítoris palpita con intensidad, mis piernas tiemblan y solo puedo aferrarme a él mientras me pego aún más a su boca.

Cuando finalmente pasa la ola de placer, Nico me besa los muslos y va subiendo poco a poco, trazando un camino con su lengua, hasta que sus labios húmedos encuentran los míos y se funden en un beso lento y profundo.

—Dime que no has tenido suficiente. —Su voz ronca es casi una

súplica.

—No.

—*È quello che pensavo.*[55]

Me atrapa de nuevo con su boca y siento cómo su erección roza mi piel. Se balancea sobre mí y me hace jadear. Me muero por sentirlo dentro.

Mis uñas exploran su espalda mientras recorro su cuello con mi boca. Su piel está caliente bajo mis dedos. Noto cada uno de sus músculos tensos, firmes, y me pregunto si él también siente esta necesidad desesperada, este fuego que no me deja pensar en nada más que en él.

Pero antes de que pueda hacer nada, me separo un poco y lo empujo suavemente hasta que queda tumbado bajo mi cuerpo.

—Olivia. —El deseo en su voz me enciende más.

Me muerdo el labio mientras deslizo mis manos por su cuerpo. Acaricio cada centímetro de su piel, sin dejar de mirarlo a los ojos. Aguanta la respiración cuando mis manos llegan a su vientre.

Cuando mis dedos envuelven su erección, Nico suelta un gemido ahogado.

Acaricio su longitud y disfruto del poder que ahora mismo tengo sobre él. Me contempla con los ojos incendiados de deseo.

Cuando deslizo mi lengua desde la base hasta la punta, su cabeza cae contra la almohada y sujeta las sábanas con fuerza. Sus caderas se mueven suavemente, buscando más fricción, y yo me meto su pene lo más adentro que puedo, succionando con intensidad, sin parar.

Su cuerpo se tensa debajo del mío y, cuando tira suavemente de mi pelo para hacerme subir de nuevo por su cuerpo, sé que está al límite. Con un movimiento ágil, vuelve a colocarme debajo de él, desesperado, cargado de fervor.

Nico cierra los ojos por un instante, apoyando la frente contra la mía mientras alarga el brazo hacia la mesilla de noche. Oigo el sonido inconfundible de un envoltorio rasgado y un segundo después lo noto acomodarse entre mis muslos, su erección me presiona justo donde más lo necesito, duro, grande, listo para mí.

—Quiero follarte ahora mismo —musita contra mi boca.

—Por favor.

Su pulgar traza círculos en mi clítoris durante unos segundos y acto seguido se hunde en mí.

La sensación es excesiva. Su grosor me hace soltar un gemido ahogado mientras me aferro a su espalda, ajustándome para tenerlo dentro. Al cabo de unos segundos, rodeo sus caderas con mis piernas y lo aprieto más contra mi cuerpo, obligándolo a moverse, a hundirse en mí por completo. Un placer abrasador me recorre la columna cuando empieza a embestirme rítmicamente, primero despacio y después a un ritmo frenético, dominado por la lujuria. Mis gemidos se mezclan con los suyos, nuestros cuerpos encajan a la perfección y nuestras bocas buscan más.

Cuando su pulgar encuentra mi clítoris de nuevo, mi mundo entero se derrumba. Un segundo orgasmo me atraviesa con fuerza y cierro los ojos, dejándome llevar por la oleada de placer que recorre mi cuerpo entero.

Nico jadea contra mi boca, su respiración permanece entrecortada mientras me sigue, enterrándose en mí una última vez antes de correrse con un gruñido grave. Su cuerpo se estremece sobre el mío.

Nos quedamos así un momento. Su corazón late a toda velocidad contra mi pecho. No sé cuánto tiempo pasa hasta que vuelve a moverse. Apoya la frente en mi clavícula y deja un beso muy suave en ese punto exacto.

Mi cabeza sigue flotando cuando sale lentamente de mí, provocándome un último escalofrío. Se deshace del condón y vuelve a tumbarse a mi lado, estirando un brazo para atraerme a su pecho sin pensarlo demasiado.

—*Sei perfetta*[56] —me susurra.

Permanezco ahí, con la cabeza sobre su pecho, escuchando su respiración mientras el sueño me arrastra poco a poco. No quiero separarme de él, no puedo hacerlo.

Justo antes de dormirme, cuando siento que su mano se desliza por mi espalda en una caricia distraída, sé que esta noche algo ha cambiado entre nosotros.

Algo que no sé adónde nos llevará, pero que me hace sentir viva.

32

Nico
42 días para volver a empezar

Me despierto con la luz de la mañana colándose por las cortinas. Lo primero que noto es el peso de una cabeza en mi pecho. Abro los ojos poco a poco, tomando conciencia de dónde estoy y de lo que pasó anoche. Bajo la vista para encontrarme una maraña de pelo rojizo esparcida entre mi hombro y la almohada. Olivia tiene un brazo en mi esternón y sus piernas se entrelazan con las mías.

Sonrío al escuchar su respiración pausada y aspiro su aroma dulzón. Nuestros cuerpos parecen uno.

No quiero despertarla, pero algo dentro de mí me obliga a pasar las yemas de mis dedos por su brazo y ese simple contacto provoca en mi cuerpo todo tipo de sensaciones que hacía años que no experimentaba. No solo es deseo por su cuerpo desnudo contra el mío, es un calor que se instala en mi pecho, se expande por mis venas y me desboca el corazón.

Olivia se mueve aún dormida. Su pierna escala por mi muslo y se acerca demasiado a una zona muy sensible de mi cuerpo.

Cuando me viene a la cabeza todo lo que hicimos ayer, no puedo evitar empalmarme. Joder. Cierro los ojos y maldigo mi cuerpo irremediablemente atraído por el suyo. Suelto un gruñido exasperado.

Cojo el móvil de la mesita y me desperezo un poco, procurando no hacer movimientos bruscos. Aún no son ni las diez. Anoche nos acostamos pasadas las tres de la madrugada y me noto cansado, aunque no quiero volver a dormirme y perder la oportunidad de saborear este momento.

Ella se revuelve otro poco y, esta vez, abre los ojos muy despacio, como aturdida. Se pasa una mano por la cara y levanta la vista hacia mí. No se desmaquilló anoche y parece un panda, pero aun así la encuentro preciosa. Se sonroja cuando se percata de mi erección.

—*Buongiorno, bella*.

Me sonríe, un poco cohibida, aunque dura poco su timidez: levanta la cabeza para besarme, primero suave y después con más energía. Su mano atrapa mi polla con fuerza e inicia un lento movimiento rítmico que me hace soltar un gemido.

—Creo que ayer nos olvidamos de probar la ducha —ronronea, juguetona.

No hace falta que me lo repita: me levanto de la cama, la cojo en volandas sin dejar de besarla y no la suelto hasta que su espalda está contra la mampara de cristal y puedo embestirla mientras alivio esa sensación irrefrenable que siento dentro.



Dos horas después, estamos desayunando en una cafetería cerca de

Leicester Square, rodeados del bullicio matutino de Londres. El aire huele a café recién hecho y a pasteles y, por un momento, todo parece absurdamente normal.

Nuestro vuelo sale mañana temprano, así que tenemos el día entero para explorar la ciudad, entrar en todas las librerías que Liv me ha impuesto e incluso ver algún musical si encontramos entradas a última hora.

Me sorprende la facilidad con la que fluimos después de lo que pasó anoche. No hay tensión incómoda, no hay necesidad de hablar sobre lo que significa, de discutir si seguimos interpretando un papel. Parece como si cruzar esa línea hubiera sido la cosa más natural del mundo, y eso es lo que más me desconcierta.

Además, me encanta la sensación de tomar a Olivia de la mano cuando está distraída y ver cómo se le iluminan los ojos, o de abrazarla por la cintura sabiendo que esta noche voy a volver a colarme entre sus piernas.

No sé qué implica esto ni cuánto va a durar, pero, por primera vez en mucho tiempo, no me importa.

Una vez terminados nuestros cafés, salimos en busca de Foyles, la primera de las librerías que quiere ver Olivia. Está a apenas diez minutos andando de donde estamos. Caminamos y charlamos mientras nuestras manos se rozan de vez en cuando.

—¿Tu padre siempre ha tenido esta doble cara? —me pregunta Olivia.

—Mi padre es una persona complicada. Se rige por lo que piensan los demás. Creo que solo le importa la fama y su propia felicidad. Por eso, en los eventos sociales se vuelve la persona más simpática del planeta.

—¿Y eso no te enerva? Porque después, cuando nadie lo ve, no es así como te trata…

—Al principio me enfadaba mucho, pero con el tiempo me fue importando menos. Supongo que una parte de mí aprovecha estos eventos para imaginar lo que es tener un padre normal. Así me olvido de que él nunca estará orgulloso de nada de lo que yo haga si no le beneficia.

—Esto es una mierda, Nico. No tiene derecho a…

—Lo sé, pero lo hace. Ahora ni siquiera aspiro a que se alegre por mi cambio de vida. Solo espero que lo acepte y no me odie por eso.

No sé hasta qué punto me creo mis propias palabras. Muy en el fondo sigo esperando que se dé un golpe en la cabeza y recuerde que soy su hijo y que lo que más desea en este mundo es que yo sea feliz.

Olivia sigue con el semblante contrariado, pero me alegra ver que no hay pena en su rostro. Enfado sí, pero no compasión.

No me gusta hablar de mi relación con mis padres, porque a la gente le da por pensar que debo de estar muy triste y muy solo, pero eso no me hace sentir mejor. Por eso adoro a Alicia y a Levi, porque ellos ven más allá del daño que me han hecho mis progenitores y se centran en todo lo que puedo hacer a pesar de eso.

—¿Y tu madre? —interroga con cautela—. Nunca hablas de ella.

—Aurora se fue cuando Izzy y yo éramos adolescentes y nos dejó con Alicia, nuestra tía. Veo a mi madre una o dos veces al año, cuando hay algún evento que ella considera lo suficientemente importante.

En vez de enfocarse en mi madre, me sorprende con su siguiente pregunta.

—¿Y cuándo voy a conocer a Alicia?

Me río, porque sé que no hay nada que Alicia desee más ahora

mismo que conocer a la chica que, según ella, me ha robado el corazón.

—Todo a su debido tiempo, Daisy —le susurro al oído, y ella coge mi mano y me arrastra dentro de la librería.

Media hora después y con cuatro libros en una bolsa de papel, nos dirigimos a la siguiente: la Waterstones más grande del Reino Unido, con cinco plantas llenas de literatura. Menos mal que ya he estado en Londres antes, porque en este viaje no vamos a hacer turismo a menos que esté de paso en nuestra ruta por las librerías.

—Y este ¿de qué va? —le pregunto cuando la veo hojear un libro durante más rato de lo normal.

—Es una historia de amor, aunque también se habla mucho de salud mental. Intuyo que es una historia muy bonita.

—¿Termina bien?

Ella asiente.

—Cógelo, te lo regalo.

—No hace falta, no me arruino por pagar un libro más. —Se ríe y hace un simpático ademán.

—Ya lo sé, he visto tu estantería —le recuerdo—. Pero quiero hacerlo.

—¿Por qué?

—Porque quiero que cuando lo leas pienses en mí.

Me mira fijamente unos segundos, se pone de puntillas y me da un beso suave en los labios.

Seguimos recorriendo la librería planta a planta, y no puedo evitar sentir un calor inesperado en el pecho al descubrir lo feliz que parece Olivia rodeada de historias.

—¿Por qué te gusta tanto leer? —indago cuando llegamos a la última planta y ya va cargada con tres libros más.

Se le iluminan los ojos.

—Me permite vivir muchas vidas distintas —responde, con la voz suave—, y en cada historia encuentro una parte de mí que aún no sabía que existía.

Me quedo mirándola, apoyado contra una estantería. Dejo que sus palabras se asienten en mi cabeza. Hay algo que me impresiona en cómo lo dice, con tanta certeza. Es como si los libros no fueran solo su refugio, sino también su brújula.

—Eso es muy bonito. Y también lo más poético que te he oído decir en toda la mañana, Daisy.

—Dame tiempo, todavía no hemos terminado el día. —Me saca la lengua antes de dirigirse hacia otra estantería. Pasa los dedos por los lomos de los libros con una expresión reverencial.

La observo en silencio mientras hojea un libro de color dorado con dragones en la portada.

—Ese ya lo has leído, ¿no? —le pregunto—. Lo tienes en casa.

—Sí, me encanta esta saga.

—¿Y por qué vuelves a mirarlo? —Frunzo el ceño, divertido—. ¿Quieres ver si los personajes han cambiado ahora que estamos en Londres?

—¡Oye! —Me da con el libro en el brazo y suelta una carcajada —. No te metas conmigo; lo tengo en español y me gusta ver cómo han maquetado el mismo libro en otro idioma.

Yo levanto las manos en señal de disculpa y ella sigue recorriendo mesas, cogiendo libros aquí y allá, leyendo las sinopsis y mirando las cubiertas de todos los que le llaman la atención.

Está absorta y yo siento ese maldito cosquilleo otra vez. Como si verla rodeada de libros, feliz y despreocupada, fuera más íntimo que todo lo que hicimos anoche.

—Si sigues mirándome así, voy a pensar que de verdad te interesa lo que estoy diciendo —comenta sin levantar los ojos, con

un deje divertido en la voz.

—Te interesa a ti, así que supongo que eso lo hace interesante para mí también. —Doy un paso hacia ella—. Aunque empiezo a sospechar que me has arrastrado hasta aquí solo para usarme de perchero humano. O de porteador.

—Oh, absolutamente. —Asiente con toda la seriedad del mundo mientras coloca otro libro sobre la pila de su brazo—. Y todavía no hemos pasado por la sección de romance. Lo de antes eran solo las novedades.

Suelto una carcajada y le quito los libros de las manos antes de que se le caigan.

—Déjame ayudarte, adicta a las historias.

—Adicta no. Apasionada —me corrige, con esa mirada llena de brillo que me hace pensar que podría escucharla hablar de libros durante horas. No lo digo en voz alta, pero lo pienso. Y eso ya es suficiente para preocuparme un poco.

Salimos de la librería y Olivia tiene ocho libros nuevos porque «no podía desperdiciar la oferta del segundo a mitad de precio y había demasiados títulos que quería». Por eso pasamos a dejarlos un momento por el hotel antes de salir a comer.

En mi caso, he comprado dos libros en Waterstones, pero son para Izzy: sé lo mucho que le gusta leer. Las palabras de Olivia me han hecho pensar en ella, en cómo de adolescente se pasaba horas encerrada en su cuarto entre historias. Me pregunto si no era su manera de evadirse, de vivir otras vidas en las que los padres de la protagonista no huyeran a la primera de cambio.

Buscamos algo rápido para comer, paseamos por el centro y después vamos a ver *Wicked*, un musical que nos deja con la boca abierta. Cuando volvemos al hotel, pasada la medianoche, y nos metemos juntos en la cama una vez más, entre besos y caricias, no

puedo evitar pensar en que esto cada vez es más real. Y en que no quiero que deje de serlo.

33

Olivia
26 días para cerrar el círculo

Hace ya dos días que volvimos de Londres y, definitivamente, a raíz de esa noche, algo ha cambiado entre nosotros. Nico pasa mucho tiempo en el *rink* y yo he estado a tope con el LitLove, pero las pocas horas que hemos podido compartir han fluido fácilmente, con una nueva normalidad. No nos hemos vuelto a acostar, pero sí nos hemos besado, cuando las ganas podían con nuestra voluntad de descifrar lo que está pasando entre nosotros. No hemos hablado del tema porque creo que ninguno de los dos quiere romper la burbuja en la que entramos en Londres. Y aunque nuestros ratos compartidos sigan sin poder ser denominados citas propiamente, cada vez tengo más ganas de gritar a los cuatro vientos que quiero que se conviertan en una.

—Olivia, te he puesto en contacto por e-mail con una tienda de *merch* literario que me ha escrito para participar en el LitLove. Le he dicho que tú te encargarías de darle todos los detalles —me dice Marwa cuando sale de su despacho para dirigirse a una de las salas

acristaladas de conferencias.

—Claro, ahora mismo les propongo una reunión. —Ni siquiera levanto la cabeza de mi libreta, en la que estoy organizando el turno de mañana del festival—. Gracias, Marwa.

—De nada. Y no te olvides de descansar en algún momento. Llevas todo el día sentada frente a tu escritorio.

—Sí, gracias, es que hoy tengo mucho que hacer.

—Lo sé, y estás trabajando genial. —Me sonríe—. Pero también es mi trabajo como jefa asegurarme de que ves la luz del sol de vez en cuando. —Me guiña un ojo y reanuda su marcha.

Hoy está siendo uno de esos días en los que siento que el trabajo no se acaba nunca: coordinar los horarios, asegurar todas las confirmaciones de las autoras y las tiendas, revisar cada charla y taller, comprobar que el equipo de diseño tiene todos los gráficos necesarios, que comunicación y marketing cuentan con la información correcta… Es una lista interminable y cada tarea me recuerda que todo esto depende, en gran parte, de mí.

Cuando le propuse la idea a Marwa, accedió con una única condición: que yo me encargara de todo. Mi reacción inmediata fue reírme y decirle que era una locura, que yo solo era editora júnior y que no estaba capacitada para liderar un proyecto así. Pero ella no aceptó un no por respuesta.

«Si alguien puede hacerlo, eres tú», me dijo ese día.

Esa frase se ha quedado grabada en mi mente. Me llena de orgullo que confíe en mí de esta manera. Pero, al mismo tiempo, no puedo evitar pensar que esto es una prueba. Que Marwa quiere saber hasta dónde llego y si realmente estoy lista para dar el siguiente paso.

Me aterra fallar, porque lo que más deseo es crecer dentro de la editorial.

Jamás me he enfrentado a algo así de grande. Nunca he gestionado tanta responsabilidad de golpe. Y, aunque intento mantener la calma, hay momentos en los que el miedo a que todo se desmorone me pesa demasiado. Mi única forma de gestionarlo es revisarlo todo ochenta veces para sentir que tengo el control, aunque sea solo un poco.

Pero Marwa tiene razón. Mi cuerpo necesita ver el sol de vez en cuando. Apago la pantalla y voy a la cocina. Elijo una infusión para subir a tomármela a la terraza. Aún me quedan dos horas antes de la salida y me hará bien una pequeña pausa.

La azotea está vacía. Me recuesto en la barandilla y me dedico a observar las vistas. Es lo que más disfruto del edificio: poder subir y encontrarme con una terraza llena de plantas y sillones, donde se puede leer y observar a la gente que pasea por el passeig de Gràcia. La utilizo menos de lo que me gustaría, pero siempre que subo me invade una sensación de paz.

No me molesto en volverme para saber quién llega, cuando oigo que se abre y se cierra la puerta de la terraza, pero al cabo de unos segundos noto que alguien está demasiado cerca de mí. Inmediatamente adivino de quién se trata, por el perfume y por ese empeño en invadir mi espacio.

—Así que vas a llevar a Sorní al LitLove —farfulla.

—Suele ser lo que se hace cuando tienes pareja. —Me encojo de hombros fingiendo indiferencia—. Te acompañan en los acontecimientos importantes.

Pienso que, si hago ver que no me interesa, conseguiré que se largue. Lo miro distraída mientras bebo a pequeños sorbos mi infusión.

—¿Has pensado que era lo mejor utilizar mi evento para presumir de relación nueva?

—¿Tu evento? —exclamo sorprendida.

—Será mi despedida —insiste con una sonrisa cínica que me revuelve el estómago.

—Tu despedida será donde quieras menos en el LitLove. —Procuro sonar serena, aunque me tiembla la voz. Aprieto la taza con fuerza entre las manos.

Aarón suelta una risa sarcástica y se acerca un paso más a mí.

—Yo haré lo que me dé la realísima gana.

Odio su proximidad y el poder que aún ejerce sobre mí, como si siguiera siendo su juguete o pudiera moldearme a su antojo. Aun así, no respondo. No soy capaz.

—Sigues siendo la misma, Olivia. Finges que todo está bien con tu novio nuevo para olvidar lo sola que estás. Pero siempre vuelves a lo que conoces y lo sabes. Volverás y yo decidiré si te perdono o no. Acuérdate de eso.

De repente, su tono de voz es suave, casi afectuoso, aunque sé que no hay nada de sinceridad en sus palabras. Él aún cree que conoce mis debilidades y esto no es más que un golpe calculado.

—Tengo trabajo —suelto mientras trato de salir sin rozarlo siquiera.

—Nos vemos en el evento, preciosa.

No espero a ver qué hace. Apresuro el paso y bajo por las escaleras hasta la séptima planta. Hasta que no entro en la editorial no me percato de que estaba aguantando la respiración.

Dejo mi infusión en el escritorio y voy directa al baño. Noto cómo las lágrimas luchan por escapar de mis ojos y me ahoga un nudo en mi garganta. No consigo inhalar suficiente aire y odio ser consciente de que su simple presencia me altera de tal manera. Ahora siento que sigo estando a su merced y que él va a aprovecharlo para hacerme sufrir tanto como pueda.

—Esto es más difícil de lo que pensaba —dice Sienna.

—¡Es que este pincel es demasiado grueso para lo que quieres hacer! —Suelto una carcajada, porque, con lo perfeccionista que es, esto se le está dando de pena y no quiere aceptarlo.

—Pero ¿no me había dicho la chica que era este?

—Te ha dicho que era el que tienes bajo el brazo, el de aquí —se burla Chiara mientras se lo saca de debajo de la manga y se lo pone delante de la nariz.

Hace solamente diez días que Chiara y Víctor se mudaron a Roma y ya ha tenido que volver a Barcelona a buscar unos planos que había hecho hacía tiempo para un proyecto personal.

Sienna y yo nos ofrecimos a mandárselos, pero ha sido su excusa perfecta para volver a vernos en una visita exprés.

—Pues mi bol está quedando genial —digo levantándolo para que lo vean.

—¿Estás haciendo un bol con huevos fritos?

Le doy un manotazo a Chiara, fingiendo ofensa.

—¡Son margaritas!

—Uy, ¿no es así como te llamaba Nico? —pregunta Sienna.

—Eh… —titubeo—. Es mi flor favorita. ¡Dejadme en paz, pesadas!

—¿Nico te llama Margarita? —pregunta Chiara, sin entenderlo del todo.

—A veces me llama Daisy. —Me encojo de hombros y doy por finalizada la conversación sobre mí—. Entonces ¿cómo va el trabajo nuevo?

—¡Superbién! —exclama, emocionada—. La primera semana

fuimos todo el equipo a tomar algo y son majísimos. La mayoría no pasa de los cuarenta. —Hace una pausa para pintar uno de los limones de su taza—. Mi nuevo jefe parece un poco cabrón, pero seré la persona más complaciente de este mundo hasta que le caiga bien.

El lema favorito de Chiara es *kill them with kindness* y, por mucho carácter que tenga en su vida privada, en el trabajo sabe cómo camelarse a cualquiera.

—Olivia se quedó con toda la suerte disponible en cuanto a jefes, pero seguro que consigues gustarle —confirma Sienna.

—No voy a negar que Marwa es demasiado buena para ser verdad, aunque tú con Valentina no te quedas corta, ¿eh? —Le doy un golpecito en el hombro a mi amiga.

—¡Eh! Ya no es mi jefa. Lo fue solo en ese caso concreto.

—Bueno, sea como sea, os salió bien. —Chiara habla sin mirarnos, muy centrada en su taza.

No recuerdo cuántas veces hemos ido a pintar cerámica las tres juntas, lo único que puedo decir es que todas tenemos más de quince piezas personalizadas e incluso ya hemos regalado algunas. Fue un plan que empezó en nuestra época de «vamos a probar todas las actividades disponibles en Barcelona» y, después de hacer alfombras, pintar cuadros y personalizar fundas de móvil, decidimos que el plan de pintar cerámica era el que más nos gustaba. Nos permite charlar y relajarnos, y encima nos llevamos una pieza única que cada vez que utilizamos nos hace pensar en nosotras, así que pasó a ser nuestra actividad favorita.

—Oye, ¿y Víctor está contento? —indago cuando termino una de mis margaritas con complejo de huevo frito.

—Le está costando adaptarse porque tiene mucha más responsabilidad que en Barcelona.

—Dale un par de meses. Todas conocemos lo mucho que le gusta mandar a nuestro chico —dice Sienna con sorna.

Nos reímos porque sabemos que es cien por cien verdad. Víctor siempre ha querido quedarse con la empresa familiar y su trabajo se le da de perlas.

—Y, hablando de mandar, ¿ya les has presentado a Valentina a tus padres? —le pregunta Chiara a Sienna.

—Solo llevamos unos tres meses, aún es pronto —responde sonrojada.

—No, si te gusta de verdad.

—Dice la que tiene un novio falso con el que se ha acostado, pero por el que niega sentir algo.

—Eso, ¿podemos, por favor, volver a este tema? —Chiara coloca su taza a un lado y apoya las manos bajo la barbilla, dispuesta a darme toda su atención.

—No sé qué más deciros, chicas. —Aparto mi bol y me hago un moño desordenado—. No sé en qué punto estamos.

—Pero te gusta —dice Sienna.

—Me gusta —afirmo cerrando los ojos y echando la cabeza hacia atrás—. Por una parte, estoy harta de hacer siempre lo que se espera de mí sin importar lo que realmente deseo, pero, por otra, dudo si meterme en otra relación ahora mismo sería lo mejor.

—¿Qué es lo que se espera de ti? —Chiara suaviza su voz y pone su mano sobre la mía.

—Que medite las cosas, que no me deje llevar por las emociones, que me dedique tiempo a mí misma, que no esté con nadie hasta que aprenda a estar bien sola.

—¿Y todo eso quién lo espera, Liv? —salta Sienna—. ¿Tu madre? ¿Emma? Porque nosotras solo queremos verte feliz. Y estoy segura de que ellas también.

Me quedo callada unos segundos, analizando sus palabras, aunque Chiara habla antes de que pueda hacerlo yo.

—Olivia, saca a esa chica que tienes dentro. Has estado dos años viviendo a la sombra de Aarón. Por supuesto que no queremos que vivas a la sombra de otro hombre, pero eso no impide que compartas camino con él. Nico no quiere apagarte. Nico no es Aarón. Él te impulsa, te desafía y te hace brillar.

—¿Y si me equivoco? ¿Y si realmente esto es un error? —Me deshago el moño que me he hecho hace apenas unos minutos—. Esto empezó como un trato, no como una historia real. Enamorarse no estaba en el plan.

—La vida es mejor cuando te sales del plan. Te lo digo yo, que juré no volver a salir con alguien del trabajo y ahora estoy con mi jefa.

—¿Ahora sí es tu jefa?

—Cállate, perra —me dice haciendo una mueca.

Chiara suelta un suspiro exasperado. Acerca más su silla a la mía y hace que las tres nos situemos en una mitad de la mesa redonda.

—Nosotras no podemos decirte qué hacer, pero sí que siempre estaremos aquí.

—Queremos que hagas lo mejor para ti, que sanes tus heridas y que aprendas a quererte mucho y bien.

—Pero eso no pasa por ignorar lo obvio.

—Y con Nico hay algo especial, de eso no hay duda.

—Así que, por favor, no te pierdas algo bonito por miedo.

—Además, aceptar que te estás enamorando, incluso contárselo, no significa que tengas que renunciar a ti misma.

Las miro y luego levanto la vista al techo, intentando aguantar una lágrima que amenaza con salir, aunque a la vez estoy sonriendo.

—¿Desde cuándo sois tan sabias? —Me dan un achuchón muy

fuerte—. Y, sobre todo, ¿desde cuándo estáis tan sincronizadas? ¿O es que habíais preparado este discursito antes de venir?

Sienna se echa a reír y sacude la cabeza.

—¡Claro! Nos hemos pasado la semana ensayando, con PowerPoint y todo.

—La próxima vez le añadimos canciones, tipo musical de Broadway —añade Chiara con una sonrisa burlona dándome un toquecito en la nariz con el pincel.

—Idiotas —murmuro muy sonriente.

Me siento muy afortunada de tenerlas a mi lado, de que siempre estén ahí para recordarme lo que a veces olvido: que tengo derecho a sentir, a equivocarme, a querer. Que el miedo no puede ser el único motivo por el que tomo decisiones.

Chiara chasquea la lengua y cambia de tema con su ligereza habitual.

—Bueno, ¿y qué? ¿Vas a seguir dándole vueltas o al menos vas a tratar de escribir tu propia historia?

Sienna sonríe y asiente, dándome un leve codazo.

—Exacto. No todas las historias de amor empiezan con todo bajo control. Algunas necesitan tiempo.

Miro mi bol, las margaritas que, sin querer, he pintado pensando en Nico. Trazo otra margarita sobre la cerámica, con cuidado e intención. Siento algo nuevo latiéndome en el pecho.

Tal vez tengan razón y este sea el momento de apartar el temor e intentarlo; por primera vez en mucho tiempo, me permito pensar que, quizá, vale la pena averiguar cómo es vivir lo que realmente quiero.

34

Nico
34 días para volver a empezar

Ayer lo solté todo.

No sé si fue el par de cervezas o qué; en el fondo, necesitaba sacarlo y acabé contándole a Levi y Alfie lo que está pasando con Olivia. No solo lo del viaje a Londres, la gala y la inolvidable suite con una sola cama. También lo que sucedió después.

Levi no paraba de sonreír como un idiota mientras me escuchaba, y Alfie solo negó con la cabeza antes de soltar un sarcástico: «Oh, no me lo esperaba para nada. ¿En qué momento esto dejó de ser solo una farsa?». Ni yo tenía la respuesta.

Para rematar, los dos llegaron a la conclusión de que tenía que hacer algo especial por ella. Que, si quería ganármela, tenía que demostrarle que esto no es solo sexo, ni conveniencia, ni un simple acuerdo para engañar a la prensa. Que puede confiar en mí. Que no voy a hacerle daño.

La cuestión es que no sé si quiero ganármela.

O, más bien, no sé si puedo.

Es decir, claro que quiero, pero me aterroriza pensar que voy a defraudarla. Quizá no estoy hecho para amar y ella no se merece sufrir. No deseo forzarla a algo más cuando aún tiene al cabrón de su ex rondando como un puto energúmeno.

Aun así, quiero intentarlo y poner las cartas sobre la mesa. Veremos cómo evoluciona todo a partir de aquí para saber qué necesita. Aspiro a hacerla feliz y a acompañarla mientras cura sus heridas.

Desde que volvimos de Londres, me ha costado horrores no ir cada noche a dormir junto a ella. Nos hemos besado alguna que otra vez, pero no hemos ido más allá, porque seguramente no tenemos claro en qué punto estamos. Es preciso que lo sepamos, porque deseo besarla cada día de mi vida.

Así que aquí estoy, en la cocina, mirando el reloj y repasando mentalmente todos los detalles de la cita que estoy organizando para hoy mientras preparo el desayuno. Si lo voy a hacer, lo voy a hacer bien.

Olivia se despierta al cabo de un rato y desayunamos tranquilos mientras charlamos con la cotidianidad que define nuestros domingos desde que se mudó al piso. Me cuenta que está leyendo un libro sobre una mujer llamada Evelyn Hugo y sus siete maridos, aunque dice que, en realidad, la historia versa sobre su único amor verdadero, que se descubre a lo largo de la novela. A mí me encanta escucharla hablar sobre libros; está tan metida en su mundo que, por un momento, casi olvido el mío.

—Entonces ¿dónde me has dicho que vamos? —pregunta distraída.

Ayer por la noche le dije que esperaba que hoy no tuviera planes, porque quería llevarla a pasar el día fuera a un sitio que me encanta. No lo llamé cita, porque me cagué, pero lo importante es

que está todo organizado y sé que le gustará; especialmente, porque Olivia adora el mar.

—*Non te l'ho detto*.[57] Lo verás cuando lleguemos.

Olivia pone morritos, haciéndose la enfadada, y se termina su tostada con aguacate de un mordisco.

—Por lo menos, dime qué tipo de ropa ponerme. ¡Dame alguna pista!

—Hace calor, llévate el biquini —revelo. Termino mi café y pongo la taza en el lavaplatos—. Ah, y un libro, porque seguro que, en algún momento, te apetece leer. ¡Salimos a las once y media!

No parece convencida, pero antes de que pueda seguir interrogándome, huyo de la cocina y me meto en la ducha.

Al cabo de una hora y pico, estamos en el coche rumbo a uno de mis destinos favoritos para evadirme de todo, Calella de Palafrugell.

Esta vez conduzco yo y ella se toma muy en serio su labor de copiloto. Taylor Swift ha monopolizado la música y, lejos de molestarme, me uno a ella cantando algunas de sus canciones.

—Déjame adivinar, ¿otra vez culpa de tu hermana? —pregunta divertida.

—*Ovviamente*, Izzy escucha a Taylor Swift desde siempre.

—Oh, claro. Me encanta tu hermana —dice con una sonrisa satisfecha—. ¿Qué relación tienes con ella?

—Siempre ha sido mi mejor amiga —respondo sin dudar—. Tuvimos épocas en las que nos peleábamos más; sobre todo, de adolescentes, pero siempre hemos sabido pasar página.

—¿Ella tampoco tiene mucha relación con vuestros padres?

—Con Aurora no; con nuestro padre… *dipende dal periodo*.[58] No la presiona como a mí, así que le resulta más fácil mantener una relación con él. Pero, en el fondo, también siente que nos abandonó. Diría que intenta perdonarlo, pero aún no ha encontrado cómo

hacerlo del todo.

Olivia asiente despacio y gira su rostro hacia la ventanilla, como si estuviera procesando mis palabras. Durante unos segundos, el único sonido en el interior del coche es la voz de Taylor Swift y el suave rugido del motor.

—¿Y tú? —pregunta, rompiendo el silencio.

—¿Yo qué?

—¿Intentas perdonarlo?

La pregunta es sencilla, pero la respuesta no. Aprieto los dedos en el volante y dejo escapar el aire muy despacio.

—No lo sé.

Es la contestación más honesta que puedo darle.

Me gustaría tener un padre al que sintiera como tal, pero no sé hasta qué punto él quiere lo mismo, aun si solo es en el fondo de su ser. No sé si estoy intentando perdonarlo o solamente trato de que acepte lo que quiero, aunque no me acepte del todo a mí.

Ella se acomoda en el asiento. Pese a la intensidad del tema, no hay ninguna tensión entre nosotros. Olivia ya me conoce lo suficiente como para saber cuándo dejar de presionarme. Y este es uno de esos momentos.

—Creo que, por hoy, ya hemos hablado lo suficiente de familia —declara con una media sonrisa—. Vamos a jugar a algo.

—¿Algo como qué?

—«De cero a diez».

Le lanzo una mirada curiosa y alza una ceja, retándome.

—Es un juego sencillo. Yo te digo una frase y tú la valoras de cero a diez según cuánto te gusta, te molesta o lo que sea. Pero tienes que justificarte.

—¿Y luego me toca a mí?

—Exacto.

Olivia dibuja en su rostro una sonrisa pícara.

—Vale, Daisy, dale.

—De cero a diez, ¿cuánto te gusta la pizza con piña? —Intenta mantenerse seria, pero se le escapa la risa.

—Cero, no hay otra respuesta válida —afirmo—. Adoro la pizza y me encanta la piña, pero no pertenecen al mismo plato. ¿Cómo te atreves a preguntarle esto a un italiano?

Ahora sí que suelta la carcajada sin esconderse.

—Necesitaba comprobar tus valores.

Niego con la cabeza, soltando un suspiro exasperado de falsa indignación.

—Va, ahora la de verdad: de cero a diez, ¿cuánto te gusta vivir conmigo?

Levanto una ceja, alargando la respuesta para impacientarla.

—Hummm…, un siete.

—¿Un siete? —exclama, ofendida—. ¿Y dónde están los otros tres puntos?

—Si vivieras conmigo porque realmente quieres y no porque necesitas aparentar que eres mi novia, quizá subiría a un nueve.

—Sigue haciéndome el desayuno todos los domingos y a lo mejor me lo replanteo. Venga, te toca.

Apoyo una mano en el volante, fingiendo pensarlo. Si vamos a jugar, vamos a hacerlo bien.

—De cero a diez, ¿cuántas ganas tenías de besarme la primera vez que lo hicimos?

La pillo desprevenida y se queda sin saber qué decir durante unos segundos. Mira al frente sin parpadear.

—Tú sí que vas directo al grano, ¿eh?

—Las reglas del juego son claras, Daisy.

Veo cómo se muerde el labio, baja la mirada y duda.

—Nueve.

—¿Solo un nueve?

—El uno que falta es porque sabía que no debía hacerlo.

Me río, satisfecho con su respuesta, pero sintiendo cómo algo oprime mi pecho al ver la manera en la que me mira, como si ella también estuviera preguntándose qué demonios estamos haciendo.

Ahora es su pregunta la que me pilla por sorpresa.

—De cero a diez, ¿cuánto te gustaría que durara esto que está pasando entre nosotros?

Abro la boca para responder, pero no tengo claro lo que voy a decir. ¿Que quiero que dure tanto como sea posible? ¿Que voy a estar a su lado siempre que ella me deje?

Giro la cabeza para mirarla a los ojos y encuentro en su expresión una súplica silenciosa: teme que mi respuesta no sea la que ella espera.

¿Soy capaz de decirle que no quiero que esto termine y que deseo más?

En ese instante, veo una luz y devuelvo la vista a la carretera. Un coche cambia de carril sin intermitentes y demasiado cerca de nosotros. Freno en seco y pongo instintivamente una mano delante de Olivia. Nuestros cuerpos quedan sujetos por los cinturones de seguridad antes de volver a chocar contra los asientos. Ella emite un grito agudo.

—*Merda!*[59] —maldigo al coche de delante, aunque no me oiga —. Menudo idiota. ¿Estás bien?

—Sí, no te preocupes. —Respira hondo mientras se pasa una mano por la nuca—. Pero basta de juegos hasta que lleguemos, ¿vale? No me gustaría salir en las noticias mañana.

Me centro en el camino. Sin embargo, no puedo evitar pensar que, si no se hubiera cruzado ese coche, le habría pedido que no

fingiéramos más. Y aunque me siga dando miedo verbalizarlo, me prometo que voy a dejarme llevar.

Pongo una mano en su muslo y la dejo allí durante el resto del trayecto. Para cuando llegamos, sus dedos están enredados con los míos, apretándolos ligeramente, como si quisiera decirme que no me vaya.



Podemos decir que la cita ha sido un éxito. Olivia solo había estado en Calella de Palafrugell dos o tres veces. Hemos recorrido todo el pueblecito, le he enseñado mis lugares favoritos y hemos comido en el restaurante de pinchos por excelencia. Después de una buena siesta en la arena, caminamos hasta llegar a una pequeña cala escondida a la que solo he venido con Izzy hasta ahora.

—Tú me enseñaste tu cala favorita y yo quería enseñarte la mía —le digo cuando llegamos.

Son las ocho menos cuarto y pronto empezará a anochecer, por lo que el sol ya está suficientemente bajo como para que su pelo, de un pelirrojo suave, parezca ahora naranja fuego. Esa luz le confiere un aspecto etéreo que hace que no pueda dejar de mirarla.

—Es preciosa. —Sonríe y mi maldito corazón se salta un latido.

Olivia se acerca a la orilla sin apartar la vista del horizonte, y yo la sigo como atraído por un imán.

La cala está desierta y, aunque solo estamos en abril, hace un día caluroso como de verano. El agua debe de estar muy fría, pero eso no me importa lo más mínimo.

—¿Nos bañamos?

—¿Estás loco? Seguro que está congelada.

—¿Y?

Me quito la camiseta y la tiro en la arena, seguida de mis zapatos y pantalones. Ella me mira con una ceja arqueada y los brazos en jarras, a dos metros de mí, completamente vestida.

La reto con la mirada mientras paso el dedo por la cinturilla de mis calzoncillos, sin apartar la vista de la suya.

—¿No vas a venir, Daisy?

Acto seguido me los quito y los lanzo junto al resto de la ropa.

—¡Nico! —Se acerca de un salto y me coge de la muñeca con una mueca divertida—. ¿Y el bañador?

—Así es más divertido. Además, no es como si fuera la primera vez que me ves desnudo. —Mi voz es un susurro en su oreja y le rozo la mejilla con los labios—. *Ti aspetto in acqua.*[60]

Su mano me suelta la muñeca cuando me doy la vuelta. Recorro los pocos pasos que me quedan hasta el agua que, efectivamente, está congelada. En cuanto me giro, Olivia está quitándose el sujetador y yo empiezo a notar cómo toda mi sangre se concentra en un punto muy concreto de mi bajo vientre.

Se muerde el labio antes de deslizarse las bragas por las piernas. Las deja caer junto al resto de su ropa. Me mira como si esperara mi reacción; sin embargo, estoy demasiado ocupado grabándome a fuego la imagen de su cuerpo desnudo bajo el sol.

—Ven aquí. —Mi voz sale más ronca de lo que esperaba.

Olivia entra en el agua y hace una mueca cuando el frío le muerde la piel, pero no tarda en acercarse a mí. Le paso las manos por la cintura, atrayéndola hasta que su pecho roza el mío. Su piel está erizada, aunque no creo que sea solo por la temperatura.

Inevitablemente una de mis manos viaja hacia su culo y cuando aprieto, sin apartar mis ojos de los suyos, su boca busca la mía con determinación.

—¿Así que este era tu plan? —susurra enredando sus manos en mi nuca—. ¿Traerme a una cala bonita y follar en el agua?

—Puede.

—Ni lo sueñes.

—Créeme, ya lo he soñado más de una vez.

Presiono mi cuerpo contra el suyo y suelta un gemido cuando su centro queda alineado con mi erección, imposible de ocultar.

—Nico…

—Shhh —murmuro contra su clavícula, besando cada centímetro de piel que encuentro—. Deja que me encargue de ti.

Ella obedece.

Hago que se olvide del frío y de todo lo que no sea mi lengua deslizándose por la curva de su pecho, mi boca cerrándose alrededor de su pezón, mis dedos recorriéndola bajo el agua. Y cuando hunde las uñas en mis hombros y deja caer la cabeza hacia atrás, sé que no hay nada que desee más en este momento que estar dentro de ella.

Mi mano recorre su cuerpo hasta alcanzar su punto más sensible y ella jadea cuando trazo círculos sobre su clítoris. Sin dejar de besarla, aumento la presión y noto cómo su cuerpo se tensa. Introduzco dos dedos dentro de ella y su reacción es inmediata: cierra los ojos, se muerde el labio y mueve las caderas contra mi mano, buscando más.

—Olivia, tendré que salir para coger un condón.

—Llevo un DIU. —Su voz entrecortada me indica que tampoco puede aguantar más—. Y me he hecho análisis, estoy bien.

—Yo también. —Vuelvo a besarla, sin dejar de mover los dedos en su clítoris.

Aumento la velocidad y aprovecho la mano que tengo en su trasero para balancearla un poco y conseguir la fricción que necesito

contra su cuerpo.

—¿Estás segura?

—Cállate y fóllame, Nico.

Cuando su cuerpo se tensa y el orgasmo la sacude, aparto la mano y me deslizo hacia su interior, hundiéndome por completo en su calor. Su nombre escapa de mis labios en un gemido y Olivia me aferra con fuerza, como si no quisiera soltarme nunca.

Aprovecho el momento en el que se esconde en mi cuello para susurrarle la respuesta que le debía desde esta mañana.

—Todo lo que dure… nunca será suficiente.

Ella me besa con desesperación, como si también sintiera que todo el tiempo juntos va a ser poco.

Y en este instante, en el agua fría, viendo el sol ocultarse en el mar y con su cuerpo entrelazado con el mío, sé con una certeza absoluta que estoy perdido y jodidamente enamorado.

35

Olivia
19 días para cerrar el círculo

Aquel domingo todo cambió. No voy a decir que no me lo esperaba, pero aun así sigo sorprendida. Esa misma noche nos acurrucamos en el sofá para charlar con una copa de vino. Terminamos enredados en su cama y, desde entonces, no hemos dormido separados ninguna noche.

Tampoco hemos parado de follar. Estoy teniendo el mejor sexo de mi vida con un hombre espectacular, pero no consigo quitarme la sensación de que me estoy precipitando. Porque Nico me gusta mucho más de lo que querría que me gustara nadie. Y definitivamente hemos dejado de fingir.

Emma me coge del brazo y me devuelve a la realidad, arrastrándome hacia uno de los puestos que hay en el centro de passeig de Gràcia.

—¿Te has decidido ya? —habla sin mirarme, repasando todos los libros que tiene a su alcance—. Porque yo aún no.

—Hummm…

—Chicas, yo creo que me quedo este de aquí —dice nuestra madre, levantando un libro que tiene una niña y una amapola en la portada.

—Genial, mamá. Ahora te falta el segundo —le recuerdo mientras apoyo mi cabeza en su hombro.

—No hace falta, niñas, con uno está bien —asegura.

—Mamá, busca otro que te guste, ya conoces las reglas. —Emma finge seriedad.

Desde siempre, Sant Jordi es nuestro día favorito. Cada año buscamos unas horas para disfrutarlo juntas, especialmente después de la muerte de papá. Él siempre decía que era el mejor día del año. Le encantaba pasar horas por la calle, recorriendo todas las paraditas habidas y por haber, y nos compraba dos libros y una rosa roja a cada una. Hacía lo mismo con mamá, así que, cuando se fue, decidimos que este seguiría siendo un día especial y mantuvimos la tradición de los dos libros para cada una.

—Mira, Emma, ¿este no es uno de los que querías? —Me acerco a ella con *Fearless* en la mano.

—Ay, ¡sí! —Da un saltito, emocionada—. Necesito el final de Paedyn y Kai, porque ya he esperado suficiente.

—Olivia, ¿tú a qué hora has quedado? —pregunta mamá buscando su segundo libro en la caseta de una de nuestras librerías favoritas.

—Oh, aún tengo algo más de una hora. Tenemos tiempo.

—¿Cómo va el LitLove? —curiosea Emma, genuinamente interesada—. Faltan menos de tres semanas, ¿no?

—¡Sí! Solo diecinueve días —afirmo, orgullosa—. Han sido unas semanas intensas y por momentos pensé que no lo conseguiría, pero ahora solo queda la parte organizativa y cruzar los dedos para que el día del evento todo salga bien.

—Comentaste que, si todo iba bien, Marwa podría ofrecerte otro puesto, ¿no? —interviene mamá.

—No lo sé seguro, pero creo que sí me tendrán en cuenta para un puesto con más responsabilidad.

—¿Y quieres ese puesto? ¿Te hará feliz? —Emma entrecierra los ojos, porque no puede evitar que le salga la vena de psicóloga.

—Sí, tengo claro que quiero crecer en esta editorial. Además, me daría libertad para hacer más eventos como este y, aunque sea agotador, lo disfruto.

—Entonces sigue trabajando duro, hija, porque vas a conseguirlo —dice mamá con firmeza estrechando mi mano entre las suyas—. Emma y yo confiamos en ti.

Las miro a las dos y sonrío, porque, aunque eche terriblemente de menos a papá, las tengo a ellas.

Ya huele a primavera y el canto de los pájaros compone la banda sonora de la tarde, aunque queda sofocado por el bullicio de la gente. Hace un día soleado y he salido antes del trabajo para aprovecharlo con ellas. Como cada año, hemos comprado los cruasanes más pequeños de Barcelona —mis favoritos— y, desde allí, hemos ido subiendo por passeig de Gràcia, parándonos cada dos por tres cuando algún libro nos llama la atención.

Hay muchísima gente en la calle. Puede que para algunos sea un agobio, pero a mí hoy me encanta. Me gusta ver la ciudad tan llena de vida, observar a las familias pasear y disfrutar de un día tan especial.

Seguimos andando, charlando y buscando nuestros libros hasta llegar a la Casa Batlló, que hoy está más bonita que nunca.

—¿Nos hacemos una foto? —les digo a mamá y a Emma—. Quiero tenerla en la mesita de noche, junto a la que tengo de los cuatro.

Se acercan, me pongo a un lado y nos hacemos un selfi muy juntas, riendo por algo que Emma dice justo antes de que dispare.

Cuando se la enseño, mamá nos da un beso a cada una, en uno de esos arrebatos de madre de «cómo quiero a mis hijas», pero después me lanza una mirada que conozco demasiado bien. Espera que le cuente algo.

—¿No hay novedades sobre Nico?

Me tenso de forma casi imperceptible. Ni siquiera le he contado a Emma que nos hemos acostado y, por muy poco tabú que sea en esta familia, me niego a hablarles ahora de mi vida sexual con mi falso novio.

—Oh, nada importante, la verdad. —Intento sonar distraída—. ¿Por qué lo preguntas, mamá?

—Es que hoy no nos has hablado de él en ningún momento.

—Uy, como si os hablara de él constantemente cuando nos vemos.

—Lo haces —afirma Emma.

—¡Qué va!

—Eso da igual, yo solo quiero saber que no haya pasado nada malo —dice mi madre entrelazando su brazo con el mío—. ¿Seguís con ese juego de ser pareja de mentira?

Ahora mismo no sé si aún somos pareja de mentira o si ya hemos dejado de fingirlo.

—Ajá.

—No se te ve muy convencida, *sis*.

Odio mi incapacidad de ocultarles cosas a estas dos. Me alejo unos pasos hacia delante para que no descubran mi cara de mentirosa.

—Claro que sí, estamos como siempre, nada nuevo. —Cojo un libro para tener algo que hacer con las manos y leo la sinopsis,

fingiendo concentración.

—Vaaale —dice Emma alargando mucho la a—. Entonces ni te pregunto por qué llevas veinte minutos dudando sobre qué libro comprarle, ¿no?

—¿Qué? —No pensaba que se hubieran dado cuenta.

—Has revisado todos los thrillers habidos y por haber. Está más claro que el agua.

Abro la boca para responder, pero no tengo una excusa convincente. Porque tiene razón.

—No es eso…

Suspiro y me rindo.

—Es que quiero que sea perfecto.

Emma suelta una risita y me da un codazo.

—Olivia, solo es un libro.

—Lo sé, pero no quiero que sea un libro cualquiera —murmuro pasando los dedos por el lomo de uno que casi compro, antes de descartarlo—. Quiero que realmente le guste, que sepa que lo he elegido para él.

Ella me observa unos segundos antes de sonreír.

—Vale, entonces no es solo un libro. Es el libro.

—Exacto.

—Pues venga, que nos conocemos y sé que no vas a quedarte tranquila hasta que encuentres el adecuado.

Seguimos caminando, deteniéndonos en cada puesto en el que creo que puede haber algo que encaje. Mientras Emma y mamá ojean otras secciones, yo sigo buscando, filtrando títulos. Hasta que, al final, lo encuentro en una mesa de libros de segunda mano.

Mi madre es la primera en esbozar una amplia sonrisa al ver mi elección.

—Seguro que le encanta esta edición.

Yo asiento, orgullosa de mí misma por haber encontrado esta joya.

—Mamá, son las siete y media —le avisa Emma—. Si habías quedado con tus amigas, ya te deben de estar esperando.

Los últimos años nuestra madre se ha apuntado a hacer pilates y tiene un grupo de mujeres con las que se ve regularmente fuera de las clases. Hoy habían quedado para pasear un rato juntas y cenar.

—¡Oh! Se me ha ido el santo al cielo, voy a llamar a Laia para decirle que llego en diez minutos. —Saca el móvil apresuradamente y a cambio se guarda sus libros en un bolso inmenso que lleva—. Las dos tenéis vuestros libros, ¿verdad? —Asentimos enseñándoselos —. Me voy. ¡Os quiero!

Nos abraza, nos da un beso a cada una y se va mientras marca el teléfono de su amiga. Emma y yo nos quedamos en el mismo sitio hasta que la perdemos entre la gente.

—Me alegra volver a ver a mamá feliz —le digo, con los ojos un poco húmedos.

A veces me pregunto cómo ha conseguido volver a sonreír después de perder al amor de su vida de una forma tan repentina. Nosotras perdimos a un padre, sí, pero ella perdió a su compañero de vida, su mejor amigo. Compartía muchas cosas con papá y, aunque tenía a sus amigas y hacía sus planes, la mayor parte de su tiempo lo pasaba con él. Con el tiempo he entendido que, seguramente, ha estado muchos años mostrándonos sonrisas falsas solo para que no sufriéramos también por ella. Así que admiro a mi madre por encima de todas las cosas.

—Sí, definitivamente ha recuperado su luz.

Su luz. Espero poder recuperar yo también la mía.

—Yo también me voy, *sis*, he quedado con unas amigas. Y a ti te espera Nico, ¿no?

—Sí.

Habíamos quedado en la Pedrera a las ocho menos cuarto. Si no me doy prisa, también voy a llegar tarde. Nos abrazamos y nos separamos, cada una hacia sus planes. Estoy a cinco calles del gran edificio irregular y aprovecho el camino para respirar, dejar la mente en blanco y calmar los latidos de mi corazón que se desbocan cada vez que pienso en Nico.

Cojo el móvil y me saco un selfi con mis dos libros y la rosa que mamá nos ha comprado. Acto seguido la mando al chat de WhatsApp con mis amigas; Sienna responde de inmediato con un selfi con Valentina, y Chiara, al cabo de unos minutos, comparte otro selfi con Víctor. Somos demasiado cliché, lo sé, pero no las cambiaría por nada del mundo.

La ciudad sigue vibrando con el bullicio de Sant Jordi: parejas que intercambian rosas y libros, niños que corren con espadas de juguete, grupos de amigos con bolsas llenas de nuevas historias por descubrir. Tomo aire profundamente, dejando que el ambiente me envuelva, mientras acelero el paso.

Al doblar la esquina de passeig de Gràcia con Provença, lo veo.

Nico está de espaldas, apoyado en una de las farolas cerca de la entrada de la Pedrera, con las manos en los bolsillos y la cabeza ligeramente inclinada hacia un lado, distraído observando el movimiento a su alrededor.

Me detengo antes de seguir caminando hacia él. No sé por qué, pero verlo ahí, esperándome, me emociona.

Cuando estoy a unos pasos, se gira e intercambiamos una mirada. Una sonrisa lenta, de esas que siempre parecen peligrosas en su boca, se dibuja en su rostro.

—Creía que me habías dejado plantado —dice con fingido dramatismo.

—No sería tan cruel.

Llego hasta él y, sin darme tiempo a pensarlo, me da un beso suave en los labios a modo de saludo y me rodea la cintura con una mano. Con la otra sujeta una rosa y un libro envuelto en papel verde menta.

—*Per te*[61] —susurra a mi oído cuando me los tiende.

Cojo la rosa y el libro y, al tenerlos juntos, doy un salto y suelto un pequeño chillido.

—Sin duda, Sant Jordi es el mejor día del año. —Entrelazo como puedo mis manos en su nuca y le doy un beso.

—¿Pensabas que no te iba a comprar nada? —inquiere con un tono que me parece de lo más sexy del mundo.

—Claro que no, pero un libro siempre me hará ilusión infinita, aunque me lo espere —aclaro mirando el paquete rectangular entre mis manos—. Yo también te he comprado uno a ti.

Saco del bolso el libro envuelto en papel de dragones, claramente infantil, y se lo tiendo con una mueca.

—Se les había terminado el papel de regalo para adultos.

—Me encantan los dragones de colores, son mis favoritos —dice Nico fingiendo seriedad—. *È perfetto*[62] —añade con una sonrisa suave.

Nos quedamos un momento detenidos, sonriéndonos como dos idiotas, con los libros envueltos en las manos y nuestros cuerpos muy pegados.

—Va, ábrelo. —Se separa de mí y vuelve a recostarse en la farola.

Le hago caso y lo desenvuelvo muy despacio, sin romper el papel. Cuando veo la portada, me quedo inmóvil y con la boca entreabierta. Deslizo la mirada de la portada colorida a sus ojos azules y viceversa.

Great Big Beautiful Life, de Emily Henry.

—¿Te gusta o…? —pregunta con cautela ante mi reacción.

—¿Que si me gusta? —Abro más los ojos—. ¡Nico! Ni siquiera ha salido aún en España. ¡Se publica oficialmente hoy! ¡Me encanta, me encanta, me encanta! —Salto con el libro en las manos—. ¿Cómo lo has conseguido? Encima, la versión del Reino Unido. ¡Es precioso!

Nico se rasca la nuca con una sonrisa que le ilumina la cara y me atrae hacia él por la cintura.

—Conozco a un tipo en Londres que trabaja en Waterstones y sabía que me lo podría conseguir antes de que se publicara. Se lo pedí el mes pasado y me lo mandó cuando salió de imprenta.

—¿Se lo pediste el mes pasado? —Intento hacer cálculos.

—El día que te mudaste conmigo y me dijiste que Emily Henry era una de tus autoras favoritas. —Se encoge de hombros y no sé si sabe que es de las cosas más bonitas que alguien ha hecho por mí.

Vuelvo a entrelazar mis manos en su cuello y esta vez lo abrazo fuerte, dejando que esta sensación cálida que me inunda el pecho se extienda por todo mi cuerpo. Él me estrecha entre sus brazos y me besa en la sien con delicadeza antes de darme otro beso rápido en los labios, como si no pudiera evitar hacerlo.

—Abre el tuyo, va.

Me separo un poco para darle espacio y él desenvuelve su libro con cuidado, aunque acaba rompiendo el papel por todos lados, impaciente.

Distingo el momento en el que reconoce el libro, porque se le iluminan los ojos y las comisuras de sus labios se curvan hacia arriba.

—Guau, Olivia, es precioso.

Lo gira, mira el lomo, pasa las yemas de los dedos por la portada un poco desgastada y acaricia el título sosegadamente.

El petit príncep.

—Es una edición limitada que hicieron hace años. Solo existen unas cien copias en el mundo, todas en catalán. —Me coloco a su lado, orgullosa—. Cuando lo he visto he pensado en ti, pero es que después lo he abierto por la primera página y…

Se lo cojo de las manos, lo abro por la primera página y le señalo la dedicatoria. Nico ladea la cabeza para leer la letra irregular, cursiva, que hay justo debajo del título.

> Para que nunca olvides que las estrellas están siempre de tu lado, incluso cuando no las puedes ver. Te deseo toda la suerte del mundo para tu nuevo restaurante, sé que será todo un éxito.

Cierra el libro con un golpe seco y me mira, sorprendido.

—¿De verdad no lo has escrito tú?

—No. ¿A que es fuerte? Me ha parecido una señal.

Vuelve a abrir el libro para releer la dedicatoria y asiente para sí mismo, con los labios apretados, aún incrédulo.

—Definitivamente, el mejor libro que podrías haber encontrado.

Sonrío, triunfal, y guardo mi nuevo libro en la bolsa junto a los otros dos.

—¿Me enseñas los libros que te han regalado tu madre y Emma?

—Me ha costado decidirme, pero al final me he quedado con *Quicksilver* y *Espíritu salvaje* —digo mientras se los muestro.

—Uy, qué portadas tan distintas.

Los observa de cerca y me río por el contraste: una oscura, con un hombre tatuado; y la otra suave, anaranjada, con trazos finos en la ilustración.

—Totalmente. —Suelto una carcajada—. Ah, y Emma me ha regalado también esto.

—*You're my lobster?* —lee analizando la lámina con la ilustración de una langosta en el centro con las pinzas formando un corazón.

—¿No entiendes la referencia?

—¿Te encantan las langostas?

—¡Nico! No me puedo creer que nunca hayas visto *Friends*.

—He visto capítulos sueltos, pero nunca la serie entera —confiesa avergonzado.

Me tapo la boca con ambas manos, como si fuera la peor de las ofensas posibles.

—¿Tienes planes para esta noche?

—¿Supongo que ahora sí?

—Genial. Pedimos sushi y te enseño por qué es la mejor serie del mundo.

36

Nico
27 días para volver a empezar

Ayer ganamos el primer partido de la gran final y tengo que decir que fue una puta pasada. Salimos a tope desde el minuto uno y, aunque consiguieron meternos un gol, paramos todos los demás. Sobre todo, Alfie. Desde que sabe que me voy, siente una especie de culpa si no ganamos. Parecía que le había poseído el espíritu de Alex Ovechkin, el mejor jugador de hockey sobre hielo de la historia.

Por mi parte, tener a Izzy en la grada fue un aliciente. Llegó por sorpresa y vino a verme justo antes del partido. Me dio el subidón necesario para centrarme en la pista y olvidarme del resto. Excepto de Olivia, claro, pero esta vez no he dejado que su imagen me distrajera.

Hoy nos hemos tomado el día libre para celebrarlo y Olivia, Izzy, Levi y yo hemos decidido pasar el día juntos en uno de esos barquitos que no necesitan capitán. Alfie nos ha dejado plantados en el último momento, porque lo habían invitado a una comida exclusiva en Maison Soléa. En su defensa diré que llevaba meses

queriendo ir a ese restaurante y que está colgado del anfitrión.

Estamos como a medio kilómetro de la costa, flotando sobre el mar en calma y con el sol tostándonos la piel. Olivia está sentada con las piernas colgando por la borda, los ojos cerrados y un botellín de cerveza en la mano. Izzy y Levi discuten sobre cuál es la mejor comedia romántica de la historia y yo simplemente estoy tumbado al sol, disfrutando del calor y la música de fondo que nos envuelve, escuchándolos a medias.

—Estás muy callado, Sorní —me pincha Olivia.

—Solo admiraba las vistas.

Recorro su cuerpo con la mirada, sin acelerarme. Ella se sonroja, curvando los labios en una sonrisa que no se molesta en disimular. Me enloquece la forma en que le brilla la piel bajo el sol, cómo el mar le ha ondulado el pelo más de lo habitual. Está preciosa.

Me apoyo en los antebrazos para dar un trago de mi cerveza y, sin pensarlo mucho, me levanto de un salto para situarme a su lado. Cuando paso mi mano por su hombro y le doy un beso rápido en la sien, Olivia me responde recostando su cabeza en mi cuerpo con toda la naturalidad del mundo.

—Así mucho mejor —susurra.

Tengo que decir que las últimas semanas han consistido en eso: no hablamos del tema claramente, pero no paramos de tocarnos y besarnos a todas horas. Parece que hemos acordado no poner etiqueta a lo que somos, sin olvidar que, sin duda alguna, somos algo, y nuestros amigos no parecen estar para nada sorprendidos.

Le acaricio suavemente el pelo y ella me besa, juguetona, con la mano en mi muslo.

—¿Podéis dejar de restregarnos lo felices que sois? —salta Izzy desde el otro lado del barco, fingiendo que se tapa los ojos—. Estáis a dos centímetros de tener vuestra propia banda sonora de peli

romántica.

—Aquí tengo que darle la razón a tu hermana, tío. —Levi levanta las manos como pidiendo disculpas y viniendo a sentarse a nuestro lado—. Parecéis sacados de Netflix, con estas vistas de fondo y el sonido del mar.

—Venga ya, no exageréis —dice Olivia sin moverse, pero con una sonrisa divertida en los labios.

Aprovecho la ocasión de chinchar a mi hermana y le doy a Olivia un beso teatral con mucha lengua.

—Oh, ¡basta! —ríe Izzy aproximándose a mí y separándonos—. Lleváis dos semanas sin parar de follar, lo sé, pero no he venido hasta aquí para ver a mi hermano en este plan.

Levi y Olivia sueltan una carcajada y yo niego con la cabeza, levantando las manos para rendirme.

—Es que es ridículo, sois muy pesados —insiste Izzy antes de cambiar de tema—. Por cierto, ¿podemos hablar de lo bien que ha salido la sorpresa? He pasado media hora en el aeropuerto rezando para que no se me escapara nada que te hiciera sospechar y lo he conseguido con creces.

—¿En serio no te lo esperabas? —pregunta Levi girándose hacia mí.

—No. Cuando apareció en el vestuario, pensé que era una alucinación. Me dio un subidón de la hostia.

—No podía perderme el primer partido de la final de este imbécil y, por suerte, Olivia es mucho más discreta que este de aquí —señala a Levi con el pulgar— en cuanto a conseguir pases familiares sin que nadie se entere.

—¡Una vez! ¡Se me escapó una vez de los miles que te he ayudado con las sorpresas!

—A Olivia, cero. Por eso, ha pasado a ser mi cómplice favorita.

—Le da un codazo suave.

Olivia asiente, observándome con ojos de cervatillo y los labios apretados en una sonrisa.

—Solo hice uso de mis poderes de relaciones públicas —responde ella con falsa inocencia—. Además, me parecía injusto que tuvieras que ver el partido por la tele si podías estar animando en primera fila conmigo.

Ella me lanza una mirada de esas que calientan más que el sol de abril y tengo que volver a beber de mi cerveza para no dejarme llevar.

—¿Hasta cuándo te quedas? —le pregunta Levi a mi hermana.

Los conozco mucho a los dos y, que yo sepa, nunca ha pasado nada entre ellos. Sin embargo, tengo la sensación de que está surgiendo algo que ambos se niegan a aceptar. Me di cuenta en Roma, cuando los vi bailar más acaramelados de lo normal. A mí, por un lado, me encantaría que se dieran una oportunidad, pero, por otro, me preocuparía que mi hermana pequeña se liase con mi mejor amigo, porque si Levi le hiciera daño, sería hombre muerto.

—Hasta el lunes por la noche; quiero aprovechar para grabar contenido con una chica de Barcelona.

Aparte de la pastelería, Izzy también trabaja con varias marcas en su Instagram personal. Desde pequeña le encantan las cámaras y la gente, además de los dulces, por lo que poco a poco se ha ido creando una comunidad bastante grande, que ya llega a los 153k seguidores. Aunque podría vivir exclusivamente de esto, y le dedica muchas horas, Dulce Magnolia es el proyecto que le hace más feliz que nada.

—¿Y tú qué, chef? —pregunta Levi—. ¿Cómo va el restaurante?

—Avanzando poco a poco, pero *benne*. El local ya está medio reformado y la carta está casi cerrada. Esta semana comienzo con la

creación del menú para llegar a tiempo. En menos de un mes podríamos hacer pruebas de platos en cocina.

—¿Y tienes nombre ya o sigues dándole vueltas?

Me quedo en silencio un segundo, como si dudara en decirlo.

—Creo que lo voy a llamar Sogno Lavanda.

Olivia gira la cabeza y me mira con una expresión distinta, más suave, casi emocionada.

—¿Sogno Lavanda?

Yo asiento, orgulloso.

—¿No me dijiste una vez que tu abuela…? —pregunta mientras ata cabos.

—Es el nombre que *nonna* quería ponerle a su restaurante si algún día lo abría —concluye Izzy—. A nuestra abuela Violeta le encantaban las flores —dice dirigiéndose a Olivia y Levi—, y siempre decía que eran lo más bello de este mundo. Nico y yo nos acostumbramos a ponerle nombre de flor a todo lo que queríamos.

—Doy fe. La perrita que tenían cuando los conocí se llamaba Lili —añade Levi, sonriendo por el recuerdo.

—Y a mí me llamas Daisy… —murmura Olivia, más para sí misma que para nadie más, aunque la tengo tan cerca que puedo oírla con claridad.

—Claro, las personas más especiales merecen nombres de flores.

Levanta la barbilla para mirarme fijamente a los ojos, con un brillo nuevo, y yo le acaricio las pecas con el pulgar.

—Ella también nos enseñó a cocinar —añade Izzy.

—¿En serio? ¿A los dos?

—Sí, era una gran cocinera y repostera —evoca, nostálgica—. Adoraba los pasteles y los dulces en general, por lo que cada semana se dedicaba a probar una nueva receta con nosotros.

—Era nuestro momento favorito del día —confirmo

rememorando esa época en la que Alicia y Violeta suplieron el abandono de nuestros padres—. Te habría encantado nuestra *nonna*, Liv.

Le paso el brazo por la cintura y la acerco un poco más a mí para besarla en la clavícula.

—Vale, ya basta —pide Izzy fingiendo secarse una lágrima—. Os juro que, si os besáis ahora mismo, me tiro al agua.

—Hazlo. Está caliente —responde Levi sin inmutarse.

—Era un decir, no me voy a tirar al…

El resto de su frase se transforma en un chillido agudo cuando Levi la coge en brazos y se tira al agua con ella encima.

—¡Te mato! —le grita entre carcajadas—. Joder, ¡qué fría!

—Izzy, está caliente para ser abril —dice Levi con una sonrisa pícara.

—Para ser abril a lo mejor, pero está congelada. —Nada hacia él enfurruñada y le hace una ahogadilla, pero Levi contraataca con cosquillas.

—¿Tú crees que estos dos…? —me pregunta Olivia señalándolos discretamente.

—Hace años que sospecho que hay algo y últimamente más que nunca, aunque ellos parecen no darse cuenta.

Pasamos el resto de la tarde charlando y zambulléndonos de vez en cuando. Disfrutamos de esta burbuja de paz dentro del bullicio que suele ser mi vida. En este momento, no hay partidos que ganar, ni padres a los que gustar, ni siquiera prensa a la que esquivar: solamente estamos mi hermana, mi mejor amigo y la mujer a la que estoy empezando a querer más de lo que esperaba. Juntos nos divertimos una tarde de finales de abril bajo un sol radiante que nos tuesta la piel.

No se me ocurre mirar el móvil, que he puesto en modo avión

nada más subir al barco, porque ahora mismo no hay nada más importante que lo que tengo aquí. El agua se tiñe de un tono cálido, dorado, casi irreal.

Nos sacamos algunos selfis los cuatro y después mi hermana sugiere que colguemos alguna foto juntos en redes. Tiene razón: desde que nos acostamos hace dos semanas, y esto ha dejado de parecer una farsa, he preferido no exponer tanto nuestra relación.

—A la gente le va a encantar, Nico. Es la típica foto que tendrá miles de likes —afirma Izzy desde su posición de experta.

—No hay nada que grite más «reputación de hombre enamorado» que Nico Sorní mientras abraza a su chica en un barco con la puesta de sol —corrobora Levi.

Convencido, me levanto de un salto y le tiendo la mano a Olivia para que venga a mi lado. Nos situamos de espaldas a ellos, sentados en la proa con los pies colgando, la rodeo por la cintura y ella recuesta su cabeza en mi hombro.

Juego con la cinta de su biquini para provocarla un poco, mientras nos sacan fotos sin parar, hasta que acaricio un pequeño surco y reparo en que nunca le he preguntado por la pequeña cicatriz que tiene en la cadera, a la altura del hueso.

—*Come te lo sei fatto?*[63] —le digo rozándosela suavemente.

—Estaba con Emma corriendo en la montaña y me caí. Había una roca muy afilada y me tuvieron que poner puntos. ¿Quieres que te cuente la historia de todas las cicatrices que tengo en el cuerpo?

—No tienes ninguna más.

—¿Cómo lo sabes? —me pregunta sorprendida.

—Tengo tu cuerpo memorizado centímetro a centímetro desde esa noche en Londres, Daisy.

Abre la boca para decir algo, pero vuelve a cerrarla al momento y se le escapa una sonrisa. La beso suavemente en los labios, antes

de levantarme y quitarle a mi hermana el móvil de las manos.

—Ya tenemos un reportaje entero, *bambina*.

—¡Es que estáis tan monos!

—Cualquiera diría que te dan envidia, Isabella —la chincha Levi, con la cara que pone habitualmente cuando quiere seducir a una chica.

—Para nada, estoy muy bien sola —responde mi hermana sin inmutarse—. Pero es que vosotros dos sois de portada de revista y una no puede resistirse a tanta belleza junta.

—Venga ya, exagerada —le responde Olivia dándole un codazo.

Nos reímos y una sensación cálida me recorre el pecho al verla a ella. Es la mujer más jodidamente hermosa que conozco, y tengo la suerte de que charla de manera animada con mi hermana y con mi mejor amigo. Está aquí conmigo y por mí.

Cuando el sol desaparece del todo, navegamos los pocos kilómetros que nos separan de la costa y solo entonces, cuando llegamos a tierra firme, con la sal aún en el cuerpo y el pelo húmedo, quito el modo avión de mi teléfono para colgar la foto que nos han hecho en el barco.

Entonces, lo veo: tres llamadas perdidas de Sergio, el arquitecto del restaurante, y una notificación de e-mail que me hace frenar en seco.

«Comunicación urgente. Ayuntamiento de Barcelona».

—¿Todo bien? —pregunta Olivia, consciente de que algo ha debido de pasar.

—No lo sé —respondo mientras abro el correo en silencio.

Lo leo dos veces, y aun así no me entra en la cabeza lo que está escrito. Me apoyo en el coche para digerir esas palabras:

«Una parte del permiso de obra no ha sido validada correctamente. El proyecto queda temporalmente suspendido hasta

nueva revisión».

—Joder —murmuro pasándome una mano por el pelo.

Sergio me llama justo entonces y, esta vez, descuelgo. Me alejo unos pasos, con la vista fija en el suelo, intentando mantener la calma mientras me explica que ha habido un error en el papeleo de uno de los instaladores. Algo sobre una firma que falta, un documento vencido, un técnico del Ayuntamiento que no da el visto bueno. Palabras que se me amontonan en la cabeza.

—¿Y cuánto puede tardar eso? —pregunto.

—Depende —responde, muy serio—. Si tenemos suerte, una semana. Si no…, varias.

—¿Y si son varias?

—No llegamos a tiempo para las pruebas de cocina. Ni para la apertura el día previsto.

Siento un nudo en el estómago. Todo lo que llevo meses construyendo podría retrasarse indefinidamente. No me pienso dar por vencido ahora y necesito ceñirme al plan si quiero que todo vaya bien.

Todo estaba medido. Yo dejo el hockey al terminar la temporada, ahora que la prensa me adora por estar enamorado y que mi reputación es intachable; entonces abro el restaurante y todos lo interpretan como mi manera bonita de reinventarme y llevar una vida sin riesgos. Lo último que quiero es que alguien sospeche que estoy harto de este mundillo. Mi propósito es que me mantengan como una leyenda y no como alguien despreciable y desagradecido. Deseo que me sigan viendo en la cima para que mi padre esté contento. Desde la experiencia traumática que viví hace cinco años no he vuelto a ser el mismo, y ya no puedo más.

Cuando cuelgo, Olivia está esperándome en silencio delante del barco mientras Levi e Izzy charlan animadamente de camino al

coche.

—¿Problemas?

—Puede ser —digo intentando sonar más tranquilo de lo que estoy—. Un tema con los permisos del restaurante. Lo están revisando, pero podría retrasarse todo.

Olivia pasa sus brazos por mi cintura y permanecemos abrazados unos segundos. Eso, de alguna manera, me ayuda a respirar.

37

Olivia
10 días para cerrar el círculo

—Vayamos al siguiente punto. —Marwa señala la pantalla mientras pasa de diapositiva—. Comunicación y marketing. Quedan diez días, ¿qué números habéis conseguido?

Estamos en una de las salas acristaladas del edificio, la que utilizamos para las reuniones con más personas. Marwa está en la cabecera de la mesa, y yo, a su derecha (he elegido este sitio aposta para infundirme confianza). Aunque Aarón me mire desafiante desde el otro lado de la mesa, no voy a hacerme pequeña.

—Desde *paid social* el ratio de conversión ha sido del 4,3 por ciento —responde Aarón mirando al frente con una expresión impasible—. Facebook e Instagram Ads están funcionando especialmente bien para el público de veinticinco a treinta y cinco años.

—Hemos alcanzado ya el 85 por ciento del objetivo de entradas vendidas —añade Guillem, de estrategia digital—. Si seguimos con este ritmo, y gracias a la última campaña que lanzaremos mañana,

podríamos colgar el cartel de «sold out» este fin de semana.

Un pequeño murmullo de satisfacción recorre la sala.

—A nivel orgánico, el *engagement* en redes ha subido un 18 por cierto en los últimos días —continúa Julia, del equipo de contenidos —. El reel de las autoras anunciando las firmas se viralizó en Instagram y el sorteo con entradas dobles en TikTok ha traído buenos *leads*.

—Bien. —Marwa aprueba los datos y se gira hacia mí—. Olivia, ¿cómo está el calendario editorial y los materiales de apoyo?

—Todo validado hasta el día del evento —respondo con calma, aunque percibo cómo Aarón me mira de reojo—. Ayer validamos el calendario editorial completo. Los *copies* para el mailing ya están redactados y el equipo de diseño está terminando los últimos visuales para el día del evento. Mañana a primera hora hacemos un repaso final y mandamos las comunicaciones entre las diez y las once.

—Perfecto, Olivia —afirma Marwa con un leve gesto de reconocimiento. Sé que valora que no deje cabos sueltos.

—¿Y el plan de crisis? —pregunta entonces Aarón desde el otro lado, apoyándose en la mesa con los dedos entrelazados—. ¿Está finalizado?

Siento cómo se me tensan los hombros.

—Sí. Tenemos tres escenarios contemplados: fallo técnico en la plataforma del evento, cancelación de última hora de alguna autora, o incidencias meteorológicas. Está todo documentado, con mensajes preparados y responsables asignados.

Aarón asiente inexpresivo, pero noto en su mirada que aún cree que me puede incomodar.

Pues no.

—Muy bien —dice Marwa, y vuelve a coger el mando del

proyector—. Pasamos al siguiente bloque: logística y coordinación de espacios. Marta, ¿cómo van los montajes?

Mientras la reunión avanza, tomo aire y repaso mentalmente la *to-do list* de esta tarde. Queda mucho por cerrar, pero no puedo evitar sentirme orgullosa. Lo estamos consiguiendo. Y, aunque me muera de nervios, me gusta sentir la adrenalina. Me hace sentir que estoy justo donde debo estar.

Cuando terminamos y mis compañeros empiezan a salir, Marwa me hace un gesto con la mano para que no me vaya.

—¿Tienes cinco minutos?

—Claro, dime —respondo animada, aún con el subidón de saber que todo va sobre ruedas.

Marwa cruza la sala para cerrar la puerta y vuelve a sentarse donde estaba. Yo me siento a su lado.

—Olivia, quería decirte que me siento muy satisfecha por tu trabajo en este evento. —No consigo descifrar del todo su expresión. Está contenta, pero, a la vez, ¿está dudando?—. Has sido un elemento clave desde que lo propusiste y te atreviste a liderar conmigo este proyecto. Aunque aún falten diez días, me has demostrado que puedes con la presión y la carga de trabajo.

Sus palabras me halagan.

—La verdad es que me ha encantado ser partícipe del LitLove y aprecio mucho que me dieras la oportunidad de organizarlo todo a tu lado.

—Has sobrepasado mis expectativas para una editora júnior, porque has trabajado transversalmente con todos los demás equipos e incluso en campos que no tendrías por qué dominar. Has demostrado que estás preparada para más. Y, por eso, quería hablar contigo… —Hace una pausa y revisa algo en su ordenador.

¿Será este el momento en el que me ofrece una promoción?

—No sé si te lo he comentado alguna vez, pero dentro del equipo global tengo bastante contacto con Holly, de la delegación de Tokio. Vendría a ser algo así como «la Marwa» de allí, para que nos entendamos. —He oído hablar de ella alguna vez, pero tengo poca información—. Ha estado siguiendo de cerca todo el proceso con el festival. Holly ha quedado impresionada contigo, no solo por los resultados que estamos viendo a diez días del evento, sino por cómo lo has gestionado todo: tu visión, tu capacidad organizativa y tu criterio editorial.

Mi jefa me mira con los ojos brillantes y una sonrisa que no consigo terminar de interpretar. ¿Por qué parece contrariada?

Decido no intervenir y dejarle espacio para que continúe, porque no entiendo adónde quiere llegar.

Marwa coge aire antes de seguir.

—Quieren montar un evento parecido allí y me han pedido que seas tú quien lo lidere.

—¿Qué? Gracias por pensar en mí, pero ¿cómo voy a coordinar un evento así desde Barcelo…? —Me detengo en seco al darme cuenta de lo que quiere decir.

Ahora comprendo todo.

—Quieren que te traslades a Tokio —confirma con una serenidad que no ayuda a calmar mi desconcierto.

La miro con los ojos muy abiertos, sin saber qué decir. ¿Tokio? Es una oportunidad increíble, pero la palabra «trasladar» suena a algo mucho más permanente que un par de semanas.

—¿Cuánto tiempo sería?

—Unos seis meses de preparación para el festival —empieza Marwa con voz firme pero cálida—, y luego entre cuatro y seis meses más para desarrollar eventos satélite y complementar la estrategia de comunicación global. Holly te propone un contrato

temporal de un año dentro del equipo internacional. Después tú eliges si quieres quedarte allí o si prefieres volver a Barcelona. Quiero que tengas claro que, si regresas, tu puesto aquí te estará esperando.

Hace una pequeña pausa, valorando cómo recibo la noticia.

—No tienes que decidirlo ahora, Olivia. De hecho, ni siquiera te lo tendría que haber comentado antes del LitLove; sin embargo, te conozco y sabía que necesitarías un tiempo para procesarlo y tomar una decisión. Sé que es precipitado, pero creo que esta experiencia puede ser increíble para ti.

Me quedo en silencio, noto la garganta seca y un torbellino de emociones dentro. Es una oportunidad única. Después de todo el esfuerzo, de todas las trabas que me ha puesto Aarón, lo he logrado. No soy la chica inútil que él decía que era. Consigo cosas increíbles por mí misma.

Además, llevo tiempo queriendo alejarme de todo y Tokio siempre ha estado en mi lista de las ciudades en las que me encantaría vivir un tiempo. Es un proyecto conocido, pero con un equipo internacional que ha decidido apostar por mí, incluso sin conocerme. Si me hubieran dado esta noticia hace cinco meses, ya estaría haciendo las maletas.

Pero ahora, lo primero que me viene a la mente es la imagen de Nico cocinando con música de fondo mientras le cuento mi día y él me cuenta el suyo, y se me cae el alma a los pies. Siete horas de diferencia son muchas para una relación que justo empieza.

—Gracias, Marwa. ¿Cuándo tengo que decirte algo?

—Tienes hasta la última semana de mayo. Si te unes a su equipo, cuentan contigo a partir de junio, por lo que volarías el día 1, que es domingo. Todos los gastos de reubicación correrían a cargo de la editorial, claro.

Aún continúo en shock.

Marwa me dedica una sonrisa cálida, se levanta y da por terminada nuestra reunión improvisada. Al cruzar juntas la puerta, me da un abrazo sincero, un gesto que me descoloca un poco, no porque no seamos cercanas, sino porque nunca me había abrazado antes.

—Te lo mereces, Olivia. Enhorabuena por tu trabajo.



De camino a casa llamo a Emma para contárselo, con una mezcla de nervios y emoción en el estómago.

—¿Que te han ofrecido qué? —grita emocionada al otro lado de la línea.

—Sinceramente, aún no me lo creo del todo.

—Olivia, ¡esto es muy fuerte! Vas a aceptar, ¿no?

—Yo… —dudo, porque estoy muerta de miedo.

—No puedes no hacerlo.

—A ver, poder, puedo.

—Espera, ¿lo dices de verdad? ¿Te lo estás pensando en serio?

—Emma, estamos hablando de mudarme un año entero a Tokio.

—Exactamente, Tokio, el sitio al que siempre has querido ir.

—Una cosa es ir dos o tres semanas de viaje, vivir un mes para cambiar de aires, y otra vivir allí todo un año…

—Pero ¡es una oportunidad única!

—Pero ¡me da miedo! —admito.

Emma no responde; por un momento, pienso que se ha cortado, pero no. Está intentando entenderme.

—¿Es por Nico? —pregunta con cautela.

Ahora soy yo la que no responde de inmediato. Me cambio el teléfono de mano y suspiro, cerrando los ojos un momento.

—Quiero aceptarlo, quiero vivir la experiencia y sentirme orgullosa de mí misma. Estoy consiguiendo lo que me propuse, conocerme, sentirme bien, encontrar mi lugar, no dejar que mi ex me amargue la vida y todas esas cosas que antes veía imposibles. Creo que una posibilidad así me acercará más a lo que deseo en mi vida profesional: crecer en el sector editorial y ser feliz conmigo misma, sin necesitar a nadie más. —El corazón me va a mil—. Pero creo que me estoy enamorando de Nico —admito, en voz baja.

—No lo crees, *love*, lo sabes. Estás enamorada hasta las trancas y él también lo está de ti. —Se ríe, la muy zorra.

—Vale, lo estoy. Y eso no es incompatible con mi proceso individual, pero sí con mudarme a la otra punta del mundo.

—Existen las relaciones a distancia…

—Emma, llevamos solo un mes acostándonos. Es una relación bebé.

—¿Y no ha sido este el mes más feliz de tu vida desde que murió papá? Nico te hace bien, Olivia, te complementa. Te ha ayudado a recuperar tu luz.

Recuerdo el día en que nos conocimos, la discoteca de Roma, cuando me mudé con él, nuestras escapadas a la playa. Nunca ha querido salvarme, simplemente ha estado a mi lado haciéndome más fuerte. Pero una relación a distancia es complicada, y no es que no esté dispuesta a luchar, pero no estoy segura de si hacerlo es lo mejor para nosotros, para mí.

—Puede que tengas razón, no sé. Tengo la cabeza que me va a explotar.

—Sabes que él te animará a ir, ¿verdad? Decidas lo que decidas sobre vuestra relación.

—Sí. —Me paso una mano por la cara, agobiada—. Estoy llegando a casa, mañana te llamo.

—Te quiero, *sis*.

—Y yo a ti.

Nunca había imaginado que conseguir algo así me provocaría una sensación agridulce, pero está pasando. La oportunidad de mi vida, algo que me tendría que hacer extremadamente feliz, me pone también triste, todo por un chico que sería capaz de bajarme la luna si se lo pidiera.

Abro el chat de WhatsApp con mis amigas y les mando un mensaje rápido preguntando si tienen un hueco para hacer videollamada mañana al mediodía, a lo que las dos me confirman al instante.

Con los pensamientos a mil revoluciones por segundo y un nudo en la garganta, giro la llave en la cerradura de casa y me preparo psicológicamente para contarle a Nico que quiero mudarme a Tokio. Debo ser brutalmente honesta acerca de lo nuestro. No sé cómo vamos a gestionarlo, pero quiero hacer que funcione.

Cuando abro la puerta, el discurso que tenía preparado se diluye. El pequeño recibidor, antes completamente vacío, ahora tiene un mueble de color anaranjado con algunas velas de colores encima, una orquídea y un cuadro colgado sobre él.

Entonces desvío la mirada hacia el salón y se me encoge el corazón.

Estoy en nuestro salón, pero no se parece en nada al espacio que he dejado esta mañana al salir hacia el trabajo. Las paredes, antes blancas y desnudas, ahora acogen una composición preciosa de cuadros en tonos melocotón, rosas, naranjas y azules que inundan la pared de color. Cada lámina parece cuidadosamente escogida, como si Nico hubiese sabido exactamente lo que me haría

sonreír.

El sofá está lleno de cojines de distintos colores, de tejidos gustosos. Hay una lámpara de pie que alumbra una de las esquinas. En la mesilla de centro se encuentran algunos libros vistosos junto a un jarrón lleno de margaritas; más a la derecha hay un mueble de rejilla con velas y jarrones ornamentales hechos de cerámica suave y anaranjada. Una alfombra delimita el espacio y lo diferencia de la mesa grande ovalada del comedor con sus cuatro sillas, también de rejilla.

La estantería ha sido sustituida por una más grande. Los libros comparten espacio con distintos objetos que la decoran: una vela en forma de cuerpo de mujer, una lamparita redondeada de color violeta, algunas plantas, un jarrón decorativo de color verde menta, un aparato diminuto que parece una radio colorida y una bola de discoteca que refleja la luz que entra por todo el salón y crea pequeños destellos por todos lados.

Oigo un maullido y descubro a Willow y Ivy, soñolientas en lo alto de su nueva torre: una estructura de un metro y medio que parece un árbol con grandes flores rosas que conforman los distintos niveles. Están encantadas y yo me acerco a rascarles entre las orejas.

—¿Qué ha pasado aquí, chicas?

Willow me responde con un maullido agudo y yo sigo anonadada, observando el espacio. Los colores me envuelven y ahora el salón tiene un precioso aspecto cálido.

Las plantas están por todas partes. Grandes, vivas, como si quisieran ocupar el lugar del pasado y traer algo nuevo. Nico no solo ha redecorado el salón. Ha creado un espacio que me arropa.

Cuando me acerco a las láminas colgadas encima del sofá y las examino más detenidamente, reconozco más de una: son del tablero

de Pinterest del que le hablé antes de irnos a Londres. Todo está como en las fotos que guardé, mejor incluso, porque ahora es real.

Entonces susurra detrás de mí.

—*Ti piace?*[64]

Me doy la vuelta y Nico está apoyado en el marco de la puerta, con las manos en los bolsillos y esa sonrisa que siempre me desarma.

—¿Que si me gusta? —repito, sin poder evitar la voz temblorosa —. Nico, esto es exactamente lo que soñaba. Es mi tablero de Pinterest. Lo has hecho real.

Él se encoge de hombros, con esa mezcla suya de seguridad y timidez que solo aparece cuando ha hecho algo que le importa de verdad.

—Quería que este piso también lo sintieras como tuyo.

Camino hasta él y le rodeo el cuello, abrazándolo fuerte, enterrando la cara en su pecho para que no vea cómo se me han humedecido los ojos.

—Gracias —musito, aunque mi voz guarda un deje de tristeza que confío en que él no note—. No sabes cuánto significa esto para mí.

—Espero que no te importe que te cogiera el iPad. El otro día vi la contraseña y pensé que…

—Claro que no me importa, idiota. —Me seco una lágrima disimuladamente y lo beso en los labios.

—Por cierto, todas las plantas son aptas para gatos —murmura, orgulloso, con su nariz rozando la mía—, *l'ho verificato.*[65]

—Genial, ahora solo tenemos que rezar para que estas pequeñas gremlins no las tiren al suelo y lo dejen todo perdido.

—Si lo hacen, compraremos otras.

Separo mi cabeza de la suya para mirarlo con reproche, con los

ojos muy abiertos y conteniendo la risa.

—Otras plantas, ¡no otras gatas! —aclara entre carcajadas, que se unen a las mías.

Él me aprieta con fuerza. Por un segundo, siento que, pase lo que pase, siempre recordaré este instante. Esta casa. Esta calidez.

Esta es su forma de decirme que quiere que lo nuestro dure, que no se termine según el plan. Y yo quiero lo mismo.

38

Nico
21 días para volver a empezar

Recorremos todo el espacio, estancia por estancia, para que Olivia descubra los cambios. Lo observa todo con la boca entreabierta y una expresión de asombro. Para mí, simplemente por cómo le brillan los ojos, todo merece la pena.

—¿Lo has hecho tú solo? —pregunta en voz baja pasando la mano por los estantes que ahora decoran un rincón del salón.

—Oh, ni de broma. —Me río—. Llamé a Carla, la interiorista del restaurante. Solo no habría sabido ni por dónde empezar. Le pasé las fotos de tu iPad y llevamos unas semanas trabajando en ello.

No voy a negar que ahora, viendo el apartamento así, me doy cuenta de lo impersonal que era antes: frío pero funcional, sin alma. Hasta que me lo dijo Olivia, nunca había sentido la necesidad de cambiar nada.

Ella, con sus miles de libros, sus gatas y toda esa alegría, me puso la vida patas arriba. Y hace unas semanas lo supe. Justo antes de irnos a Londres la vi sentada en el sofá, tan concentrada frente al

iPad. Ya no quería que este fuera solo mi apartamento, quería que este fuera nuestro hogar.

Me acerco más a ella y le rodeo la cintura con los brazos para atraerla hacia mí.

—Es una pasada, Nico. —Se gira entre mis brazos y me mira como si no acabara de procesarlo—. ¿Cómo has podido organizarlo en un solo día?

—Nada más salir tú por la puerta han entrado Carla y su equipo. Estaban en una cafetería aquí al lado. —Le guiño el ojo.

Traga saliva y sus dedos juguetean con mi pelo.

—¿Y por qué…? —empieza, pero no termina la frase.

—Porque no quería que fuera solo mi piso. Mereces vivir en un sitio en el que te sientas en casa. —Le acaricio la mejilla con el pulgar—. Y eso requería una decoración que también te representara a ti, y tú eres luz.

Tiene los ojos vidriosos clavados en los míos y veo cómo una sonrisa asoma a sus labios antes de besarme.

—Nunca habían hecho algo así por mí —susurra.

—A lo mejor nunca te habían visto como te veo yo.

Volvemos a besarnos y la levanto del suelo para que enrosque las piernas en mi torso. Ella suelta una carcajada; la dejo caer en el sofá para hacerle cosquillas, solo por escuchar una vez más su risa.

—De tu habitación no he tocado nada, no quería entrar sin permiso, pero compramos unas cuantas cosas de decoración y están guardadas en el despacho, para que puedas colocarlas si te apetece. —Me siento a su lado y cojo uno de los cojines que, sin duda, son mucho más mullidos que los anteriores—. Aunque también podemos decorar una de las dos habitaciones y transformar la otra en un vestidor, o una librería, o lo que te apetezca.

Willow salta de su nuevo árbol a mi regazo y Ivy la sigue,

aunque esta se pone en la parte más alta del sofá, justo detrás de Olivia. Ella se ha quedado callada, con las manos encima de las rodillas y una mirada que conozco: algo le preocupa.

—Pero no tenemos por qué hacerlo, claro, a lo mejor es demasiado pron…

—No es eso —me interrumpe—, me encantaría tener solo una habitación y que sea nuestra. —Me coge la mano y se recuesta en el sofá para quedar frente a mí—. Es que tengo que contarte algo.

Su mirada preocupada me pone en alerta.

—Esta mañana hemos tenido la última reunión grupal del LitLove —me cuenta con la voz temblorosa—; al terminar, Marwa me ha propuesto algo que viene de otra delegación de la editorial.

—¿Qué tipo de algo? —indago con cautela.

—Me van a ofrecer un contrato para irme un año a Tokio —lo suelta de golpe, como si así le fuera más fácil—. Para organizar un LitLove allí y después dar soporte para desarrollar otros proyectos del estilo. Sería parte del equipo internacional durante ese tiempo y después podría volver aquí.

Se me encoge el corazón y tardo unos segundos en decir algo. Necesito procesar la información. Olivia me sostiene la mirada con una mezcla de emoción y temor que me parte el alma.

—Vas a aceptarlo, ¿verdad? —pregunto con un nudo en el estómago—. Es decir, tienes que hacerlo, es una oportunidad increíble para crecer en el sector.

Ella se encoge de hombros con la mirada contrariada. Ivy y Willow se han acurrucado en una esquina del sofá.

—Quiero aceptarlo —confirma. Percibo una punzada en el corazón—, pero tengo miedo. No quiero elegir entre mi carrera y esto que tenemos, porque esto me hace muy feliz.

—¿Cuándo tendrías que irte?

—En un mes —dice con un hilo de voz.

En ese instante siento que algo dentro de mí se rompe del todo, porque entiendo que querer a Olivia significa dejarla volar. Aunque no esté preparado para separarme de ella, aunque sea lo último que quiero.

—Vamos a aprovecharlo al máximo, ¿vale? —Le pido atrayéndola hacia mí para abrazarla—. Y lo haremos funcionar, aunque sea a kilómetros de distancia. Es solo un año, podemos hacerlo. Iremos viendo día a día.

—Día a día —repite ella, como un eco de mis palabras.

Olivia se recuesta en mi pecho y noto cómo una lágrima silenciosa rueda por su mejilla. Entiendo que tiene tantas dudas como yo, pese a que no vayamos a decirlo en voz alta. Porque un año sí es mucho tiempo, sobre todo para una relación que acaba de empezar.

39

Nico
15 días para volver a empezar

Cité a Enzo en mi restaurante. Aunque intuía que esto no iba a salir bien, tenía que intentarlo. Estoy frente al local esperando a mi padre y a Carolina.

He decidido correr el riesgo de enseñarles este sitio, a pesar de que mi padre cumpla con su amenaza y haga todo lo que está en su mano para que el proyecto no salga adelante. Necesito una última oportunidad para conseguir, por lo menos, que el hombre con el que comparto ADN no me odie por haber tomado una decisión que a él no le gusta, pero que a mí me hace feliz.

Supongo que un hijo nunca deja de buscar la aprobación de su padre, por más que este le haya dejado claro innumerables veces que no solo no va a darle su apoyo, sino todo lo contrario. Por eso, he invitado también a Carolina; a decir verdad, quizá la haya juzgado mal durante todos estos meses, porque en Londres me di cuenta de que la pobre mujer hace esfuerzos por ganarse mi aprecio. Va siendo hora de que yo también empiece a incluirla en la

familia. Además, su presencia tal vez suavice la actitud de mi padre.

Antes de salir de casa he llamado a Alicia para contarle mi plan y, aunque no las tenía todas consigo, me ha sugerido que vaya directo al grano. Aunque se haga el tonto, mi padre sabe que llevo años dudando de todo y que si sigo en el hockey es solo por sus amenazas. Llegados a este punto no vale la pena perder más tiempo. Si se lo cuento y quiere entenderme, lo hará. Y si no quiere, ya pensaré más tarde cómo lo soluciono.

Pasan cinco minutos de la hora acordada y el nudo en mi estómago me oprime. ¿Y si no aparecen? Ni siquiera saben a lo que vienen, solamente les he pedido quedar para tomar un café y charlar antes de la gran final. Con este argumento, sabía que convencería a mi padre en el acto. Lo raro es que él nunca se retrasa. Esto me hace pensar que a lo mejor ya estaba al tanto de todo.

Aún no tengo todos los papeles en regla y se me está echando el tiempo encima. Los trámites legales van siempre tan lentos… Hace ya doce días que me llegó el fatídico e-mail y, desde entonces, Sergio y yo hemos trabajado sin descanso para conseguir todos los documentos que me piden, pero no hay forma de obtener de nuevo el que venció en tan poco tiempo y sigue faltando la firma del instalador que cambió de empresa.

Eso no solo está afectando a mi salud mental, sino también a mi rendimiento en el campo y a mi relación con Olivia. Nos queda poco tiempo juntos y queremos aprovecharlo al máximo, pero mi humor no es el mejor y odio que ella lo note.

Claramente Liv tampoco está bien, aunque no pare de repetirme que sí. Entre el agobio por el LitLove, que ya es este fin de semana, la presión añadida que le provoca saber que habrá gente del equipo internacional en el evento y todo el tema de Tokio, está agotada y preocupada. Seguimos durmiendo juntos casi cada noche, seguimos

teniendo un sexo brutal y compartiendo momentos como una pareja normal; sin embargo, siento que entre nosotros se ha instalado un pequeño muro que antes no existía.

Me saca de mis pensamientos una voz que reconozco perfectamente. La ligera sonrisa en la cara de mi padre me indica que hoy está de buen humor, seguramente porque Carolina tiene ese efecto sobre él, lo que me da un poco de ventaja.

Cuando llegan, mi padre me tiende la mano y ella me da dos besos, abrazándome tan fuerte que me hace sentir incómodo.

—¿Qué hacemos aquí, Nico? Este sitio está cerrado —apunta mi padre.

Respiro hondo para serenarme y se lo suelto de golpe, tal y como había planeado:

—Estáis delante de mi restaurante. La inauguración es dentro de quince días.

Hago una pequeña pausa para valorar su reacción: mi padre ha abierto mucho los ojos, pero no habla; Carolina, en cambio, tiene un brillo en la mirada que identifico como algo positivo y se tapa la boca con una mano.

—Y sí —añado dirigiéndome a mi padre—, esto implica que voy a dejar el hockey en cuanto termine la temporada.

La cara de mi padre es un poema: se está poniendo rojo, ha cuadrado los hombros y tiene los puños apretados a ambos lados de su cuerpo. Carolina le pone una mano en el pecho y me mira desconcertada, sin entender nada de esta situación. Parece que no había visto así a mi padre muchas veces. Sin duda, nunca lo ha escuchado hablarme como lo hace cuando estamos solos.

—¿Estás completamente loco? —espeta mi padre por fin, con un tono de voz más bajo de lo esperado, pero cargado de rabia contenida—. ¿Tú sabes lo que estás tirando por la borda?

—Sí. Lo sé de sobra —respondo sin pestañear.

Carolina nos observa como si intentara traducir el idioma hostil que compartimos. Da un paso hacia mí.

—¿Este sitio es tuyo de verdad? —pregunta en voz baja, con una mezcla de asombro y ternura.

Asiento.

—Llevo meses trabajando en ello. Esto es lo que quiero hacer con mi vida. Crear un espacio diferente, mío, y aprender de los mejores. No quiero seguir viviendo la vida que tú elegiste para mí, papá.

—Te recuerdo que fuiste tú el que quiso apuntarse a hockey en Roma —masculla.

—¡Tenía dieciséis años! Mamá se había ido y tú tampoco estabas nunca con nosotros. Necesitaba hacer algo que me emocionara.

—¿Me dirás que todos estos años no has disfrutado los partidos? Porque nunca te he oído quejarte cuando te daban una copa —me lanza.

—Lo he disfrutado, pero ya no es así. Desde aquella noche… no puedo continuar con esta vida, *lo sai benissimo.*[66] —Me paso la mano por el pelo y me muerdo el interior de la mejilla, notando cómo se me acelera el corazón.

Mi padre me fulmina con la mirada, pero no responde. Todo apunta a que no quiere hablar de eso delante de su mujer.

Después de un par de segundos de silencio, Carolina se adelanta y me aprieta la mano a la vez que asiente con un gesto tan efímero que, por un momento, dudo de si lo he imaginado.

—¿Podemos entrar?

Me siento más aliviado; sonrío, abro la puerta y les hago pasar. El local no está terminado, pero ya se parece mucho a lo que será su versión final. Madera clara, mesas redondas, luces cálidas y una

barra que diseñé yo mismo. La cara de Carolina se ilumina. Mi padre no dice nada.

—No necesito que estés de acuerdo, papá. Pero quiero que sepas que esto no es un capricho. Es mi futuro y voy a hacerlo con o sin ti.

Él sigue sin hablar y yo soy incapaz de descifrar su rostro. Parece furioso, pero escudriña el espacio con una mezcla de curiosidad y desdén que me sorprende.

Una parte de mí tiene la impresión de que se lo está tomando mejor de lo que esperaba. Eso me aporta esperanza, porque por primera vez en mucho tiempo me estoy eligiendo a mí, aunque sea con miedo. Estoy un paso más cerca de ser feliz.



Cuando llego a casa, un aroma delicioso me recibe y la música de fondo me envuelve. Suena Taylor Swift, cómo no, lo que significa que Liv está preparando la cena y no debe de haberme oído entrar. Las gatas vienen a recibirme, maullando para conseguir que les rasque entre las orejas, aunque acto seguido vuelven corriendo hacia Olivia, porque no pueden dejarla sola más de un par de minutos. Cuando me acerco a mi chica por la espalda y le pongo las manos en la cintura, ella se da la vuelta y me besa suavemente en los labios.

—¿Cómo ha ido? —susurra con su boca pegada a la mía.

Por toda respuesta, la aprieto contra mi pecho e inspiro hondo. Trato de liberar la tensión que me impide respirar del todo y llenarme de esa sensación cálida que su cuerpo provoca siempre en mí.

—Mejor de lo que podría haber ido, pero tampoco vamos a decir que bien.

Coge agua fresca de la nevera y un plato con una tortilla de patatas que tiene una pinta increíble. Me hace un gesto con la cabeza para que yo agarre el pan con tomate y los platos con cubiertos y la siga. Las gatas vienen detrás, moviendo la cola pomposamente y mirando hacia arriba, cada pocos pasos, por si les damos algo.

—¿Quieres hablar de ello?

Lo dejamos todo sobre la mesa del salón, adornada con un par de velas en medio —ella adora encender velas y yo sufro por si una gata las tira y nos incendia el piso—, y nos sentamos a cenar. La miro antes de responder, cortando la tortilla de patatas con una sonrisa de anticipación, porque es su comida favorita, y se me encoge el corazón en el pecho.

Aún me da miedo lo mucho que me gusta tenerla aquí, protagonizando esta escena tan casera, infinitamente más íntima que el sexo que compartí durante años con otras mujeres.

Hace unos meses ni siquiera hubiera imaginado que podría dejar a una chica entrar en mi vida; mucho menos hasta el punto de que mi apartamento pasara a ser el suyo y yo no solo me sintiera bien con eso, sino que deseara que no se fuera nunca.

Sin embargo, ahora que alguien ha conseguido ganarse mi confianza, se irá. No la culpo y soy el primero en animarla para que lo haga. Sé que el sector editorial la hace feliz y es una oportunidad que la ayudará a crecer muchísimo. Lo que no sé aún es cómo gestionar su marcha.

De momento, decido no hacerlo, porque todavía nos quedan unas semanas y quiero aprovecharlas.

Olivia me sirve una porción de tortilla en mi plato blanco con una

cenefa en el borde. La redecoración de la casa fue completa y estos platos salían en una de las fotos que ella había guardado. Al final, me rasco la nuca y le respondo, aún un poco desconcertado, sobre cómo me ha ido la tarde.

—*È stato… strano*[67] —empiezo—. Mi padre no ha gritado, cosa que ya es mucho, y Carolina me ha dado la sensación de que estaba entre asombrada y emocionada. Me ha preguntado por la creación del menú, si tengo ya personal contratado, e incluso por cómo ha sido decorar el espacio. La he visto verdaderamente interesada.

—Sé que no te cae del todo bien esta mujer, pero, por todo lo que cuentas de ella, siento que es una buena influencia para tu padre. —Corta un trozo de tortilla, se lo pone en la boca y realiza uno de sus encantadores bailes de felicidad.

—*Certo*, me he dado cuenta de que la había prejuzgado. Hoy ha parecido que intentaba que mi padre viera las cosas desde otra perspectiva.

Cojo un poco de pan con tomate y le pongo un trozo de tortilla encima.

—¿Y ha funcionado?

—No, pero por lo menos no he tenido la impresión de que saldría de allí dispuesto a mover hilos para evitar su apertura.

—Ya es mucho —confirma Olivia metiéndose en la boca otro trozo de pan—. ¿Hay novedades del Ayuntamiento?

—*Ancora niente*[68] —confieso entre suspiros.

—Encontraremos la manera, Nico —me dice mientras acaricia mi mano.

Yo asiento, más por inercia que porque realmente lo tenga claro. Cambio de tema y le pregunto por el LitLove. Ya es este sábado y sé que está nerviosa. Terminamos la cena como siempre, charlando y riendo. Después de recoger la mesa, nos sentamos en el sofá con un

pedazo de tarta de chocolate que ha comprado al regresar del trabajo. Las gatas permanecen a nuestro lado, hechas una bolita y lamiéndose mutuamente.

—¿Puedo preguntarte algo?

Deja su plato vacío en la mesita baja y se recuesta en el sofá para centrarse en mí. Yo la imito.

—¿Por qué quieres dejarlo? Estás en la cima, ganas un montón de dinero, tu reputación ha mejorado muchísimo y haces algo que te gusta. ¿Quién querría dejar esa vida?

Contraigo el rostro involuntariamente, porque por un momento siento que es la única persona de la que nunca me esperaría escuchar esto. Hago lo posible por relajarme. Pienso que no le he contado muchas cosas y que, en cierto sentido, es lógico que me lo pregunte.

Sin embargo, se da cuenta de que desvío la vista y corrige sus palabras.

—Perdona, ha sonado muy mal —se disculpa—. Me dijiste que ya no te hacía feliz y eso es lo único importante. Sabes que no voy a juzgarte —se apresura a añadir—, pero creo que hay algo que no me has contado y quiero entenderlo. ¿Qué ha cambiado?

Respiro hondo, pongo a Ivy en mi regazo como soporte emocional y me preparo para contarle uno de los peores momentos de mi vida.

—Tienes razón, hay algo que no sabes —hablo despacio, buscando las palabras—. Como te conté hace un tiempo, empecé con el hockey en Roma para evadirme; poco a poco fui viendo que se me daba bien y que me gustaba. Ya sabes esa historia: cuando vine a Barcelona me uní a los Blizzards y comencé de forma profesional. Lo que no sabes es que entonces conocí a un chico, Ethan. Él jugaba en uno de nuestros equipos rivales, pero nos

hicimos bastante amigos.

Hago una pausa para beber agua porque ya noto la boca seca y la voz me tiembla. Hace muchos años que no hablo de ello con nadie, no me gusta recordarlo y mis amigos lo saben.

—A veces, salíamos a tomar una cerveza, otras nos juntábamos los dos equipos e íbamos de fiesta juntos. Aunque en el *rink* fuéramos contrincantes, fuera nos llevábamos bastante bien. Ethan era de Wyoming y su familia seguía allí, pero hará unos cinco años y pico su hermano Miles, que también jugaba al hockey, se mudó a Barcelona y se unió al equipo de su hermano mayor.

Olivia no aparta la vista de mí. Por ahora no entiende qué tiene que ver esta historia con lo que ella me ha preguntado.

—No pudo jugar ni dos partidos. Murió después del primero, cuando volvía a casa. —Liv abre mucho los ojos y coge aire, consternada—. Esa noche Ethan salió de fiesta con nosotros. Miles quiso volver a casa. Convencimos a Ethan de que se quedara un rato más. Le dijimos que su hermano ya tenía edad para volver solito, pero Miles se quedó dormido al volante, se estrelló contra una farola y se mató.

—Joder, Nico, lo siento muchísimo.

Me cae una lágrima por la mejilla y me la enjugo rápido, porque no quiero llorar ahora. No es que me dé vergüenza, esa masculinidad frágil la dejé atrás hace tiempo, pero sé que, si empiezo, no voy a poder parar y ahora quiero que Liv sepa la historia completa.

Ella deja su vaso en la mesita y se acerca más a mí, poniéndome una mano en el muslo y acariciando a Ivy, que comienza a ronronear, con la otra. Willow abre los ojos al instante desde encima de su torre y salta hacia nosotros, celosa ante las caricias que está recibiendo su hermana.

—Más tarde se descubrió que iba dopado con medicamentos para el dolor. Se los había dado el fisio del equipo para que pudiera jugar su primer partido en Barcelona en plena forma, pero no había tenido en cuenta que Miles tomaba una medicación distinta en Estados Unidos. Cuando se volvió a tomar sus pastillas después del partido, ya en el coche, le hicieron una reacción que lo dejó atontado en cuestión de minutos. Ethan volvió a Wyoming después de aquello y perdimos el contacto, pero no he dejado de pensar en Miles en todos estos años.

—Debió de ser horrible —susurra Olivia, abatida.

Respiro hondo y echo la cabeza hacia atrás.

—Ni siquiera lo conocía, pero esa noche me di cuenta de que yo ya no quería esa vida. No quería seguir en un mundo tan competitivo ni permitir que la prensa me atosigar el resto de mis días, como hicieron con Ethan cuando su hermano murió. Necesitaba alejarme de todo esto porque, igual que en un punto de mi vida me había salvado, en ese momento me oprimía. Empecé a tener ataques de pánico y a dormir mal. Lo único que me hacía sentir en paz era encerrarme en la cocina para aprender recetas, como hacía de pequeño con mi abuela. Me concentraba en las medidas de cada ingrediente, creaba mezclas nuevas y eso me ayudaba a no pensar en nada más. Cinco años más tarde de aquella desgracia, sigo en el mismo sitio que aquel día. —Suelto una risa amarga.

—Eso no es verdad, estás a punto de emprender un gran cambio.

—He estado a punto muchas veces, Olivia. Por suerte, nunca se ha hecho eco en la prensa, pero en el último momento, mi padre conseguía frenarme.

Chasqueo la lengua, frustrado.

—Creo que una parte de mí se lo ha permitido porque quería agradarle.

Antes de hablar, Olivia respira hondo y me mira directamente a los ojos.

—Mira, puede que haya sido así hasta ahora, pero en los últimos meses has tomado decisiones importantes para cambiar esto. No seas tan duro contigo mismo, Nico. Hoy mismo le has dejado claro que lo harías con o sin su aprobación, ¿no?

—Sí.

—Decida él lo que decida, estás haciendo esto por ti, para ser feliz.

Me pasa la mano por el pelo y la deja en mi mejilla, acariciándome suavemente con el pulgar.

—Y si ves que es demasiado, siempre puedes empezar terapia. —Se encoge de hombros, resolutiva.

—Estuve años yendo a terapia. Afortunadamente, Alicia se encargó de que entendiera que era lo mejor para mí. De hecho, he vuelto más de una vez en momentos de demasiado estrés o de sentirme muy perdido.

Cuando paso la vista de un punto muerto del salón a Olivia, veo que una leve sonrisa asoma a sus labios, aunque su semblante sigue triste.

—Creo que ir a terapia es lo mejor que pudiste hacer, Nico —me dice con un hilo de voz—. Yo empecé a ir cuando murió mi padre, porque pensaba que sin ayuda no lo superaría nunca, pero no solamente me sirvió para transitar el duelo, sino que me ayudó a conocerme muchísimo.

Olivia bebe un poco de agua y vuelve a recostarse en el sofá, esta vez enlazando su brazo con el mío y apoyando su cabeza en mi hombro. Creo que me está dando tiempo por si quiero seguir

hablando, pero la verdad es que no sé cómo hacerlo. Estamos unos minutos en silencio, hasta que ella lo rompe.

—¿Eso es lo que te pasó el día del partido que perdisteis? —pregunta, cautelosa—. Te vi raro, había algo en tus ojos… ¿tuviste un ataque de pánico?

—Sí —confirmo exhalando todo el aire que he contenido durante su pregunta—. Entré en el vestidor ya con mala sensación y, de repente, no podía respirar. Después recordé que hacía justo cinco años de eso.

—Joder.

—Efectivamente. —Dejo descansar mi cabeza sobre la suya y cierro los ojos.

—Siento mucho que tuvieras que pasar por eso, Nico.

—A veces siento que no tengo derecho a estar mal, porque Miles ni siquiera era mi amigo —le digo despacio; nunca me he atrevido a hablar de esto con nadie que no fueran los chicos, Izzy o Alicia, pero sé que Liv no me va a juzgar—. Pero supongo que a cada uno le afectan las cosas de forma distinta y para mí fue un detonante inmenso. Me imaginaba que era yo y que Izzy se quedaba sola, o que les pasaba algo a Levi o Alfie después de un partido, y esas imágenes me nublaban completamente la cabeza.

—Es que la ansiedad es una mierda —resopla ella—. Te lo digo yo, que la sufro muchísimas más veces de las que me gustaría admitir. Y no porque me avergüence hacerlo, qué va, sino porque desearía no tener esa sensación nunca más.

—Sabes que un día vas a dejar de sentirte así, ¿verdad?

Levanto la cabeza y cojo la suya con la mano, levantándole la barbilla para que me mire a los ojos.

—Tú también vas a dejar de sentirte así, Nico. —Sonríe, esta vez un poco menos triste. Entrelaza sus dedos con los míos y me besa

uno de los nudillos con delicadeza.

La beso suavemente en los labios y noto cómo mis comisuras se curvan ligeramente hacia arriba; por muy complicado que me resulte hablar de este tema, no puedo evitar pensar en lo fácil que parece todo con Olivia a mi lado.

Ponemos un capítulo de *Friends* para dejar de pensar un rato, pero se convierten en cinco seguidos. No nos soltamos la mano en todo ese tiempo. Esta noche no nos acostamos, pero dormimos enredados y lo siento todo mucho más íntimo que cualquiera de las veces que hayamos tenido sexo.

40

Olivia
Hoy se cierra el círculo

—¿Sabíais que la gente puede morirse de estrés? Lo busqué anoche.

Acabo de ordenar los libros de uno de los estands y subo a la mesa la caja en la que se encuentran los marcapáginas de la editorial, pendientes de colocar. Sienna, Nico y Emma cruzan una mirada divertida. Mi estado hiperactivo les parece gracioso, aunque yo estoy a punto de gritar.

—¿Antes o después de repasar el Excel por décima vez? —pregunta Nico cogiéndome por la cintura y dándome un beso suave en el hombro.

—Después. Claramente, después.

Cuando me he despertado esta mañana, lo primero que he sentido han sido los nervios en mi estómago, seguido de los treinta ping de mi móvil cuando he quitado el modo avión. He gritado contra la almohada para liberar la tensión, cosa que le ha parecido divertidísima a Nico, pero que le ha costado que, como venganza,

me comiera una de sus tostadas del desayuno. Por suerte para él, Sienna y Emma han aparecido en casa antes de que fuera a por su café.

—¡Olivia! ¿Has visto el cable del micro del escenario dos? —grita alguien desde el otro lado de la carpa.

—No, pero si me das treinta segundos te lo busco —respondo, sin tener ni idea de quién lo ha pedido.

—¡Lo tengo! —dice Emma levantando algo del suelo, emocionada por poder ayudar.

—Ahora mismo eres mi persona favorita del mundo —le aseguro lanzándole un beso.

—¡Eh! —exclaman Sienna y Nico al unísono, a lo que les dirijo una mirada fulminante antes de enviarles también un beso a ellos.

Aunque esto sea un caos, no puedo estar más agradecida por tener a los tres ayudándome en este día. Chiara no ha podido venir, pero entre los mil mensajes de esta mañana tenía uno suyo deseándome suerte; si bien puede parecer un gesto pequeño, estas cosas son las que más cuentan cuando tienes lejos a alguien a quien quieres.

—Vamos bien, ¿no? —pregunto sin mirar a nadie en concreto.

—Vamos de lujo —responde Sienna con firmeza, aunque se está peleando con un *roll-up* que no se aguanta derecho.

Faltan cinco minutos para abrir las puertas y ya hay un montón de asistentes agolpados en la arcada que hace de entrada principal.

Conseguir este sitio fue todo un privilegio: al ser una facultad de Filología, ya está habilitada para acoger charlas y mesas redondas. A la vez, cuenta con un patio central al aire libre rodeado de galerías preciosas que nos ofrecen un gran abanico de posibilidades en cuanto a firmas, paradas y espacios para fotos.

En ese momento diviso a Marwa viniendo hacia mí,

perfectamente arreglada y sin un pelo fuera de lugar. No puedo evitar preguntarme si algún día llegaré a ser como ella. En su cara se lee que ha dormido exactamente cuatro horas, pero sigue siendo más eficiente que todos los demás juntos.

—Olivia, las autoras de la mañana ya están todas en sus sitios de firma y en la sala de actos estamos acabando de montar el *setup* para la primera charla —me habla con una sonrisa cálida que me tranquiliza—. Ah, y el equipo de prensa ya está aquí y quieren hacerte una entrevista.

—¿Ahora? ¿Ya?

—Tranquila, en cuanto se hayan abierto las puertas. —Me pone la mano en el hombro y me lo aprieta ligeramente—. Todo saldrá perfecto. Tú solo respira, ¿vale? O finge que lo haces.

Me dedica una mirada cómplice y se aleja hacia la sala de actos.

Termino de colocar los marcapáginas, me aliso un poco la blazer malva, que llevo con unos *bikers* y botas negras de cowboy. He pensado que este *outfit* por lo menos me haría sentir empoderada. Hago una respiración profunda con los ojos cerrados.

Emma, Sienna y Nico se acercan a mí y me envuelven en un abrazo de oso que me corta la respiración unos segundos, pero que me hace sentir preparada.

—Vale —susurro—, abrimos puertas.



Ocho horas después, Sienna enlaza su brazo con el mío y me arrastra hacia el jardín central, donde Nico nos espera con botellas de agua y minicruasanes de chocolate.

—Parece que está siendo un éxito, ¿eh? —nos saluda sonriendo.

—Creo que sí —respondo sin atreverme a afirmarlo del todo.

—Nada de modestia, Olivia, ¿o no tienes ojos en la cara para ver la felicidad de los asistentes? —suelta Sienna.

—Hace nada he visto un grupo de chicas grabando un TikTok, y solo decían cosas buenas de su visita —añade Nico.

Me contagio rápidamente de su emoción.

—¿Esto es para mí? —pregunto a la vez que le robo los cruasanes y me meto uno en la boca—. Me muero de hambre.

—Normal, ni siquiera te has tomado tiempo para comer. Emma había apostado a que por lo menos te comerías un bocadillo, pero yo ya he dicho que no caería ni una bolsa de patatas —dice Sienna.

—¡Eh! —Le doy un manotazo con la boca llena y mi amiga levanta las manos en señal de rendición—. Quería hacer una pausa, pero me ha cogido la moderadora de la siguiente charla y me ha entretenido.

—*Che strano*[69] —apunta Nico con ironía—, si apenas hay unas quinientas personas intentando hablar contigo hoy.

—Me siento una actriz de cine, pero sin la parte glamurosa, solo la de tener que estar en treinta sitios a la vez —respondo, aún con la boca llena.

—Nosotros te traemos merienda y agua, ¿qué más quieres? —me pregunta Sienna mientras bebe de una de las botellas de plástico.

—Un masaje en los pies y una copa de vino. —Sonrío con descaro sacando la lengua—. Pero me conformo con esto de momento. Gracias, chicos.

Mi amiga me masajea las sienes y yo cierro los ojos, respirando hondo.

—¿Y Emma? —pregunto—. Hace rato que no la veo.

—Oh, la he visto hace nada entrar en la charla de editoriales

emergentes. Parecía emocionada —comenta Nico.

—Ay, sí, me había dicho que quería entrar a escucharlas —recuerdo.

Me meto un último cruasán en la boca, bebo un poco más de agua y me retoco el labial con un espejo pequeñito que llevo siempre en el bolso.

—Tendré que dar el *break* por terminado. En diez minutos empieza la mesa redonda sobre literatura y salud mental y quiero hacer una revisión rápida de todo.

Abrazo a mi amiga, beso a mi… ¿novio? y me alejo por donde he venido, con pilas recargadas para seguir hasta la hora de cerrar.

Paseo de un espacio a otro, sin detenerme más de cinco minutos en ningún lado. Cada vez que me cruzo con un lector emocionado, o con alguien preguntando si la autora X firmará al acabar la charla, me entra una especie de cosquilleo en el estómago. Uno de los buenos, de esos que me hacen pensar: «Esto lo estoy haciendo yo».

La cola del taller de escritura de esta tarde ya está llena, aunque falte casi media hora para empezar. Me aseguro de ubicar las catenarias para que la aglomeración de gente no moleste a las autoras que están firmando y justo cuando recoloco el *roll-up* del taller que se había movido un poco, Marwa pasa por mi lado y me dedica una sonrisa breve. Está junto a dos individuos que no reconozco, pero por sus acreditaciones deduzco que son del equipo internacional. Me tiemblan las piernas. Me cuesta creer que esto esté pasando de verdad.

Sé que Holly no ha podido venir, pero supongo que el trabajo de estas dos personas es transmitirle cómo va el día y evaluar el funcionamiento de la organización. No voy a negar que estoy aterrada; sin embargo, tampoco miento si digo que deseo esta oportunidad con todas mis fuerzas.

Es extraño pensar que algo que ni siquiera entraba en mis planes podría hacerme tanta ilusión, sobre todo cuando me va a obligar a separarme de personas a las que quiero. Aun así, pienso en mudarme a Tokio y liderar un equipo dedicado a montar eventos como este, con personas que me han elegido a mí para hacerlo, y no puedo evitar sonreír y sentirme orgullosa de lo que esto significa.

A medida que pasan las horas, el ambiente crece. Hay risas, hay gente cargada de libros, hay parejas discutiendo sobre qué autora firmará antes, hay chicas jóvenes haciéndose fotos delante de las portadas ilustradas y gente ensayando para el *pitch* editorial, que se llevará a cabo a última hora. Las editoriales están contentas, las autoras están felices y yo siento que, por fin, respiro.

Aunque se ha producido algún percance —conexiones que han fallado, charlas que se han alargado y han retrasado las siguientes, colas que se nos han ido de las manos en los picos de actividad—, hemos sabido solucionarlo todo a tiempo para que los asistentes permanezcan contentos.

Entonces pienso: «Lo estoy haciendo bien». No perfectamente, no de una forma impecable, pero bien de verdad. Queda menos de una hora para cerrar el festival y todo apunta a que ha sido un éxito rotundo.

Y ese pensamiento me acompaña hasta que, al doblar la esquina, me encuentro cara a cara con Aarón.

Lo esperaba. Llevaba semanas mentalizándome, pero me ha pillado desprevenida. El efecto que tiene en mi cuerpo es inmediato: se me tensan los músculos, se me forma un nudo en el estómago y comienzo a sudar. Lo odio.

Él se cruza de brazos frente a mí, con el ceño fruncido y un gesto de asco.

—Vaya, vaya, mírate —empieza, con ese tono condescendiente

que me hace hervir la sangre—, organizadora jefe, ¿eh? Creo que esta jornada tendría que haberla liderado marketing, no una editora júnior, aunque estoy seguro de que hiciste cambiar de opinión a quien fuera con una buena mamada.

Trago saliva y, por un instante, mi primer impulso es huir. Sin embargo, no me muevo ni un milímetro, hoy no.

—Te creía más original, Aarón —respondo con una sonrisa gélida —. ¿Me dejas seguir con mi evento? Tengo prisa.

Hago amago de moverme, pero él me bloquea el paso y avanza hacia mí, consiguiendo —esta vez sí— que yo retroceda hasta quedar con la espalda contra una pared. Su cuerpo está demasiado cerca del mío. De lejos podríamos parecer una pareja normal charlando íntimamente y la sola imagen me revuelve el estómago.

—Nunca pensé que eras de esas que manipulan a la gente para lograr lo que quieren, pero claramente no te conocía lo suficiente. ¿No se te ocurrió que este evento podría haberme ayudado a que me subieran el sueldo? ¿Que me ascendieran por fin en el departamento? Pero no, tuviste que quedártelo para ti solita, asumirlo como tu proyecto personal en vez de proponerlo como un proyecto general de la editorial en el que todos los equipos participaran por igual. Por tu culpa, he tenido que buscarme otra empresa que me pagara más y en la que no hubiera arpías como tú. Eres una egoísta, Olivia.

—No me quedé nada. La idea fue mía y por eso la he liderado, porque Marwa ha confiado en mí —escupo, enfadada por una acusación tan alejada de la realidad.

Él sonríe con desprecio y se aproxima un poco más a mí.

—Ahora te sientes especial, pero no eres más que una cara bonita con la necesidad constante de que alguien la aplauda. ¿De verdad crees que Nico está contigo por algo más que eso? —Se ríe y

baja la voz—. Nadie que te conozca de verdad te va a querer jamás, porque no vales nada. Yo lo supe desde el principio.

Sus palabras me calan, pero esta vez lo que me generan no es inseguridad, sino rabia.

—¿Sabes qué es lo más triste de todo esto, Aarón? —Mi voz suena más firme de lo que esperaba y eso me anima a continuar, creciéndome cada vez un poquito más—. Que piensas que todavía puedes herirme, que volverás a hacerme pequeña y a manipularme a tu antojo.

Él parpadea y veo la confusión en sus ojos.

—Durante demasiado tiempo tuve la esperanza de que, si me esforzaba lo suficiente, si te demostraba que valía la pena, algún día me mirarías como yo merecía. Pero resulta que eras tú el que no valía la pena. Tú, con tu ego frágil, tu obsesión por pisar a los demás para sentirte importante, tu miedo patético a que una mujer brille más que tú.

Aarón aprieta los puños, pero no dice nada.

—Se acabó. Me he dado cuenta de que ya no te temo. Ni a ti, ni a tu manipulación, ni a la sombra en la que has intentado meterme durante todo este tiempo. Puedes dejarlo estar, porque a partir de hoy ya no existes para mí. Ya no, Aarón.

Me escurro hacia un lado antes de que pueda bloquearme de nuevo y camino con decisión, sin mirar atrás, desapareciendo entre la multitud. Por primera vez en mucho tiempo ya no me da miedo lo que pueda hacer o decir, porque me doy cuenta de que eso era, justamente, lo que le daba poder sobre mí. Durante una época demasiado larga permití que mi valor como persona se calculara según su baremo, por lo que logró hundirme. Pero ya no soy esa chica. Los últimos meses me han enseñado que tengo mucho que ofrecer, que merezco que me quieran y que no soy reemplazable,

como él decía.

Hoy todas estas personas están disfrutando gracias a mí.

Cuando considero que estoy lo suficientemente lejos de él, me recuesto en una de las columnas de la balaustrada e inspiro profundamente. Mi corazón late tan fuerte que me parece imposible que nadie más lo esté oyendo, pero se va calmando a medida que realizo mis respiraciones.

Estoy a punto de marcharme para empezar a recoger los estands más lejanos cuando un brazo fuerte me envuelve la cintura.

—Ey, por fin te encuentro. —Las manos de Nico me recorren el rostro y me besa ligeramente en la sien.

Yo me giro hacia él, observándolo minuciosamente durante unos segundos antes de abrazarlo.

—Hola, Nico. —Cierro los ojos e inhalo su perfume, que siempre me reconforta.

—Hola, Daisy —responde con cariño.

—Gracias por quedarte hasta el cierre.

Podría parecer una tontería, pero, para mí, que haya cambiado todos sus planes para estar conmigo hoy no tiene precio.

—No me habría perdido ni un solo minuto de este día. —Dibuja en su rostro esa sonrisa tan suya que me cautiva—. Me he cruzado con Marwa y me ha obligado a sacarte de aquí cuando te encontrara. Dice que habláis el lunes y que no se te ocurra ayudar a desmontar, porque hay gente contratada para eso. Parecía muy contenta, la verdad.

Me muerdo el labio, aún un poco agitada.

—¿Estás bien? —pregunta Nico inclinando hacia mí su cabeza. Me acaricia la mejilla con el pulgar, como si pudiera borrarme la tensión con solo ese gesto.

Dudo un segundo, pero ya no quiero callarme. No con él.

—Me he cruzado con Aarón hace un rato —le digo en voz baja.

Su expresión cambia de inmediato. Sus ojos, hasta ahora dulces, se oscurecen ligeramente.

—¿Te ha dicho algo?

Se lo cuento despacio. A medida que avanzo en el relato, su cara se va contrayendo, aunque sé que intenta disimularlo para no ponerme más nerviosa.

—*Stronzo*[70] —masculla Nico—. No tendrías que haberte enfrentado a él sola, Olivia, está loco.

Me separo unos centímetros de él.

—Lo sé, pero sentía que debía comprobar que puedo. No necesito que me salves, Nico, puedo hacerlo sola. Tenía que demostrármelo a mí misma.

Él asiente, bajando la cabeza para colocar su frente contra la mía.

—Olivia, te lo dije una vez y te lo repito ahora: *io non voglio salvarti*.[71] Pero tampoco voy a permitir que un imbécil te acorrale y te agreda verbalmente, aunque puedas defenderte sola. Así que, si me lo permites, me gustaría estar a tu lado mientras te salvas a ti misma, aunque sea solamente dándote la mano.

Me da un vuelco el corazón y se me humedecen los ojos, no solo porque con él me siento segura, sino porque no sé cómo mantendremos esto a miles de kilómetros.

Sacudo ligeramente la cabeza. No quiero pensar en esto ahora.

—¿Sabes qué me apetece?

—¿Un beso?

—Eso siempre —concedo poniéndome de puntillas para aproximarme a sus labios—. Sushi y *Friends*.

—Tus deseos son órdenes, *amore.*

Me pone una mano en la parte baja de la espalda y salimos del

recinto mientras me repito a mí misma que hoy, por fin, he empezado a elegirme.

41

Nico
9 días para volver a empezar

Quedan nueve días para la inauguración del restaurante y solamente cuatro para el último partido con los Blizzards, y ahora mismo no me siento preparado para una cosa ni para la otra.

Izzy se quedará en Barcelona hasta la inauguración de Sogno Lavanda. Lo primero que hizo al llegar fue acudir al ayuntamiento y llevar los papeles que me faltaban. La oficina municipal tiene un horario muy concreto y yo no podía saltarme el entrenamiento.

Olivia la acompañó, algo que en otro momento me habría encantado, pero que ahora me recuerda que, aunque se hagan amigas, van a estar un año sin verse. Porque Liv se muda a Tokio y eso implica que estaré un año sin ella.

Desde que me lo contó, no hemos vuelto a hablar del tema. Me parece que ninguno de los dos sabe aún cómo vamos a gestionarlo. Por eso, preferimos mantener un acuerdo no escrito de no verbalizarlo y aprovechar todo el tiempo que tenemos juntos, como si de esa forma doliera menos. Pero no es así; cada día me pesa

más.

En cuanto al restaurante, según Sergio no tendré noticias del estado de la solicitud hasta el lunes o martes que viene, por lo que convivo con la sensación de incertidumbre y el miedo a qué pasará.

El local está preparado. Hemos seguido con la campaña de marketing según el plan estipulado e incluso ya tenemos firmados los contratos para el personal, pero la cruda realidad es que, a nueve días de la inauguración, aún no sabemos si será posible celebrarla o no.

Y luego está mi padre, del que no he tenido noticias desde que visitó el local. Ni un mensaje, ni una llamada, ni una amenaza, nada. Esto, lejos de tranquilizarme, me inquieta más que sus amenazas habituales. Si no está planeando algo, Enzo Sorní no se calla. Y si lo está planeando, hará todo lo posible para detenerme.

Todo lo anterior ha provocado que el entrenamiento de hoy no haya sido, ni de lejos, de los mejores, pero a favor del equipo diré que estamos bien preparados para la final y que tenemos muchas oportunidades de ganar.

Cuando salgo del *rink*, Izzy me espera recostada en una de las columnas de la salida, con unas gafas de sol enormes y una sonrisa aún más grande. Adoro a mi hermana.

—¿Listo para pasar la tarde con tu hermana favorita? —me pregunta dándome un beso en la mejilla y guiándome hacia una de las terrazas a la que solemos ir por esta zona.

—*Tu sei la mia unica sorella*,[72] Isabella —me burlo.

—Bueno, vale, pero, si no lo fuera, seguiría siendo tu favorita. Te he traído algo.

Saca de la bolsa una cajita rectangular en tonos claros en la que se puede leer «Dulce Magnolia». No tengo que abrirla para saber que es uno de sus *carrot cakes*, mis favoritos.

—Espero que no lo hayas traído desde Roma —bromeo.

—Lo he hecho aquí, imbécil. —Choca su hombro con el mío a la vez que resopla—. Hoy he grabado un taller de pastelería para el curso online que estoy preparando y he pensado que, si no te traía un trozo, me matarías.

—Has pensado bien —asiento fingiendo seriedad. Le doy un bocado que me sabe a gloria—. Está increíble, Izzy.

—Lo sé. —Su mirada brilla con satisfacción y orgullo—. ¿Sabes qué? Ayer vi a papá. Iba preparada para encontrarme con un ogro, después de que le enseñaras el restaurante, pero me pareció bastante neutral.

—La calma antes de la tormenta —digo al llegar al bar de siempre. Me dejo caer en una de las sillas de la terraza.

—No sé, Nico. Lo noté distinto a las otras veces. No parecía estar maquinando nada.

—Ojalá tengas razón, pero conocemos a Enzo.

—Conocemos a Enzo, pero aún no del todo al Enzo que convive con Carolina. Esta mujer lo calma.

—No te lo voy a negar. —Viene el camarero y le pedimos dos limonadas caseras—. Supongo que lo veremos en unos días.

Izzy me aprieta el brazo con cariño.

—¿Sabes qué me dijo ayer Olivia? —pregunta como quien no quiere la cosa—. Que echará mucho de menos cocinar contigo cada noche.

—Y yo…

—Aunque haréis videollamadas, claro, pero por cuestiones horarias no vais a coincidir a la hora de hacer la cena.

Levanto una ceja, confundido.

—¿Adónde quieres ir a parar con esto, Izzy?

—Pero podréis seguir viendo *Friends* juntos, eso sí. Siempre que

podáis encontrar huecos para los dos.

No digo nada, pero frunzo el ceño, esperando a que continúe. Ella resopla, ofuscada.

—Nico, le da miedo que esto no funcione a distancia.

—¿Y crees que a mí no me asusta? —replico. Mi voz suena más áspera de lo que debería.

—No se trata de que no tengas miedo —suaviza la voz mirándome con esos ojos tan similares a los míos, aunque mucho más claros—, sino de que ella sepa que no luchará sola. Tienes que decirle lo que sientes por ella.

—No sé a qué te refieres.

—¡La quieres! Estás enamorado de ella y tiene que saberlo antes de subirse a ese puto avión.

Suelto de golpe todo el aire contenido. No me había percatado de que estaba aguantando la respiración.

—No quiero ser la razón por la que dude en quedarse, Izzy.

—No tienes que pedirle que se quede, claro que no. —Se recuesta en la silla y busca las palabras adecuadas—. Anhela esta oportunidad y debe irse, pero también debe saber cómo te sientes porque ha sufrido mucho, Nico. Y si va a irse a la otra punta del mundo un año, tendrías que recordarle que tú estarás aquí cuando ella vuelva.

—Tú y tus consejos de novela romántica.

—Tú y tu miedo a querer en voz alta. —Acompaña sus palabras con esa media sonrisa que siempre clava justo donde más molesta, antes de terminarse de un sorbo su limonada.

Observo el reflejo del sol colándose entre las hojas de los árboles, que se mueven sutilmente con la brisa. ¿Puede ser que mi hermana tenga razón?

Antes de que pueda responderle, me suena el móvil. Es Alicia.

Descuelgo y pongo el altavoz.

—*Ciao, tesorino!*

—*Ciao, zia.* —Sonrío, Alicia siempre me pone de muy buen humor—. Estoy con Isabella, estás en altavoz.

—¡Oh! *Ciao, stellina!*[73] —Izzy y yo intercambiamos una mirada divertida porque sigue utilizando los mismos apodos que nos puso cuando éramos adolescentes.

—*Ciao, zia*. Nos pillas en buen momento. Estoy intentando que Nico le diga a Olivia que la quiere. —Me saca la lengua y oímos la risa de Alicia al otro lado de la línea; puedo imaginarla perfectamente andando por los adoquines de Roma con su bolso de marca, sus tacones y sus gafas de sol, una diva en toda regla.

—Espero que lo consigas, *stellina*. Llamaba porque esta mañana he hablado con Enzo y me ha dicho que les enseñaste el restaurante. Me ha resultado curioso que me llamara para comentarlo. Además, sorpresa, me ha preguntado si creo que te va a hacer feliz.

—¿Qué? Cuéntame la conversación entera —le pido incorporándome en la silla para acercarme más al móvil.

—Ya sabes cómo es tu padre: ha sido breve. No esperaba una pregunta así, pero imagino que incluso las piedras se ablandan con los años —ríe, sarcástica—. Dice que el sitio le pareció bonito y que se nota que has trabajado duro.

Me quedo en silencio unos segundos, procesando sus palabras. Es la primera vez en mi vida que mi padre expresa algo similar a un apoyo, aunque no lo diga explícitamente.

—Justo antes le contaba a Nico que ayer lo vi y me pareció muy tranquilo —añade Izzy—. ¿Puede que esté aceptando que vas a dejar el hockey?

—Ojalá —mascullo—. ¿Te dijo algo más? —le pregunto a Alicia.

—Me preguntó también por Giulio y Mateo. Parece que se ha informado de quiénes son tus inversores, como si necesitara saber que no vas a estrellarte solo —explica ella con la voz suave—. Le reconforta saber que cuentas con gente seria a tu alrededor.

—Giulio y Mateo creen en mí más de lo que él ha hecho nunca —admito masajeándome la nuca—, así que puede quedarse tranquilito —termino, con desdén.

Me enfada que de repente se preocupe por quién me respalda.

Nos quedamos los tres en silencio unos segundos; yo en mi propia espiral de frustración y ellas pensando seguramente en cómo sacarme de allí.

—No lo defiendo —empieza Izzy, para que no salte—, pero deberías darle la oportunidad de cambiar.

—Completamente de acuerdo con ella, *tesorino* —añade Alicia—. No digo que te hagas ilusiones, porque conocemos a Enzo, pero tampoco le cierres todas las puertas, ¿no?

Mi pecho se contrae ligeramente con una mezcla de odio, ira, esperanza y confusión.

—Veremos.

—Y no subestimes el valor de lo que has construido, Nico —dice Alicia, más seria—. Tienes a tu lado a gente que te quiere, que no se quedaría si no vieran en ti algo muy grande. Y ya no estoy hablando del restaurante, sino de quién eres como persona. Incluida Olivia —agrega en un susurro.

—Lo sé —respondo, bajito—. Gracias, *zia*. ¿Cuándo vienes?

—Si todo va bien, estaré en Barcelona el día antes del último partido, y me quedaré hasta después de la inauguración. No pienso perderme ese gran día. —Su voz suena radiante—. Tengo que colgar, os quiero.

—Te queremos —contesta Izzy antes de colgar, y yo suspiro

dejando caer la cabeza contra el respaldo de la silla.

Ella me mira con una ceja arqueada y yo la fulmino con la mirada, porque sé lo que viene ahora.

—Prometo que no voy a seguir insistiendo. —Levanta las manos en señal de inocencia—. Solo digo que a lo largo de los años has descubierto que los consejos de Alicia siempre son buenos. Sigue escuchándola.

Miro el reloj y termino cambiando de tema.

—He quedado con los chicos en media hora, tendría que ir largándome —informo mientras me levanto de la silla.

—¡Oh, mierda! Yo había quedado para tomar algo antes de cenar y voy tarde. —Izzy se incorpora a toda prisa—. ¿Pagas tú?

La miro con hastío y asiento. Me da un abrazo rápido y se marcha.

Me quedo unos minutos ahí, solo, con la vista fija en el edificio modernista que tengo delante, preguntándome cuántas veces he soñado con lo que estoy a punto de conseguir. No es perfecto, no es del todo como lo había imaginado y puede que ni siquiera empiece bien, pero es mío.

Y quizá, por primera vez en mucho tiempo, estoy dispuesto a luchar por lo que me hace feliz sin perderme en el camino.

Cuando llego a nuestro bar de confianza, los reconozco sentados en la terraza, dos cervezas a medio terminar y unas patatas bravas en mitad de la mesa.

—¡Mira quién ha decidido honrarnos con su presencia! —Silba Alfie cuando me ve acercarme.

—Perdón por tener vida social más allá de vosotros —respondo dejando mi cazadora en la silla libre.

—¿Vida social o novia? —inquiere Levi, con una ceja arqueada—. No te hemos visto salir del entrenamiento. Te has ido pitando.

—Estaba con mi hermana, idiota. —Le hago una mueca antes de hacerle señas al camarero para pedir una cerveza.

—Oh, si es por Izzy, me callo la boca —contesta Levi poniéndose una mano en el corazón y bajando la cabeza antes de que los tres soltemos una carcajada.

—Nico, ¿crees que cuando dejes el equipo seguiremos viéndonos tanto? —pregunta Alfie. Me sorprende la fragilidad en su voz. Nos conocemos tanto y desde hace tantos años que a veces me olvido de que es el más joven del equipo.

—Me vais a seguir encontrando hasta en la sopa —le aseguro dándole un codazo.

Levi se ríe con nosotros, pero después me mira con el semblante serio.

—Es una locura, tío, es el último partido juntos.

Me quedo en silencio, dejando que esas palabras que vuelan en el aire se asienten en mi interior.

—Recuerdo cuando entré al equipo y me tomasteis como vuestro proyecto personal —dice Alfie, nostálgico.

—Es que eras un crío, Alfie. Necesitabas un par de hermanos mayores que te espabilaran. —Sonrío al recordarlo.

—¡Y vaya si te espabilamos! —Levi le da una palmada en el hombro.

Nos reímos, relajados, pero todos sabemos que debajo de esa capa de bromas hay algo más: la presión del final, el miedo al después, el saber que, en cuestión de días, nada será igual.

Me echo hacia atrás en la silla, observándolos, y siento algo muy

parecido a la gratitud más pura.

—Vamos a estar bien —afirmo, aunque noto cómo se me oprime el pecho.

Levi levanta su cerveza, Alfie lo imita y yo, aunque dudo unos segundos, termino por hacer lo mismo.

—Por nosotros —dice el primero.

—Por todo lo que hemos sido —añade el segundo.

—Y por lo que seguiremos siendo —murmuro.

Nos miramos a los ojos al brindar, apoyamos las copas en la mesa y bebemos un largo trago, con esa clase de silencio que esconde un torbellino de emociones.

Terminamos la primera ronda y pasamos a una segunda, entre bromas y anécdotas de los años que hemos jugado juntos. Aun así, no volvemos a mencionar el partido. Con saber que es el último ya es suficiente para mentalizarnos de su importancia.

Cuando salimos del bar, pasadas las nueve y media, andamos un rato sin hablar, aunque rápidamente volvemos a nuestra dinámica habitual de parloteo mientras recorremos el camino a casa.

Por primera vez en mucho tiempo, me doy cuenta de que sí que voy a echar de menos el hockey sobre hielo, porque retirarme implica no verlos diariamente.

Estoy dejando atrás una parte enorme de mi vida. Solo le pido al universo que me permita seguir siempre con la familia que he elegido. Porque, aunque quizá nunca volvamos a ser los mismos, siempre seremos nosotros.

42

Nico

5 días para volver a empezar

El olor a hielo, cuero y adrenalina lo invade todo. El eco de las voces de mis compañeros rebota en las paredes del vestuario y se combina con un zumbido constante que parte de mi cabeza.

Hoy jugamos la final, mi último partido con los Blizzards.

Me acabo de vestir con la equipación azul marino una última vez, me ato los cordones de los patines y cierro mi taquilla. Me levanto del banco y me acerco al resto de mis compañeros.

Cuando estamos todos, el vestuario permanece en silencio y el entrenador repasa la pizarra. Hoy es el partido definitivo. Si ganamos, nos coronamos en la liga. Si perdemos… Ni siquiera contemplo esa opción, porque tengo claro que me iré por todo lo alto. Aunque sea solo por lo mucho que me ha dado este deporte y, en concreto, este equipo.

—Quiero presión alta desde el primer minuto, que nadie se relaje por jugar en casa.

Observo mi alrededor mientras el entrenador termina de repasar

la estrategia. Por más que mi mente no esté del todo aquí, la tengo perfectamente memorizada.

Levi levanta la vista y me devuelve la mirada con determinación, y Alfie sonríe con ese brillo en los ojos que indica que está listo para la guerra. Aunque nuestro rival sea un equipo fuerte, estamos preparados para vencerlos.

Cuando termina, el entrenador da un último golpe a la pizarra y nos informa de que el partido empieza en dos minutos.

—Salid ahí y ganad.

Bebemos agua, cogemos los cascos y el resto de las protecciones. Yo aprovecho esos segundos para cerrar los ojos y respirar hondo, en un esfuerzo por acallar el torbellino de emociones que tengo en el cuerpo.

Entonces, siento la presencia de alguien a mi lado.

—Nico.

Reconozco la voz al instante y, alarmado, me doy la vuelta.

Mi padre me observa con cautela, y detecto algo en su mirada que no reconozco.

—¿Podemos hablar un minuto? —me pregunta, ante mi silencio inicial.

—El partido empieza ya —suelto sin ningún tipo de emoción en la voz.

—Créeme, querrás saberlo.

Resoplo, porque asumo que no tengo alternativa, y lo sigo fuera del vestuario, a una esquina un poco apartada del resto del bullicio, lo justo para que nadie nos escuche.

Me recuesto en la pared con los brazos cruzados y mi padre se queda completamente rígido, con las manos en los bolsillos, la mandíbula apretada y la mirada contrariada. No parece que esté aquí para darme ánimos, pero tampoco parece una bronca.

—Dime, Enzo.

—He movido algunos hilos en el Ayuntamiento —empieza, directo, como si lo que me acaba de decir fuera algo corriente—. Me han confirmado esta mañana que tus papeles van a estar en regla.

—¿Qué…? —Me atraganto con mi propia saliva, observándolo. Esto es, sin duda, lo último que esperaba oír.

—No es oficial aún, hasta el lunes o martes no van a aprobar nada legalmente —hace una pausa breve—, pero te aseguro que va a estar todo en orden. Tu restaurante abrirá según lo previsto, Nico.

Siento que se me relaja todo el cuerpo, como si de repente me hubieran quitado una losa inmensa del pecho. Pero es su siguiente frase la que me deja sin respiración.

—Hijo, sé que no te lo he puesto fácil, pero estoy orgulloso de ti.

Levanto la vista, incrédulo, y me topo con sus ojos brillantes y sus labios apretados. ¿Esto está pasando de verdad? ¿Mi padre acaba de hacer uso de sus contactos para ayudarme con mi cambio de vida? Y lo más importante: ¿acaba de decirme que se siente orgulloso de mí?

—Gracias, papá. —Son las dos únicas palabras que me salen.

—Siento no haber visto antes que esto era lo correcto —añade con un pequeño atisbo de vulnerabilidad—. Hoy solo juega, disfrútalo.

Asiento ligeramente, sin saber del todo qué decir.

Él me da una palmada seca en el hombro, un gesto casi automático, y se marcha sin esperar respuesta.

Justo antes de cruzar la puerta vuelve a girarse hacia mí, esta vez con una sonrisa tímida asomando a sus labios.

—Y haz el favor de ganarlo.

En este caso no me suena a amenaza, sino a un deseo genuino, sin condiciones ni exigencias.

Y vaya si lo hemos ganado.

Cuando he puesto un pie en el *rink*, después de la conversación con mi padre, la presión, el miedo y la niebla de mi cabeza han desaparecido y han dado paso al Nico confiado y osado que empezó en este deporte. Me movía el deseo imparable de cerrar este capítulo como debía ser.

No ha sido fácil: nuestros rivales no nos han concedido ni un segundo de tregua, pero nosotros hemos aguantado y hemos luchado con uñas y dientes. Ha sido un partido intenso, reñido y bien peleado. Cuando el cronómetro marca cero y la afición estalla en un rugido ensordecedor, porque somos los campeones de liga, reconozco que todo ha valido la pena.

Ahora el *rink* es un caos maravilloso: fans gritando, compañeros abrazándose, flashes por todas partes y nuestro himno envolviendo el ambiente.

Aún no he tenido tiempo de quitarme el casco y ya me rodea todo el equipo para levantarme en el aire, celebrar nuestra victoria y homenajear mi último partido.

En unos minutos, el mundo entero sabrá que me retiro, pero ahora mismo quiero disfrutar de esto con ellos, mi segunda familia.



La rueda de prensa ha ido mejor de lo que esperaba.

Ha ayudado bastante que acabemos de coronarnos campeones de la temporada.

Últimamente habían surgido algunos rumores complicados de desmentir, pero tener a mi equipo a mi lado, respaldando mi decisión, lo ha hecho todo mucho más sencillo.

Y aunque no sé cómo voy a gestionar la marcha de Olivia, ya no necesito fingir que mi vida es perfecta para desviar la atención de los periodistas. Además, sé que Enzo me apoyará, y tenerlo de mi parte facilitará que determinada prensa se olvide rápidamente de las críticas y de ciertos comentarios mordaces, como que yo me he aprovechado de Olivia en los últimos meses.

Ahora mismo, lo importante es que lo he logrado: después de diez años de patinaje profesional, de huesos rotos, desgarros musculares, entrenamientos matutinos, control de dieta, preparación intensiva y de intentar dejarlo más veces de las que puedo contar durante los últimos años, lo he conseguido. Me he retirado cerrando la temporada por todo lo alto y con un nuevo propósito: en cinco días empieza mi nueva vida.

Al saber que los papeles para Sogno Lavanda están en orden, me permito disfrutar de los vítores de mis compañeros mientras me reúno con Olivia, que sé que me espera en la sala del pabellón habilitada para hacer una pequeña celebración con el equipo y nuestros familiares y amigos más cercanos.

Vislumbro su cabellera anaranjada un segundo antes de que ella se dé la vuelta y sonrío, atesorando este momento en el que ella está distraída. Después, disfruto del brillo de sus ojos al toparse con los míos.

Se lanza a mis brazos y la levanto en volandas, girando sobre mí mismo mientras la beso.

—¡Lo habéis conseguido! No es que dudara de ti, claro, pero ¡me alegro tanto! ¡Ha sido un partido espectacular!

—*Grazie per essere qui*,[74] Daisy —le susurro.

—Sí que lo ha sido, sí. —Oigo la voz de mi tía a mi espalda y dejo a Olivia en el suelo para abrazar a Alicia, a quien acompaña mi hermana.

Toda la tensión de mi cuerpo se libera en este abrazo. Me percato de que, para celebrar esta victoria, tengo a mis tres mujeres favoritas conmigo.

Por lo que veo, Izzy se ha encargado de las presentaciones entre Olivia y Alicia, porque esta última me mira con una sonrisa que conozco a la perfección.

Me fijo en el entorno. La sala en la que estamos es una pasada: está en lo alto del estadio y tiene las paredes acristaladas, por lo que no solamente vemos el *rink*, sino también la ciudad que se extiende a nuestros pies. Además, está decorada con nuestros colores. Hay mesas con comida por todas partes e incluso un pequeño altar donde poner el trofeo que acabamos de ganar.

—Este sitio es increíble —dice Olivia.

—¿Verdad? Y no he cocinado yo, pero te aseguro que este cáterin está de muerte.

Un camarero nos ofrece unas copas y cogemos una cada uno, vino blanco para Olivia y para mí; cava para mi hermana y mi tía. Me preguntan cómo he vivido el partido y les cuento mis sensaciones momento a momento, incluyendo el prepartido, cuando mi padre me ha informado de que mi restaurante está a salvo.

—Te dije que confiaras. —Sonríe Alicia acariciándome el brazo con ternura.

—¿Ha sido cosa tuya? —le pregunto, porque por un momento veo algo en sus ojos que me hace dudar.

—Claro que no, Nico —se apresura a aclarar—. Pero conozco a tu padre desde que nací; sé diferenciar cuándo está completamente cerrado a algo y cuándo empieza a ver la luz.

Los cuatro nos reímos y yo exhalo, aliviado. Le paso el brazo a Olivia por los hombros e Izzy procede a contar todo tipo de anécdotas sobre las fiestas de después de los partidos, a lo que

Alicia se suma contando la primera, cuando yo era un adolescente. Aunque me avergüenza cuando suelta que una vez di un discurso encima de la mesa, completamente borracho, y terminé en el suelo, adoro tenerlas aquí.

—¡Nico! —grita mi entrenador abriéndose paso entre la gente—. Esto sí que es una buena retirada, enhorabuena. —Me da una palmada en el hombro—. Qué bien acompañado, ¿eh?

Saluda a Alicia e Izzy, a las que conoce desde que entré en el equipo, y me mira cuando llega a Liv.

—Esta es Olivia, mi novia. Olivia, él es Leo, nuestro entrenador.

Veo cómo ella se ruboriza a mi lado y me mira con sus profundos ojos esmeralda durante un segundo, y una sonrisa dibujada en sus labios, antes de acercarse a darle dos besos a Leo.

Él se queda con nosotros un rato hasta que alguien lo llama y se disculpa, aunque me pide hablar conmigo unos minutos antes de que me marche.

Voy moviéndome por la sala, charlando con los distintos grupos y comiendo una barbaridad de canapés. Tomamos alguna que otra copa más, bromeo con Alfie y Levi, veo a este último tontear un par de veces con mi hermana, y antes de que podamos darnos cuenta son las diez y media de la noche, empiezan a bajar las luces y a subir la música.

Alicia se despide, alegando que es demasiado mayor para estas fiestas, y la sala se va vaciando hasta que solo quedamos el equipo y nuestros amigos y familiares más jóvenes.

Al único al que echo de menos es a mi padre. No lo he visto en ningún momento después del partido. No es que ahora pretenda que me dé un gran abrazo, ni siquiera un gesto bonito, pero sí que pensaba que vendría a felicitarme, por lo menos. Una parte de mí vuelve a decepcionarse y regresan a mi mente todos los partidos

que no fueron lo suficientemente buenos para él, y tras los cuales ni siquiera vino a saludarme.

Sacudo la cabeza y decido quedarme con lo bueno: hoy hemos dado un gran paso en nuestra relación y no puedo esperarlo todo de golpe.

Cuando la euforia se calma, mis ojos buscan a Olivia, que está charlando con Izzy al otro lado de la sala. Lleva un vestido negro ajustado, las Adidas Samba y un moño desordenado. Me parece la mujer más preciosa del lugar.

Se cruzan nuestras miradas y me acerco a ella. La cojo por la cintura y poso mi barbilla en su hombro para darle un beso suave.

—¿Te la puedo robar? —le digo a Izzy, que asiente con complicidad.

Le doy la mano y tiro ligeramente de ella, antes de que nadie nos intercepte y me obligue a quedarme un rato más. Sus ojos se abren de pura sorpresa y se me escapa una carcajada cuando huimos hacia fuera, sin despedirnos de nadie.

Cuando salimos al pasillo, todo se vuelve mucho más tranquilo. La música queda amortiguada y solo se oye a lo lejos el murmullo de la celebración.

—¿Dónde me llevas? —Entrelaza sus dedos con los míos.

—Tengo algo que enseñarte.

—¿Más sorpresas?

—Es la última, lo prometo.

Cuando aparcamos frente al local, la calle está en silencio. Son casi las doce de la noche, pero la fachada del restaurante, iluminada suavemente por unos focos que colocamos la semana pasada, se ve más bonita que nunca.

La gran puerta de cristal con el vinilo dorado en el que se lee Sogno Lavanda nos da la bienvenida, y Olivia se detiene a mi lado

para observarlo mientras giro la llave.

Cuando entramos en el establecimiento en penumbra, siento un pinchazo en el pecho, esta vez de pura felicidad.

Esto es real. Tengo los permisos. Está pasando de verdad. Y lo puedo compartir con ella.

Hoy no existe Tokio, Olivia no se marcha en menos de dos semanas. Hoy solo estamos ella y yo, disfrutando de una noche juntos, su mano enredada en la mía y en la mirada ardiente una promesa de lo que viene después.

Liv entra detrás de mí, despacio, analizando cada rincón con esos ojos esmeralda que ya conozco de memoria: atenta, emocionada, como cada vez que ve algo que le importa.

La he traído algunas veces para que viera parte del proceso, pero desde hace unas semanas no dejaba que me acompañara, ya que quería que la próxima vez que viera el local estuviera terminado del todo.

—Vaya —susurra con ternura—, es incluso más bonito de lo que había imaginado.

—Y aún no lo has visto todo. —Le guiño el ojo y ella esboza una sonrisa sorprendida—. Sígueme.

La guío hasta el fondo del restaurante, donde la luz tenue de las lámparas colgantes dibuja sombras cálidas sobre las mesas desnudas. En una de ellas he dejado un par de copas de cava, unas velas y un ramo de flores.

Enciendo las velas, me conecto por bluetooth a los altavoces del restaurante y le doy al Play en Spotify; empieza a sonar «Enchanted», de Taylor Swift, y Olivia se muerde el labio, emocionada.

—¿Qué es…?

—Nuestra inauguración privada, Daisy. Antes de que lleguen la

prensa, los críticos, los primeros comensales…, quería que tú fueras la primera.

Se queda inmóvil un segundo, mirando a su alrededor con los ojos llenos de luz.

—¿Empezamos por el postre?

—Me encantaría.

43

Olivia
Un nuevo círculo

Me despierto antes de que suene el despertador, como ya viene siendo costumbre desde que empezó esta nueva cuenta atrás. Una vez superado el LitLove, la siguiente meta es mi viaje a Tokio. Siento la respiración profunda de Nico a mi lado, sus brazos enredados alrededor de mi cuerpo, su pecho contra mi espalda, y me obligo a no moverme.

No quiero que el día empiece aún, ni que la semana se me escurra entre los dedos sin que me dé cuenta.

Trece días, solamente me quedan trece días en Barcelona, en este apartamento, con Nico.

Inspiro hondo. Desde que se lo conté, no hemos vuelto a hablar del tema. Y aunque ambos decidimos que intentaremos que funcione en la distancia, algo dentro de mí se rebela cada vez que lo pienso. ¿Y si no funciona? ¿Y si lo que hemos construido durante los últimos meses no es lo suficientemente fuerte para vencer los miles de kilómetros que nos separarán?

—¿En qué piensas? —La voz de Nico me sobresalta y doy un pequeño respingo. Me giro entre sus brazos para quedar frente a él.

—En ti —susurro.

Me posa una mano en la mejilla y me la acaricia suavemente con el pulgar, antes de acercarme la cara a la suya para darme un beso de buenos días.

—Me tienes aquí al lado, Daisy.

—Por poco tiempo —murmuro, de forma apenas audible, apartando los ojos de los suyos.

—Ey, mírame. —Me levanta la barbilla—. Día a día, ¿recuerdas?

Asiento levemente y exhalo, intentando liberar parte de lo que se me remueve por dentro.

—¿Qué te preocupa? —pregunta. Cuando percibe mi gesto, añade—: Es decir, aparte de lo evidente, claro.

Tardo unos segundos en responder e intento ordenar mis ideas.

—Hace unos meses, cuando pensaba en mi lugar seguro, mi lugar feliz, siempre imaginaba Roma —empiezo, despacio—. Ha sido y es un sitio muy especial para mí. Pero ahora… —No me salen las palabras y Nico empieza a trazar círculos con su dedo sobre mi cintura, animándome—. Ahora pienso en este apartamento, en ti cocinando cada noche con las gatas a los pies, en esta cama.

Me quedo en silencio y él lo mantiene. Me observa y me da espacio para continuar.

—Y no es solo porque me gustes mucho, sino porque han pasado tantas cosas aquí, he aprendido tanto y soy tan feliz… Me da miedo la relación a distancia y me da miedo perderme.

—Olivia, eso no va a pasar. Te he visto crecer muchísimo en estos meses, conocerte, alzar tu voz. Eso no desaparece por irte a Tokio.

—Ya, pero…

—Nada de peros. —Me atrae hacia sí y me da la vuelta con facilidad. Consigue que mi espalda vuelva a quedar contra su pecho y me abraza con fuerza mientras me habla al oído—. Ojalá pudieras verte como lo hago yo, Daisy. Vas a brillar en Tokio como lo haces aquí, y yo seguiré a tu lado de la mano.

Nos quedamos un rato así, en silencio. Él sosteniéndome intensamente; yo grabando este momento a fuego en mi mente, como si pudiera meterlo en una cajita por si algún día me falta.



Cuando Chiara ha aparecido esta mañana de sorpresa en la editorial, me ha faltado poco para ponerme a llorar de la emoción. Dice que una despedida a distancia no cuenta, así que ha gastado una semana de sus vacaciones para pasarla aquí, conmigo. Sienna lo ha tenido más fácil, porque la semana pasada terminó con un caso grande y tenía ya unos días de descanso, pero lo fuerte es que se ve que yo tampoco voy a trabajar esta semana.

Ahora estamos las tres en una de las salas acristaladas de la oficina, sala en la que me disponía a encerrarme para concentrarme mejor y afrontar el día.

—Esperad, entonces ¿qué hago en la ofi? —pregunto, sin entender nada.

—Queríamos que no sospecharas nada. —Chiara se encoge de hombros, como si fuera lo más obvio.

—¿Y no podíais haber venido a buscarme a casa?

—Habría sido menos divertido —suelta Sienna ayudándome a recoger mis cosas.

—¿De verdad tengo fiesta toda la semana?

Estoy contenta, claro que sí, pero sigo sin entender nada.

—Es decir, me encanta la idea de pasar estos días con vosotras, pero debería hacer un montón de cosas antes de irme y…

—Confía en tus amigas, nos las apañaremos bien —me interrumpe Marwa, apoyada en la puerta de cristal, con una sonrisa inmensa en la cara.

Me quedo mirándola unos segundos, procesando la escena: mis dos mejores amigas que han abandonado sus trabajos por mí, mi jefa diciendo que lo tienen todo controlado y yo, que tenía un montón de tareas para la semana, de las que parece ser que ya no tengo que encargarme.

—¿Estáis todas compinchadas? —pregunto frunciendo el ceño entre divertida y ligeramente escandalizada.

—Obviamente —afirma Sienna, orgullosa—. ¿Tú sabes lo difícil que ha sido no decir nada estos días?

—Creo que casi te lo cuenta más de cinco veces. Se le da fatal mentir —añade Chiara dándole un codazo.

—Pero ¿qué pasa con mi trabajo?

Marwa se acerca hasta quedar a mi lado y me alarga una libreta con un montón de notas.

—Yo voy a encargarme de la parte para la que tengo capacidad, y el resto lo he delegado o pospuesto. —Le cojo la libreta y veo que están todas mis tareas reorganizadas—. Llevas meses dejándote la piel por la editorial, Olivia, y en nada te vas a Tokio. Te mereces descansar, así que, extraoficialmente, te he aprobado los días de vacaciones que no pudiste disfrutar el año pasado. —Me guiña el ojo y se pone el índice delante de los labios, en señal de silencio.

Me muerdo el labio inferior y asiento, más agradecida de lo que pueda expresar con palabras. Me despido de Marwa, que nos deja en la sala acristalada con la promesa de ponerme al día de todo la

semana que viene, mi última semana de trabajo aquí.

—Gracias, chicas, de verdad. Necesitaba esto —susurro, y noto cómo se me humedecen los ojos.

—Ah, no, ni de broma, que si lloras tú, lloramos las dos —apunta Sienna, y veo que Chiara ya está a punto de desmoronarse.

—¡Ni se os ocurra! —grito, entre risas—. ¿Y ahora qué?

—Ahora —responde Chiara recomponiéndose—, cogemos tus cosas, bajamos al coche y nos vamos a pasar el día a la playa. Sorpresa número uno.

—¿Número uno?

—Tenemos toda una semana juntas y muchas personas que quieren pasar tiempo contigo antes de que te vayas, Liv.



Cuando llegamos a la playa, me encuentro con Nico, Emma, Víctor, Izzy y Valentina, esperándonos bajo un par de sombrillas enormes, todos compinchados para pasar el día juntos. Un poco más tarde se suman Levi y Alfie, y el día se convierte en una de esas postales que sabes que vas a querer guardar en algún rincón de la memoria.

El sol nos calienta la piel mientras compartimos tortilla de patatas, empanadas caseras de Izzy y vino blanco frío que alguien ha traído en una neverita. Emma propone un juego de cartas absurdo que nos tiene llorando de la risa, Nico me lanza miradas que hacen que el corazón se me salga por la boca, y yo intento absorberlo todo. Como si pudiera quedármelo.

Y ese primer día es solo el comienzo.

El resto de la semana se sucede entre planes diversos a los que se unen unos u otros dependiendo de sus respectivos trabajos y

vidas.

Un día hacemos cerámica. Sienna y yo terminamos llenas de barro, mientras que Chiara sale de allí con la ropa impoluta y un jarrón mucho más bonito que el nuestro, la muy zorra. Otra noche acabamos cantando a gritos en un karaoke del Eixample, con Valentina emperrada en cantar «Rosas», de La Oreja de Van Gogh, y todas acabamos subiendo al escenario con ella.

Protagonizamos también paseos por librerías con un buen café con hielo en la mano, atardeceres con los pies en el agua y cenas que se alargan hasta altas horas de la madrugada, sobre todo con Chiara, Sienna y Emma.

Y, por supuesto, en algún momento de cada día de la semana Nico encuentra un hueco para acercarse a mí: un abrazo, un desayuno solo para nosotros, un beso que me sabe a hogar. Cada noche compartimos cama y nos despertamos enredados, desnudos, con nuestros cuerpos pidiendo más.

Sé que la semana que viene será dura. Que llegarán las despedidas, los abrazos fuertes y los miedos, pero esta semana es para disfrutar y crear recuerdos nuevos para guardarlos bajo llave.

Una de las noches llegamos a casa después de una cena en un restaurante riquísimo, una de esas veladas en las que ríes hasta llorar y después te duele la barriga. Estoy agotada, pero en el buen sentido.

Dejo el bolso en la mesita de café y voy directa a abrazar a Willow y Ivy, a las que hace muchas horas que no veo. Nico se me acerca por detrás, me da un beso en el hombro de esa forma tan suya a la que ya me he acostumbrado y les rasca la barriga, primero a una y luego a la otra.

—¿Todo bien? —pregunta, como si no hubiera estado a mi lado toda la noche.

—Todo perfecto. —Sonrío porque lo digo de verdad.

—Esta tarde me ha llamado mi padre.

Vacilo un momento antes de girarme en sus brazos, porque no tengo claro si van a ser buenas o malas noticias. Cuando lo hago, Nico sonríe ligeramente.

—Se ha disculpado por no haberse quedado a la celebración del partido —empieza, despacio—. Me ha contado que lo llamaron del hospital. Carolina se había caído por la calle y se ha hecho un esguince en el tobillo.

—¡Ostras! Pobre, ¿está bien?

—Sí, no fue grave, solo necesita reposo. Pero Enzo quería estar con ella.

Levanto la vista hacia Nico. Tiene el ceño fruncido.

—Y tú, ¿estás bien?

—Ajá.

—Eso no ha sonado nada convincente.

—Cuando no lo vi en la fiesta, pensé que no le importaba. Y ahora saber que se fue por ella… Es lo que siempre ha hecho desde que está con Carolina. La prioriza por encima de mí.

Hace una pausa y sus ojos se clavan en los míos con una intensidad que nunca le había visto antes.

—Eso me duele, pero a la vez lo entiendo. No me gusta, pero lo entiendo.

—Carolina le hace mucho bien a tu padre.

—*Questo è vero*.[75] Y espero que le dure, lo digo de verdad.

—Los has invitado a la inauguración, ¿no?

—Sí, aunque no sé si mi padre va a querer venir. Una cosa es aceptar mi cambio de vida y otra muy distinta es toparse cara a cara con ella…

—Vengan o no vengan, tienes su apoyo, Nico. Es lo que querías,

¿no? —le recuerdo con dulzura.

—Es mucho más de lo que habría imaginado que conseguiría, sí. —Una leve sonrisa asoma a sus labios y yo me contagio de ella—. Ojalá mi madre diera también un paso al frente, pero eso es pedirle demasiado.

Me pongo de puntillas para darle un beso en la sien y me dejo caer en el sofá. Él se sienta a mi lado. Sin pensarlo demasiado, me acomodo con la cabeza en su hombro y entrelazo sus dedos con los míos.

—Esta semana ha sido perfecta —susurro.

—Lo sé. —Apoya su cabeza en la mía—. Brillabas como nunca rodeada de los tuyos.

Me aprieta con fuerza la mano entre la suya, como cuando te da miedo que alguien desaparezca e intentas aferrarte a esa persona con todo lo que tienes. Seguramente es eso lo que está pensando y me rompe el corazón.

Entonces me doy cuenta. Lo quiero. No solo ya estoy enamorada de él, es que siento dentro una explosión que me llena de algo que solo puedo catalogar como amor.

Lo entiendo de forma tan repentina que casi se me escapa, pero las palabras se me atragantan con el miedo. Soy una cobarde, en efecto.

Porque si lo digo, se vuelve real. Si lo digo y todo se rompe…, entonces ya no hay vuelta atrás. Y no estoy preparada para esto.

Así que solo levanto la barbilla para mirar esos ojos azules que me hipnotizan, memorizando su olor, su tacto, el latido de su corazón.

Ponemos *Friends* y nos quedamos así, abrazados, viendo la que ya se ha convertido en nuestra serie, hasta que siento que se me cierran los párpados y noto cómo él apaga la televisión y me lleva a

la cama.

Y yo solo pienso en lo injusto que es querer a alguien cuando estás a punto de irte.

44

Nico
Hoy vuelvo a empezar

Llevo tres horas en el restaurante y tengo la sensación de que aún me quedan ochocientas cosas por revisar, aunque el reloj me indica que estamos a solo diez minutos de abrir las puertas. Olivia, Izzy, Levi y Alfie van de un lado a otro ultimando detalles: recolocan los centros de mesa, ajustan la torre de copas de champagne y se aseguran de que el fotógrafo anticipa los momentos clave de la inauguración.

Yo sigo en la cocina con Elena Marquès, la chef principal del restaurante y la persona que se encarga del equipo de cocina mientras me forma para tomar el relevo. Desde un principio tenía muy claro que quería colaborar con ella: reconocida por su enfoque en sostenibilidad e innovación culinaria, con experiencia internacional y múltiples premios, a la altura de Albert Adrià, Carme Ruscalleda o Jordi Cruz. Que aceptara venir, aunque solo sea por seis meses, todavía me parece un pequeño milagro. Pero aquí está, junto a los fogones, y su simple presencia ha bastado para que

muchos se hayan interesado en la apertura de Sogno Lavanda incluso antes de saber que yo estoy implicado.

Ahora estamos trabajando codo con codo y terminando de emplatar los entrantes fríos del menú degustación que serviremos esta noche.

—Buen ritmo, equipo —dice Elena analizando nuestros movimientos con la mirada crítica de quien lleva años en cocinas de alta exigencia—. Ya casi lo tenemos.

Asiento mientras coloco con cuidado las láminas de caballa marinada sobre una base de ajoblanco de almendras tiernas y granizado de manzana verde.

—¿Crees que estamos a la altura para abrir puertas? —pregunto, sin mirarla directamente.

Estamos un poco apartados del resto del equipo y Elena ha sido mi confidente en la cocina durante las últimas semanas de creación y preparación del menú, así que sabe la presión que me he puesto a mí mismo para que todo salga perfecto.

—Tienes mucho talento, Nico. Y lo más importante: tienes ganas de hacerlo bien, de aprender, de superarte. —Hace una pausa para terminar la decoración del plato que tiene delante—. Estamos más que a la altura para la inauguración de hoy y, a partir de mañana, seguiremos puliendo la técnica para seguir mejorando.

Sonrío, orgulloso, como cada vez que mi mentora me dice algo positivo.

—Gracias.

—No me las des aún —replica cogiendo una pizca de sal para rematar otro de los entrantes—. Espera a terminar la velada sin que se nos haya quemado nada.

Suelto una carcajada, más producto de los nervios que de su respuesta, y me seco las manos con un trapo antes de coger los

platos que acabamos de preparar y llevarlos con el resto de los que están listos para salir.

El menú degustación arranca con tres bocados fríos: la caballa marinada, un tartar de remolacha con praliné de nuez pecana y emulsión de lima, y una reinterpretación de las *esqueixadas de bacallà* servidas en crujiente de arroz negro. A continuación, vendrán platos más complejos, como el arroz meloso de alcachofa confitada y jamón ibérico, seguidos de unos postres tradicionales.

A partir de mañana, el menú será distinto, aunque mantendremos los platos que consigan llevarse las mejores críticas durante esta noche.

Cuando salgo de la cocina, los últimos rayos de sol se cuelan por las cristaleras, tiñendo el espacio de un tono cálido y dorado. Olivia me guiña el ojo desde la entrada, donde el equipo ya se prepara para recibir a los primeros críticos, personas influyentes y amigos cercanos.

El reloj marca las nueve en punto.

Elena aparece a mi lado y me pasa una chaquetilla limpia, que me pongo con rapidez.

—Venga, chef. Ha llegado el momento.

Abrimos las puertas y el espacio deja de ser solo mío para inundarse de personas emocionadas por probar los platos que hemos preparado. Lo estoy consiguiendo.

La noche avanza rápidamente, como si el tiempo hubiera decidido cambiar su cadencia. La música suave acompaña el murmullo de las conversaciones animadas, el tintinear de las copas y el golpeteo

acompasado de los cubiertos.

Los entrantes se han servido en mesas altas que hemos alquilado para la ocasión, confiriendo un ambiente más distendido y festivo al espacio, pero, una vez terminados, hemos pedido a los comensales que tomaran asiento en el salón principal para servir el resto de los platos en las mesas habituales.

Enzo y Carolina han aparecido pasadas las nueve y media, y puedo decir que mi padre parecía contento, satisfecho incluso. Buena parte de su alegría gira en torno a Carolina, pero me gusta pensar que esta comida también ha contribuido a su sonrisa, que hoy parece más sincera que nunca.

Por el gran ventanal que da a la terraza interior puedo ver a Olivia charlando con un grupo de periodistas del sector gastronómico. Está radiante, relajada, aunque intuyo que deben de hablar de nosotros porque tiene las mejillas sonrojadas, y eso me pone nervioso, aunque en el buen sentido. Me encanta verla así, sonriendo, en la terraza de Sogno Lavanda. Ojalá no tuviera que marcharse.

Sacudo la cabeza para alejar ese pensamiento, porque hoy no puedo permitirme ni la más mínima distracción.

Durante el paso del arroz meloso, el crítico de *La Vanguardia* pide conocerme. Elena lo acompaña y los tres charlamos sobre la cocreación del menú, cómo está siendo trabajar juntos y otras diez o doce preguntas que sé que mañana van a estar en los diarios, por lo que intento responder con la mayor tranquilidad posible. Tantos años en ruedas de prensa no han evitado que hoy esté algo inquieto, pero tener a alguien como Elena a mi lado me infunde seguridad.

Cuando llegan los postres, la gran mayoría de los comensales están sonriendo, conversando animadamente en las mesas mientras

comparten una tarta Sacher, *cheesecake* o pastel de lima, aunque en una de las mesas veo un par de hombres que no parecen muy satisfechos. Creo que son de algún blog gastronómico que no conozco, así que me hago una nota mental para comentarlo mañana con el equipo de marketing.

El trabajo está siendo excelente en todo momento y, cuando llegamos a los cafés, encuentro un segundo para acercarme a la mesa donde los míos charlan, ríen y disfrutan de la inauguración.

—Chicos, ¡es el reconocido chef Nico Sorní! —bromea Izzy señalándome con el dedo y fingiendo fanatismo extremo cuando llego a la mesa.

Le hago un ademán para que corte el rollo, avergonzado, aunque le doy un beso en la coronilla igualmente.

—Yo solo digo que, si este menú cambia, me niego a volver —añade Levi haciéndose el indignado.

—Oh, ya te digo yo que, si el menú cambia, voy a estar aquí cada día para devorarlo todo —replica Alfie.

—Es que lo del canelón trufado ha sido criminal, Nico —me dice Olivia, y sonrío porque lo he añadido al menú especialmente para ella.

—Criminal bueno, espero —respondo con una sonrisa ladeada.

—Nico —interviene Levi, ahora más serio—, ha sido una pasada, de verdad. Todo estaba increíblemente rico.

Yo asimilo las reacciones de las personas que más me importan.

Después paso por la mesa en la que se encuentra Alicia con Giulio y Mateo, quienes también me felicitan por la comida y la organización. Me quedo con ellos unos minutos más hasta que alguien me reclama en cocina, probablemente alguno de los influencers a los que hemos invitado hoy y que me han pedido crear contenido conmigo antes de recoger.

Cuando los invitados se marchan y el murmullo se disuelve, empezamos a limpiar la cocina completamente extenuados. Me apoyo un segundo en la encimera de acero inoxidable y cierro los ojos, respirando hondo. No ha sido perfecto, pero ha sido un éxito igualmente.

Elena entra en la cocina con paso firme y una sonrisa enorme dibujada en la cara.

—Mis hijas, que no se callan las cosas ni aunque las sobornes, me han dicho que ha sido «el mejor menú de sus vidas». Y eso que odian la remolacha —añade dándome un abrazo sincero.

—¿Sí? Entonces ya puedo retirarme —contesto esbozando una sonrisa cansada, a lo que ella suelta una carcajada sincera.

Las niñas de Elena tienen solo ocho y diez años, pero la vez que su padre las trajo al local y les dejamos probar una ensalada sobre la que teníamos dudas, fueron brutalmente sinceras. No voy a decir que la descartamos por ellas, pero claramente su opinión nos influyó.

—Gracias por decir que sí al proyecto.

—Gracias a ti por poner tanto empeño y hacer que valga la pena.

Terminamos de recogerlo todo con el resto del equipo y ella se marcha junto con su marido y sus niñas.

Salgo de la cocina para buscar a mi padre y Carolina antes de que se vayan. Cuando me acerco a su mesa, él se está poniendo la cazadora y ella se acomoda el bolso en bandolera; ambos se dirigen a mí al verme.

—Felicidades, hijo —dice mi padre, con seriedad. Parece una

felicitación vacía, pero en sus ojos identifico un brillo especial.

—Gracias por venir a ambos.

—La lubina estaba increíble —añade Carolina, con una sonrisa radiante—. Aunque mi favorito ha sido el entrante ese con remolacha. ¿Ha sido cosa tuya?

—Sí, a mi abuela le encantaba la remolacha. —Asiento observando a mi padre mientras lo digo. Se tensa un poco al escuchar la mención a su madre, supongo que porque sabe del vínculo tan estrecho que teníamos con ella y que contrasta con el nuestro—. Me alegro de que te gustara —añado.

—Me ha encantado. A Enzo también, aunque no lo diga. —Le da un suave codazo que, para mi sorpresa, hace que mi padre rompa su fachada seria y suelte una pequeña risa.

El silencio nos rodea durante un par de segundos en los que ellos dos se miran, Carolina queriéndole decir algo, hasta que mi padre vuelve a hablar.

—La semana que viene tengo una reunión importante y aún no he reservado restaurante. ¿Te parecería bien si vengo aquí con los clientes? —Hace ver que es una pregunta sin importancia, aunque es algo fundamental para nuestra relación.

—Claro —asiento, y se me escapa una pequeña sonrisa de orgullo—, dime día y hora y os reservaré una de las mesas redondas del fondo.

Nos despedimos con una nueva ligereza y noto cómo desaparecen todos los nervios que tenía acumulados dentro. Porque algo está cambiando entre nosotros, de eso no tengo duda, y mi padre acaba de validar mi nueva vida de forma sincera y desinteresada.

Termino de recoger con el equipo y todos se marchan, dejándome por fin a solas con mi persona favorita. Cuando cierro la

puerta principal del restaurante con llave, el silencio me rodea y suspiro aliviado.

Olivia me espera apoyada en la barra, girando una copa vacía entre los dedos. La luz cálida de las lámparas la envuelve y no puedo evitar el vuelco que da mi corazón cuando me acerco a ella y, sonriendo, posa sus manos en mi pecho.

—Lo has conseguido.

—Lo he conseguido —afirmo, orgulloso—. Gracias por estar aquí conmigo.

—No me habría perdido ni un solo minuto de este día —responde repitiendo lo que le dije yo en el LitLove.

La atraigo hacia mí para abrazarla y nos quedamos así un rato, en silencio, con su cabeza apoyada en mi pecho y mis manos atrapando su cintura.

Y entonces me doy cuenta de que estoy jodido, porque en nueve días no voy a poder acariciar su pelo, ni besarla, ni sentir sus manos entre las mías, y sé que la echaré terriblemente de menos.

45



Olivia
Primeros días en el nuevo círculo

Hay algo profundamente devastador cuando haces las maletas para mudarte y sabes que estás dejando atrás muchas cosas que no puedes meter en ellas.

Doblo otra blusa con sumo cuidado, no porque me importe mucho si se arruga, sino porque necesito tomar el control de esta mudanza. De alguna forma siento que la vida que he estado construyendo recientemente se me escapa entre los dedos, aunque este traslado es el premio por atreverme a soñar alto.

El sol se cuela por las cortinas del dormitorio, proyectando líneas doradas sobre las sábanas donde nos hemos pasado la mayor parte del día desnudos y enredados, disfrutando de la piel del otro, de nuestro tacto, de nuestro sabor.

Respiro hondo mientras guardo el libro que tengo en la mesita de noche, *Todos los deseos que escribí sin ti*, de Cherry Chic. Es irónico que este sea el título, ¿verdad? Me he leído casi todos sus libros porque es de mis autoras favoritas y muchas veces me he

identificado con sus protagonistas, pero esta vez me toca de demasiado cerca. Sé que voy a llorar mucho leyéndolo y, aun así, siento que también va a ayudarme en este proceso.

Me quedo mirando la pila de cosas que aún me falta por guardar. Muchas de ellas se las va a quedar mi madre en casa durante este tiempo, porque no puedo cargar mi vida entera en una maleta.

El apartamento permanece en ese tipo de silencio que se genera cuando sabes que algo toca a su fin. Solo habré vivido aquí unos meses, pero lo he sentido como mi hogar, incluso mucho antes de que Nico lo redecorara entero para mí.

—¿Por qué no suena Taylor Swift? ¿Quién eres y qué has hecho con mi chica? —bromea Nico, apoyado en el marco de la puerta.

—Me he quedado sin batería en el portátil —farfullo.

Él suelta una pequeña risa comprensiva y va a buscar el suyo, que conecta a los altavoces bluetooth del salón. En menos de dos minutos ya está sonando «Long Live», y me siento un poquito mejor.

Vuelve a entrar en la habitación y me abraza por la espalda, apretándome contra su pecho.

—Estaremos bien —me promete en un susurro a la vez que acuna mi cuerpo y se balancea conmigo al compás de la música.

Nos quedamos así unos segundos. Noto cómo se me agolpan las lágrimas en los ojos y me tiembla el labio inferior.

Él me coge por el brazo y me da la vuelta con delicadeza; por un momento me resisto, porque no quiero que me vea así hoy. Cuando estamos de frente me levanta la barbilla para darme un beso y yo cierro los ojos, intentando no llorar.

Empieza a sonar «The Prophecy» y es entonces cuando me da un vuelco el corazón. De golpe, descubro que llevo semanas mintiéndome a mí misma y, por ende, también a Nico.

Cuando soy incapaz de seguir conteniendo las lágrimas, me

rompo del todo.

—No puedo hacerlo.

—Claro que puedes, Daisy. Vas a hacerlo tan bien como aquí.

—No me refiero al trabajo. —Hago una pausa, buscando las palabras—. Me refiero a nosotros, a la distancia.

En ese momento, pienso que, si estamos juntos, voy a pasarme el año entero pensando en él, echándolo de menos, preocupada por hacer lo mejor para la relación, aunque eso implique muchas veces no priorizarme a mí.

Si hago esto, si de verdad me mudo a la otra punta del mundo, necesito hacerlo completamente sola.

Nico no acaba de entenderlo.

—Me he pasado los últimos años a la sombra de alguien que tenía miedo a que brillara más que él, por lo que siempre intentaba hacerme pequeña. Nunca se me hubiera pasado por la cabeza proponer algo como el LitLove. —No aparta sus ojos de los míos, aunque poco a poco desenreda sus manos de mi cintura para darme espacio—. Cuando finalmente lo he hecho, me han dado una oportunidad única que implica irme a la otra punta del mundo. Quiero hacerlo bien, pero cuando pienso en mi vida en Tokio, solo pienso en lo mucho que me aterroriza perderte.

—Olivia, no vas a perderme. —Se acerca unos centímetros y me pone la mano en la mejilla—. Día a día, ¿recuerdas?

Respiro hondo, limpiándome las mejillas con el dorso de la mano, pero esas estúpidas lágrimas no dejan de rodar y reparo en cómo me arde la piel.

Willow, que hasta ahora dormía con su hermana hecha una bola en la cama, se despereza y emite un maullido agudo. Ivy abre mucho los ojos y salta a mis pies y da vueltas a mi alrededor.

—Sí —susurro con la voz entrecortada—, pero no quiero vivir

contando los días que faltan para verte, Nico. Si no, cada momento bueno en Japón estará marcado por tu ausencia, y me dolerá lograr cosas que no podré compartir contigo. Tú estarás en Sogno Lavanda luchando diariamente para abrirte un hueco en el sector y querré que me lo cuentes todo, pero estaremos a más de 10.410 km de distancia y con siete horas de diferencia. No va a ser tan fácil. Aunque no me lo pidas, porque sé que no lo harás, yo modificaré mis horarios, cancelaré planes o dejaré de leer el libro al que esté enganchada en ese momento para rascar un rato de conversación contigo.

Él se deja caer en la cama, derrotado. Siento que poco a poco la comprensión se abre paso entre el dolor. En su rostro veo perfectamente un reflejo del mío. Me siento a su lado y continúo, porque necesito que lo entienda.

—Me conozco —sigo, bajito—. Si seguimos juntos, voy a hacer lo imposible para que funcione. Y puede que al final lo consigamos, que pase este año y no nos hayamos destrozado, pero, aunque fuera así, me olvidaría de mí misma en el camino. Y me lo debo: no quiero volver a hacer eso nunca más.

—¿Y eso significa…?

—Que lo que siento por ti es demasiado fuerte como para hacerlo mal. Necesito ser la mejor versión de mí misma, tanto para ti como para mí, Nico. Sobre todo, para mí.

Me tiembla la voz, aunque he logrado parar las lágrimas. Las gatas se han tumbado otra vez en la cama, aunque están muy pegadas a mi cuerpo, como si entendieran que me estoy rompiendo por momentos e intentaran evitarlo.

Puede sonar egoísta, pero necesito elegirme, quererme tanto como lo quiero a él, aunque no se lo diga. Si estamos juntos, nuestra relación va a pasar por encima de mí demasiadas veces.

Él cierra los ojos y suelta con fuerza todo el aire. Tiene los puños apretados y los hombros caídos. No habla, no se mueve, solo la música invade la habitación.

—¿Sabes qué es lo que más me jode? —En su voz no hay rabia, solo tristeza—. Que lo entiendo. Que no hay una sola palabra que hayas dicho con la que no esté de acuerdo.

Clava sus ojos azules en los míos y se le escapa una lágrima, que le limpio con el pulgar.

—Y aun así, me duele una barbaridad.

—A mí también.

Nico apoya su frente en la mía, nuestras manos se entrelazan y nuestras rodillas se rozan. Su contacto me produce, una vez más, una descarga que recorre todo mi cuerpo y provoca que las lágrimas afloren de nuevo.

—Entonces hazlo, Daisy —dice finalmente con un susurro—. Brilla hasta que no necesites mirar atrás.

Y yo me desgarro por dentro, porque estoy segura de que él también me quiere. Y no solo bien, sino lo suficiente como para soltarme justo en el momento en que más me costaba irme.

46

365 días sin vernos

Junio de 2025

Nico

Si esto fuera *Friends*, Olivia se habría bajado del avión. Por desgracia, estamos en la vida real y ahora tengo a mi hermana, desde mediados de junio, viviendo conmigo para ayudarme a olvidarla, como dice ella.

—¿Dónde vamos después de cenar? —pregunta moviéndose por el salón con los tacones puestos para comprobar si los aguantará toda la noche.

—Alfie ha descubierto un sitio nuevo —respondo, completamente indiferente.

—¿Podrías, por lo menos, hacer ver que tienes ganas de salir?

—Es que no las tengo.

—Lo sé, pero eso me da igual. Vístete, los chicos llegan en nada.

Me arrastro hasta mi habitación y voy directo a la cama. Me concedo cinco minutos para lamentarme antes de cambiarme de ropa y salir con la máscara de «estoy superándolo». Necesito un momento de calma tirado en la cama.

Las primeras semanas han sido lo peor. Acostumbrado a levantarme con ella cada mañana, con las gatas durmiendo a nuestros pies, el cambio ha sido demasiado brusco. Cada rincón del apartamento me recuerda a ella y estoy empezando a odiar el momento en el que decidí redecorarlo como ese maldito tablón de Pinterest.

Por suerte, el restaurante absorbe toda mi energía. Cuando llego a casa, solo quiero poner una peli y dormirme en el sofá, pero Izzy no me facilita las cosas con su arrolladora presencia. Se ha empeñado en fastidiar todos mis intentos de tranquilidad con planes y más planes. Ha llegado el punto en el que me rindo, porque no puedo luchar contra ella.

Las primeras críticas de Sogno Lavanda han sido, en general, bastante positivas, aunque ha habido un par de reseñas muy malas contra las que he tenido que luchar internamente. Entierro la cara en el cojín y ahogo un grito, pero al segundo me arrepiento porque oigo un carraspeo desde el marco de mi puerta y reconozco a Levi sin necesidad de darme la vuelta.

—No era la imagen que tenía en mente encontrar, la verdad —dice, acercándose a la cama.

Ni siquiera me molesto en responder.

—¿No has hablado con ella?

—Me avisó cuando llegó a Tokio e intercambiamos cuatro mensajes durante dos o tres días, pero luego nada. Es tan complicado que decidimos romper el contacto. Era imposible hacerlo de otra forma.

Asiente con los labios apretados.

—Sabes que no puedes pasar un año encerrado, ¿verdad?

—No es mi intención, no —contesto, pero mi voz suena tan fría que la suavizo—. Mira, acordamos que ninguno de los dos pararía su

vida por el otro, y no voy a hacerlo, pero necesito un poco de tiempo. No puedo pasar página así como así.

—Nadie espera que lo hagas, Nico. Solo deseamos que estés bien.

—Día a día. —Siento un pinchazo en el corazón, la ironía de ir despacio, aunque esta vez no sea con ella.



Julio de 2025

Olivia

—¿Puedes parar quieta? Te cortas todo el rato. —Chiara tiene cara de estar a punto de colgar la videollamada, así que suelto un bufido y me siento en el sofá.

—Perdonad, chicas, es que vienen a cenar las del trabajo y el apartamento está patas arriba.

—Pero si tienes tiempo de sobra, seguro —sentencia Sienna riendo.

—Estoy nerviosa. Será porque es la primera vez que viene alguien a casa.

—Vas a ser una anfitriona excelente, como siempre —me anima mi amiga, ahora ya sin la mueca.

—¿Cuántas son?

—Cinco, del equipo editorial y de marketing.

—¡Nuestra pequeña Olivia ya tiene amigas en Tokio! —chilla Chiara. Las tres soltamos una carcajada ante su emoción.

—Vale, pero vamos a lo importante. —Esta vez habla Sienna, siempre tan directa—. Ahora que ya estás más asentada, ¿cómo te sientes? ¿Y cómo están nuestras bolitas de pelo favoritas?

—¡Es todo taaaaaan diferente! Pero estoy muy contenta de estar aquí, chicas. —Willow se pasea por el ordenador y la cojo en brazos para que no tape la cámara—. Las gatas se han adaptado superbién. Con sus caracteres no era difícil, pero me daba miedo que se sintieran demasiado desubicadas en la otra punta del mundo. El apartamento está bien situado, la gente del equipo de Holly es agradable… A veces me parece un sueño estar aquí.

—Te echamos de menos, pero me alegro de que te sientas mejor.

—El primer mes fue dramático en general. Estoy a tropecientos kilómetros de distancia y sigo teniendo ansiedad, aunque ahora tengo excusa. Por suerte, he podido seguir con las sesiones de terapia online, aunque a Claudia y a mí nos cuesta encontrar huecos que se ajusten a los horarios de las dos. Mi madre se pasó los primeros veinte días preguntándome a cada segundo que cómo estaba. No podía ni ducharme tranquila.

—El primer mes fue un drama porque echabas de menos a Nico —me reta Chiara, que no me cree cuando digo que estoy mejor.

—Aún echo de menos a Nico —admito por primera vez desde que me fui—, pero sigo pensando que tomé la mejor decisión.

—Pero ¿no habéis hablado más? —pregunta Sienna, muy seria.

—Es lo que acordamos, chicas. Y no quiero hablar de eso. Contadme vosotras.

Se miran cómplices unos segundos, como sopesando la situación.

—Lo digo en serio, ¡habladme de vosotras! Extraño a mis mejores amigas. Me urgen las actualizaciones de vuestras vidas.

Chiara me cuenta que las cosas no van del todo bien en su empresa debido a un proyecto que les ha fallado en el último momento. Aun así, se la ve feliz, le brillan los ojos y no para de sonreír. Al principio me costaba admitirlo, pero volver a Roma le ha dado una luz nueva. Como es una persona muy familiar, tener a sus padres completa lo que le faltaba en Barcelona; ahora comen los cuatro juntos cada domingo y convive mucho con sus primos pequeños, que adoran a Víctor.

En cuanto a Sienna, se está planteando cambiar de trabajo e irse a un nuevo bufete mucho más especializado. Valentina no para de decirle que puede hacerle una carta de recomendación; sin embargo, ella se empeña en hacerlo sola. Se están planteando mudarse juntas, aunque todavía no han encontrado un piso que les guste.

Me entra una sensación de nostalgia inmensa cuando dicen que van a verse en unos días, a lo que les digo que tengo que irme y cuelgo rápido. No quiero que me vean llorar, no estando tan lejos de ellas.



Agosto de 2025

Olivia

—¡Muchísimas felicidades, *sis*! Qué raro se me hace no poder venir y abrazarte. ¿Cómo te sientes con veintiséis años? ¿Cómo vas a celebrarlo? Y lo más importante, ¿te ha llegado mi regalo?

—Gracias, Emma. Me siento genial. ¡Me ha llegado tu regalo! Tenía tantas ganas de leer lo último de Violeta Reed que me ha saltado incluso una lagrimita cuando lo he abierto.

Omito que el hecho de que su último libro se llame *Si es perfecto no es amor* ya me ha provocado un pinchazo en el corazón por sí mismo y sigo respondiendo a sus preguntas:

—Y he quedado para cenar con los compis de la editorial, vamos a un restaurante nuevo que hay de sushi.

—No sabes la envidia que me das.

—Ven a verme y así dejaré de darte envidia.

—¡Shhh! Estoy buscando vuelos baratos, porque mi economía de estudiante no da para más.

Me hago una nota mental para buscar vuelos y hacerle pronto un regalo a mi hermana, porque la echo demasiado de menos.

—Entonces ¿restaurante nuevo? ¿Cómo ha ido el día en la editorial?

—Estamos en pleno proceso de adaptación de la versión japonesa del LitLove y, la verdad, hay taaantas cosas que tener en cuenta que me abruma. Pero me encanta, está siendo un trabajo superestimulante.

—¿Y con tus compis? Con las que vas a celebrarlo hoy, digo.

—Son cinco chicas y dos chicos. Me acogieron muy bien desde el primer día y nos hemos ido viendo regularmente fuera del trabajo.

—Enséñame una foto, así les pongo caras.

—A ver, esta es Claire, Yumi, Lauren, Aiko, Mei, Alexander y Liam.

—Olivia, ¡Liam es guapísimo! Parece americano; sabes que me chiflan los americanos.

—¡Efectivamente! Es americano y es muy guapo, sí.

—¿Todos son de la empresa?

—Sí, Yumi y Liam están conmigo en el equipo editorial. Con ellos estoy trabajando más de cerca en el proyecto. El resto son de marketing y nos conocimos en la primera reunión. Nos hemos ido haciendo amigos.

—¿Y entre Liam y tú…?

—¡Emma! —Me tapo la cara riendo—. Es solo un compañero de trabajo que se está transformando en amigo, nada más.

—Ya, ya, pero que sepas que me lo apunto en la lista de personas a vigilar cuando vaya a verte.

—Ah, estará encantado de tener otro par de ojos pendientes de él.

—¿Otro?

—Es el rompecorazones oficial del grupo.

—Como te lo rompa a ti, le mato —finge una seriedad que no tiene.

—Ni siquiera me lo ha tocado —murmuro riendo con ella.



Septiembre de 2025

Nico

La cocina huele a romero, limón y mantequilla. Las luces de la sala, tenues, iluminan los pocos comensales que quedan a estas horas de la noche. Los últimos platos ya han salido y el equipo empieza a limpiar para cerrar mientras suena de fondo un suave hilo musical de jazz. Me quito la chaquetilla despacio y la cuelgo en el gancho de

siempre, observando con orgullo el ritmo que hemos conseguido instaurar en los pocos meses que llevamos abiertos.

—La mesa ocho ha pedido felicitarte —me informa Carla, una de nuestras camareras más jóvenes, mientras pasa por mi lado con unas copas vacías—. Han dicho que volverán pronto.

—¿Qué plato les ha gustado más?

—El tartar de atún marinado, aunque dicen que el risotto no se quedaba atrás.

Sonrío. Elena tenía razón: nunca hay que subestimar los clásicos, mucho menos cuando les damos nuestro toque personal.

Ella aparece unos segundos después, revisando una nota de cocina con su letra diminuta y apretada que ya empiezo a reconocer fácilmente.

—Tenemos que replantear la ejecución del foie en el menú de otoño —dice sin preámbulos—. Hoy ha salido bien, pero con un servicio completo es posible que nos traiga problemas de tiempos.

Asiento, completamente de acuerdo con ella.

—Podríamos comprobarlo el martes con servicio reducido y valorar los tiempos.

—Sí, buena idea.

Pasa por mi lado y cuelga su chaquetilla, preparada para irse.

—He visto a Hugo, pero no ha venido con las niñas, ¿no?

—No, hoy están con mis padres. —Se le dibuja una gran sonrisa en la cara—. Nos vamos de cita. Han abierto un sitio de cócteles aquí al lado y vamos a probarlo.

—Disfrutad entonces.

Cuando está a punto de salir por la puerta, se gira poniéndose la mano en la frente.

—¡Ah! Casi me olvidaba. Me ha llegado la reseña del suplemento gastronómico de *La Vanguardia*.

—¿Y?

—Cuatro estrellas de cinco y una muy buena crítica. Mencionan el ambiente, el equipo, el trato recibido… Dicen que la cocina de Sogno Lavanda «combina nostalgia y modernidad con elegancia sin pretensión. Se nota que, sea quien sea que haya transmitido al chef el amor por la cocina, fue alguien importante en su vida».

Sonrío al pensar en mi abuela, porque sé que le haría una ilusión tremenda leer esto.

—¿Y la pega?

—Dicen que tal vez peca de sobriedad. Pero eso no es una pega realmente, así que yo estoy contenta.

Asiento, porque tiene razón. Hay a quien le gusta más y a quien le gusta menos, pero lo más importante es la comida y, de momento, está teniendo muy buena acogida.

Elena se marcha a buscar a su marido y yo salgo con ella para saludarlo. A lo largo de estos meses, Hugo se ha convertido en alguien a quien también aprecio. Cuando se cierra la puerta detrás de ellos, me quedo unos minutos en silencio en la sala, mirando los cuadros de lavandas que cuelgan de la pared de ladrillo visto.

Pienso en lo lejos que he llegado y lo mucho que queda aún por crear y, lejos de sentirme abrumado, me encuentro en paz.



Octubre de 2025

OLIVIA

Las ventanas del despacho provisional de Yumi y Liam dan a un parque en el que las hojas han empezado a teñirse de rojo. Digo provisional porque les han dejado el despacho solamente para las reuniones relacionadas con el LitLove Tokyo, pero lo estamos utilizando el día entero y a nadie ha parecido molestarle.

Yumi termina de exponer el informe que le ha pasado el comité creativo mientras yo repaso los últimos comentarios del equipo de marketing y Liam gestiona el *feedback* de la propuesta gráfica del festival, todo en inglés, por suerte. Aunque desde que llegué me puse a estudiar japonés, todo el equipo internacional se comunica en inglés, y eso me ha facilitado la adaptación.

—Han mantenido la línea visual de Barcelona, pero con un giro local —dice Yumi mostrándome las diapositivas.

—Me encanta. Conserva la identidad original, pero tiene alma japonesa.

—Holly nos dijo que confiáramos totalmente en tu criterio y tenía razón —añade Liam desde su mesa, con un guiño.

Hace cinco meses que estoy aquí y, aunque al principio no fue fácil, ahora siento que pertenezco a este sitio.

Yumi y Liam han sido mi mayor apoyo desde el primer día: me hicieron sentir muy cómoda de inmediato y, después de semanas de trabajo codo con codo, risas en las reuniones, resolución conjunta de problemas y algún que otro lío por mi falta de conocimiento del sistema japonés, terminamos por hacernos amigos.

—¿Y qué hay de las autoras? Aún quedan cuatro meses, pero sería genial si ya pudiéramos empezar a cerrar fechas con ellas —pregunta Yumi, levantándose para moverse un poco por la sala.

—Ayer me escribió Yuki Tanaka para decirme que le apasiona la idea —respondo enseñándole el e-mail que me mandó—. Por el momento, tengo muchas personas interesadas, pero pocas

confirmaciones.

—Tenemos tiempo, no te agobies —me tranquiliza Liam mientras se termina su segundo café de la mañana.

Entre llamadas, e-mails y lluvias de ideas para las mesas redondas, se me pasa la mañana sin darme cuenta. A la hora de la comida, bajamos junto a Claire, Lauren, Aiko, Mei y Alexander a uno de nuestros restaurantes favoritos, donde nos sirven comida local riquísima. Pasamos la sobremesa entre risas y bromas, arreglando el mundo nosotros siete.

Antes de volver al trabajo, Aiko me pregunta si quiero ir con ellos a Kioto el fin de semana. Le digo que sí sin dudarlo, con una cálida sensación en el pecho.

A última hora tengo mi *one on one* con Holly. Supervisa todo lo que estamos haciendo cada dos semanas y me ayuda a desbloquear posibles problemas, gestionar mejor mis tareas y enseñarme lo que me falta sobre este sistema. Marwa tenía razón, porque Holly es maravillosa y estoy aprendiendo mucho con ella.

Mientras vuelvo hacia mi apartamento por la tarde, acompañada de los últimos rayos de sol del día, me doy cuenta de que estoy bien. No completa, quizá. Pero bien. Sintiendo una ausencia. Pero apostando por ser feliz.



Noviembre de 2025

NICO

El viento sopla con fuerza esta noche cuando cierro detrás de mí la puerta del restaurante. Me protejo aún más con la bufanda. El invierno ha llegado sin apenas darme cuenta y se me escapa una pequeña carcajada cuando pienso en Elena y Hugo abrigando a sus hijas antes de salir del restaurante. Me han advertido del viento y los he tachado de padres exagerados.

Suena mi móvil y, cuando lo cojo, veo uno de mis nombres favoritos en pantalla.

—*Ciao, tesorino*. ¿Cómo estás?

—*Ciao, zia*. Justo salgo del restaurante. Esta noche ha sido intensa. ¿Y tú?

—¿Sí? Yo bien, estoy en París ahora mismo.

—¿Qué? ¿Cuándo te has ido tú a París? ¡Si hablamos hace cuatro días! —Sonrío, incrédulo.

Alicia vuelve a ser la de antes. Cuando hace unos meses me dijo que no le apetecía tanto viajar, me preocupé por ella, pero después entendí que lo hizo para estar más disponible para mí en unos momentos en los que tanto la necesitaba.

—Después de esa llamada fui a coger el avión. Estoy con las chicas, nos quedamos hasta el domingo. —Las chicas son sus amigas de siempre, que ya no son «chicas», sino mujeres de cincuenta años, aunque igual de fabulosas que ella—. Pero cuéntame cómo estás, va.

Lo pienso unos segundos.

—*La verità è che sto bene.*[76] Tranquilo, contento.

—Giulio me ha dicho que los números van genial.

—Sí, estamos llenando cada noche —afirmo, con una nota de orgullo en la voz.

—¿Y con Elena? ¿Hasta cuándo se queda en Sogno Lavanda?

—En principio, este mes era el último de colaboración, aunque

posiblemente vamos a alargar el contrato hasta marzo. Estamos trabajando muy bien juntos. Hacemos buen equipo.

—¡Qué bien, Nico! Me alegra mucho oír eso.

—¿Cuándo vienes de visita? Hemos incorporado algunos platos que aún no has probado. Creo que Enzo los va a comer antes que tú a este paso.

—Pronto, lo prometo. ¿Os habéis visto últimamente?

—Algunas veces. Ha venido ya al restaurante seis o siete veces para distintas reuniones y otras tres o cuatro solo con Carolina.

—Yo hablé con él hace unas semanas y, por la forma en la que hablaba de Sogno Lavanda, parecía que está orgulloso.

—Ojalá sea así.

Charlamos unos minutos más hasta que llego a mi apartamento y, cuando giro la llave y me recibe el salón colorido, me doy cuenta de que ya no me duele como antes. Aunque sienta un pequeño pinchazo en el corazón al recordarla, también me siento feliz por todo lo que vivimos.



Diciembre de 2025

OLIVIA

—¿De quién es esta canción? Me gusta —comenta mamá dejando en la mesa los distintos turrones y neulas que me ha traído a Japón. Ella y mi hermana han viajado para pasar conmigo estas fechas y se lo agradezco en el alma.

—¿De verdad le estás preguntando esto a tu hija mayor? —dice Emma alzando una ceja.

—Es de Taylor Swift, «Christmas Tree Farm» —contesto ignorando a mi hermana.

—Tienes razón, tendría que haberlo asumido. —Levanta ambas manos como pidiendo disculpas y las tres soltamos una carcajada, más fruto de la ilusión de estar juntas que de la conversación.

—¿Abrimos los regalos después de cenar?

—¿Desde cuándo abrimos los regalos en Nochebuena y no a la mañana siguiente, *sis*?

—Es que sé que mamá va a llorar, y así, por lo menos, aún tenemos turrón para consolarla.

—¿Por qué iba yo a llorar? —pregunta mamá haciéndose la ofendida, aunque todos los años llora con nuestros regalos.

—Porque lloras cada Navidad, mamá.

—Y esta mañana te he visto soltar una lágrima cuando ha sonado un villancico en la farmacia.

—¡Es que ha sonado la canción favorita de vuestro padre! Ni llorar se puede ya.

—No pasa nada por llorar en Navidad. —Me levanto de la silla y la abrazo por la espalda—. Yo también lo echo más de menos en estas fechas.

—Y yo —Emma se une a nuestro abrazo y mamá nos da un beso en la sien a cada una.

—Olivia, ¿has cocinado tú sola todo esto mientras estábamos en el museo? —Su voz es una mezcla de orgullo y preocupación.

—Liam me ha ayudado con la receta de ramen. Ha venido a casa después de trabajar.

—¿Liam? —inquiere Emma, con un tono de voz que reconozco perfectamente—. ¿Ese no es el americano buenorro?

—¡Emma! Solo me ha ayudado con la comida, nada más.

—Ya, claro.

—Bueno —interviene mamá—, la cuestión es que os ha quedado muy rico. Por mí, mientras te trate bien, haz lo que quieras con los chicos.

—Pero ¿cómo vais tan rápido? —Me hago la indignada intentando ocultar la risa nerviosa—. Estoy soltera y estoy bien así. Me gusta mi vida ahora mismo.

—Entonces a nosotras también nos gusta.



Enero de 2026

Nico

—¿Cómo te sientes en tu primer cumpleaños sin prensa persiguiéndote? —me interroga Alfie, utilizando su botellín de cerveza como si fuera un micrófono.

—Oh, la prensa continúa detrás de mí, pero mucho más soportable.

Hace ya ocho meses que inauguré Sogno Lavanda y que dejé el hockey sobre hielo; al principio, los periodistas se interesaron bastante por el cambio, pero al cabo de poco pasé a aparecer solamente en la sección de gastronomía, y no en la prensa rosa, lo que me alivió bastante, la verdad.

—¿Quién ha pedido el cóctel de flor de hibisco? ¿Y el sex on the beach? —pregunta Levi, con dos copas en la mano.

—Flor de hibisco —dice Alfie.

—Sex on the beach —Naim levanta la mano.

—¿Por qué soy el encargado de ir a buscar los cócteles cuando ni siquiera he empezado a beber el mío?

—Te has levantado para el tuyo y ahora no puedes decirnos que no al resto, tío —responde Bruno.

Levi parece dar por válida su respuesta y vuelve hacia la barra a buscar los que quedan. Él y Alfie me han traído aquí por sorpresa y, al llegar, estaban el resto de mis excompañeros del equipo. Hemos cenado juntos en mi precumpleaños y a las doce me han hecho soplar las velas en un *carrot cake* de mi hermana, que pasará aquí esta semana para celebrar mi cumpleaños. Al rato, saldremos a alguna discoteca de la zona.

Bebemos entre risas y anécdotas y los chicos me ponen al día de todo en cuanto al equipo se refiere.

—Y lo más importante: te echamos de menos —concluye Dylan.

—Aunque no echamos de menos tu ritual de los calcetines personalizados para ganar.

Estallamos todos en una carcajada medio nostálgica.

Durante los años que fui capitán de los Blizzards, instauré una especie de tradición: cada vez que teníamos un partido importante, lo jugábamos con unos calcetines personalizados que compré para todo el equipo. Sabíamos que era una tontería, pero rompimos una mala racha el día que los estrenamos todos juntos, y yo solté que habíamos ganado gracias a los calcetines. A partir de ahí, nadie se atrevió a tentar a la suerte.

—Yo echo de menos veros cada día, pero prefiero que sea en Sogno Lavanda.

Mi móvil vibra en la mesa y lo giro sin pensar. Cuando veo el nombre en la pantalla, me congelo por unos segundos.

Muchísimas felicidades, chef! 
Ya es tu cumple allí, no?

Muchísimas gracias, Olivia  Sí,
desde hace justo seis minutos

Espero haber sido la primera, ya sabes que es casi como una competición

Ja, ja, ja, realmente han sido los chicos. Me han preparado una cena sorpresa precumple

Bueno, entonces me alegro mucho

Qué hora es en Tokio? Como las siete de la mañana, no?

Efectivamente, las siete y ocho minutos

Mala noche?

No, simplemente quería ser la primera en felicitarte  Disfruta mucho de tu día, Nico

Gracias, Daisy



Febrero de 2026

Olivia

—Vale, pero si os lo cuento no podéis volver a mencionarlo nunca más.

—Lo prometo —dice Sienna mientras se rehace la coleta alta.

—Yo no garantizo nada —añade Chiara, encogiéndose de hombros con su mirada socarrona.

—Me lie con Liam.

—¿El Liam americano con el que llevas meses diciéndonos que no hay nada? —casi chilla Chiara.

—El mismo. Fue…, no sé. Al principio, todo estaba bien, pero después no. Estuvimos quedando unas semanas, después nos acostamos, seguimos quedando y acostándonos, y hubo un momento en el que no pude seguir.

—¿Fue un desastre en la cama?

—Oh, no, todo lo contrario, él fue genial. —Me sonrojo un poco —. El problema era que yo no podía dejar de pensar en otra persona.

—Ay.

—Y se lo conté después del décimo polvo, cuando me preguntó qué tipo de relación buscaba.

—Ay, no.

—Y lloré.

—Joder.

—Efectivamente. —Suelto una risa nerviosa al recordarlo—. Fue un caos, aunque él fue muy tierno. Pero me sentí fatal, por él y por mí.

—Liv, te fuiste para priorizarte. No te castigues, ¿vale? —La calma en la voz de Sienna me transmite una paz inmensa.

—Es normal que a veces sigas pensando en él. Lo que tuvisteis fue real.

—¿Podemos romper nuestra norma? ¿Podéis contarme cómo está?

Ninguna de las dos abre la boca y yo me tenso, temiendo que haya algo malo.

—Por favor.

Sienna se encoge de hombros.

—Está bien, sí. Sogno Lavanda le va genial y se lo ha currado un montón estos últimos meses. Fuimos a cenar la última vez que Chiara y Víctor vinieron a Barcelona y estaba todo increíble.

—¿Sabéis si hay alguien…? —me atrevo a preguntar, aunque la respuesta podría romperme un poquito el corazón.

—Que sepamos, no —se apresura a responderme mi amiga—. Sé que ha tenido algún que otro lío, pero nada de más de una noche.

Exhalo profundamente, aliviada.

—A veces parece que lo estoy superando, que ya no pienso en él, y después me doy cuenta de que es mentira, que siempre pienso un poquito en él. No sé si me equivoqué.

—Hiciste lo que necesitabas hacer en ese momento, *love* —dice Chiara.

—Te antepusiste, que era lo importante —añade Sienna.

Me quedo callada unos segundos, asimilando cómo ha cambiado

mi vida desde que me fui de Barcelona.

—Gracias por estar, chicas.

—Siempre —responden a la vez.



Marzo de 2026

Nico

—Nico, esta *focaccia* está espectacular —dice Carolina, llevándose un trozo a la boca con verdadera devoción—. ¿Verdad, chicos?

Hace ver que pregunta en general, pero le da un leve codazo a su marido. Mi padre asiente, con la boca llena y las cejas ligeramente arqueadas tras probarla.

—Sí que lo está, la mejor que has hecho, sin duda —confiesa. No sé si lo dice porque lo piensa, porque se está esforzando en mejorar nuestra relación o porque quiere complacer a su mujer, pero para mí es suficiente.

Estamos en su casa, como casi todos los domingos durante los últimos meses. Cuando Izzy está en Barcelona, viene conmigo; pero cuando estoy solo, sigo yendo. Es curioso pensar que ni siquiera había estado en su hogar, ubicado en una urbanización a las afueras de Barcelona, hasta que comenzaron estas comidas. Ahora ya no me parece un sitio ajeno.

Desde que abrí Sogno Lavanda, y me alejé definitivamente del hockey, nuestra relación familiar ha ido ganando terreno poco a

poco; sin prisa, pero sin pausa. Ya no hay reuniones, ni estrategia, ni coacción para convertirme en el mejor jugador y no ridiculizar a mi padre; ahora, él trabaja con un par de chicos que empiezan y a los que les está viniendo genial la presión, que, por otro lado, no es ni de lejos la misma que me imponía a mí.

Izzy, que se sienta delante de mí, corta una burrata y me pone un trozo en el plato.

—¿Os dais cuenta de que hemos tardado treinta años en conseguir esto? —dice señalando la mesa.

—¿Te refieres a comer sin que uno de nosotros se levante y se vaya dando un portazo? —comento de guasa mirándola con sorna.

—No cantéis victoria aún —responde mi padre, con la voz seca.

Los tres giramos la cabeza hacia él inmediatamente, pero, antes de tener tiempo a preguntarme qué ha pasado, suelta una carcajada.

—Es broma, deberíais haberos visto las caras.

Todos reímos, porque por un momento nos ha pillado desprevenidos. Es extraño, pero también cómodo. Familiar, casi.

—Me gusta esto —murmura Carolina, como si tuviera miedo de romper un hechizo—. Me gusta veros así, los tres juntos.

Y la verdad es que a mí también.

Después de meses centrado en el restaurante, ahora que puedo ver más allá soy consciente de que esto es lo que realmente me faltaba para poder ser feliz. No tanto cambiar mi camino, sino recuperar a mi familia. En especial, a mi padre.

—¿Vais a venir el sábado que viene a la cata de primavera? —les pregunto a él y a Carolina, esperando que me digan que sí.

—Claro, si aún quedan plazas. —Asiente mi padre sonriendo.

—Siempre guardo dos para vosotros.

Cruzo la mirada con él, que me la mantiene unos segundos. No

necesito más para saber que lo ha entendido, que quiero que esté siempre. La expresión de su rostro me indica que, por lo menos, lo intentará.



Abril de 2026

Olivia

Estamos sentados en círculo sobre una gran manta de cuadros, rodeados de *sakuras* en flor que me dejan sin aliento cada vez que levanto la vista. Es sábado y nos hemos escapado de la ciudad para pasar el finde juntos en un pueblecito cerca del lago Kawaguchi.

Desde donde estoy puedo ver el monte Fuji, majestuoso, que se abre paso entre las ligeras nubes que lo rodean en un día tan soleado como hoy.

Aún me cuesta creer que este sea mi presente; sin embargo, mis amigos charlando y riendo a mi alrededor me confirman que esto es real, muy real.

Me apoyo con las manos en la hierba y observo todo lo que me rodea.

Claire y Alexander están tumbados boca arriba a mi derecha, con sus ojos posados en el cielo; Yumi está directamente enfrente de mí, con las piernas cruzadas y la copa en la mano; Aiko y Lauren miran una foto que se han hecho en el teléfono de ella; y Mei, Liam y yo nos estamos sirviendo un poco de *wakame* antes de empezar con el sushi, aunque hasta hace cinco minutos yo estaba también tumbada

leyendo.

Todo parece sacado de una novela y eso me encanta.

—Vale, nueva ronda —dice Yumi alzando su copa de vino rosado —. ¿Cuál ha sido vuestro momento favorito del año hasta ahora?

Me da un pequeño vuelco el corazón cuando recuerdo que hace más de un año que me senté en un viñedo romano con Nico para responder preguntas del mismo estilo.

—Yo lo tengo claro —responde Liam—. Cuando Olivia terminó comprando diez kilos de arroz por error en ese mercado.

Todos, incluida yo, estallamos en carcajadas.

—¡No me lo recuerdes! ¡Pensaba que estaba diciendo cien gramos! —me defiendo, casi con lágrimas en los ojos de la risa, porque fue un momento verdaderamente vergonzoso—. Y vosotros todos calladitos. ¡Ten amigos para esto!

—La cara del vendedor era demasiado divertida como para intervenir —añade Mei a mi lado abrazándome suavemente como consolación.

—Por suerte, ahora tu japonés ha mejorado tanto que ya no tienes que ir por el mundo cargando kilos y kilos de arroz —replica Aiko, para chincharme aún más.

—Pobre hombre, se alegró tanto que me dio vergüenza rectificar. —Me pongo las manos en la cara, recordándolo.

Seguimos riendo y haciendo la ronda y, cuando llega mi turno, les digo que claramente mi momento favorito del año fue el cumpleaños de Mei, que pasamos juntos en una casita cerca de Nara. Seguimos comiendo y brindando con las maravillosas vistas de fondo.

—Hay uno para cada uno, los ha hecho mi abuela —dice Yumi, tendiéndonos una cajita con siete *onigiris* en forma de corazón—. Siempre los hace para dar la bienvenida a la primavera, es una

tradición familiar. Se dice que los tienes que comer con tus amigos más cercanos y que te dará buena suerte.

Todos cogemos uno y los comemos en silencio, saboreando cada bocado. Cuando terminamos, Lauren saca el móvil para hacer un selfie de grupo, y se nos ve a todos tan sonrientes que se me ablanda el corazón.

Allí, rodeada de *sakuras*, con mis amigos en la otra punta del mundo, por primera vez en mucho tiempo me siento completamente en paz.



Mayo de 2026

Olivia

Holly me sirve una taza humeante de té de jazmín nada más entrar en el despacho, porque sabe que he desarrollado una especie de obsesión por este té desde que llegué a Japón. No sé por qué me ha llamado, pero no parece malo. Aunque no diga nada durante los primeros cinco minutos en los que estoy sentada delante de ella, lo que sea que observa en la pantalla de su ordenador le dibuja una ligera sonrisa en el rostro.

Cuando aparta la vista de la pantalla para mirarme a los ojos, estoy completamente descolocada.

—Antes que nada, quería felicitarte por el trabajo maravilloso que has hecho aquí estos meses —empieza, con la voz firme—. A solo dos semanas de terminar con el contrato, has conseguido

incluso más de lo que se esperaba de ti, y los resultados solo han confirmado el porqué te elegimos para este proyecto.

Dejo escapar una sonrisa porque me siento muy orgullosa de mi crecimiento a lo largo de este año.

—Gracias, Holly. Me lo habéis puesto fácil. Sois un equipo maravilloso y todo el mundo ha estado siempre dispuesto a ayudar. Aun así, gracias por valorar mi trabajo. No sé cómo podré agradeceros todo lo que me habéis enseñado aquí —añado con un hilo de voz.

Tarda unos segundos en responder, pero cuando lo hace mi corazón se salta un latido.

—Puedes agradecérnoslo quedándote.

Mi taza se queda a medio camino entre mis labios y la mesa.

—¿Cómo? ¿Aquí? —Quiero asegurar que no estoy teniendo alucinaciones fruto del duro trabajo de estos últimos meses.

—Sí, Olivia —confirma Holly con un tono muy suave—. He hablado con el resto del equipo y también con Marwa. Todos coincidimos en que, si tú quisieras, podrías quedarte al menos seis meses más. No solo por el LitLove Tokyo, sino porque creemos que tienes un perfil con proyección para liderar proyectos de mayor escala. Y a nivel humano… se nota cuando alguien hace equipo. —Me sonríe—. No tienes que responder ahora, pero sería bueno saberlo antes de que acabe la semana que viene.

Asiento en silencio mientras una ola de sensaciones me sacude por dentro.

—¿Te lo esperabas? —pregunta.

—La verdad es que no. Ni siquiera me planteaba que existiera la opción de alargar el contrato. Aun así… —Me callo antes de terminar la frase porque no tengo claro cómo seguirla.

—¿Te gusta la idea, pero tienes ganas de volver a casa? —tantea

dando en el clavo.

Me echo a reír, bajando la mirada.

—Estoy muy bien aquí. He aprendido mucho, sé que puedo seguir creciendo, me encanta el equipo. Y echo de menos Barcelona, pero también sé que seguirá allí si yo tardo un poco más en volver. Pero, no sé, lo tengo que pensar.

—Claro. —Se cruza de brazos, aún con una sonrisa, como si me entendiera perfectamente—. Yo también empecé así y terminé quedándome. Es tu decisión y, sea lo que sea que decidas, desde la editorial te apoyaremos. Has demostrado ser una de las que vale la pena, Olivia.

Me llenan de orgullo sus palabras; me hacen sentir que he conseguido lo que tanto anhelaba, brillar por mí misma.

Cuando salgo de su despacho, respiro hondo un par de veces para calmar mis latidos.

Podría quedarme. Podría quedarme y seguir construyendo esta vida.

Y aun así, algo dentro de mí arde cuando pienso en volver a casa, y quizá esté preparada para hacerlo.

47

Nico
Vuelta a empezar

La jornada termina más tarde que de costumbre a causa de una celebración de cumpleaños, pero cerrar tarde vale la pena solo por ver la satisfacción en las caras de los comensales.

He mandado a gran parte del equipo a casa tan pronto como he podido, ya que esta semana está siendo intensa y se merecen el descanso. Ahora estoy solo en la cocina acabando de recoger lo que falta mientras Pablo, mi jefe de sala, coloca el salón principal para mañana.

He puesto música para hacer este cierre más llevadero, como hago siempre que no hay clientes en el restaurante. Me ayuda a poner el piloto automático con las tareas más mecánicas de la cocina.

La tengo en modo aleatorio y me da un vuelco el corazón cuando empieza a sonar «Invisible String», de Taylor Swift. Porque, sí, desde que ella se fue he seguido escuchando a Taylor. Nunca he sido capaz de eliminar de mi lista de reproducción principal todas las

canciones que ella metió hace tanto tiempo.

Olivia siempre decía que había una canción perfecta para cada ocasión; ya fuera para llorar, para volver a enamorarse, para recordar viejos tiempos o simplemente para chillar a pleno pulmón. Estaba segura de que todas ellas conformaban la banda sonora de su vida.

Y ahora suena una de esas que hablan del destino, del tiempo y de cómo las personas están conectadas, aunque parezca que todo se ha roto.

Perfetto.

—Nico, me voy ya. —La voz de Pablo me sobresalta y me limpio las manos en un trapo, volviendo a la tierra—. La sala está lista para mañana. Recuerda que yo tengo fiesta hasta el lunes.

—Muchísimas gracias, Pablo. Descansa.

Me da un apretón en el hombro y sale de la cocina, aunque no tarda más de tres minutos en volver a asomar la cabeza por la puerta.

—Hay alguien fuera que pregunta por ti.

Frunzo el ceño, porque conoce perfectamente a mi familia y amigos. Si no me da un nombre, por algo será.

—Ahora salgo, *grazie*.

Dejo lo que tengo entre manos, me las lavo y salgo de la cocina hacia la puerta de la calle.

No estoy preparado para lo que me encuentro.

Está aquí.

Con un vestido de flores, las manos entrelazadas, recostada en la barra, con la mirada nerviosa y una expresión que me desarma por completo.

Olivia.

Tardo unos segundos en reaccionar. Ni siquiera sabía que había

vuelto, y mucho menos me esperaba que viniera a verme sin previo aviso.

Por un momento pienso que ha pasado algo malo, pero lo descarto rápidamente: se la nota inquieta, aunque no en ese sentido.

—Hola, Nico. —Su voz es apenas un susurro, pero rápidamente se le forma una sonrisa en los labios cuando me acerco.

—Hola, Daisy —respondo igual de bajito.

Llamarla así después de tanto tiempo me produce una sensación cálida en el pecho, aunque también un poco amarga. Apenas me había dado cuenta de lo mucho que echaba de menos saborear su nombre en mi boca.

Nos miramos fijamente unos segundos, ninguno de los dos tiene claro cómo seguir. Ella da un paso al frente, yo otro, pero cuando estamos a pocos metros, se detiene.

—Sé que es tarde, y sé que debería haber avisado. Ha sido un impulso, no he podido evitarlo. —Se rompe un poco al final, como si llevara días conteniendo las palabras.

—¿Cuándo has vuelto? —Trago saliva, nervioso.

—Hoy, hace menos de dos horas que ha aterrizado el avión.

Trato de sonreír, aunque perfilo una mueca extraña. Hay tantas cosas que quiero decirle, tantas preguntas que deseo hacerle. ¿A qué ha venido? ¿Está aquí para quedarse? ¿Ha pensado en mí durante todo este tiempo? ¿Está saliendo con alguien? ¿Cómo están las gatas?

Pero no me sale nada, así que nos quedamos en silencio uno delante del otro, como dos idiotas, escuchando a Taylor Swift de fondo.

Mientras más la observo, más pequeños cambios noto en ella: tiene el pelo más largo, lleva un colgante con un pequeño corazón

que no le había visto nunca, le han aparecido más pecas alrededor de la nariz, y sus ojos brillan más de lo que recordaba.

Parece feliz.

Y eso me alegra, pero a la vez me rompe el corazón.

Empiezo por lo más sencillo.

—Tienes más pecas que cuando te fuiste. —Es lo único que consigo decir y me arrepiento al segundo, porque veo cómo un deje de tristeza cruza su mirada.

—Tú te has dejado más barba que de costumbre —puntualiza, con una sonrisa afligida—. Supongo que han cambiado muchas cosas desde la última vez que nos vimos.

—Sí, supongo.

Quiero gritarle que lo que siento por ella no ha cambiado, pero no me atrevo.

—¿Cómo ha sido este año? —le pregunto, al fin.

—Intenso. Bonito. Retador, pero también muy gratificante. Solitario, a veces. Pero he sido muy feliz allí.

Siento un pinchazo en el pecho.

—¿Sabes? Siempre pensé que en algún momento me escribirías. Que me mandarías un mensaje, que me dirías que dejarlo fue un error.

—Yo…

—No es un reproche, Olivia —la corto y continúo con un tono calmado—. Es que me costó hacerme a la idea de que te habías ido.

—A mí también me costó, pero no me arrepiento, aunque fuera difícil.

Asiento despacio; por mucho que me duela, sigo entendiendo la decisión que tomó hace un año.

—*Sono contento che sia stato un bell'anno*.[77]

Otro silencio, esta vez cargado de intención.

—¿Cómo va el restaurante?

—Bien. Estamos recibiendo muy buenas críticas y siempre está lleno. De momento puedo decir que no me he estrellado. —Suelto una risa tensa.

—No te vas a estrellar, Nico. —Ríe ella—. Estás donde tienes que estar.

En ese momento entiendo que, aunque yo la dejé ir para que pudiera crecer, ella también me dejó volar a mí, obligándome a centrarme en mi sueño. Por mucho que quisiera, sé que no existía forma viable de mantener lo que teníamos a distancia sin perder el foco. Si Sogno Lavanda ha crecido tanto, ha sido en parte gracias a ella.

—Te he echado de menos —dice de repente clavando sus ojos esmeralda en los míos.

Estamos solo a medio metro de distancia y puedo sentir el calor que emana su cuerpo.

—Yo también te he echado de menos.

Doy un paso hacia ella y le acuno el rostro. No voy a besarla, no sin antes saber que está aquí para quedarse, pero necesito tocar su piel.

—Gracias por respetar mi espacio durante este tiempo. Siento haberme presentado así; estoy agotada por el vuelo y mi cabeza no funciona del todo. Pero necesitaba verte.

—Has hecho bien —respondo dejando caer la mano de su mejilla y entrelazando suavemente mi mano con la suya—. Ven. Quiero enseñarte algo.

Cruzamos la sala principal en silencio hasta llegar al fondo del todo, a la mesa del rincón en la que hicimos nuestra inauguración particular del restaurante. Las luces tenues iluminan el espacio y se reflejan en el ventanal, dejando entrever la luna.

—Es la mesa en la que nos sentamos aquella noche —murmura.

—Sí —confirmo, aunque no lo necesita—. Nunca la he ofrecido a ningún cliente. Como queda escondida, he podido mantenerla vacía desde entonces.

—¿Por qué?

—Porque esta mesa es solo tuya, Olivia.

Ella se queda completamente quieta. Suelta un pequeño suspiro y se lleva la mano a la cara, sonriendo ligeramente, sorprendida.

—Nico…

—Por si alguna vez volvías a buscarme —añado, sin rodeos.

Nos miramos de nuevo; esta vez sobran las palabras. Cierra el espacio que nos separa y entierra la cabeza en mi pecho, abrazándome con fuerza. Noto cómo tiembla ligeramente y me doy cuenta de que tiene una lágrima rodándole por la mejilla.

—Hay tantas cosas que necesito decirte —confiesa entre susurros—. Pero estoy demasiado cansada, no he dormido apenas en el vuelo pensando en qué diría cuando llegara aquí y ahora soy incapaz de ordenar mis pensamientos. Siento haberte hecho perder el tiempo, seguro que tenías ganas de cerrar.

Le coloco un mechón de pelo detrás de la oreja y le levanto la barbilla.

—No me has hecho perder el tiempo —respondo esbozando una sonrisa tímida—. Quiero todo el tiempo que puedas darme, Liv.

—¿Podemos vernos mañana?

—Claro.

—¿Puedo ir a tu apartamento?

—Claro —repito, y sonrío porque ahora sí que lo entiendo—. Descansa esta noche.

Deshacemos el abrazo y la acompaño hasta la puerta, en silencio. Nos detenemos allí unos segundos, como si ninguno de los

dos quisiera romper esta burbuja en la que acabamos de entrar.

—Me alegro de haber vuelto —dice antes de irse.

—Yo también de que lo hayas hecho.

48

Olivia
Un mismo círculo, un mismo comienzo

—Y lo de los diez kilos de arroz que te acabo de contar no fue lo peor. Otra vez, un camarero se acercó a nuestra mesa y nos dijo, en un inglés perfecto: «Solo para confirmar, le habéis pedido a mi compañero sesenta piezas de sushi, ¿verdad?». —Nico se cubre la boca con la mano al soltar una carcajada inesperada—. Lo sé, Lauren también se rio de mí cuando volvió del baño.

—¿Y no se te ocurrió pedir en inglés si aún no te sabías ni los números? —Me mira con una ceja arqueada y una sonrisa socarrona.

—¡Quería intentarlo! —me defiendo—. Además, podría haber sido peor, podrían habernos traído las sesenta piezas de sushi directamente.

Una risa ligera nos acompaña desde que he llegado, sin duda provocada por esos nervios que hacen que todo te parezca incluso más gracioso de lo que es. Por un rato, el que tardamos en bebernos el té que Nico ha preparado, todo parece normal entre nosotros.

—Entonces ¿vuelves a trabajar en el equipo de Marwa? —pregunta de repente, cauteloso.

—Sí. Holly quiere que supervise algunos procesos, pero desde aquí. Estaré en el equipo de Marwa como antes, aunque parte de mi tiempo lo dedicaré al equipo internacional con Holly. —Dejo mi taza en la mesita, que sigue siendo la misma que cuando me fui. Todo sigue idéntico y eso hace que se me encoja el corazón—. Me ofrecieron alargar el contrato en Tokio, pero lo rechacé.

Clavo mis ojos en los suyos, que se abren ligeramente.

—¿No te gustaba el proyecto?

Sabe que no es la razón, lo conozco, pero quiere que se lo diga.

—Deseaba volver.

Nos quedamos callados unos segundos. Mi cabeza va a mil por hora y mi corazón late tan fuerte que temo que lo escuche en cualquier momento y me pregunte si sigue acelerándose así por él. Nunca le dije que lo quería, aunque cada célula de mi cuerpo lo gritaba cada vez que me rozaba la piel.

—¿Y ahora qué? —indaga él, y siento que su voz se rompe un poquito al final.

Trago saliva.

—Ahora no lo sé —pronuncio, tan sincera como soy capaz—. Solo sé que no me fui porque quisiera dejarte atrás, sino porque necesitaba encontrarme, priorizarme. Pero fui una cobarde y nunca te dije que te quería, que me había enamorado de ti. Y no quiero seguir ocultándolo. Llevo un año pensando en este momento.

Mi corazón se detiene por un segundo, observando su reacción a mis palabras. En vez de decir nada, me posa una mano en la mejilla y se acerca lentamente hasta que nuestros labios se rozan como pidiendo permiso. Yo le devuelvo el beso y siento cómo dentro de mí explota algo y me recorre entera, dejando un reguero de mariposas

aleteando a su paso.

Dios, cómo había echado de menos esta sensación.

Cuando nos separamos deja su frente junto a la mía, nuestras narices rozándose con cada respiración.

—Yo tampoco te dije que te quería, pero nunca tuve que fingir estar enamorado de ti, Olivia. Te quería entonces y te sigo queriendo ahora.

—Y yo a ti. —Una lágrima resbala por mi mejilla y él la atrapa con el pulgar—. Dios, qué difícil es esto —río, alzando la vista para intentar evitar que caigan más lágrimas—, y mira que lo elegí yo misma. Pero si te lo hubiera dicho entonces, no creo que hubiera tenido el valor de subir a ese avión.

—Si te lo hubiera dicho yo, quizá te habría pedido que te quedaras —confiesa—. Y no podías hacerlo; necesitabas irte y volver a brillar.

Ambos esbozamos una sonrisa nostálgica, cómplice, porque sabemos que todo ha ido como tenía que ir, por mucho que nos duela.

—Pero ahora estoy aquí —digo—. Estoy lista para decirlo en voz alta. Te quiero, Nico. Nunca he dejado de quererte.

Vuelve a besarme, esta vez con más intensidad. Cierro los ojos y entrelazo mis manos en su nuca, jugando con su pelo.

—Soy todo tuyo, Olivia. Lo soy desde que nos cruzamos en ese avión con destino a Roma.

Epílogo

Olivia
Un año y medio después

El apartamento huele a jazmín, como es habitual desde que volví a casa hace más de un año. Hemos quedado en Sogno Lavanda en apenas un cuarto de hora, pero seguimos sin arreglarnos del todo, enredados entre risas y besos robados. Intento ponerme el pendiente que me falta y Nico tira de mí, consiguiendo que caiga en la cama, como lleva haciendo los últimos cinco minutos.

—Eres consciente de que llegaremos tarde a nuestra propia celebración, ¿verdad? —le pregunto soltando una carcajada ante su ceja levantada a modo reprobatorio.

—Aún tenemos quince minutos, hay tiempo —sentencia, rodeándome la cintura y besándome el cuello.

Intento levantarme de la cama, pero es tarea imposible. Me rindo y me doy la vuelta para quedar a horcajadas encima de él. Me inclino sobre su pecho para darle un beso profundo y, cuando por fin cierra los ojos y afloja un poco las manos, me escapo de un salto.

—Tendrás que esperar al postre para eso, *amore.* —Le lanzo un

beso al aire, me pongo el pendiente que me faltaba y voy hacia el baño a maquillarme.

—*È che sei così bella con quel vestito, Liv… Non riesco a resisterti.*[78] —Oigo que grita desde la habitación.

Ivy y Willow se suben al mueble del baño mientras acabo de arreglarme frente al espejo y, por fin, en menos de cinco minutos estoy lista del todo. Nico me espera sentado en el sofá con el móvil en la mano, distraído, y aprovecho para observarlo con la luz dorada que entra por la gran ventana y lo tiñe todo.

Y pensar que la primera vez que entré en este piso imaginé que solo estaría aquí unos meses con mi novio falso. Quién me hubiera dicho que conseguiría montar el LitLove, librarme de Aarón, enfrentarme a mis miedos y que me mudaría a la otra punta del mundo, aun estando enamorada de Nico, solo para priorizarme. No sabía que volvería más fuerte que nunca. O que Nico dejaría el hockey y abriría por fin su propio restaurante, cumpliendo así su sueño.

El primer día que entré a este ático desconocía lo mucho que me cambiaría la vida, pero ahora no puedo estar más agradecida de todo lo que Nico y yo hemos vivido juntos. El destino a veces es caprichoso, pero siempre te lleva a donde tienes que estar.

Sin planearlo, sin buscarlo, casi sin querer.

Sin querer, nosotros.

Nico levanta la cabeza, me ve y me sonríe con una de esas expresiones que me derriten.

Dudo unos segundos, pero al final me decido. Es el momento.

—Dame un minuto —le digo volviendo hacia nuestra habitación.

De mi mesilla de noche saco un sobre azul claro, un regalo que guardo desde hace semanas para entregárselo a mi chef favorito.

Vuelvo al sofá y me siento a su lado. Nico me mira con una

curiosidad que me obliga a mantener el sobre en mis manos unos segundos más, solo para memorizar esos ojos brillantes llenos de intriga y ternura.

—¿Y esto? ¿Es para mí o…? —pregunta ladeando la cabeza hacia el sobre que aún tengo en mi poder, animándome a hablar. Parece una tontería, pero estoy nerviosa.

—Sí, es para ti —confirmo con una suave risa, alargando mi brazo con el sobre hacia su regazo.

Él lo coge con cuidado. Pasea la vista de mi sonrisa nerviosa al sobre y viceversa, sin entender nada. Lo abre lentamente, saca el certificado y lo observa en silencio.

—«Registro oficial de una estrella a nombre de Sogno Lavanda…». —Lee en voz alta, aunque su voz es apenas un susurro que se acalla cuando llega al final de la frase.

Dirige su mirada hacia mí, entre confundido y emocionado.

—La registré hace unas semanas. —Percibo cómo las palabras tiemblan cuando salen de mi garganta—. Está en una constelación en el hemisferio norte, se puede ver desde aquí casi todo el año siempre que las condiciones meteorológicas lo permitan. —Hago una pequeña pausa para coger aire—. No sé qué pasará el mes que viene, si ganarás o no la estrella Michelin, pero sea como sea, quería que Sogno Lavanda tuviera la suya propia. Una que nunca pueda quitarte nadie.

Nico no dice nada. Veo en sus ojos la emoción contenida y el asombro, como si tratara de procesarlo todo, así que sigo hablando, porque esto ni siquiera es la explicación entera.

—También porque me dijiste que brillara antes de irme a Tokio. —Sonrío bajando un poco la voz—. Y ahora me toca a mí recordarte que tú también brillas, que has logrado tu sueño. Que lo has hecho siempre, con cada plato, con cada paso. Y porque… —Hago una

pausa. Lo más importante viene ahora—. Esta estrella también está cerca de otra: de Violeta, tu abuela. La que te enseñó a cocinar y soñaba con este restaurante mucho antes que tú. Ahora están juntas, allá arriba. Una estrella para otra estrella.

Nico se cubre la boca con la mano, dos lágrimas fugaces ruedan por sus mejillas. Me rodea con los brazos y me atrae hacia su cuerpo, apoyando la frente contra mi hombro. Noto cómo respira profundamente, pegado a mi piel.

Recuerdo el momento en que Nico me contó que le había puesto Sogno Lavanda a su restaurante porque era el nombre que su abuela siempre había imaginado para el suyo. Muchas veces me ha dicho que le hubiera encantado que ella viviera lo suficiente como para verlo hecho realidad; que le habría encantado que ella se hubiera sentado en una de esas mesas con vistas a la terraza interior o que se hubiera puesto a cocinar junto a él en la gran cocina.

Sé que a Nico le habría gustado muchísimo compartir todo esto con su abuela, la persona que le transmitió su amor por la cocina. Por eso, quise hacer algo para ayudarlo a honrar su memoria.

—*Tu sei la mia stella,*[79] Daisy —dice tan bajito que apenas lo oigo—. Gracias.

Nos quedamos así unos segundos más, abrazados, respirando en silencio. Finalmente, Nico levanta la cabeza del hueco de mi cuello, se seca las lágrimas y me mira con esa sonrisa suya que siempre aparece cuando está feliz.

—¿Y ahora cómo supero yo este regalo?

—No vas a poder superarlo, lo siento —le contesto entre risas mientras me besa los labios, las mejillas, los párpados y las manos —. Aunque puedes intentarlo esta noche, cuando volvamos a casa —añado con una sonrisa pícara cargada de intención.

Nos ponemos en pie al tiempo que las gatas se acurrucan en el lugar que hemos dejado, y el cielo empieza a llenarse de estrellas.

Y pienso que sí, que todo está más o menos igual que antes de que me fuera: los libros siguen llenando la casa, las plantas inundan el salón, la cafetera italiana aún ocupa el sitio de honor en la cocina, y las gatas insisten en dormir donde no deben, llenándolo todo de pelos. Pero ahora hay fotos nuestras en cada estantería, enmarcadas o pegadas con imanes en la nevera, recuerdos nuevos que se mezclan con los antiguos. Desde que volví, esta casa ya no es solo mía ni suya: es nuestra, ahora sí. Y está llena de nosotros.

—¿Nos vamos? —me dice al fin dejando el certificado en la mesita de café y cogiéndome la mano.

—Sí, vamos a celebrarlo todo —respondo sonriendo.

Así que salimos por la puerta de casa, juntos, una vez más.

Nunca pensé que encontraría una versión de «hogar» que no tuviera que ver con un lugar concreto, sino con una voz, una risa, una forma de acariciarme la mano cuando estoy nerviosa. Y aquí estamos, casi tres años después, celebrando todo lo que hemos creado uno al lado del otro.



—¡Olivia! —exclama Izzy, que ha venido unos días por la nominación de Nico, cuando salimos a la terraza de Sogno Lavanda.

—Y Nico también —le recuerda él riendo.

—Claro, hermanito. —Viene directa a abrazarme, ignorando a su hermano—. Tú también. Aunque a Olivia tenía más ganas de verla, no lo voy a negar.

Durante los últimos doce meses, Izzy y yo nos hemos acercado

mucho la una a la otra, aunque ella viva en Roma y nos veamos solo de vez en cuando. Ya la he fichado para dar alguna charla en la edición del LitLove Roma que lanzamos este año, en calidad de influencer. Hemos decidido que me voy a quedar en su casa durante la semana previa al evento, así que nuestra relación avanza a pasos agigantados. Me encanta su energía.

Lo que sospechábamos antes de salir de casa se ha cumplido. Efectivamente, hemos sido los últimos en llegar a nuestra propia fiesta y, uno a uno, nuestros amigos se levantan de la gran mesa redonda para recibirnos.

Desde que Nico y yo volvimos a estar juntos, celebramos una cena familiar todos los viernes por la noche. Habitualmente lo hacemos en nuestra casa, ya que hay espacio de sobra y a él le encanta cocinar para la gente que quiere, pero hoy queríamos que fuera especial y hemos cerrado para nosotros la terraza del restaurante.

—Has llegado tarde, pero vienes guapísima, así que te lo perdono —dice Sienna dándome un beso en la mejilla, mientras Valentina le ofrece a Nico una copa de vino.

—Y yo ¿qué? ¿No estoy guapo? —pregunta él, con fingida indignación.

Alfie se acerca, copa en mano, con su eterna sonrisa pícara.

—Tú siempre estás guapo, tío —concede poniendo voz seductora antes de soltar una carcajada.

—¡Habéis llegado! —exclama Chiara, apareciendo por detrás de nosotros con Víctor de la mano.

—Espero que no estuvierais echando un polvo en mis baños —suelta Nico mientras enarca una ceja.

—Hemos ido a hablar con Elena a la cocina, idiota —responde Víctor antes de abrazarnos.

Chiara y Víctor siguen viviendo en Roma, aunque un finde al mes vienen a Barcelona para asistir a nuestras cenas de los viernes. ¿Que puede que sea excesivo? Totalmente. ¿Que se deben de estar dejando una pasta solo en vuelos? Es muy probable, aunque no dudo que los padres de Chiara tengan algún buen contacto que les consiga vuelos gratis de vez en cuando. ¿Que vale la pena sea como sea? Sin duda.

Oigo un leve gimoteo y se me iluminan los ojos al ver que Sienna y Valentina han traído a Kira, su perrita.

—¡Hola, preciosa! —Me agacho hacia ella y salta directamente encima de mí, moviendo la cola con efusividad—. ¿Cómo está mi perrita favorita?

—Sabíamos que te encantaría verla. —Sonríe Valentina acariciándola entre las orejas.

—Emma nos manda un abrazo gigante —les digo a mis amigos —. Me ha prometido que la próxima cena se planta aquí, aunque tenga que venir en tren desde París.

Desde septiembre, mi hermana está de Erasmus, estudiando su tercer año de Psicología fuera. Si su experiencia es siquiera la mitad de especial que la mía, estará viviendo algo inolvidable.

Nos sentamos todos a la mesa, cada uno en su sitio habitual, y aparece una de las camareras para tomarnos nota.

A Nico siempre se le hace extraño venir a comer a su propio restaurante. Durante unas horas, se obliga a no ejercer ni de propietario ni de chef cuando interactúa con el personal. Por suerte, Elena decidió quedarse para ser la mano derecha de Nico, y él está aprendiendo a cederle el control de vez en cuando.

—¿Esta camarera es nueva? —pregunta Alfie cuando la chica se marcha.

—Sí, empezó hace dos semanas —responde Nico, distraído.

—¿Está soltera?

—Lo siento, Alfie, pero no tengo ni idea. No pregunto eso a mis empleados. No me parece muy ético, que digamos.

Él frunce el ceño ligeramente y bebe un trago de su copa.

—Supongamos que está soltera —continúa él—. ¿Tú crees que yo podría…?

—¡Alfie! —lo reprende Chiara. El resto de la mesa se ríe.

—Vale, vale. —Levanta las manos en señal de rendición—. Pues como único soltero del grupo, voy a adoptar un perro para que me haga compañía —se enfurruña—. Y no voy a dejar que se enamore de Kira, o no me habrá servido de nada.

—Eres consciente de que yo también estoy soltero, ¿verdad? —salta Levi.

—Y yo —apunta Izzy levantando su copa ligeramente.

Alfie los mira a uno y otro negando con la cabeza, con cara de incredulidad.

—Vosotros no estáis igual de solteros.

Levi ni se inmuta, pero yo detecto la sonrisa sutil que se le escapa mientras finge abrir otra botella de vino.

Ellos están en su punto habitual: miradas, pullas con doble sentido y una tensión que no necesita explicación. Izzy lanza una servilleta a Levi porque le ha robado una croqueta del plato. Él le responde con una sonrisa ladeada y, aunque piensan que nadie se da cuenta de ello, tengo claro que hay mucho más en su historia de lo que sabemos.

Cuando la camarera vuelve con nuestros entrantes, y estamos a punto de empezar a comer, Izzy y Sienna se levantan. La primera da unos golpecitos en su copa con el tenedor para captar nuestra atención.

—Queremos proponer un brindis por los homenajeados —

pronuncia, tan feliz como si las noticias fueran tan suyas como nuestras—. Lo primero: Nico está nominado a su primera estrella Michelin, algo que, si conocéis a este idiota, sabéis cuánto significa para él. Aunque aún no sepamos si se la dan o no, esto ya es una victoria. —Hace una pequeña pausa y mira a Nico—. Estoy muy orgullosa de ser tu hermana y haberte visto crecer en este proceso.

—Has construido algo muy grande, tío —dice Levi, dándole una palmada en el hombro.

Los aplausos inundan la mesa, junto con algún silbido de Alfie. Nico baja la mirada con una mezcla de orgullo y vergüenza. Me aprieta la mano por debajo de la mesa y le devuelvo la sonrisa.

—Y lo segundo —Sienna toma el relevo, mirándome a mí—, la señorita que tengo enfrente va a encargarse del lanzamiento del LitLove Roma. Desde Barcelona a Tokio y ahora a Roma… Estás consiguiendo lo que siempre has deseado, Olivia, y también estoy muy orgullosa de ti. Todos lo estamos.

—Aunque no hace falta que te mudes a Roma esta vez, ¿vale? —salta Víctor—. Nos encantaría tenerte allí, pero creo que ninguno de nosotros quiere volver a aguantaros a Nico y a ti separados —bromea.

Todos se ríen y brindamos con nuestras copas levantadas. Me siento eufórica, no solo por lo que he logrado, sino por ver a la gente que quiero celebrándolo conmigo, como si los éxitos fueran suyos también.

La cena transcurre entre brindis, platos deliciosos y conversaciones cruzadas sobre viajes, series y anécdotas.

Izzy nos cuenta que Dulce Magnolia tiene cada vez más clientes y que ahora está impartiendo talleres semanales de repostería; no lo dice con palabras, pero se le nota el orgullo contenido en la forma en la que lo cuenta, sobre todo después de los meses complicados

que pasó con la pastelería antes de verano.

Valentina y Sienna nos enseñan fotos del piso al que se han mudado juntas hace apenas unas semanas: tienen las paredes llenas de arte, algo que les encanta a las dos, y se nota que lo están transformando en un hogar.

Levi se lesionó a principios de verano y, tras semanas de incertidumbre, los médicos le confirmaron que no podría volver a jugar profesionalmente. Han sido meses duros, de asumirlo poco a poco, de aceptación y de volver a encontrar su lugar en el mundo.

Ahora se siente mejor, así que Alfie nos cuenta anécdotas de sus últimos partidos con los Blizzards y de sus últimas citas. Estuvo un par de meses viendo a un chico, pero no terminó de salir bien, así que ahora ha vuelto a su dinámica de cenas y cafés; no sé cómo se lo hace, pero siempre hay un chico o una chica esperando su mensaje.

Cuando ya hemos terminado los postres —una selección de dulces italianos que Elena ha preparado con mimo—, Chiara se aclara la garganta y se pone en pie, con Víctor sentado a su lado.

—Yo también quiero aprovechar para decir algo. Bueno…, nosotros, mejor dicho.

Se gira hacia Víctor, que asiente con una sonrisa a la vez que se levanta y le rodea la cintura con el brazo. Nos quedamos todos callados, expectantes, hasta que Chiara levanta la mano izquierda y vemos el precioso anillo que decora su anular.

Estallamos en gritos de emoción y Sienna y yo vamos directas a abrazar a nuestra amiga, porque sabemos que este es su sueño desde que era adolescente.

—¡Qué fuerte!

—¡Vais a casaros!

—¡Enhorabuena!

—¡Sabía que esa sonrisita ocultaba algo!

Mientras todos aplauden, felicitan y hacen preguntas, Chiara y Víctor se miran con un amor que me hace soltar un par de lágrimas de emoción.

Nico me aprieta la mano por debajo de la mesa cuando volvemos a sentarnos, aún exultantes, y yo me apoyo un segundo en su hombro mientras contemplo la escena delante de mí. Nuestra gente, nuestras historias, nuestros caminos están entrelazados.

Porque ahí están todos. Con sus vivencias, sus locuras y sus certezas. Esta mesa no es solo una cena de celebración, es una foto mental que quiero guardar para siempre.

Nico recuesta su cabeza en la mía y me susurra al oído:

—¿Sabes? Sogno Lavanda nunca ha tenido mejor energía que esta noche.

Sonrío, porque tiene razón.

Este grupo es la familia que he elegido, la que me ha acompañado en cada paso importante, la que ha sostenido mis caídas y ha celebrado cada pequeño logro como si fuera propio.

Recorro la mesa con la mirada, sin poder borrar la sonrisa que se dibuja en mi rostro cuando estoy con ellos. Las risas llenan la terraza, las copas tintinean y, en medio del bullicio, siento esa paz que solo llega cuando sabes que estás exactamente donde debes estar.

No sé qué vendrá mañana, pero si se parece un poco a esto, sé que lo estaré haciendo bien. He pasado mucho tiempo buscando mi lugar en el mundo, sin saber que ya lo había encontrado.

Estaba aquí.

Agradecimientos

Desde niña, cada vez que terminaba un libro, me detenía en la página de agradecimientos y soñaba con escribir la mía algún día. Hoy, ese sueño se ha hecho realidad con *Sin querer, nosotros*, mi novela debut, y tengo la suerte de poder dar las gracias a todas las personas que habéis formado parte de este camino tan especial.

A mamá y papá, por enseñarme a amar los libros desde muy pequeña: no sabéis la de veces que doy gracias por haber crecido en una casa en la que leer era algo tan bonito. Gracias por emocionaros conmigo en cada paso de este sueño, por confiar siempre en mí y por animarme a perseguir lo que me hace feliz. Sin vuestro amor incondicional, esta historia no existiría.

A Roger, mi marido, por acompañarme en este proceso e ilusionarte conmigo. Gracias por todas las horas que me has escuchado hablar de *Sin querer, nosotros*, de mis lecturas, de mis miedos y de mis sueños. Por recordarme quién soy cuando yo lo olvido, por empujarme a creer en mí misma y por animarme siempre a volar más alto. Gracias por ser mi lugar seguro, porque sin ti no podría escribir sobre el amor con la certeza de que vale la pena.

A Ana Lozano, mi editora, por confiar en mí desde aquella primera reunión y emocionarte con esta historia tanto como yo.

Gracias por tu paciencia, tu mirada crítica y tu cariño en cada paso de este viaje editorial. Por cuidar mis palabras y ayudarme a que esta novela sea la mejor versión de sí misma.

A Gonzalo Albert, director de Suma de Letras, por ver algo en mí lo bastante fuerte como para darme la oportunidad de mi vida: publicar mi primera novela. Siempre te estaré agradecida por aquella tarde de octubre en la que me animaste a seguir escribiendo y a enviarte un fragmento de esta historia. Gracias a tu confianza, hoy este libro existe.

A todo el equipo de Penguin Random House que ha trabajado en este libro, gracias por hacer posible que esta historia llegue al mundo tal y como la imaginé —o incluso mejor—. Cada corrección, cada detalle cuidado, cada conversación y cada propuesta han sido un recordatorio de lo mucho que importa este oficio. Gracias por vuestra profesionalidad, por acompañarme con tanta generosidad en mi primera experiencia editorial y por convertir un sueño en un libro real que hoy puedo sostener entre mis manos.

A mis amigas escritoras, Carla, Judith y Ona, porque sabemos lo difícil —y a veces solitario— que puede ser este camino, pero también lo maravilloso que es recorrerlo acompañadas de personas que te entienden de verdad. Gracias por escucharme, animarme y celebrar cada pequeño logro como si fuera vuestro. Vosotras lo habéis hecho mucho más fácil y bonito.

A Cristina, por llorar conmigo cuando te di la noticia, pero sobre todo por todas las veces que me animaste a hacerlo aun cuando solo era una idea en mi cabeza. Gracias por creer en mí desde el primer momento y por aportar siempre una mirada crítica, sensible y necesaria.

A Marcel, por animarme incluso en los días en los que yo no creía en mí. Gracias por escucharme, por aguantar mis frustraciones,

por recordarme una y otra vez que ya era tu escritora favorita con solo haber leído un par de relatos. Tu apoyo incondicional ha sido clave en este proceso.

A Eva, por vivir el proceso de escritura conmigo con tantísima ilusión, casi como si esta historia también fuera tuya. Gracias por preguntarme cada lunes, por querer saber más, por emocionarte con cada avance y por sumergirte en la historia incluso cuando aún no era más que un puñado de ideas desordenadas en mi cabeza.

A Vicky, la primera en leer esta historia de principio a fin. Gracias por tu entusiasmo, tus mensajes llenos de emoción y tu feedback honesto, porque gracias a ti esta historia es mejor.

A Cecilia, por ayudarme a asegurar que cada frase en italiano sonara auténtica y natural. Gracias por tu generosidad, tu paciencia y por cuidar los detalles con tanto cariño.

Al resto de mis amigos y familiares, gracias por estar a mi lado durante estos meses, por vuestra emoción contagiosa, por cada mensaje de ánimo, cada pregunta curiosa y cada palabra de apoyo. Vuestra energía ha sido un impulso cuando más lo necesitaba.

Y por último, a ti, que sostienes este libro entre tus manos. Gracias por confiar en esta historia, por enamorarte de Olivia y Nico, por acompañarlos en cada capítulo y, de alguna manera, hacerla también tuya. Ojalá se queden contigo durante mucho tiempo.

Gracias a todos vosotros, de corazón, por formar parte de este capítulo tan especial de mi vida. Tengo muchas más historias que contar… Ojalá el destino nos cruce de nuevo entre letras.

Una relación falsa.
Dos vidas a punto de cambiar para siempre.



Olivia

Tras mi ruptura me prometí a mí misma que me dedicaría a sanar: nada de hombres, nada de dramas y, sobre todo, nada de otra relación como tirita. Un plan perfecto… hasta que apareció Nico. Jugador de hockey, sonrisa peligrosa y demasiadas posibilidades de poner mi mundo patas arriba. Tal vez no esté pensando con claridad, pero tengo un plan brillante que podría arreglarnos la vida a los dos. Solo será fingir un poco, guardar las apariencias y después seguir cada uno a lo suyo. Fácil, ¿no?

Nico

Mi vida siempre ha girado en torno al hockey. Hasta ahora. Estoy decidido a dejarlo todo para perseguir aquello con lo que siempre he soñado en secreto, aunque eso signifique enfrentarme a mi padre y al futuro perfecto que tenía delimitado para mí. Entonces apareció Olivia, en el momento indicado y con una propuesta: empezar una relación falsa para que la prensa y mi familia dejen de asfixiarme. El acuerdo es sencillo, no es más que un juego, claro…, aunque cada vez que me mira sospecho que las cosas tal vez no son tan simples como imaginábamos.

Marina Cotanda i Belló (1997, Barcelona) ha estado rodeada de historias desde pequeña. Lectora apasionada y escritora de corazón, siempre soñó con publicar su propia novela. Estudió Psicología y Diseño UX/UI, lo que refleja su interés por comprender a las personas y su mundo interior. Su creatividad la ha llevado a explorar la creación de contenido y desde hace un tiempo comparte en redes su pasión por la literatura.



Primera edición: marzo de 2026

© 2026, Marina Cotanda i Bello
© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial
Imagen de portada: © El Chico Llama

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Ninguna parte de este libro puede ser utilizada o reproducida con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial. PRHGE se reserva expresamente la reproducción, la extracción y el uso de esta obra y de cualquiera de sus elementos para fines de minería de textos y datos y el uso a medios de lectura mecánica u otros medios que resulten adecuados (art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
En caso de necesidad, contacte con:
seguridadproductos@penguinrandomhouse.com

ISBN: 979-13-87512-16-3

Compuesto en leerendigital.com

Facebook: penguinebooks
X: @sumadeletras
Instagram: @sumadeletrased
Spotify: penguinlibros
YouTube: penguinlibros
TikTok: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

[1] «¡Mierda!».
[2] «Pelirroja».
[3] «¿Verdad?».
[4] «Estoy aterrorizado, tía».
[5] «¡Buenos días, chicas!».
[6] «Amor, ¡Chiara y Olivia están aquí!».
[7] «¿Cómo va todo? ¿Dónde está Sienna?».
[8] «¡Hace un montón que no nos vemos!».
[9] «¡Madre mía, qué guapas estáis!».
[10] «Oh, cariño mío, ojalá fuera verdad».
[11] «Algo sencillo».
[12] «¡Venga ya, reina del drama!».
[13] «Perfecto».
[14] «Esto es oro puro».
[15] «¡Es muy pronto!».
[16] «Por aquí no puede entrar, señorita».
[17] «Perdona».
[18] «Dame su móvil».
[19] «Pero ¿sabes qué?».
[20] «¡Lo siento!».
[21] «¡Feliz cumpleaños, bonita!».
[22] «He descubierto que hay dos maneras de jugar a este juego:
1. Jugar sobre seguro.
2. Jugar para crecer.
La segunda es como se gana».
[23] «Esta es fácil».
[24] «Sin duda».
[25] «¡Cuidad de vuestra amistad a pesar de la distancia, eh!».
[26] «Pero ganaremos, de eso no tengo ninguna duda».

[27] «No hay de qué».
[28] «¿En serio?».
[29] «¿Qué quieres decir?».
[30] «No soy un asesino en serie».
[31] «¿Vale?».
[32] «Me parece bien».
[33] «Si te va bien».
[34] «Está bien».
[35] «Porque te aviso de que a mí se me morirán».
[36] «Claro».
[37] «¿Dónde?».
[38] «Adiós, chicos».
[39] «¿Estás bien?».
[40] «¿Sabes qué?».
[41] «Maldita sea».
[42] «Estoy bien».
[43] «¿Qué estamos haciendo?».
[44] «Entonces dime que pare».
[45] «Bien».
[46] «Hola, tesoro».
[47] «Pero feliz».
[48] «Dime».
[49] «Te quiero, tesoro».
[50] «Yo también, tía».
[51] «Estás preciosa».
[52] «Lo nuestro es coordinación pura».
[53] «Ya me entiendes».
[54] «¿Estás segura?».
[55] «Lo que yo pensaba».
[56] «Eres perfecta».

[57] «No te lo he dicho».

[58] «Depende de la época».

[59] «Mierda».

[60] «Te espero en el agua».

[61] «Para ti».

[62] «Es perfecto».

[63] «¿Cómo te hiciste esto?».

[64] «¿Te gusta?».

[65] «Lo he verificado».

[66] «Lo sabes perfectamente».

[67] «Ha sido… extraño».

[68] «Todavía nada».

[69] «Qué extraño».

[70] «Cabrón».

[71] «Yo no quiero salvarte».

[72] «Eres mi única hermana».

[73] «¡Hola, estrellita!».

[74] «Gracias por estar aquí».

[75] «Esto es verdad».

[76] «La verdad es que estoy bien».

[77] «Me alegra que haya sido un buen año».

[78] «Es que estás tan guapa con ese vestido, Liv… No me puedo resistir».

[79] «Tú eres mi estrella».

Índice

Sin querer, nosotros
1. Olivia. 71 días para cerrar el círculo
2. Nico. 84 días para volver a empezar
3. Olivia. 71 días para cerrar el círculo (II)
4. Olivia. 71 días para cerrar el círculo (III)
5. Nico. 84 días para volver a empezar (II)
6. Olivia. 71 días para cerrar el círculo (IV)
7. Nico. 84 días para volver a empezar (III)
8. Olivia. 71 días para cerrar el círculo (V)
9. Nico. 83 días para volver a empezar
10. Olivia. 70 días para cerrar el círculo
11. Nico. 82 días para volver a empezar
12. Olivia. 69 días para cerrar el círculo
13. Nico. 81 días para volver a empezar
14. Olivia. 68 días para cerrar el círculo
15. Nico. 80 días para volver a empezar
16. Olivia. 67 días para cerrar el círculo
17. Nico. 76 días para volver a empezar
18. Olivia. 54 días para cerrar el círculo

19. Nico. 67 días para volver a empezar
20. Olivia. 50 días para cerrar el círculo
21. Nico. 62 días para volver a empezar
22. Olivia. 44 días para cerrar el círculo
23. Nico. 57 días para volver a empezar
24. Olivia. 40 días para cerrar el círculo
25. Nico. 51 días para volver a empezar
26. Olivia. 37 días para cerrar el círculo
27. Nico. 49 días para volver a empezar
28. Olivia. 36 días para cerrar el círculo
29. Nico. 44 días para volver a empezar
30. Olivia. 30 días para cerrar el círculo
31. Olivia. 29 días para cerrar el círculo
32. Nico. 42 días para volver a empezar
33. Olivia. 26 días para cerrar el círculo
34. Nico. 34 días para volver a empezar
35. Olivia. 19 días para cerrar el círculo
36. Nico. 27 días para volver a empezar
37. Olivia. 10 días para cerrar el círculo
38. Nico. 21 días para volver a empezar
39. Nico. 15 días para volver a empezar
40. Olivia. Hoy se cierra el círculo
41. Nico. 9 días para volver a empezar
42. Nico. 5 días para volver a empezar
43. Olivia. Un nuevo círculo
44. Nico. Hoy vuelvo a empezar
45. Olivia. Primeros días en el nuevo círculo

46. 365 días sin vernos
47. Nico. Vuelta a empezar
48. Olivia. Un mismo círculo, un mismo comienzo
Epílogo. Olivia. Un año y medio después
Agradecimientos
Sobre este libro
Sobre Marina Cotanda
Créditos
Notas